

JOSÉ C. VALES

EL
PENSIONADO
DE NEUWELKE

de

«Ojalá —pensaba la señorita Émilie Sagée— la vida fuera sólo el feliz resultado de nuestros deseos y nuestra voluntad, y no una mansión a oscuras en la que andamos a tientas y tropezando desconcertados».

El Pensionado de Neuwelke es la historia de una joven institutriz francesa aquejada de una rara y terrible afección que la convierte en una proscrita. Tras recorrer Europa huyendo de un implacable exorcista, la maestra llega al Pensionado de Señoritas de Neuwelke, en los gélidos y desolados parajes de Livonia. Allí, por fin, Émilie cree haber encontrado el sosiego y la paz que anhelaba: el propietario del colegio, los profesores, las damas de compañía y las alumnas, junto a un viejo y malhumorado jardinero escocés, conforman un paisaje humano en el que la amistad, la generosidad y la honradez se verán forzadas a luchar contra los celos, las ambiciones y el fanatismo. Una gran novela que rinde homenaje a la mejor literatura decimonónica.



José C. Vales

El pensionado de Neuwelke

ePUB r1.0
nemiere 15.05.13

Título original: *El pensionado de Neuwelke*

José C. Vales, 2013

Diseño de portada: Yolande de Kort/Trevillion Images

Editor digital: nemiere

ePub base r1.0



Ésta es la extraordinaria historia
de Émilie Sagée, que fue institutriz
en el Pensionado de Señoritas de Neuwelke,
en la extremada región de Livonia.

*Oh! there are spirits of the air,
And genii of the evening breeze,
And gentle ghosts, with eyes as fair
As stars-beams among twilight
trees...*

PERCY B. SHELLEY, To

NOTA DEL AUTOR

Los sucesos que aquí se narran tienen su fundamento en lo acontecido realmente, entre 1844 y 1846, en una institución académica llamada Pensionado de Señoritas de Neuwelke, situada a pocas millas de la ciudad de Wolmar, en la antigua república báltica de Livonia.

La primera vez que oí hablar del Pensionado de Neuwelke y de su historia fue, si la memoria no me traiciona, en 1852. Ocurrió durante una encantadora cena que ofreció lady Elmont en su casa de Pimlico. En la invitación se advertía que asistiría al convite un peculiarísimo político norteamericano llamado Robert Dale Owen, representante al parecer del Partido Demócrata estadounidense. Además estarían presentes sir Lawrence-Burns y su esposa, el barón Ludwig von Güldenstube y su hermana, la señorita Julie von Güldenstube, que se presentaba en Londres, junto a un joven acompañante de apellido impronunciable, y algunos nombres más cuya referencia sería aquí quizá enojosa.

Hallándose presentes los dos hermanos Von Güldenstube, no será difícil imaginar hacia qué ámbitos del conocimiento humano se dirigieron las conversaciones. (Desconozco si por entonces estaban preparando ya *La réalité des esprits*, que vería la luz algunos años después.) Antes de que se sirviera el *roastbeef* ya sobrevolaban la mesa cientos de espíritus, fantasmas, espectros, ectoplasmas y otras mil formas etéreas de la moderna imaginaria espiritista.

A decir verdad, un servidor nunca fue especialmente aficionado a este tipo de aventuras de *outré-tombe* y escuché todas aquellas historias con una sonrisa y con una mezcla de escepticismo burlón y curiosidad literaria. Todo lo que contaba el barón Von Güldenstube me resultaba manido y convencional, pero entonces —no recuerdo si se habían servido ya los postres— tomó la palabra la joven Julie. No sé si fue la narradora, o lo narrado, o la forma de narrarlo, pero puedo afirmar que la señorita Von Güldenstube nos deleitó con la historia más asombrosa y admirable que jamás haya escuchado.

Y, en efecto, si estas páginas llegaran a sus manos, quisiera que Julie von Güldenstube las considerara una muestra de sincero agradecimiento, pues fue ella quien me contó —a mí y al resto de los comensales— lo que usted, buen amigo, se dispone a leer ahora: los raros y curiosos sucesos acaecidos en el Pensionado de Neuwelke. Naturalmente, todos los presentes permanecemos boquiabiertos ante la narración de la señorita Julie, pues exponía la historia con la precisión y la exactitud de quien efectivamente había vivido tan extrañas circunstancias sólo unos

años antes. La juventud y la inocencia de la señorita Julie no permitieron que nadie dudara de la verosimilitud de aquel relato.

El señor R. D. Owen no perdió el tiempo e hizo pública la historia del Pensionado de Neuwelke al año siguiente, en 1853, y en su escrito citaba la mayoría de los detalles que había descrito la joven aristócrata alemana durante aquella cena, aunque, a mi juicio, cometía algunos errores cronológicos y dejaba muchos cabos sueltos, o al menos los suficientes como para que cualquier persona suspicaz pudiera dudar de la veracidad de la historia. (También lo publicó después en sus *Footfalls...*, de 1860, y en otras ediciones posteriores, con modificaciones sustanciales, debidas, según creo, a sus intereses particulares.)

Por mi parte, aunque asombrado y conmovido por lo que había contado la señorita Julie, acomodé aquella historia en un cajón polvoriento de mi memoria —supongo que puede decirse así— y no volví a ocuparme de aquel recuerdo hasta muchos años después.

La extraordinaria historia de Neuwelke se desempolvó por sí sola hace poco más de un año: el Gobierno de la Reina me había enviado en misión diplomática a Varsovia, donde la casualidad quiso que conociera a una dama de cierta edad llamada Antoinette de Wrangel. En una conversación ocasional y casual, volvió a surgir el nombre del pensionado de señoritas y, a continuación, nuevamente, la maravillosa historia que la señorita Von Guldenstube nos había relatado veinte años atrás. La peripecia —como dicen los retóricos— en nada difería de la narración ya conocida, y despertó en mí una vivísima curiosidad, aunque no hice nada al respecto.

Y por fin, al poco, en el curso de un viaje a Viena, coincidí en una maltrecha posada de montaña con una aristócrata de la casa Buttgerreit-Dientzenhofer, y puesto que la nieve impedía que nuestros carruajes cruzaran el paso alpino, entretuvimos la noche contando noticias curiosas frente a la chimenea. Yo relaté la historia del Pensionado de Neuwelke —pues me pareció muy propia y adecuada a las circunstancias—, añadiéndole algunas escenas truculentas que me parecieron muy góticas y misteriosas. Pero cuando estaba enfangado en una de esas invenciones mías, la señora Buttgerreit-Dientzenhofer se levantó airada y me llamó embustero y fabulador, y abandonó intempestivamente la compañía. Reflexioné durante la noche y, a la mañana siguiente, durante el desayuno, le pedí humildemente perdón a la dama. Ella me lo concedió con benevolencia y generosidad, y me explicó que tenía muy buenas razones para defender el honor de todos cuantos vivieron en el Pensionado de Neuwelke, y que conocía de muy buena tinta la historia, con todos sus detalles, y que me la contaría si ése era mi gusto. Y así lo hizo.

Desde aquel momento, los sucesos de Neuwelke ocuparon de tal modo mi pensamiento que apenas podía emprender labor alguna sin que me importunaran los detalles y las imágenes de aquella historia. Finalmente, cedí a la tentación e hice las averiguaciones precisas: el Pensionado de Señoritas de Neuwelke, según pude saber, se encontraba en un lugar apartado de la extremada región de Livonia, a poco más de tres millas de Wolmar y a menos de sesenta millas de Riga... Esto es, apenas me costaba unos días llegar a aquel lugar desde la embajada de la Reina en Varsovia.

El resultado de varios meses de indagaciones y pesquisas es lo que el amable lector tiene ahora en sus manos. Conocí a muchas de las personas que aparecen en esta narración y casi todas tuvieron la amabilidad de contarme lo que vieron o lo que supieron cuando vivieron en el

Pensionado de Señoritas o sus alrededores, y con sus testimonios he podido dar forma al presente relato. Creo que no difiere en mucho de lo que Julie von Güldenstübbe nos contó aquel lejano día de 1852 y, por otra parte, sospecho que añade información sustancial sobre el caso. También se conforma exactamente con lo que me contaron la señora De Wrangel y la señora Buttgerit-Dientzenhofer.

Desde luego, he redactado las siguientes páginas con angustiosas prevenciones: en primer término, me asaltaba el temor —común, supongo— de quien no está acostumbrado a contar historias y admira sinceramente a quienes son capaces de inventarlas o reproducirlas.

Pero, sobre todo y aparte de las humildades literarias, me preocupa que el amable lector se adentre en esta historia como quien asiste a un cuento de viejas o a una locura romántica. En nuestro tiempo de realismos y descreimientos, apenas se atreve uno a declarar que el mundo es un lugar asombroso, lleno de misterios y maravillas incomprensibles; sin embargo y por fortuna, el mundo no es tan simple y tan vulgar como creen quienes son incapaces de asombrarse ante el agua, una manzana o una luciérnaga. Si los simplistas se permitieran un instante de reflexión, admirarían esos objetos con un asombro cercano al anonadamiento. Además, el mundo no sólo es maravilloso, enigmático y misterioso, sino que parece la mismísima imagen de una fertilidad desbocada, repleta y llena de miles y millones de objetos y seres, formando un caos que sólo la presunción y el envanecimiento pueden considerar sometido al imperio de la razón y la ciencia. Por fortuna más que por desgracia, nuestro universo es caótico, azaroso, incomprensible y sorprendente, y no admirarse ante el monumental desconcierto de la vida sólo revela una cierta incapacidad para gozar de ella.

La historia del Pensionado de Señoritas de Neuwelke, en buena parte, es la historia del fabuloso caos del mundo y sus objetos, y de personas reales que tuvieron que vivir allí donde la confusión y el desconcierto de la existencia se revelaron de un modo maravilloso.

*J. S. W.
HMG
Wellington Sq., Londres*

PRIMERA PARTE

1

¡Ahora iba a resultar que cualquier jovenzuelo podía conocer los principios y fundamentos sobre los que se sustenta el cultivo de los tulipanes! Eso era lo que pensaba Jonas Fou'fingers mientras observaba la tierra negra de *su* jardín.

A la dudosa luz del amanecer, la figura de Jonas Fou'fingers era una sombra terrible en medio de las brumas azules que serpenteaban desde los bosques desnudos y se iban deslizando por los campos helados hasta la gran mansión de Neuwelke. El anciano tal vez sintió un escalofrío, porque se aferró a los extremos de su capote de viaje y se envolvió en él procurando que no quedara un resquicio por el que pudiera colarse aquel frío húmedo y báltico que era capaz de corroer los huesos de cualquier escocés. Por debajo de la capucha se adivinaban los mechones de pelo pajizo de un hombre de Aberdeen y la mirada recelosa de los que viven al norte de «la frontera». Había empezado a contar con cierto temor los primeros años de la setentena, pero las arrugas de su rostro delataban más fortaleza que debilidad, y su pétrea mirada apenas era capaz de mostrar más ternura que la de una roca granítica del viejo Ben Macdhui.

Jonas Fou'fingers se quejaba porque el señor Buch le había encomendado una tarea para la que no se le había contratado. Desde luego, no estaba proponiendo una sublevación, simplemente constataba que se le había encomendado un trabajo por el que no se le pagaba. ¿Era jardinero o no era jardinero? Era jardinero. Luego no tenía por qué levantarse a las cinco de la madrugada, aparejar a *Mr. Pickerton* a la calesilla y emprender un viaje molesto y engorroso hasta Wolmar. En la conversación que había tenido la tarde anterior con el señor Buch, el viejo jardinero escocés le había hecho saber cuál era su profesión, aunque era muy probable que el señor Buch conociera ese detalle, porque Jonas Fou'fingers se había ocupado de los jardines del señor Buch desde «tiempos inmemoriales». Precisamente por la confianza que los unía, Jonas le había preguntado a su señor:

—¿Pero yo soy jardinero o no soy jardinero, señor Buch?

—Desde luego, Jonas: eres jardinero. Sólo te pido que me hagas este favor y que vayas mañana a Wolmar...

—Es que mañana es el día de preparar la tierra para los tulipanes.

—Bah, no te preocupes. Dile a Nikolai, el muchacho de la cabaña, que se ocupe de ello... Siempre anda rondando por aquí. Seguro que no le importará aventarte la tierra para los tulipanes.

¡Por supuesto que no le importaría! ¡Cualquier conde se sentiría honrado si le pidieran que aventara la tierra helada para los tulipanes de Jonas Fou'fingers!

El escocés miró de reojo la cabaña que se difuminaba a lo lejos y refunfuñó unas palabras ininteligibles. De todos modos, lo que quería decir era que le resultaba ofensivo y denigrante que su señor hubiera pensado que un mozalbete como Nikolai podía ocuparse de sus tulipanes... ¡Ni siquiera sería capaz de hacer los surcos para airear la tierra donde algunas semanas después iban a plantarse los bulbos! El universo del tulipán, según Jonas Fou'fingers, apenas podía compararse, en complejidad y dificultad, al álgebra tenebrosa o a la ignota astronomía. Los principios y fundamentos del arte de la jardinería del tulipán eran, según el viejo escocés, de raigambre mística y casi teológica. (Desde luego, éstas eran consideraciones personales que no se había atrevido a compartir con nadie, porque incluso él era consciente de que la sociedad en general no concebía que San Agustín o Santo Tomás pudieran estar a la misma altura que un bulbo de tulipán, que al fin y al cabo, en puridad, no es más que una hierba florida.)

Jonas se acercó a la parcela que había reservado para plantar los tulipanes y removió un poco de tierra con la punta de la bota. Sin duda, la temperatura era ya la idónea y los terrones y los grumos de tierra arenosa que componían el parterre seleccionado se encontraban en un estado óptimo: por eso precisamente no tenía ninguna intención de permitir que el mocoso de Nikolai metiera sus uñas sucias en un lugar tan sagrado. La tercera semana de octubre siempre había sido su fecha favorita; además, ahora contaba con el favor de la luna creciente —todo el mundo sabe cuán favorable es esta circunstancia en la plantación y cultivo de todo tipo de especies vegetales—, y el mismísimo almanaque del doctor Southpaw especificaba que el día 15 de octubre era una fecha magnífica para comenzar los trabajos de plantación de liláceas. De todos modos, el secreto del buen florecimiento de los tulipanes no residía en la composición arenosa de la tierra ni en la fecha precisa de su plantación —con ser estos detalles de una importancia cósmica—, sino en la conservación de los bulbos. Jonas Fou'fingers se hacía enviar durante todo el año los ejemplares del *Old Aberdeen & Scotland Quarterly* con el fin de seleccionar las mejores páginas, en las que envolvía los bulbos que se conservaban de un año para otro en las mejores condiciones. El minucioso jardinero desestimaba, por principio, todas las páginas en las que hubiera demasiados grabados, porque al cabo de los años había llegado a la conclusión de que esas páginas no protegían con la suficiente precisión la delicadísima y celestial naturaleza de los bulbos de tulipán. (Los amarillos sufrían especialmente con la humedad.) Una vez seleccionadas las hojas del periódico, cada bulbo se envolvía en dos hojas, para protegerlo del más mínimo riesgo acuoso, y luego, una vez ordenados todos los bulbos y una vez anotadas sus características principales en una etiqueta única, Fou'fingers los recogía en una redcilla, y luego los metía en una caja de cartón que a su vez depositaba en una cesta de mimbre. El precioso y místico contenido de la cesta de mimbre se depositaba, año tras año y cada primavera, en un lugar cuidadosamente escogido de la mansión, donde no llegara ni un átomo de luz y no hubiera peligro de humedades. Allí dormían los bulbos de tulipán su sueño anual, misterioso y sombrío, en una solitaria hibernación, hasta que volvían a caerse las hojas de los árboles y el otoño volvía a humedecer los campos y a sembrar de escarcha blanca los prados. Entonces, con la delicadeza y el ritual de los viejos druidas escoceses, el viejo pelirrojo Fou'fingers acudía tembloroso al lugar

donde había guardado su tesoro y desenvolvía cuidadosamente los breves paquetillos para traer de nuevo a la luz la simiente cebollesca de los tulipanes... Y allí estaban siempre: algunos incluso se adelantaban a los designios del propio jardinero y amenazaban con empezar a asomar un brotecillo verde y carnoso, como si estuvieran deseosos de dar al otoño su fantástica sinfonía de colores brillantes y turgentes.

—Bueno, no importa... —dijo finalmente el jardinero, volviendo a remover el parterre con la puntera de la bota—, aún estamos a 14 de octubre. Mañana prepararé la tierra.

Y se volvió con la intención de ir a buscar a *Mr. Pickerton*, que ya estaba esperando cerca de la cancela de la propiedad.

El escocés subió al pescante y, antes de coger las riendas, se embozó en su capote para que las humedades de la madrugada no le mordieran los huesos. *Mr. Pickerton*, el fabuloso percherón bayo de Neuwelke, piafó ruidosamente y una nube de vapor se elevó a ambos lados de su poderoso cuello. Cualquiera hubiera pensado que protestaba porque lo habían despertado de madrugada y lo habían tenido enganchado media hora, a la intemperie de aquella mañana inclemente, antes de decidirse a emprender el camino. Pero finalmente así ocurrió: Jonas Fou'fingers murmuró un ronco «Ea, *Mr. Pickerton*» y el poderoso caballo tiró de la calesilla como si ésta no pesara más que la pluma de un pardalillo joven. Si hubiera tenido juicio y conocimiento —pues suponemos que estos animales no lo tienen—, probablemente habría gozado con el espectáculo de los flecos rubios de sus propias pezuñas, las crines y la cola agitándose elegantemente al tiempo que serpenteaban camino abajo hacia la pequeña ciudad de Wolmar.

Por un impulso piadoso, Jonas Fou'fingers se volvió hacia la mansión de Neuwelke antes de que *Mr. Pickerton* doblara el recodo de la colina y la casa se perdiera de vista. Todo el pensionado se hallaba en perfecto sosiego y oscuridad, salvo una ventana en un extremo, que lucía con un amarillo lastimero, macilento y mortuorio. El jardinero meneó la cabeza y chasqueó los dientes con una mueca de compasión.

—Mala noche hemos tenido, señora.

Luego se volvió y clavó la mirada en las crines rubias y ondulantes del percherón. Más le valía ocuparse de sus asuntos.

2

Unos ojos cansados se asomaron a aquella ventana iluminada con tiempo suficiente para ver cómo la calesilla doblaba el recodo de la colina. Aquella última imagen no le permitió ver más que la mancha clara del buen *Mr. Pickerton* y el bulto oscuro de Jonas sobre el pescante del carruaje.

El señor Leónidas Buch sacó el reloj del bolsillo de su chaleco y observó con resignación la hora. Luego, volvió a sentarse en un rincón de la habitación, allí donde la penumbra era más espesa y podía ocultarse para reflexionar. Frente a él tenía un espectáculo tan triste y doloroso que su espíritu bondadoso y amable con frecuencia se quebraba y en su pensamiento revoloteaba la idea de huir a un lugar donde nadie conociera su nombre ni su profesión, donde pudiera presentarse bajo otra identidad y adoptar incluso otro carácter u otra personalidad. Y no pensaba en esta huida por cobardía o malevolencia, sino porque le partía el alma ver a su pobre Eveline de aquel modo.

La habitación, iluminada con tres candelabros, estaba revestida en maderas oscuras, y de las paredes colgaban algunos cuadros anodinos, sombrías pinturas de naturalezas muertas, bodegones y jarrones con flores que semejaban viveza y, sin embargo, estaban tenebrosamente marchitas. También el fuego de la chimenea amenazaba con apagarse y los últimos rescoldos apuraban sus moribundas energías.

El doctor Zalkinis permanecía sentado en una silla, a la cabecera de la cama, con el frasquito de láudano entre las manos, y parecía como si jugara con él. Se había desprendido de la chaqueta y se había enrollado las mangas de la camisa por encima del codo. Unas gotas de sudor ambarino perlaban su frente. Tenía los ojos amoratados y su rostro porcino delataba todo el cansancio de una noche de extremada batalla contra el sufrimiento y el dolor. Eveline había tenido una mala noche, desde luego. Aunque ahora parecía más tranquila, o quizá sólo era la consecuencia de la parálisis física y espiritual del láudano.

El señor Buch observó al doctor Zalkinis, a quien tantas veces había visto batallar contra la enfermedad, y por un momento le pareció que estaba más viejo y más débil que nunca. Probablemente a él le ocurría otro tanto, y no sería raro que la enfermedad de Eveline acabara con él, con el médico y con las dos enfermeras que constantemente la vigilaban, la cuidaban y procuraban su bienestar.

La enfermedad habría impedido que nadie hubiera podido calcular con buen tino la edad de

Eveline Buch, pero no era una anciana aunque lo pareciera, ni siquiera alcanzaba ese título ridículo que en ocasiones se llama «edad provecsta» y que ronda la cincuentena generalmente. Permanecía sobre su lecho del dolor, que acabaría siendo su lecho mortuario, sobre un bastidor de maderas, poleas, cables y muelles, para sostenerla a varios centímetros por encima de las sábanas, siempre impolutas e incólumes. Así, elevada en el aire, cuando descansaba le colgaba el cuello y los cabellos de un gris sucio casi se alargaban hasta rozar la almohada. Ataviada con un camisón blanco, también níveo y con pequeños bordados de violetas, la mujer permanecía colgada y atada con correas de cuero oscuro, con cuerdas forradas en lana y algodón, suspendida e inmóvil como una muñeca en el aire ácido de la estancia, como un Gulliver en Lilliput.

El señor Leónidas Buch observó el terrible espectáculo que tenía delante con renovada pesadumbre. Su pobre Eveline había caído en una suerte de lánguido sopor, quizá por agotamiento, quizá por los efectos del láudano; a ambos lados de su frágil cuerpo se extendían los brazos y, al final, dos manos cerúleas colgaban inertes de sendas correas que, mediante poleas y muelles, las sujetaban en el aire. Pobre Eveline... en otro tiempo tan alegre y radiante, y ahora, muerta en vida, con todos los huesos de su cuerpo pulverizándose lentamente entre horribles dolores y un sufrimiento que nadie desearía ni para el mayor criminal que hubieran dado los siglos. El doctor Zalkinis decía que su columna vertebral literalmente se estaba «desmigajando», y los fríos y las humedades del otoño no favorecían mucho el proceso... En realidad, ninguna época era buena: en primavera, las lluvias del Báltico conseguían humedecer hasta la disolución los huesos de la enferma, que se retorció de dolor en su bastidor suspendido; en verano mejoraba un poco la situación, salvo cuando se trataba de un verano lluvioso: las tormentas irritaban hasta la exasperación los nervios de Eveline y sus vértebras maltrechas eran capaces de predecir una tormenta con tres horas de antelación; el otoño y el invierno eran terribles: la humedad y el frío prácticamente diluían los huesos de la señora Buch. Según el doctor Zalkinis había partes de su esqueleto que sencillamente habían desaparecido... se habían disuelto en el interior de su cuerpo.

A veces el señor Buch se avergonzaba de querer huir o de querer abandonar a su esposa a su suerte. Y la razón era que Leónidas Buch le debía la vida a su pobre Eveline.

Treinta años atrás, Leónidas Buch era un joven con un futuro brillante y prometedor. Pero aquella era una perspectiva que se la debía únicamente a sí mismo. Su familia era propietaria de un pequeño telar en Ostrova, en Moravia. El señor Matteus Buch, cuyas imposiciones patriarcales no se discutían, ordenó que el hijo mayor heredara la pequeña y rentable factoría familiar; el segundo vástago viajaría a Roma con la intención de procurarse un hueco en la Curia; la hija, que hacía tercera en el orden, se casaría cuando se considerara conveniente, y el benjamín —Leónidas— acudiría a una buena universidad para convertirse en abogado prominente, y luego en juez, magistrado o algo con peluca rizada.

La sentencia del señor Buch llevó a Leónidas a Londres y, desde allí, con una bolsa repleta de oro, al Colegio Universitario de St Mary Magdalen, que se encuentra en las afueras de Oxford. Cuando su padre le entregó aquella fabulosa cantidad de dinero para que estudiara en Oxford, creyó que su hijo podría incluso comprarse un *college* si quisiera, pero lo cierto es que el dinero

se le resbalaba de las manos a Leónidas de un modo incomprensible, y, al cabo del primer año en la universidad, el joven aprendiz de abogado se vio viviendo en una gélida buhardilla de la calle más estrecha y torcida de la ciudad. Cuando envió una carta de auxilio a su casa, el implacable progenitor ni siquiera se planteó que la riqueza de Moravia sólo sirviera para comprar salmonetes en Londres, y acusó a su hijo de derrochador, vividor y calavera, y en una de aquellas formidables amenazas que lanzaba sobre todas las cabezas de la familia, le prohibió regresar al solar familiar si no venía adornado con una peluca de juez.

Leónidas se preocupaba de aquellas maldiciones y amenazas cuando conseguía llenar el estómago; mientras tanto, su principal ocupación era encontrar una loncha de tocino, una salchicha o un mendrugo de pan con el que pasar la semana. Sin embargo, consiguió que la propia universidad financiara las tasas que debía pagar para cursar el segundo año. (Muchos profesores y clérigos rechazaban estas prácticas de usureros en el seno de la universidad y, si bien es cierto que arruinaron muchas vidas, también es una evidencia que permitieron que muchos estudiantes consiguieran hacerse un lugar en el mundo.) A pesar del hambre y las deudas —llegó a pasar una semana a la intemperie, por no tener con qué pagar un techo—, Leónidas continuó estudiando y, sin ánimo de exagerar o alabar innecesariamente, ha de decirse que su apellido recibía elogios poco comunes en los claustros de los profesores.

Por esa razón, cuando concluyó —¡vivo!— los estudios y hubiera podido lucir el birrete que adornaba su prometedor carrera (*hubiera podido*, porque no tuvo dinero para comprarlo), uno de los profesores lo recomendó a un bufete mediano del Temple, en Londres. Cuando uno de los pasantes le abrió la puerta, le dijo que no acostumbraban a dar dinero a los mendigos y que habitualmente entregaban una donación a cierta institución de beneficencia, donde podrían darle algo de comer, si era eso lo que precisaba, o un abrigo, o lo que fuera.

Podría haberle explicado que no era un mendigo, sino el nuevo pasante, y nunca pudo saber si se había mareado por la humillación o por el hambre; lo cierto es que se derrumbó en las escaleras, y al cabo no tardaron en venir dos policías que lo sacaron del Temple y protestaron por la cantidad de borrachos que había en Londres. (Muchos autores se quejan hoy del deplorable estado moral en que se encuentra la sociedad londinense de nuestros días, pero quizá es porque no conocieron cómo era el Londres de aquellos años, cuando muchos barrios de la capital eran domicilio de mendigos, borrachos y prostitutas.)

Era una espantosa noche de enero, cuando los carámbanos colgaban de los tejados y las ventanas y el Támesis amenazaba con congelarse; pero, curiosamente, a Leónidas Buch no le importó mucho que comenzara a nevar y, envuelto en su gabán, se acomodó en una esquina de Covent Garden, casi tumbado en el lodo revuelto con berzas podridas y patatas pisadas, sobre el empedrado londinense, dispuesto a morir de frío. Y así se encontraba, a medio camino del sueño y la inconsciencia, cuando oyó voces y vio luces amarillas revoloteando a su alrededor.

—¡Por Dios, señor Betterbridge, levante a ese hombre...!

—Es un mendigo, señorita Eveline, no deberíamos...

—¡Va a morir de frío si no hacemos algo, señor Betterbridge! ¡Hágame el favor de levantarlo y meterlo en casa!

El joven Leónidas Buch se despertó una semana después y lo primero que vieron sus

doloridos ojos fue el precioso rostro de Eveline.

—¿Cómo se encuentra, señor?

Dios, en ocasiones, actúa de este modo tan impredecible. O eso fue lo que pensó Leónidas Buch en aquel momento. Cualquier apostador de Blackfriars no habría soltado más de un penique por la vida de aquel mendigo. Sin embargo, el propio Leónidas, que tampoco habría apostado mucho más por sí mismo, había ganado un enorme premio: ante sí tenía el encantador rostro de una joven que le había salvado la vida, y, definitivamente, en todos los sentidos.

La naturaleza favoreció la pronta recuperación de Leónidas y, tan pronto como tuvo fuerzas para jurar algo, juró que dedicaría su existencia a hacer feliz a aquel ángel que le había tocado en suerte.

La joven señorita Eveline von Buxhoeveden era la heredera de una de las familias nobles más antiguas de Livonia y en Riga no faltaban anticuarios y genealogistas que remontaran los ancestros de la muchacha hasta los siglos más oscuros de la Edad Media. Y seguramente en aquellos lejanos tiempos los Buxhoeveden gozaron de riquezas sin cuento y tuvieron en los sótanos de sus castillos a doscientos criados y cuarenta cocineros asando venados con manteca y tomillo, pero a principios de nuestro siglo XIX los Buxhoeveden no eran más que una familia acomodada de Wolmar que habían podido permitirse el lujo de presentar a su hija Eveline en la temporada de Londres.

Eveline, a sus diecisiete años, no pudo brillar como hubiera querido en su presentación en sociedad, entre otras razones porque la duquesa de Surrey, los marqueses de Westhampton y otras familias de Hertfordshire y de los condados limítrofes disponían de una cantidad de dinero suficiente para ocultar a sus hijas bajo asombrosas montañas de diamantes, y todo el mundo sabe que los diamantes deslumbran a los caballeros de poca fortuna, e incluso a los de mucha. De todos modos, a Eveline no le importó en exceso que nadie la considerara la reina de la temporada londinense y se conformaba con que la invitaran a fiestas de segunda clase y a alguna excursión mediana a Windsor con las hijas de comerciantes de Manchester y Sheffield. Ella tampoco hacía mucho por embellecer sus rasgos, un tanto angulosos. Solía peinarse el cabello con sobriedad letona y apenas utilizaba afeites o ungüentos para favorecer sus mejillas o sus labios.

Pero cuando sonreía, Eveline era un verdadero cascabel encantador. Tenía, además, una conversación ingeniosa, aunque siempre lamentaba que ella y otras jóvenes de Alemania, Polonia, Livonia o Rusia no hubieran podido recibir una educación como la de las muchachas inglesas de aquel tiempo. No era que no le gustase bailar —siempre le dolían las piernas— y entretenerse con los jóvenes, pero prefería dar paseos o leer o pintar. Solía decir que tenía mucho que aprender. En la época en que se dedicó a cuidar la maltrecha salud de Leónidas Buch, Eveline estaba prendada de las poesías de Ossian y con frecuencia se sentaba junto al avergonzado joven y le leía los versos nebulosos y antiguos del mítico bardo. (Años después, cuando se descubrió el fraude y todo el mundo supo que los versos de Ossian eran una invención del señor MacPherson, Eveline y Leónidas tuvieron un buen argumento para reírse y burlarse del romanticismo con el que se habían entregado a aquellos versos falseados...)

No es difícil imaginar hasta qué punto Leónidas Buch se quedó prendado de Eveline.

Pocos meses después, aquella extraña joven de Livonia le comunicó que tenía que regresar a

Wolmar. Leónidas estuvo a punto de enloquecer, pero Eveline le prometió que regresaría al año siguiente.

Tras la despedida en Greenland Dock, Leónidas volvió tambaleándose a una casa que había alquilado en Seven Dials gracias a la generosidad de Eveline. Y cuando la desesperación le preguntaba por qué el destino se había empeñado en permitirle vivir y ofrecerle un ángel para luego arrebatárselo de aquel modo tan cruel, llamaron a la puerta y un pasante de Hodges & Pearson, el bufete más importante del Temple, le rogó que se presentara en las oficinas al día siguiente.

El señor William Hodges había sido el encargado de velar por la seguridad y el bienestar de Eveline durante su estancia y su presentación en los distinguidos salones londinenses. Eveline, naturalmente, le había pedido a su abogado que tuviera en cuenta a su amigo Leónidas Buch en el caso de que tal vez tuviera la posibilidad de que un puesto pudiera quedar acaso libre en el bufete...

Leónidas Buch no defraudó a su protectora ni a los directores de Hodges & Pearson. Su ascensión fue sorprendente, porque ganó los primeros casos que le entregaron con una facilidad tal que el nombre de Leónidas Buch comenzó a oírse en las tabernas de los abogados con una frecuencia singular. (Ha de entenderse que los grandes despachos entregan los casos que se dan por perdidos a los más novatos, para que vayan aprendiendo el oficio y, al tiempo, el bufete no corra excesivos peligros; esta práctica era habitual en todos los despachos del Temple, y sigue siéndolo.) A los seis meses, Leo Buch ya se había convertido en el señor Buch, abogado de Oxford, y natural de Moravia, encantado de conocerle, encantado, señor. Y al cabo de un año, después de ganar el famoso juicio de sir Soane-Pittsburg (¡se le acusaba de asesinato, y Leónidas Buch consiguió que saliera libre, sin cargos y que los supuestos testigos del crimen le abonaran más de tres mil libras, por falso testimonio y acusación maliciosa!), los propietarios del despacho le ofrecieron añadir su nombre a los suyos. Pero Leónidas Buch prefirió esperar, pues estaba a punto de regresar su adorada Eveline y no se sentía libre para decidir sobre su futuro sin consultarla.

Y lo cierto es que Eveline tenía sus propias ideas. Con su espíritu alegre y entusiasta, comenzó a hacer planes, aunque no se los comunicó a su querido amigo. Por su parte, a Leónidas no le importaba mucho la nueva vida que se abría ante él en el magnífico Londres: la única nueva vida que deseaba el joven y afortunado abogado se encontraba al lado de su ángel protector.

—Te debo la vida, Eveline: mi vida es tuya —le dijo, completamente rendido a sus pies, el día que le declaró formalmente su amor.

Y eso fue todo.

Los jóvenes se casaron en la iglesia de San Simón de Wolmar, en Livonia, en la primavera de 1819.

Entonces fue cuando Leónidas Buch supo cuáles eran los verdaderos planes de futuro de su esposa Eveline. Desde luego, no pretendía regresar a Londres, ni había pensado jamás vivir en París o en Cracovia. Deseaba quedarse en el pequeño pueblo de Wolmar y establecer una escuela

de señoritas.

—No quiero que las muchachas de mi país sean el hazmerreír de las jóvenes inglesas, como lo fui yo en Londres; quiero que puedan ir a París o a Ginebra y no se avergüencen por no conocer al señor Richardson, o al señor Addison o a...

Durante sus primeros meses en Londres, Eveline había sufrido la humillación constante de señoritas que habían leído tanto, y sabían tanto y conocían tanto del mundo que parecía que toda su educación hubiera estado dirigida a buscar a una persona que hubiera leído menos, y supiera menos y conociera menos del mundo que ellas, para poder levantar la nariz y decir: «Oh, ¿de veras no conoce usted las *Noches* del señor Young? Vaya, ¡qué lástima!»

Aquellas humillaciones precisaban venganzas... educativas.

Y así fue como se fundó el Pensionado de Señoritas de Neuwelke, en un antiguo palacio situado a escasas millas de Wolmar. Leónidas Buch no tardó mucho en aprender las pequeñas leyes que debían regir la economía del Pensionado de Neuwelke. Tras las precisas reformas en el enorme caserón, la institución de educación femenina comenzó a impartir sabiduría en 1829, dirigida por el matrimonio Buch, y con la asistencia de quince señoritas pertenecientes a la nobleza de Livonia. En aquel entonces sólo contaban con dos institutrices, y la propia Eveline, que también ejercía como maestra en algunas materias.

Todo funcionaba a las mil maravillas y la fama del Pensionado de Neuwelke se extendió por todo el país, e incluso por Polonia y Rusia, de modo que poco a poco fue aumentando el número de alumnas, muchas de las cuales acudían con sus damas de compañía o con sus criadas. También se incrementó el número de institutrices y profesores, y hubo que arreglar los sótanos para ampliar las cocinas, y también se contrató a una cocinera mayor, con dos ayudantes, más criadas, y un jardinero escocés de cuya historia, en opinión de la señora Buch, mejor sería no hablar.

Como nunca puede haber felicidad completa, el matrimonio Buch pronto descubrió que no podía tener hijos, y los médicos atribuyeron la causa a la pobre Eveline, a quien pronto se le diagnosticó una violentísima enfermedad que le estaba desmenuzando los huesos y disolviéndolos en el interior de su cuerpo. La dolencia se hizo cada vez más penosa: Eveline solía desplomarse sin motivo aparente, mientras se levantaba para servir el té o al bajar de la cama por la mañana, se le quebraban los huesos con una frecuencia descorazonadora, y cada vez precisaba más descanso, hasta que comenzaron aquellos horribles dolores. Pronto se vio postrada y los doctores le recomendaron que procurara no abandonar el lecho, pero los sufrimientos apenas habían comenzado. El pensionado, de la mano de Leónidas Buch, continuaba ganando prestigio y alumnas, pero eso no satisfacía mucho al propietario, que observaba con amargura el pozo en el que paulatinamente se iba sumiendo su amada esposa.

En medio de aquellos terribles dolores, Eveline llegaba a renunciar a todo, y suplicaba que alguien acabara con su vida, y a menudo parecía que había perdido el juicio: si alguna vez oía las risas de las alumnas, las insultaba y las llamaba «pequeñas zorras» y «marquesas remilgadas», olvidando el mucho amor y cariño que había depositado antaño en *su* Pensionado de Señoritas de Neuwelke.

El señor Buch con frecuencia prefería enfrascarse en los asuntos del pensionado, con la esperanza de poder olvidar lo que se escondía en aquella habitación apartada. Pero después se

avergonzaba de su comportamiento y siempre regresaba a la alcoba de Eveline y preguntaba al doctor Zalkinis o a las dos enfermeras cómo se encontraba su esposa. A veces, como aquella precisa noche, pasaba largas horas en aquel lugar de dolor y agonía, escuchando los leves quejidos de su amada Eveline.

El señor Buch volvió a levantarse y regresó junto a la ventana. Comenzaba a clarear. La mañana venía muy nublada y con seguridad llovería desesperadamente a lo largo del día, como siempre en esas lejanas tierras.

3

Durante todo el trayecto hasta el pueblo de Wolmar —sólo un hiperbólico diría que había cuatro millas—, el viejo Fou'fingers había estado observando el cielo encapotado: las nubes estaban tan bajas que si se ponía de pie sobre el pescante, quizá no se le vería la cabeza y se asemejaría al jinete decapitado del que hablaban las viejas de su Aberdeen natal. Pero más le valía dejar de pensar en Aberdeen y en Escocia, y en las colinas tapizadas de hierba, y en las ovejas de Cheviot escocesas, y en las agrestes montañas de las Tierras Altas, y en todos los placeres gélidos de la vieja tierra de los pictos: jamás podría volver a su patria.

Jonas Fou'fingers, que era jardinero —este detalle se repetirá con frecuencia, para que sus descendientes no se ofendan—, entró por la calle real de Wolmar cuando aún no habían dado las nueve de la mañana en la torre de San Simón. En aquella época, el pueblo no contaba con más de seiscientas almas, incluidos los niños y las mujeres, y la mayoría eran de sangre alemana. El mismo alcalde era alemán y pretendía que el pueblo se llamara Wolmahr; también tenía otras manías propias de los alcaldes, pero el pueblo en general no le hacía demasiado caso. Sería largo y enojoso explicar las razones por las que Wolmar tenía una notable población alemana, cuando la mayor parte de Livonia había pertenecido históricamente a la corona sueca. A los propios alemanes livonios les gustaba decir que *ellos* llevaban allí desde que la Orden Teutónica se alió con la Orden Livona en el siglo XIII. A juzgar por el rostro de algunos ancianos de Wolmar, era bien posible que llevaran viviendo allí quinientos años y, en algunos casos, era incluso probable que no se hubieran cambiado de ropa durante todo ese tiempo.

En Wolmar había un ayuntamiento, dirigido por el hombre aficionado a cambiar los nombres de las cosas; una iglesia, llamada de San Simón, donde iban a humillarse ante Dios los ortodoxos, los católicos, los protestantes luteranos e incluso los dos o tres nobles ateos roussonianos que había en la ciudad; las ruinas de un castillo; una farmacia antiquísima, cuyo propietario era el doctor Zalkinis; y una posada llamada Der Rot Flusskrebs.

Cuando el posadero abrió su establecimiento —muchos años atrás—, preguntó a los vecinos cómo querían que se llamara, pues no deseaba que su negocio fuera conocido únicamente como «la posada de la calle real». Un alemán aficionado a la heráldica le sugirió el nombre de Der Rot Flusskrebs, precisamente porque en el viejo escudo de Wolmar había un cangrejo. Hacía muchos años que los habitantes del pueblo no veían cangrejos en el río Daugava y nadie sabía a ciencia

cierta por qué había un cangrejo rojo en el blasón del pueblo, pero puesto que estaba allí, lo justo era que el establecimiento hotelero llevara dicho nombre. Una compañía de Riga, a sesenta millas de Wolmar, había decidido que enviaría una diligencia hacia el norte los lunes y los jueves, pasando por Sigulda y Cesis, y necesitaba que distintas posadas le prestaran el servicio imprescindible de caballos y atención a los viajeros en cada parada. La posada de Der Rot Flusskrebs respondió a las exigencias de la compañía letona en Wolmar y, cada lunes y jueves, a las diez de la mañana, hacía su entrada en el patio de la posada una diligencia tirada por cuatro caballos ligeros; podían ir ocho personas en el interior del carruaje, más otras cuatro arriba, con las maletas, un postillón en la parte de atrás, y el cochero, que iba en el pescante, generalmente apestando a ginebra; en varias ocasiones llegó tan borracho a Wolmar que pasó por delante de la posada sin dejar a sus pasajeros, y cuando le recriminaron su conducta, exclamó que no había visto el pueblo y que le parecía intolerable que anduvieran cambiando el pueblo constantemente de un lado para otro, y juiciosamente advirtió que lo mejor era dejar el pueblo en un lugar fijo y no moverlo.

El dueño de Der Rot Flusskrebs era un letón de buen carácter, siempre dispuesto a agradar a la clientela; los malos modos y la rigidez de las ordenanzas en el establecimiento quedaban para su mujer, una antigua carnicera alemana cuya lengua era capaz de aterrorizar a los mozos de cuadra y a los paisanos que se reunían en el patio a esperar pasajeros y mercancías.

A pesar de la habitual emoción que reinaba en el patio, Jonas Fou'fingers sabía que la diligencia de Riga aún tardaría un buen rato en llegar, y pidió que le prepararan un *grog* caliente al tiempo que sacaba el almanaque del bolsillo de su chaqueta. Se le cayó entonces el papel en el que tenía apuntado el nombre de la persona a la que había ido a buscar.

—Sa... Saigei... Saigy... ¡Bah!

Guardó de nuevo el papel en el bolsillo y miró de reojo por el ventanal. Había dejado el carruaje en manos de uno de los mozos de cuadra más avisados, al que conocía bien y al que le había recordado que no estaba en Livonia porque le apeteciera, sino porque la justicia de Inglaterra lo perseguía en calidad de feroz asesino de mozos de cuadra. El muchacho había sonreído mientras Jonas Fou'fingers seguía con sus amenazas.

—Ea, señor Fou'fingers, no se preocupe —había dicho el joven—. Cuidaré de *Mr. Pickerton* como siempre.

—Si le falta un pelo de la crin cuando vuelva a buscarlo, te rebanaré las orejas y se las daré al cuervo más sucio que encuentre por el camino.

—¡Ja, ja, ja...!

Jonas comprobó que *Mr. Pickerton* se encontraba feliz y a cubierto, relinchando amablemente con otros jumentos de la cuadra, y volvió la mirada al almanaque del doctor Southpaw. El *Curioso almanaque científico, agrario y astrológico del doctor Southpaw* era la mismísima Biblia para Jonas Fou'fingers. No solamente incluía una soberbia recopilación de versos, historias, anécdotas y grabados de «los relojes públicos más bellos de Europa» (el año anterior habían sido «los puentes públicos más bellos de Europa»), sino que además venía con unas formidables tablas lunares y solares, con la hora a la que aparecían y desaparecían los astros, y la hora exacta a la que subía la marea en lugares tan excéntricos como Dover, Copenhague y San

Sebastián, en España. También se explicaba pormenorizadamente cuándo convenía plantar el trigo, el centeno o el maíz, así como los días y horas propicios a la siega de cereales, la recolección de frutas o la siembra otoñal. El jardín ornamental no era el punto fuerte del almanaque, pero se ajustaba bastante en lo referente a las rosas y las hortensias. (Jonas comprendía que el autor del almanaque no entrara en la cuestión de los tulipanes, porque esos conocimientos estaban al alcance de pocas personas «en este mundo».)

El jardinero del Pensionado de Neuwelke, entre sorbo y sorbo de su cálido *grog*, ya estaba a punto de concluir un hermoso relato basado en la leyenda galesa del caballero que se enamoró de una de esas peligrosas damas que moran junto a las fuentes... entonces oyó cierto bullicio procedente del patio, y al cabo vio entrar los sudorosos caballos que arrastraban la pesada diligencia. De mala gana, Jonas Fou'fingers guardó el almanaque y sacó el papel arrugado en el que alguien había escrito el nombre de la persona a la que tenía que recoger. Volvió a embozarse en el gabán, pagó la cuenta y salió al patio.

Los cuellos de las agotadas bestias rezumaban sudor y un leve vapor ascendía entre bufidos y relinchos de satisfacción ante el deber cumplido.

—¡Wolmar, señores, Wolmar! ¡Woolmaaar! —gritó el postillón, mientras se encaramaba con agilidad a la caja de la diligencia y empezaba a lanzar los fardos y los bultos al suelo del patio. Algunos hombres se quejaron, porque el patio de la posada lucía una película poco higiénica de orines y estiércol de acémilas.

Jonas Fou'fingers se acomodó junto a un amarradero y volvió a mirar el papel, con una mueca de desagrado. De la diligencia descendieron dos hombres de edad madura que habían tenido la suerte, al parecer, de viajar junto a la ventanilla. Luego se apeó un joven, con una anciana. Después bajó una señora con gesto contrariado, a la que su marido no parecía prestarle la atención debida.

Y finalmente, ella.

Jonas Fou'fingers había visto aquello en algunas ocasiones. En las montañas de Escocia, en los Grampianos, hay neveros que permanecen congelados todo el año; de esas palas de nieve eterna se destilan arroyos que van reuniéndose poco a poco por las laderas, y limpiándose en las rocas pulidas y en las praderas encharcadas; y un poco más abajo, cuando los torrentes ya tienen un caudal, se despeñan las aguas heladas por los desfiladeros, formando pozas y remansos. Pues bien, en esos arroyos había visto el jardinero el imposible color de los ojos de aquella mujer. Era un azul turquesa, purísimo y brillante, que emocionaba porque era perfecto, como emociona un día soleado de invierno, o el perfume de los campos empapados tras una tormenta estival, o como emociona un verso perfecto o, puestos a elegir, un tulipán Viceroy.

Era una mujer que aún no había olvidado del todo la juventud. (Jonas Fou'fingers apostó consigo mismo que no llegaba a los treinta y, apostara lo que apostara, lo perdió, porque la mujer acababa de cumplir los treinta y dos.) Casi cerró sus ojos soñolientos cuando descendió de la diligencia, como si hubiera hecho parte del camino dormida o como si le molestara la luz grisácea de Wolmar. De todos modos, parecía alegrarse de bajar del vehículo, pues lanzó una sonrisa encantadora al postillón y éste, fulminado de amor carretero, descendió el baúl de la señorita con toda la delicadeza del mundo, y luego no quiso aceptar la moneda que la joven le tendía. La mujer

intentó acicalarse un poco el pelo rubio, que traía peinado al estilo holandés, y se acomodó la capa de viaje, al tiempo que buscaba algo o a alguien con la mirada.

Jonas gruñó, se acarició la barbilla con gesto pensativo y avanzó lentamente hacia ella.

—Señorita Sai... —Buscó ayuda en su papel arrugado—. ¿Es usted la señorita Sagei...?

—*Mademoiselle Sagée*, señor. Émilie Sagée —dijo, con una sonrisa encantadora—. ¿Es usted el cochero del Pensionado de Señoritas de Neuwelke?

Jonas frunció el ceño y no se dignó siquiera contestarle. «¡Cochero! ¡Dice... “cochero”! La *mademoiselle* dice que si soy “el cochero”», farfulló, y se encorvó con decisión para coger el baúl de la viajera. Sin dirigirle la palabra a la señorita, lo trasladó hasta la calesilla y lo acomodó en la parte posterior. *Mr. Pickerton* había dado buena cuenta de la ración que le habían asignado en el morral y esperaba pacientemente en la cuadra. Jonas lo sacó de allí y avanzó despacio por el patio, hasta llegar a la altura de la señorita Sagée. A pesar del carácter sereno y tranquilo de *Mr. Pickerton*, el percherón se frenó en seco cuando llegó a la altura de la mujer e, incomprensiblemente, dio un paso atrás. La señorita Sagée inclinó la cabeza y se apartó un poco; luego, subió a la calesilla y se acomodó en el pescante, junto a Jonas Fou’fingers.

El jardinero miró el cielo y comprobó que no tardaría en llover; él también lo sentía en los huesos, como el viejo *Mr. Pickerton*, que parecía resistirse a emprender el viaje de regreso a Neuwelke ante la perspectiva de un molesto aguacero. Era la primera vez que el percherón rehusaba: era un síntoma de la edad, y esos gestos serían cada vez más frecuentes, porque...

—¿Está muy lejos el pensionado, señor...?

—Está en el mismo lugar donde lo construyeron, señorita —contestó el escocés.

La señorita Sagée inclinó la mirada y se aferró a su pequeño *sac à main*, en el que llevaba sus pertenencias más preciadas, al parecer. Era evidente que aquel hombre hosco y maleducado no iba a dirigirle la palabra durante todo el trayecto, durara éste media hora o seis días. Así que la señorita Sagée se dedicó a contemplar con curiosidad todo lo que veía a su alrededor.

Los campos yermos del otoño habían adquirido, bajo el cielo plomizo, esa tonalidad indefinida que pasa de gris y no alcanza a pardo. En las hondonadas, donde tal vez se erguía un grupo de esqueléticos álamos, se había formado una neblina que aún difuminaba más los contornos de los campos y los horizontes. De tanto en tanto podía descubrir una cabaña en lontananza, desde la que se elevaban azuladas volutas de humo. Por ninguna parte se veía a ser vivo alguno. Habría que poner muchos anuncios en *The Times* para encontrar un poeta con la suficiente imaginación para cantar la hermosura de aquel paisaje soñoliento y apagado. Y, sin embargo, la señorita Sagée sonrió y aquellos ojos imposibles iluminaron su dulce gesto: seguramente pensaba que el otoño no dura siempre y que aquellos campos ahora yermos florecerían, y en ellos crecerían las espigas, y los prados verdearían y miles de flores salpicarían aquí y allá con su descuidada alegría el paisaje. Al fin y al cabo, ella tenía derecho a estar alegre: le habían ofrecido un puesto de trabajo, le darían techo y comida, y un sueldo pequeño pero suficiente. Es posible que fuera eso lo que deseara fervientemente, porque apretó con fuerza las asas de su bolsa de viaje y cerró los ojos, con el gesto de quien implora a Dios o reza para que todo se desarrolle conforme a sus deseos.

De repente, cuando los abrió, la señorita Sagée se encontró de frente con la esbelta mole del Pensionado de Señoritas de Neuwelke. Y ahora que empezaban a caer las primeras gotas de

lluvia, también aquel edificio gris parecía envuelto en una vaporosa bruma. *Mr. Pickerton* cruzó con confianza y decisión la verja de entrada a la propiedad e inició el ligero ascenso por la avenida de abetos azules y de grava hacia la entrada principal. En la puerta esperaban dos criadas jóvenes, con gesto curioso y desocupado. Cuando *Mr. Pickerton* se detuvo frente a la escalinata, las dos muchachas se acercaron a la calesilla y, con algún esfuerzo, consiguieron sacar el baúl.

—¿Había mucha gente en la posada, señor Fou'fingers?

—¿Sabe si venían en la diligencia telas nuevas para la tienda de la señora Vattera, señor Fou'fingers?

—¿Estaba por allí el guapo aprendiz del panadero, señor Fou'fingers?

Es dudoso que las criadas quisieran obtener alguna respuesta, a juzgar por la rapidez con la que planteaban sus preguntas.

—Endiabladas muchachas... —farfulló Jonas.

Las criadas hicieron una leve reverencia a la viajera y, comprendiendo que no tardaría en disolverse el cielo en lluvia, apuraron el paso y metieron el baúl de la señorita en la casona.

La señorita Sagée descendió de la calesilla y, aunque estaba decidida a no despedirse del cochero, la venció su buena educación y, tal vez, su dócil carácter.

—Muchas gracias, *monsieur*, ha sido usted muy amable.

—Hum... —gruñó el escocés, que observó con desconfianza nortea cómo la señorita subía la escalinata con elegancia de institutriz francesa—. ¡Señorita Sagée! —exclamó, al tiempo que ocultaba su mirada con la capucha de la capa—. No soy el cochero: soy el jardinero. ¡El jardinero!

La señorita Sagée se descubrió para entrar en la casa, pero permaneció durante unos instantes en lo alto de la escalinata, con la bolsa de mano a su lado, mirando fijamente al orgulloso escocés con una encantadora sonrisa dibujada en su rostro.

—*Merci, monsieur le jardinier.*

4

Hay personas que aseguran que el Pensionado de Neuwelke era un lugar extremadamente adusto y frío, pero no es obligatorio estar de acuerdo en absoluto con esa apreciación. Al menos, cuando yo lo visité, el pensionado gozaba de todas las comodidades y, con seguridad, las alumnas disfrutaron en aquel lugar de algunos de los más hermosos días de su adolescencia.

El Pensionado de Señoritas de Neuwelke era una gran mansión de estilo palladiano, de tres alturas y un sótano. Formaba una sola pieza rectangular, cuyas paredes exteriores estaban hermosamente blanqueadas. Tenía una puerta principal, embellecida con un pequeño frontón que sostenían dos grupos de columnas que imitaban los pilares jónicos; se accedía al edificio por una pequeña y elegante escalinata. La puerta se abría a un amplio vestíbulo, sobriamente decorado, con algunas pinturas históricas y un tapiz muy hermoso que se trajo de Venecia. A ambos lados del vestíbulo se abrían sendas galerías. Esa primera planta estaba destinada a las aulas: había varias dedicadas a la música, con arpas, pianos y otros instrumentos; en una sala grande, con grandes ventanales, las alumnas estudiaban dibujo y pintura, y allí tenían todo el material preciso para ello, e incluso unos modelos articulados de madera que habían traído expresamente desde París. También había aulas donde se estudiaba gramática, literatura, historia, geografía, latín, inglés, francés, álgebra y filosofía natural y científica, y otras disciplinas, como el bordado, el protocolo, la cortesía, modas elegantes y un poco de danza y bailes sociales. En la galería de la izquierda, al final, se encontraba un enorme salón que servía de gran comedor para las alumnas.

En la segunda planta, a la derecha, cuando se subía por la gran escalinata central, estaban las dependencias del señor y la señora Buch. (La alcoba de la pobre señora Eveline Buch se encontraba en un extremo muy apartado.) En esa galería también se abrían otras dependencias únicamente destinadas a los maestros y a las institutrices. Había un gran comedor y varios salones; también había, con ventana hacia la parte posterior, un salón azul que todos llamaban «del desayuno», porque allí solía servirse habitualmente la primera comida del día. En la galería opuesta de esa segunda planta se encontraban las dependencias privadas de los maestros.

Y por fin, en la última planta, se encontraban las habitaciones de las jóvenes señoritas. Las más pequeñas dormían de cinco en cinco, en amplias y cómodas estancias; las alumnas medianas dormían de tres en tres; y las mayores disponían de habitaciones individuales, con *boudoir*. En un extremo se encontraban las alcobas y dependencias de las damas de compañía; no era muy

habitual, pero había familias que no podían pensar que su querida hija pudiera pasar sin una criada propia.

Algunos autores se niegan a dar cuenta de lo que acontece en los sótanos, porque a su entender los criados no son dignos siquiera de un comentario. Son esos escritores que intercalan en sus relatos frases como ésta: «El criado abrió la puerta y dijo que no había nadie en la casa.» Sin embargo, todo el mundo sabe cuán importantes son los criados, precisamente porque sus carencias o su ingenuidad a menudo, y para bien o para mal, los convierten en protagonistas de las historias que se cuentan en los libros. Pues bien, los criados de esta historia vivían y trabajaban, como es habitual, en la planta del sótano, donde estaban sus alcobas, varios salones, una despensa, una cocina, una lavandería, y otras dependencias en las que no es necesario detenerse en exceso.

A juicio de los que vivieron allí, lo mejor del pensionado eran sus enormes ventanales. La disposición arquitectónica, con una gran escalinata central, y galerías a ambos lados de cada planta, con numerosas salas, permitía que todas las habitaciones tuvieran mucha luz. Estaba dispuesta de tal modo la edificación que por la mañana el sol resplandecía en la fachada y, por la tarde, los anaranjados rayos entibiaban las habitaciones de la parte posterior. Quizá la parte trasera tenía menos luz y era menos cálida —aunque no había habitación, por pequeña que fuera, que no contara al menos con una rejilla para el carbón; las salas grandes lucían espléndidas con sus enormes chimeneas señoriales—, pero a cambio contaba seguramente con las mejores vistas: desde allí se contemplaba el jardín resguardado de Jonas Fou'fingers, con sus setos y sus preciosos parterres; y, a lo lejos, los campos de trigo y centeno —en primavera y en verano—, con algunos grupos de árboles y la cabaña de los Yielovna, donde vivía el joven Nikolai. (Los Yielovna tenían arrendadas buena parte de las tierras que circundaban el pensionado; Nikolai, un muchacho de quince o dieciséis años, siempre andaba rondando por allí, holgazaneando en la cocina, bromeando con las criadas y molestando a Jonas Fou'fingers.) A cambio del sol matutino, los habitantes del pensionado cuyas habitaciones miraban a la parte frontal del edificio, tenían por delante el camino de grava, con severos setos, la cancela y unos extensos campos anodinos y ascéticos, aunque también se alegraban bastante en primavera. Y esto es todo lo que se ha de decir por el momento respecto a la arquitectura del edificio.

Respecto a las personas que habitaban el Pensionado de Señoritas de Neuwelke, el asunto no es tan fácil, porque las personas tienen más galerías, e incluso pasadizos secretos, y habitaciones que se niegan a abrir, y sótanos oscuros o balconadas demasiado expuestas. Por ejemplo, las dos criadas que acompañaron a la señorita Sagée a su habitación en la segunda planta se mostraron amabilísimas y encantadoras, y le enseñaron dónde estaban las sábanas y las toallas limpias, y dónde podía encontrar todos los enseres, y cómo podía calentar agua en el samovar, y cómo se abrían las ventanas, y... Pero cuando salieron de allí, y se encaminaron por la galería hacia la escalera, para volver al sótano, tanto Irina como Latia —pues así se llamaban— hicieron un examen minucioso de la nueva institutriz: comenzaron por lo que más les interesaba, la cuestión de la indumentaria, y llegaron a la conclusión de que, para ser francesa, la señorita Sagée era muy poco elegante: aquel vestido tan severo y aquel tejido gris tan triste era más propio de una fregona que de una señorita... «Aunque tiene unos ojos que...», dijo Latia, pasando directamente a la cuestión del análisis anatómico; Irina se detuvo a criticar el peinado —ignoraba que fuera moda

holandesa—, y tampoco le gustó mucho que la señorita Sagée sonriera tanto.

Irina y Latia convivían con la fabulosa señora Bertha Huns, natural de un pueblo cercano llamado Salkja. Algunas alumnas (las más pequeñas) creían que la verdadera dueña del pensionado era la señora Bertha Huns. Y casi era verdad: la cocinera llevaba en Neuwelke desde el principio, porque había sido la cocinera de la casa familiar de la señorita Eveline y, cuando ésta se casó con el señor Buch y se trasladaron al gran caserón de Neuwelke, ella también cogió su baúl y su ropa blanca y se adueñó de una hermosa habitación en el sótano, y también de la cocina, de la despensa, del lavadero y de todo lo que había allí. La señora Bertha Huns podía aterrorizar a cualquier muchacha con sus alaridos y muchas alumnas estaban persuadidas de que se escondía en algún lugar del comedor y vigilaba que todas se comieran los guisantes, las espinacas, el puré de patatas con carne, el salmón y, lo que era peor, ¡las acelgas con tocino!

—¡Niñas remilgadas y lloronas! —se le oía gritar cuando descubría que alguna de las alumnas había dejado un poco de pavo con zanahorias cocidas en el plato.

Aquellas palabras, por alguna misteriosa razón, ejercían un poder asombroso en las jovencitas, que se negaban a pasar por «niñas remilgadas y lloronas», y hacían todos los esfuerzos gástricos imaginables para no dejar en el plato ni una sola hebra de aquel morcillo gelatinoso que solía aparecer todos los miércoles a mediodía sobre la mesa. ¡Cualquier cosa menos ser una niña remilgada y llorona!

Jonas Fou'fingers, el jardinero escocés, también habitaba los territorios subterráneos y, si las «endiabladas» Irina y Latia no andaban por la cocina, solía sentarse a fumar una pipa junto a la chimenea y advertir a la señora Bertha Huns de las delicadísimas operaciones necesarias para que el cultivo de tulipanes diera los resultados apetecidos.

—... obviamente, señora Huns, no voy a decirle cuál es el secreto para que los tulipanes acaben teniendo estrías de diferentes colores y pétalos rizados, porque éstos son misterios que deben quedar en poder del jardinero especializado, pero...

—¿Por qué no les gustarán las acelgas a estas mocosas...?

Cuando llegó la señorita Sagée al Pensionado de Neuwelke, las mocosas eran cuarenta y dos. El señor Buch, con el concurso y consejo de los profesores, había decidido que aquel año las niñas quedarían divididas en tres grupos de catorce alumnas cada uno. Las más pequeñas tenían entre siete y once años, y, a pesar de su corta edad, los maestros lograban que se aplicaran en el estudio de un modo asombroso. Semejantes avances pedagógicos se debían, en su mayor parte, a las normas que en su tiempo había impuesto la señora Eveline Buch, que estaba convencida de que el aprendizaje era mucho más sencillo y menos laborioso si se aplicaba como una costumbre infantil. A veces, cuando iba llegando el buen tiempo, se veía a una institutriz, como una mamá pata, seguida de una hilera de niñas, dando un paseo por los jardines o llegándose hasta las lindes del bosque. Las niñas, ¡a tan corta edad!, ya iban cantando una instructiva canción en inglés...

*One, two, three, four, five, six, seven,
all good children go to Heaven...!*

El segundo grupo lo formaban catorce niñas de doce a quince años; por alguna razón que los profesores llevaban años investigando, conformaban el grupo más rebelde y arisco. No había modo de entender por qué se desternillaban de risa y, repentinamente, rompían a llorar por cualquier nonada, o se quedaban pensativas y como aleladas mirando el paisaje, o viendo caer los copos de nieve, o contemplando cómo se agitaban los árboles con el viento. En ese grupo se encontraba Christa Dix, llamada «la revolucionaria», hija primogénita de unos acaudalados terratenientes de Riga, y Elizabeth von Klapheck, cuya melancólica actitud tenía preocupadísima a su dama de compañía, a los profesores y al mismísimo señor Buch.

En el último grupo de catorce se encontraban las jovencitas que ya se estaban preparando para presentarse en sociedad. Aparte de luchar incansablemente con ellas para que se sentaran derechas y dejaran los pies quietos, estas muchachas pensaban más en el futuro que en el presente, y sólo tenían en mente las cintas que se podían comprar en Londres, los abalorios y joyas que al parecer se podían adquirir en París, los vestidos que vendía Mlle. Hartung en Riga, y otras preocupaciones semejantes. El álgebra, por ejemplo, no les interesaba especialmente. Este grupo de muchachas ya conocía todos los recursos del maquillaje y, aunque nadie se los había enseñado, todos los trucos de la zalamería y el engatusamiento femenino. (Esto, al parecer, es cosa que las señoritas aprenden por influjo del Espíritu Santo.) En este grupo se encontraban Julie von Gùldenstube, que por aquel entonces tenía dieciséis años, hija segunda de un barón conocido por sus estudios científicos, Antoinette de Wrangel, la ingenua y hermosísima hija de un noble polaco, y Sönke Buttgereit-Dientzenhofer, que pertenecía a una antiquísima familia de Bohemia, y otras niñas de igual o mejor familia. Estas tres jovencitas habían venido al Pensionado de Neuwelke con sus propias *chaperones*, unas mujeres que siempre causaban incomodidades y enojos en la escuela. Y aún había otras dos, que se ocupaban de dos niñas pequeñas, y que siempre andaban detrás de ellas, como si las niñas de siete años se fueran a caer (entonces se romperían como el cristal) o hubiera que llevarles la cuchara a la boca a la hora de comer.

En la historia del Pensionado de Neuwelke, tal vez la *maiden* más desgraciada fue Hildegard Sattler, *chaperone* de la tímida y hermosa Antoinette de Wrangel. La señorita Sattler presumía de su fidelidad germánica a la señorita De Wrangel, pero dicha fidelidad incomodaba enormemente a las tres amigas, especialmente a la pelirroja Sönke, bajo cuya melena de fuego siempre se estaban cocinando peligros. (Al parecer su padre era en extremo severo y creía que su hija Sönke sería en el futuro una mujer ingobernable y casi diabólica, pues tenía la seguridad de que las personas pelirrojas guardaban alguna relación ignota pero cierta con el inframundo.)

—Tienes que procurar que encuentre algo en lo que entretenerse —dijo Sönke en cierta ocasión—. Así dejaría de perseguirnos y vigilarnos.

—No sé... —dudaba Antoinette.

—Hemos de conseguir que la señorita Hildegard Sattler esté ocupada y entretenida en sus asuntos y así podremos nosotras ocuparnos de los nuestros...

Lo que aconteció finalmente es que una apacible tarde de otoño aquellas tres pequeñas brujas se sentaron, con gesto inocente y ademán georgiano, a tomar el té con la citada dama de compañía. La pobre señorita Hildegard Sattler, una mujer de Eslovaquia a la que con frecuencia confundían con una escoba, procuraba hacer bien su trabajo y aconsejaba con profusión a su pupila y a todas

las niñas que se encontraba en su camino; y eso habría tenido un valor incalculable si las jovencitas hubieran tenido algún deseo de dejarse aconsejar. Aquel día, precisamente, Sönke le preguntó a la *maiden* qué opinión tenía del profesor de historia y si no creía que aquel hombre se estaba excediendo en sus amabilidades; la pobre señorita Hildegard le contestó que no tenía opinión al respecto y que no creía que el profesor se estuviera... ¿Se estaba excediendo? Sí, en opinión de Sönke, el profesor miraba demasiado y demasiado descaradamente a Hildegard. La muchacha reconocía que no sabía cuáles podrían ser las intenciones de aquel hombre. Si la señorita Hildegard quería, podía ir a quejarse al señor Buch... Pero la señorita Hildegard no lo consideró necesario. En cambio, al día siguiente consideró necesario bajar a Wolmar a comprarse un vestido nuevo y varias cintas para adornarse, y también compró un perfume discreto...

Cuando Sönke contaba aquella aventura, Julie se tapaba la boca, casi abrumada por tanta maldad, y luego se reía llenando de jilgueros las estancias de Neuwelke, y la tímida Antoinette escondía la risa entre las manos ante la simple idea de que la pobre señorita Hildegard pudiera estar enamorada del profesor de historia.

El profesor de historia y geografía era el señor Klöcker, un bávaro que hacía ya muchos años que había cumplido los cincuenta, que jamás había estado casado y cuyo único interés —en la vida— era el Imperio romano, aunque a veces concedía alguna atención al Imperio antiguo de las pirámides. El señor Klöcker era tan seco, tan adusto, tan huraño y hosco que nadie, salvo la *maiden* de Antoinette, podría creer que había perdido el corazón por una mujer, pues en el maduro profesor, perder el corazón sería tanto como si perdiera la cabeza. De todos modos, la pobre señorita Hildegard acabó convenciéndose de lo contrario y, cuando se cruzaba con el profesor, el sombrío «Buenos días» del maestro le parecía a la mujer un «La adoro a usted, mi querida señorita Sattler». Otra razón por la que el señor Klöcker jamás se enamoraría era que daba clases de latín.

El resto de los profesores conformaba un plantel educado, distinguido y, si ellos no se ruborizaran por el elogio, podría hablarse de verdadera sabiduría pedagógica. El señor Buch había impartido clases en los primeros años de la institución y en Livonia había adquirido cierta fama como profesor de álgebra y geometría, y de ciencias matemáticas en general. Pero él mismo era consciente de su escasa formación y, sensatamente, prefirió que fueran hombres y mujeres educados en universidades, academias y liceos los que enseñaran a la flor de la nobleza livonia y alemana. Así que, en cuanto le fue posible, abandonó las tareas docentes (aunque en el pueblo algunos aldeanos aún lo llamaban *herr professor* Buch) y se entregó a la administración del pensionado y a la vigilancia y cuidados de su esposa. El álgebra, la geometría y la filosofía natural habían quedado entonces en manos de distintos profesores, hasta que llegó el escuálido y seco señor Schafthausen, para quien los números y los símbolos matemáticos tenían significados que el resto de los seres humanos ignoramos. Probablemente había sido pastor luterano antes de entregarse a la docencia y, probablemente también, tenía un nombre de pila, aunque nadie consideró necesario saberlo. Todo el mundo lo llamaba *herr* Schafthausen, salvo las jovencitas más pícaras, que habían ido traspasando de curso a curso y de generación en generación malévolas comparaciones con las que siempre se identificaba a dicho profesor en el pensionado. Las muchachas solían bromear asociándolo a la imagen de garzas y cigüeñas, porque

acostumbraba a vestir siempre de negro y blanco y su delgadez extrema, especialmente en las piernas, le obligaba a caminar ciertamente con un aire de ave zancuda. Es posible que el señor Schafthausen conociera ese asunto, pero jamás lo mencionó —ni hizo nada por cambiar su aspecto ciconiforme—, y se limitó a crotorar sus problemas aritméticos en clase con gesto impasible.

Las lenguas y la literatura le correspondían al señor David Whimple, que a veces instruía también a las mayores en los rudimentos de la filosofía moral. El señor Whimple, en aquella época, rondaría los cuarenta años, y durante los seis cursos que llevaba impartiendo clase en Neuwelke había tenido la prudencia de ocultar su vida pasada. Es enojoso, pero lo único que se puede avanzar al respecto es el argumento que corría de boca en boca por las habitaciones de las señoritas más chismosas. Daba la casualidad de que el señor Whimple era bien parecido, con una mirada sombría y misteriosa, y con un cabello desordenado al modo romántico; además, solía recitar a las muchachas mayores versos escogidos de Lord Byron y Shelley, y del joven Keats, y otros románticos,

Sun of the sleepless! Melancholy star!

de modo que algunas alumnas caían perdidamente enamoradas de él, y durante varios meses suspiraban con aire melancólico y perdían incomprensiblemente el apetito. (Aunque, con dieciséis años, la cuestión del apetito no tardaba mucho en solucionarse.) La «endiablada» Sönke fue una de las adoratrices del señor Whimple cuando cumplió los quince años, y anduvo triste y meditabunda tres semanas enteras, en las que no pronunció otra palabra que no fuera Whimple ni escribió ninguna otra combinación gráfica que no dijera Whimple o elpmihW o cosas semejantes; incluso sus cabellos de fuego parecieron apagarse un tanto. Afortunadamente, al cabo de las tres semanas perdió todo interés amoroso por el señor Whimple cuando éste comenzó a explicar la gramática. David Whimple ya tenía edad suficiente para saber cuáles son los efectos de la poesía romántica en jovencitas inexpertas, así que cortaba de raíz las posibles efusiones líricas de sus alumnas con una ración intensiva de gramática. Ninguna jovencita mantenía el amor byroniano por su profesor tras una severa clase de sintaxis comparativa de inglés y alemán. Después de semejante decepción —¿cómo era posible que el señor Whimple hablase de cosas tan horribles como el subjuntivo y las desinencias?—, las alumnas mantenían un saludable respeto y cierto distanciamiento, pero no podían dejar de apreciarlo y saludarlo con sus juveniles sonrisas: al fin y al cabo, era un hombre encantador, muy educado, amable, sensible, e incluso ingenioso y divertido en primavera, siempre que no se cruzase en su camino un sufijo o un participio irregular.

Hasta pocas semanas antes, el Pensionado de Neuwelke había contado con la presencia y la sabiduría de *mademoiselle* Tartiére, una institutriz marsellesa a la que no se le tenía especial cariño en la institución, entre otras razones por una deplorable falta de higiene personal. Antes de que *herr* Leónidas Buch pudiera reunir el valor suficiente para despedirla, la señorita Tartiére abrió un día la puerta de su despacho y, entre lágrimas, dijo que lo lamentaba mucho y que tenía que regresar a su ciudad natal porque su madre había sufrido un accidente, no podía valerse por sí misma y, naturalmente, ella tendría que cuidarla. Desde luego, aquella deserción causaba no pocas incomodidades organizativas al señor Buch, pero, en cierto modo, liberarse de la señorita Tartiére

también fue un alivio. Tuvo que hacer indagaciones rápidas y poner anuncios apresuradamente, pues el pensionado no podía permitirse el lujo de pasar muchas semanas sin una institutriz de francés. La primera carta que tuvo en sus manos, acompañada de una única carta de recomendación, era de la señorita Émilie Sagée, de Dijon. (Instintivamente, el señor Buch acercó la carta a su nariz, pero no pudo distinguir el picante aroma que esperaba descubrir.) Las clases habían comenzado ya y, si dejaba pasar mucho tiempo, las alumnas no tendrían maestra de francés hasta pasada la Navidad; así que envió una carta urgente a la señorita Sagée, comunicándole que aceptaba su solicitud, al tiempo que le rogaba que se presentase en Wolmar tan rápidamente como le fuera posible. Desde luego, era una contratación precipitada, pero los padres de sus damiselas pagaban una buena cantidad de dinero para que sus hijas salieran de Neuwelke hablando un francés tan preciso como el de Molière. (Molière, no Voltaire.)

La plantilla de profesores se completaba con la esférica señorita Amalia Vi, una mujer con una sabiduría mundana que asombraba a todos los profesores. Era la responsable de inculcar a las alumnas los conocimientos precisos para que el mundo pudiera decir que eran señoritas elegantes, bien educadas, ingeniosas, laboriosas y, en definitiva, buenas esposas y madres. Para ser esposas, antes había que buscar marido: era entonces el momento de aprender a hablar, a tocar medianamente el piano, o el arpa, u otro instrumento melancólico, a cantar sencillas y modestas baladas, y a bailar. A pesar de su condición circular, la señorita Amalia Vi podía ejecutar una polca o un vals con la destreza de una escuálida bailarina rusa. Con la señorita Vi, las alumnas aprendían a dibujar y a bordar, y a realizar otras labores femeninas con encanto y discreción. También aprendían a subir y a bajar de un carruaje, o a sentarse en la hierba del jardín de un modo decente —cosa difícilísima cuando se tienen dieciséis años y el cuerpo femenino parece el de una marioneta desvencijada—, y a preparar una cesta de pic-nic con la sobria pulcritud de una señorita Bennet.

Y éstos eran todos los habitantes de Neuwelke, pero las niñas se enfadarían con este humilde autor si no mencionara a *Mr. Pickerton*, el adorable percherón de la casa, a *Words* y *Cole*, los dos mastines que —supuestamente— vigilaban la propiedad y —efectivamente— sólo buscaban las carantoñas de las alumnas. (Por cierto, nadie quería confesar quién había sido el sacrílego que había llamado de aquella manera a los perros.) Y desde luego, también estaba *Ossián*, el enorme gato blanco y peludo cuyos ojos ambarinos no dejaban de asombrar a todo aquel con el que se cruzaba —tan elegante y desdeñoso— en las galerías y corredores. (Aunque, respecto al gato, no cabe engañarse: pasaba la mayor parte de su perezoso tiempo dormitando en un escabel del salón de desayunos, frente a una chimenea cálida y apacible.)

5

CARTA DE ÉMILIE A SU CUÑADA VIOLETTE
Pensionado de Señoritas de Neuwelke
Wolmar, Livonia.

Mi querida Violette,

Hace dos días que llegué a este internado de señoritas y he estado tan ocupada que no he podido encontrar ni una hora libre para escribirte. Espero que me perdones, porque no ha sido descuido ni indolencia, sino verdadero temor y verdadera angustia lo que me ha impedido coger siquiera la pluma. Pero después de tantas semanas sin enviaros noticias mías, por fin puedo dedicaros una parte de mi tiempo, para que sepáis de mí, y, sobre todo, para poder confirmaros lo mucho que os añoro.

¡No sé si sabré expresar la felicidad que siento, mi querida Violette! ¡Y pensar que hace sólo una semana estaba desesperada y a un paso de la locura! ¡Oh, mi querida y amiga Violette... si supieras cuánto he llorado! ¡Y qué tristes son las lágrimas para aquellos que tienen tantos deseos de vivir alegres y felices! Durante muchos meses he estado segura de que este mundo no era el lugar que me correspondía y he pensado cosas horribles: a veces, de pura desolación, crecía en mí la furia, y acusaba a todo el género humano de malvado y cruel, pero no se puede culpar a los hombres de temer a los demonios y a los espíritus. En la última escuela en la que estuve, un colegio de niñas cerca de Vilna, los aldeanos vinieron una noche a la pequeña casa donde vivía, portando antorchas, y quisieron llevarme ante el gobernador y exigir que se me encerrara, y había tres alumnas mías... ¡oh, qué horror! que, en medio de la muchedumbre, gritaban: «¡A la horca, a la horca!» Gracias a Dios, el guardés era un hombre bueno y muy respetado, y consiguió después de mucho esfuerzo que todos aquellos hombres y mujeres y niños enloquecidos volvieran a sus casas, pero yo tuve que huir... como siempre.

Ahora he llegado a este lugar maravilloso, el Pensionado de Neuwelke, pero no sé durante cuánto tiempo podré resistir... No sé hasta dónde podré ocultar mi secreto. Y, si me veo obligada a huir de nuevo, ¿no acabaré mis días en un horrible calabozo? ¿No me entregarán a un verdugo? ¿No me desterrarán a una isla donde perezca de frío y hambre?

La noche que tuve que huir de nuestra casa en Dijon fue la más triste de mi vida, y no pasa un

día en el que no ruegue a Dios que me permita volver contigo y con mis adorables sobrinos. En el colegio de Besançon, el horrible director me acompañó destempladamente hasta la calle y luego arrojó mi ropa blanca por la ventana, llamándome demonio y espíritu maléfico; y en Mulhouse, la directora del orfanato donde trabajé me entregó a un sacerdote para que me encerraran, y dijo que yo era... ¡la encarnación del mismísimo Satanás! Allí sufrí al hombre más horrible que haya visto sobre la faz de esta tierra: el *père* Balkas. Cuídate de él, si tienes la desgracia de toparte con él... pero no quiero recordarlo... Y otro tanto pasó en Estrasburgo, como sabes, donde sólo un juez benévolo me salvó de la horca, y en Friburgo, y en Heidelberg, y en Jena y en otros lugares de Alemania, y luego en las horribles tierras de Polonia, siempre heladas, hasta que llegué a ese colegio de Vilna, de donde tuve que huir hace poco...

En mi última carta te contaba que había estado viviendo en un sótano de Riga, porque no quería arriesgarme a que me descubriera alguien que me pudiera reconocer... temo que empiezan a conocerme en todas partes y que pronto no tendré adónde huir. Entonces comprobé que se me habían acabado todas las hierbas y me sentí aterrorizada: tuve suerte, porque encontré a un muchacho desocupado en la calle, y le encargué que fuera a un mercado y me comprara todas las hierbas que necesito. No me trajo todo lo que preciso —faltaba la flor de tilo—, pero sí la mayoría, y venían las hierbas envueltas en papel de periódico... En una de esas hojas leí un anuncio que había pagado el Pensionado de Señoritas de Neuwelke y en el que se ofrecía un puesto de institutriz de lengua francesa.

A pesar de todas las desgracias que he sufrido, no quiero darme por vencida, y creo... perdóname, mi querida Violette, si te parezco soberbia, pero creo que merezco una vida.

Anidó entonces en mi pecho la idea de que éste podía ser el lugar elegido: hice acopio de toda mi ilusión y me decidí a escribir al señor Buch, que es el propietario de esta institución. Por desgracia, tuve que falsificar una carta de recomendación. Sé a lo que me arriesgo si algún día se descubre, pero no pude evitar la tentación de querer ser feliz... No sé si esto puede llamarse pecado o puede ser motivo de recriminación, teniendo en cuenta el estado en que me hallaba. En la carta falsificada escribí el nombre de un señor llamado Anthony Rose —ya ves: son los nombres de tu primogénito y de tu benjamina; así no lo olvidaré—, e inventé que era el director de un colegio de Nancy, y escribí las recomendaciones que buenamente me parecieron apropiadas, sin excederme en los elogios y mitigando los defectos. Lo único que esperaba es que el señor Buch no tuviera tiempo o ganas de devolverle la amabilidad a mi Anthony Rose.

Y así fue, gracias a Dios. El señor Buch me escribió al cabo de dos días: en su misiva descubrí los trazos de una persona que se ve en un apuro: pretendía que viajase a Neuwelke tan pronto como fuera posible. No voy a molestarte contándote cuán horribles son las diligencias en estos lejanos países; baste que finalmente llegué, que un extrañísimo jardinero me trajo hasta el colegio y que, desde entonces, soy la persona más feliz del mundo.

Tuve, en el despacho del señor Buch, la entrevista pertinente. El señor director me parece una persona encantadora y con un gran corazón. Creo que sufre horribilmente a causa de la penosa enfermedad de su esposa. (Aquí todo el mundo habla de la señorita Eveline, aunque deberían llamarla señora Buch; y siempre le preguntan al director cómo se encuentra su esposa y si pueden hacer algo por ella. Una de las criadas, una muchacha llamada Latia, me ha asegurado que la

enfermedad de la señorita Eveline es terrible y que nadie ha podido verla desde hace diez años; al parecer, fue ella quien fundó el Pensionado de Señoritas de Neuwelke.) En fin, el señor Buch reconoció que habían tenido que contratarme un tanto apresuradamente, y añadió que esperaba de mí un comportamiento personal y profesional ejemplar. Hizo una mueca al constatar que sólo disponía de aquellas extrañas y escasas referencias, pero creo, por sus miradas y su sonrisa final, que quedó satisfecho con mis respuestas y con mis ideas respecto a la educación de señoritas.

También he conocido a los profesores; son todos muy amables e inteligentes, y, durante los desayunos y las cenas, se plantean en la mesa conversaciones interesantísimas. Yo procuro hablar poco, aunque en algunos casos podría haber opinado, pues no soy una maestra del todo ignorante. Los tres caballeros son bastante formales, pero la señorita Vi es mi favorita. (Es la institutriz de «artes, habilidades sociales y diplomacias», como dice ella: en fin, enseña un poco de piano y arpa, y un poco de danza, y bordado y otras cosas parecidas.) La señorita Vi siempre tiene una broma en la punta de la lengua y constantemente está zahiriendo a los caballeros; los dos de más edad la observan con gesto circunspecto, pero se sonríen cuando ella no mira. El objeto de la mayoría de sus pullas es el profesor David Whimple. Es el único que se ríe abiertamente con las ocurrencias de la señorita Vi. Hoy mismo, a la hora del desayuno, entró en el salón y, mirando al bueno del señor Whimple, le espetó: «Vaya, señor Whimple, viene usted vestido hoy como el joven Werther. Espero que no se dispare mientras yo esté presente. Me incomodan enormemente los suicidios.» ¡Oh! ¿Puedes creértelo? (El profesor tiene un aspecto bastante romántico, he de decir.) El señor David Whimple no pudo evitar una carcajada —aunque a mí casi se me heló la sangre—, y le respondió que no tenía necesidad de suicidarse... ¡y la llamó Charlotte! En fin, supongo que no te hará mucha gracia... porque no sabes cómo es nuestra Amalia Vi. Tengo que ir detrás de ella en los tramos en los que el pasillo no es muy ancho.

Y respecto a las niñas, todas me parecen maravillosas. Hay tres grupos de catorce niñas, separadas por edades. La mayoría son hijas de potentados, nobles y señores muy importantes de Livonia, de Rusia y de Alemania. Están muy bien educadas y me parece que todas tienen muchas ganas de aprender: ya he dado varias clases y, aunque aún tengo que memorizar sus nombres, todas han permanecido muy atentas y han copiado las palabras francesas que yo escribía en la pizarra... Con las más pequeñas he empezado con el *je m'appelle* y el *je suis*, y todas salieron de la clase gritando sus nombres en francés: *Comment t'appelles-tu? Je m'appelle Brigitte! Je m'appelle Brigitte!*

Tal vez pienses, mi querida Violette, que soy una mujer imprudente o alocada, y quizá consideres que haría mejor ocultándome en un pueblecito escondido de las montañas, alejada del mundo, por mi propio bien. Acaso creas que la maldición que ha caído sobre mí acabará matándome, y puede que sea verdad, pero... ¡imagina que por cobardía no hubiera conocido jamás este lugar! ¿Y si todo se pasa, y se olvida, y ya no vuelvo a ser el demonio que dicen que soy? ¿Y si, por un milagro del Cielo, el mundo olvida a la anterior Émilie y sólo recuerdan a esta Émilie, alegre y feliz, que impartió clases en el Pensionado de Señoritas de Neuwelke? Aquí hay muchas razones, créeme, mi querida Violette, por las que debo esforzarme y por las que deseo arriesgarme a vivir como el resto de los mortales. Reza por mí, y ojalá Dios quiera oírte.

Ahora debo descansar y, antes, debo preparar mis hierbas.

Quiero que les des muchos besos a mi hermano Jean-Anthony, y al jovencito Anthony, y a Lili, y a Jacques, y a Violette, y a Marc, y a Alex, y a la pequeña Rose. Y, desde estas lejanísimas tierras de Livonia, sobre todo, quiero enviarte muchos más besos a ti, mi querida amiga y hermana Violette: a ti, que siempre has tenido compasión y piedad de esta desdichada,

que tanto te quiere,
tu ÉMILIE SAGÉE

6

Aquella noche soplaba un extraño viento del sur, ese que incomoda a las mujeres sensibles y les recuerda episodios de su infancia. El Pensionado de Neuwelke tenía sesenta y tres chimeneas, incluido el gigantesco fogón de la señora Bertha Huns, y a partir de las ocho habían empezado a murmurar y a ulular del modo más sombrío. Todos los habitantes del pensionado estaban acostumbrados a aquellos lamentos y no les concedían la menor importancia.

La joven Sönke Buttgerreit-Dientzenhofer estaba recostada en un sofá de su habitación, con la espalda doblada y casi apoyada en el asiento, y con las piernas indecorosamente cruzadas sobre un escabel. Se encontraba junto a la chimenea, embebida en la historia de una joven guapa, inteligente y rica, que vivía en una casa muy agradable...

—Sönke Buttgerreit-Dientzenhofer, hazme el favor de ponerte derecha. ¡Y no cruces las piernas de ese modo, por Dios! ¿Es que esa señorita Amalia Vi no te enseña nada? —exclamó la señorita Augusta Dehmel, ejerciendo de tirana personal y privada de la muchacha.

—Humm... No sé qué pensar de Emma Woodhouse, Augusta. ¿Crees que hace bien al...? —preguntó Sönke, sin prestar mucha atención a la reprimenda de su *maiden*.

—No creo nada, querida. La verdad es que ese tipo de lecturas nunca me han interesado, y, francamente, no creo que sean las novelas más apropiadas para una señorita.

Augusta Dehmel ya había cumplido los treinta años. Otra cosa distinta es que quisiera reconocerlo. Sería falso decir que no los aparentaba, pero conservaba encantos que muchas mujeres más jóvenes que ella pierden en el transcurso de la veintena. Aunque se recogía el pelo con el peinado más modesto, los caballeros descubrían en él volutas y rizos encantadores; tenía unos ojos negros grandes y brillantes, y todo su rostro se conformaba con lo que hoy llaman *une belle figure*. También estaba delgada y sus ademanes y modales podrían hechizar a cualquier hombre... pero lo cierto es que, al parecer, Augusta Dehmel no se había propuesto hechizar a nadie. Al menos, no en la última década. Cuando cumplió los diecinueve años se enamoró perdidamente de un joven y sufrió un desengaño tan hiriente que se había refugiado bajo su caparazón para no salir jamás, o eso se juró en aquel entonces. Poco después entró a trabajar como institutriz en la casa Buttgerreit-Dientzenhofer y todo el mundo estuvo de acuerdo en considerar que Augusta Dehmel era la persona ideal para ocuparse de Sönke, aquella niña endiablada con cabellos de fuego. Augusta no se había quejado, porque conocía a su pupila, y

aunque ciertamente era una muchacha que albergaba mil duendes en su sesera, también era verdad que no había joven más buena y amable que ella. Así era como Augusta se había convertido en la *chaperone* de Sönke, y también, en parte, en su hermana mayor, en su protectora y amiga.

—¿Quién os recomienda esas novelas? Siéntate bien.

—El señor Whimple.

—¡Ah...!

Augusta Dehmel estaba recogiendo un vestido de Sönke, de espaldas a su pupila, que seguía absorta en su lectura. Si la joven hubiera estado en el interior del armario, se habría sorprendido ante la lividez del rostro de su *maiden*. Por fortuna, Augusta Dehmel sabía que, aunque no pudiera dominar su corazón, no tardaba en sojuzgar los gestos de su semblante, y no tardó ni diez segundos en recuperar su gesto habitual. En secreto se juró que intentaría reprimir sus emociones en el futuro, y se atusó un mechón de pelo que repentinamente se estaba comportando de un modo intolerable.

—No sabía que al señor Whimple le gustaran esas novelas de cotilleos femeninos.

—¡No son cotilleos, Augusta! Son... vaya, ahora no lo recuerdo... ¿Cómo dijo el señor Whimple? Son... «retratos sarcásticos de la buena sociedad inglesa».

La señorita Augusta Dehmel cerró el armario y se acercó a su pupila, le dio un golpecito en el hombro con el envés de la mano y la apartó un poco para sentarse junto a ella.

—Bueno, ¿y de qué trata?

Sönke cerró el libro, dejando el dedo índice de su mano izquierda en la página por la que iba leyendo, y entrecerró los ojos al mirar el fuego que crepitaba en la chimenea. El pelo rojo de la muchacha era más infernal que nunca.

—No sé... pese a lo que dice el profesor Whimple, yo creo que esta novela trata de un grupo de personas que se hablan pero no se entienden. Todo son malentendidos, precisamente porque son incapaces de decirse unos a los otros, claramente, lo que piensan... Es extraño. Aún no la he terminado, pero yo creo que la protagonista está enamorada de un caballero, aunque ambos son incapaces de admitirlo y de decirlo. Si yo me enamoro algún día de un hombre, se lo diré inmediatamente. ¿No crees que eso es lo mejor, Augusta?

La señorita Augusta Dehmel miró a su pupila como si un sacerdote alemán le estuviera hablando de teología. Sin embargo, a pesar de su gesto, la señorita Dehmel sabía perfectamente de qué hablaba Sönke.

—No lo sé —dijo, incorporándose, y se acercó a la ventana para comprobar si ya había empezado a llover.

Sönke volvió la mirada hacia su *maiden* y, viéndola petrificada junto a la ventana, decidió abrir de nuevo su libro y seguir espiando las aventuras de aquella joven casamentera.

Augusta Dehmel apoyó la mejilla en el cristal, pues notaba que le ardía la cara y necesitaba que la gélida condensación de la ventana refrescara su rostro. Como era una especialista en mentirse con las mejores excusas imaginables, se dijo que todo era culpa del fuego de la chimenea. Sin embargo, por detrás del camafeo que llevaba colgando de su cuello, precisamente en la cárcel que forman las costillas, sentía toda la furia de una pasión que luchaba por desatarse. Sí, tal vez lo mejor, lo más sensato, sería declarar abiertamente que estaba perdidamente

enamorada, tal y como había sugerido la joven heredera de la casa Buttgereit-Dientzenhofer. Aunque seguramente la muchacha pensaba de aquel modo porque jamás había estado enamorada y creía que declarar abiertamente el amor sería una cosa fácil y sencilla, cuando en realidad es tan difícil que sólo se puede declarar el amor a una persona a la que no se ama verdaderamente.

Dos años atrás, después de pasar por algún otro colegio, la señorita Sönke Buttgereit-Dientzenhofer y su *maiden*, la señorita Augusta Dehmel, llegaron a mediados de septiembre al Pensionado de Neuwelke. Todo había discurrido de la mejor manera posible: la joven había encontrado en Julie von Güldenstübbe y en Antoinette de Wrangel a dos compañeras y amigas con las que compartir los pequeños secretos (y los grandes arrebatos románticos) de la adolescencia; respecto a Augusta Dehmel, pronto había podido comprobar que las *maiden* que acompañaban a otras alumnas eran mucho mayores, y se pasaban el día ordenando los cuartos de sus pupilas, o escribiendo informes para sus padres, o ayudando a las niñas a completar sus tareas, o encerradas tomando té y cuchicheando por las esquinas. El año anterior, Augusta había pasado buena parte de su tiempo en el jardín, observando cómo el ceñudo Jonas Fou'fingers trabajaba en los parterres y con los rosales. Cuando se cansaba de pasear y de deambular por el pensionado, buscaba a su pupila y la importunaba con mil asuntos intrascendentes... Incluso ella misma era consciente de que debía permitir que corriera la cuerda. Sönke ya no era una niña y, aunque ella estaba allí para vigilarla, sabía que la muchacha podía valerse por sí misma, y aún más contando con la asistencia de dos pequeñas brujas como Julie y Antoinette.

Cierto día, cuando regresaba de su paseo matutino, Augusta Dehmel se encontró con el profesor David Whimple, que pensaba coger la calesilla y bajar a Wolmar, pues había recibido al parecer unos libros que le esperaban en la estafeta de correos.

—Bajo a Wolmar, señorita Dehmel. ¿Desea algo del pueblo?

—No. Gracias.

El profesor miró de reojo el semblante de Augusta y, al parecer, descubrió un hastío y un aburrimiento mortal en aquel hermoso rostro.

—Quizá le apetezca venir conmigo. Tomaremos un té en la Posada del Cangrejo Rojo, o en otro lugar.

Aquella propuesta, así, tan repentina, casi le pareció fuera de lugar.

—¿Qué...? No sé, no sé si debo...

—Vamos, anímese, señorita Dehmel, su pupila está en clase de danza con nuestra querida Amalia Vi. Y ya sabe cómo son esas jóvenes: pueden estar bailando hasta la hora de la cena. Algunas de ellas, en realidad, creen que la danza es la asignatura más importante y consideran que es el medio más rápido de conseguir un buen marido. Por desgracia, a veces ocurre que es así.

El profesor Whimple era muy hablador. Demasiado, quizá. Bueno, así no tendría que esforzarse en buscar temas de conversación. Aceptó la propuesta del señor Whimple y, después de subir a coger un chal azul, bajó y se encaramó alegremente al pescante de la calesilla. *Mr. Pickerton* los llevó a buen paso por el camino hasta el pueblo de Wolmar.

Y Augusta siempre recordaría aquella ingenua excursión como uno de los días más hermosos de su vida.

En el viaje de ida, el señor Whimple había comentado que los campos en otoño también tenían

su encanto y expresó su preferencia por los paisajes nebulosos; en cambio, la señorita Dehmel elegía las perspectivas primaverales y las mañanas luminosas del verano; el señor Whimple era partidario de las plantas silvestres y consideraba que el tejo era el árbol más elegante del reino vegetal; la señorita Dehmel sentía debilidad por las rosas —y los tulipanes— del jardinero Fou'fingers y entendía que no había un árbol más alegre que el blanco abedul. También eligieron meses del año, días de la semana, colores, frutas, bebidas, músicos, libros, poetas, etcétera. La señorita Dehmel siempre recordaría la descripción de una naranja española que, al parecer, el profesor había tenido la oportunidad de comer en cierto viaje que hizo al sur de Europa. «El mundo de las frutas se divide en dos: todas las frutas del mundo, y aquella naranja», había dicho. Augusta también hubiera querido que todas las mujeres del mundo se hubieran dividido en dos: las mujeres del mundo, y ella. Pero habían pasado dos años y no se había atrevido a confesarlo.

Tras recoger los libros en la estafeta de correos, David Whimple le propuso acercarse a la posada y arriesgarse a tomar un té. Mientras removían un bebedizo que sólo con mucha benevolencia podía llamarse té, el profesor comentó algunos detalles de su trabajo, y las partes de la literatura que más le interesaban, y cuál era su punto de vista sobre la gramática, y la necesidad de ser parco en los adjetivos. Augusta admitió que no estaba segura de haber utilizado en su vida comunicativa la cantidad correcta de adjetivos y explicó brevemente cómo había llegado a ser la dama de compañía de Sönke. Se divirtió mucho cuando el profesor le contó algunas anécdotas curiosas que se habían producido en sus clases. Como aquella vez que estuvo a punto de presenciar una verdadera trifulca entre varias niñas dispuestas a defender apasionadamente y «hasta la muerte» el valor, el honor, la honradez y la puntería con el arco de sus arqueros favoritos: Guillermo Tell y Robin de Locksley. (Discutieron por los arqueros, pero el profesor estaba seguro de que aquel enfado respondía a otras razones menos deportivas.) Y en otra ocasión una joven le había espetado que se negaba a estudiar a Rousseau porque era un sinvergüenza.

—¿Y era un sinvergüenza?

—Desde luego, pero ¿qué sería de nuestras bibliotecas si elimináramos a todos los autores que han sido unos sinvergüenzas?

En el viaje de regreso, Augusta se había percatado —casi repentinamente— de que estaba sonriendo sin ninguna necesidad y que sentía una alegría peligrosísima. Había vuelto a ocurrir. Percibió entonces el vértigo de una caída infinita y el terror de una nueva decepción. Intentó sofocar su risa en seis ocasiones antes de llegar al pensionado, pero sólo lo consiguió en dos. Y lo terrible era que los asuntos que provocaban aquella alegría tampoco eran tan divertidos. Mientras observaba el rostro amable y soñoliento de David Whimple, Augusta pensó que era horroroso sentir aquella opresión en la garganta y aquella necesidad de inspirar mucho aire y aquel hormigueo en la parte posterior de las rodillas y aquel deseo imperioso de correr y saltar... Era vergonzoso albergar los mismos sentimientos que las muchachas que ocupaban el Pensionado de Neuwelke. ¿Para qué transcurrían entonces los años, si no podía dominar su corazón? Desde que sufriera aquella lejana decepción amorosa, cuando tenía veinte años, había despreciado las niñerías absurdas del querubín ciego (un Robin de Locksley enloquecido que habría quedado el último en el concurso de Sherwood). Tampoco creía en las efusiones amorosas de los románticos, siempre tan dramáticos y excesivos (y siempre rondando los cementerios, para decirlo todo), e

incapaces de afrontar con sosiego y serenidad los embates de la vida. Augusta pensó que aquellas ganas de llorar y reír a un tiempo eran el castigo que se merecía por haber despreciado a los románticos.

Al día siguiente, Augusta Dehmel se sintió indispuesta y no salió de su habitación. Cuando la joven Sönke fue a verla y a prepararle un té, descubrió que Augusta tenía mucha fiebre, pero que «se encontraba perfectamente»; también admitió que tenía una opresión en el pecho, pero no dejaba de ir de un lado a otro sin agotarse; la dama de compañía evidentemente tenía fiebre, porque abría la ventana diciendo «Oh, qué día tan maravilloso» y, acto seguido, se derrumbaba en la cama clamando «Ay, Dios mío, ¿qué me pasará...?».

Poco a poco, la señorita Augusta Dehmel se fue reponiendo —aunque, curiosamente, cuando el profesor David Whimple pasaba por allí para interesarse por su dolencia y preguntar cómo se encontraba y si podía hacer algo por ella, Augusta recaía en su enfermedad y en torno a sus labios aparecían calenturas que conseguían hundirla en la desesperación—. Finalmente, con esfuerzo y mucha agua fresca, Augusta consiguió salir de su habitación —sin calenturas y con una dignidad británica— y realizar sus tareas sin sufrir mayores contratiempos.

El transcurrir de los días fue serenando su corazón, aunque es difícil precisar hasta qué punto. Pero lo cierto es que pudo desarrollar su trabajo sin que sus sentimientos interfirieran en nada de lo que hacía. A este maravilloso dominio de sus emociones también contribuyó la actitud del profesor Whimple, que seguía hablándole como si fuera la dama de compañía de una alumna... Y, en realidad, ¿qué otra cosa era, sino una dama de compañía? Así que, poco a poco, la pobre Augusta Dehmel se había ido acostumbrando a la amargura de estar vigilando un fuego en medio de un campo nevado. En algunas ocasiones se encontraba con el señor Whimple (siempre señor Whimple, nunca David, por desgracia), e intercambiaban unas frases amables (siempre frases amables, nunca otra cosa que no fueran esas malditas frases amables) y se despedían con toda la cortesía que cabe esperar de dos personas que se conocen y, al mismo tiempo, se ignoran. Quizá en alguna ocasión la conversación fue más allá de consideraciones vulgares sobre la nubosidad o las heladas o la lluvia o el hermoso día que vamos a tener hoy, señorita Dehmel, pero el profesor Whimple nunca dio un paso más. Es probable que Augusta llorara mucho en aquellos días, pero eso es cosa que no se puede asegurar fehacientemente. Las personas aprenden a tener paciencia y ni siquiera los niños rompen los cristales de las panaderías aunque deseen mucho la tarta de queso y arándanos que imprudentemente se les muestra y se les niega a un tiempo. Así fue como la señorita Augusta aprendió a someter sus sentimientos y a mantenerlos calladitos, como niños que jamás tendrán la tarta de queso y arándanos.

De todos modos, pensaba, si se descubrieran los afectos de su corazón, ¡qué vergüenza y qué escándalo! ¡Qué espectáculo más repugnante... una dama de compañía y un profesor de su edad, enredados en unos amores juveniles, como si fueran unos nuevos Pablo y Virginia! ¡O aún peor, un Romeo cuarentón y una Julieta... de su edad!

Sönke sólo permanecería en el colegio aquel año, y otro más. Después regresarían a casa y, probablemente, emprenderían el Grand Tour. Es decir, visitarían París, Suiza e Italia. Y luego viajarían a Londres —esto no había modo de evitarlo—, donde se presentaría en sociedad. Para entonces, pensaba Augusta, el señor Whimple sólo sería un nebuloso recuerdo. Puede que aún

tuviera que salir a pasear intempestivamente alguna vez para llorar y olvidar que el profesor llevaba una semana sin dirigirle la palabra, ocupado en sus malditas gramáticas. Las tormentas dejan charcos sucios en los caminos, pero luego se secan y nadie se acuerda de la tormenta, por muchos truenos y relámpagos que desatara sobre la tierra...

De repente, Julie von Güldenstube y Antoinette de Wrangel irrumpieron en la habitación sin llamar y gritando que tenían que decirle algo *im-por-tan-tí-si-mo* a Sönke.

—¡Por favor, por favor, Sönke, tienes que venir! ¡Tienes que venir! ¡No vas a creerte lo que tenemos que decirte!

La señorita Augusta, desde su lugar junto a la ventana, observó la escena sin decir una sola palabra. Era justo, sí, era justo y era bueno, pensó, que aquellas niñas entraran en las habitaciones corriendo, y que se rieran y gritaran sin motivo, y que dieran palmadas mientras saltaban dando vueltas, y proclamaran que tenían algo importantísimo que decirle a su amiga. Y era justo, y era bueno, que su pupila Sönke lanzara el libro de la señorita Austen por los aires, y saliera de la habitación con aquellas llamaradas en la cabeza, corriendo tras sus amigas, y olvidaran cerrar la puerta. Era justo, y era bueno en aquellas criaturas.

Pero a ciertas edades, lo que conviene es guardar silencio, adelantarse lentamente y cerrar la puerta por la que han huido la juventud, y la belleza y el amor. Y luego, coger la labor, y pensar con sosegada resignación en lo hermoso que va a quedar el bordado de violetas con hojitas verdes.

7

Jonas Fou'fingers se había asomado aquel día a la ventana de su dormitorio, sólo para descubrir algo que le había dejado perplejo y sentir la conmoción del azar meteorológico. Regresó al interior y fue inmediatamente a buscar el *Curioso almanaque científico, agrario y astrológico del doctor Southpaw*. Buscó en la página adecuada y comprobó cuán terrible era no sentir el asidero de la ciencia. El almanaque del doctor decía que el invierno se retrasaría ese año muchos días, y que era posible que sólo nevara en Suecia y Noruega antes del primero de diciembre. Pues bien, allí, en Neuwelke, había caído durante la noche una fabulosa nevada... ¡un mes antes! A Jonas Fou'fingers, jardinero y especialista en el místico cultivo de los tulipanes, no se le pasó por la imaginación la posibilidad de que el doctor Southpaw no considerara necesario citar expresamente Livonia, Wolmar y un lugar cercano en el que había un pensionado de señoritas. (Ocurre a veces que los hombres no entendemos que Platón, Descartes y Bacon de Verulamio cometieran el intolerable olvido de no citarnos personalmente en sus obras.) En cualquier caso, Jonas pensó que no comentaría aquel desliz científico con nadie, aunque durante varios días anduvo por el colegio meditando, y a la hora de podar un rosal tuvo un descuido y un tallo espinoso voló demasiado cerca de su ojo izquierdo.

Aquel día, la señora Bertha Huns lo vio deambular de un lado a otro por la cocina, con el almanaque en la mano y mirando con gesto de incompreensión aquella absurda nevada que se había adelantado un mes. (Y lo peor era que todo lo demás, incluidas las fases lunares y el aparato astrológico en su conjunto, parecía adecuarse perfectamente a la verdad científica.)

—Jonas, por favor, suba este pastel de moras y frambuesas al salón azul de los profesores... —dijo la cocinera—. Y no ponga esa cara, hombre: es la primera nevada del año, y las niñas lo disfrutarán...

«Puede que haya sido cosa de Saturno... o de esos vientos alisios, que se hayan desviado, o la deriva marítima del norte...»

Jonas Fou'fingers, aunque era el jardinero de Neuwelke, en ocasiones —sólo en ocasiones— solía hacer estos pequeños trabajos domésticos, si las jóvenes doncellas no estaban a mano. En aquella oportunidad, Irina y Latia se encontraban atendiendo el desayuno de las alumnas en el salón grande, repartiendo bandejas de frutas, galletas, tostadas de avena y bizcochos, con té y leche, y cuajadas y miel con nueces. A veces bajaban corriendo y pedían algo raro, como un huevo

pasado por agua —una petición extravagante de alguna *chaperone*— o un poco de carne fiambre del día anterior —una exigencia habitual y económica del señor Buch—. Es cierto que Irina y Latia permanecían sentadas junto al enorme fogón de la señora Huns la mayor parte del día, pero las horas del desayuno, la comida, el té y la cena resultaban agotadoras.

En aquel momento, las dos muchachas se encontraban sirviendo el desayuno de las alumnas, de las *maiden* y de los profesores, y daba la casualidad de que el pastel de moras y frambuesas no podía subir solo escaleras arriba. Jonas protestó menos enérgicamente de lo habitual, aunque no olvidó preguntarle a la cocinera cuál creía que era su oficio.

—Sí, señor Fou'fingers, es usted el jardinero, pero se lo pido como un favor personal...

—Bueno, pues si soy jardinero, no tendré por qué andar acarreado pasteles de un lado a otro, sino rastrillos y podaderas, me parece a mí.

—El pastel tiene moras y frambuesas... Eso corresponde a su oficio.

Al final, como siempre, Jonas Fou'fingers acababa cediendo, eso sí, nunca antes de que los contrincantes admitieran sin sombra de duda alguna que el escocés era jardinero, y no cochero, o mayordomo, o leñador, o limpiacristales, o pulecuberterías, o cartero, o vigilante de alumnas, o cualquier otra cosa que se le encomendara.

Aunque no era un hombre de ideas apocalípticas, aquella disensión entre el almanaque y la naturaleza real hizo temblar sus convicciones científicas y su confianza en el doctor Southpaw... El pastel de moras y frambuesas también parecía temblar —gracias a los temerosos estremecimientos de la mermelada de albaricoque— mientras el jardinero escocés subía la escalinata central del pensionado, y cuando llegó al saloncito azul de los desayunos, prácticamente había olvidado el desastre climatológico al que había asistido aquella mañana y estaba concentrado en la microscópica formación de las núculas.

—Ah, eres tú, Jonas... Gracias, puedes dejarlo en esa mesita auxiliar si te parece.

El profesor Schafthausen levantó la mirada del periódico para hacerle un hueco al pastel entre la tetera, las tazas y dos platos con galletas.

Los dos profesores mayores, como siempre, se habían sentado en rincones opuestos del salón de desayunos. No es que se odiaran o se tuvieran inquina por rencillas insuperables: era una costumbre. Diez años atrás —o quizá sólo ocho o nueve— habían tenido una seria discusión acerca de Plinio —el Viejo, obviamente—, y el profesor Schafthausen le había espetado en la cara al señor Klöcker una frase que se había convertido en un desplante clásico en Neuwelke. El enfrentamiento se había entablado porque el profesor Schafthausen negaba y menospreciaba las teorías científicas de la *Historia Natural*, mientras que el señor Klöcker subrayaba que Plinio tenía razón en la mayoría de sus aseveraciones. Para zanjar la disputa, el profesor de ciencias y filosofía natural, famoso en la institución por su parecido con las aves zancudas, le había crotorado en la cara al señor Klöcker la siguiente exclamación: «Puede que Plinio tenga razón, pero usted, no.» Desde entonces, y ya habían pasado muchos años, cuando se deseaba dar por concluida una discusión y ninguno de los contendientes quería dar su brazo a torcer, se exclamaba: «Puede que Plinio tenga razón», y cada cual se iba por su lado sin que la disputa llegara a más. Esta frase se conocía incluso en los sótanos del colegio: la señora Bertha Huns la utilizaba habitualmente en sus conversaciones con Jonas Fou'fingers.

El jardinero observó de reojo la chimenea, que comenzaba a languidecer, y, comprendiendo que todo lo relacionado con la leña debía de pertenecer forzosamente a su ministerio vegetal, se acercó para colocar un par de buenos tocornos en el fuego. Había un algo en aquel saloncito azul que no se ajustaba con precisión al paradigma de Neuwelke. Sin embargo, a simple vista, todo parecía habitual. Allí estaba el señor Buch, «¿Cómo se encuentra hoy la señorita Eveline, señor?», «Gracias por preguntar, Jonas: como siempre», con su taza de té y unas lonchas de carne fiambre con pan de centeno; también estaban los dos viejos profesores, leyendo periódicos europeos amarillentos cuya única noticia certera era la que aseguraban en su cabecera: que el día 8 de septiembre de aquel año de 1844 había sido domingo y el 9 de julio, martes. (A Wolmar llegaban los periódicos ilustrados con algún retraso; el más frecuente y el más solicitado era, naturalmente, el *Allgemeine Zeitung*, porque de tanto en tanto recuperaban artículos y piezas de pensamiento y reflexión que habían escrito en sus páginas Schiller y Goethe. También llegaba con cierta regularidad el *Hamburger Abendblatt*, que venía con unos amenos juegos de ingenio, generalmente resueltos con habilidad por el señor Buch los domingos por la tarde.) Cerca de la chimenea, enredada en sus charlas y atiborrándose de tostadas con mantequilla, se encontraba la señorita Amalia Vi, elogio vivo de la opulencia cárnica, que en aquellos momentos le estaba comentando al profesor Klöcker sus progresos en el ámbito de la pintura.

—¿Y cree que alguien querrá comprar sus cuadros? —preguntó el profesor, con más curiosidad que malicia.

La profesora de magnificencia perimetral explicaba que se había entregado definitivamente a la pintura «noctámbula». Al parecer, conseguía retener en la memoria todos los dibujos, figuras, colores, geometrías, puntos, líneas e intersecciones que se producen en la visión cuando uno cierra los ojos antes de dormir. Luego, por la mañana, se levantaba y procuraba plasmar en los lienzos aquellas visiones... noctámbulas.

—Ah, profesor Klöcker... ¡Es usted un materialista práctico sin remedio! Sepa usted que pinto mis visiones noctámbulas por dos razones: la primera, porque es mi gusto; y la segunda, porque si tuviera que pintar lirios, bodegones, retratos o paisajes, haría años que habría desesperado del noble arte del óleo.

Hasta el señor Buch, que aquella mañana parecía un tanto meditabundo y jugueteaba pensativo con una carta que le habían devuelto, no pudo menos que sonreír.

También estaba allí la nueva profesora de francés, la señorita Sagée, que parecía un tanto nerviosa o quizá preocupada, y el profesor David Whimple, que tenía la nariz y una tostada metidas en medio de las páginas de un libro y, sin embargo, no dejó de reír ante la sinceridad de la señorita Vi, a quien cariñosamente llamó en aquella ocasión «Sol y cuerpo celeste».

Pero lo cierto es que Jonas Fou'fingers había notado desde el principio una ausencia y un frío poco común en el saloncito azul. El frío podría atribuirse perfectamente a la copiosísima e impertinente nevada que había caído durante la noche; respecto a la ausencia, sólo pudo solucionar el misterio cuando detuvo la mirada en el escabel japonés (llamado así por la figura de un cerezo con flores blancas sobre un suavísimo fondo rojo que lo adornaba). Aquél era el sitio favorito de *Ossián*, el felino blanco y peludo de ojos ambarinos, y en aquel momento se encontraba vacío. «Algo terrible debe de haber ocurrido para que ese felpudo con uñas no esté

dormitando como un MP en su escabel.»

—Ríase usted, mi joven y romántico señor Whimple —continuó la planetaria señorita Vi—, pero nunca se sabe dónde puede surgir la sublime chispa de la emoción artística... ¿o no es eso lo que dicen ustedes, los apóstoles de lo sublime? En mi opinión... ¡oh, por favor, señorita Sagée! ¡Qué manera de coger la taza de té! ¿Cree que nos gusta el tintineo de la taza sobre el platillo? ¿Es así como toman el té en Francia? Creo que debe asistir a mis clases: le enseñaré cómo se coge una taza de té con su platillo, su cucharilla y su galletita de mantequilla sin que el plato tintinee en absoluto.

—Lo siento, señorita Vi —dijo Émilie con un leve murmullo, depositando apresuradamente la taza sobre el mantel para evitar que tintineara de aquel modo tan desagradable.

—No regañe a Émilie, señorita Vi —dijo el profesor Schafthausen—: Lleva pocos días aquí, y es normal que esté un poco nerviosa. Además, no niego que sus experiencias pictóricas también a mí me han conmocionado un tanto...

Jonas Fou'fingers estaba observando la prodigiosa mirada de la profesora de francés, sólo por el gusto de recordar el color de las torrenteras de Escocia, y se percató de que la señorita Sagée no perdía de vista la carta con la que jugaba distraídamente el director del pensionado. El jardinero se acercó al otro lado de la chimenea, con la excusa —sólo para su propio uso— de buscar el atizador y colocar mejor los troncos que acababa de dejar en la rejilla. Tal vez, si el señor Buch dejaba de jugar con la carta, podría leer la dirección o... El señor Buch, por fin, apartó la carta y decidió servirse un arenque sobre una rebanada de pan negro. «Destinatario desconocido. Devuélvase al remitente»; eso era lo que ponía en el sobre con una característica tinta azul oscura, y más abajo, con la pulida caligrafía del señor Buch, «Monsieur Anthony Rose, École de Filles St Marie-Magdaléenne, à Nancy».

—Mis queridos compañeros —añadió la señorita Vi, al tiempo que añadía también más leche a su té—, la civilización occidental se sustenta en pilares en los que nadie, salvo una servidora, repara: me refiero a la elegancia en el saludo, la discreción en la danza, la sobriedad en el vestir, el ingenio en la conversación... y la habilidad para sostener una taza de té sin que parezca que estamos bajo el campanario de la abadía de Westminster.

—Lo siento, señorita Vi —repitió Émilie, mordiéndose el labio superior y volviendo la mirada con gesto aterrorizado hacia la carta que le habían devuelto al señor Buch.

—Nuestra civilización se derrumbará si no mantenemos con firmeza y decisión estos detalles. Por ejemplo —añadió, mirando de reojo maliciosamente al profesor Whimple—, ¿creen que la arquitectura de nuestra civilización se podrá mantener en pie si contamos con profesores a los que apenas se les ven los ojos tras el flequillo o que desayunan con la nariz metida en las páginas de un libro?

David Whimple sonrió, pero no levantó la mirada y, bien al contrario, apuntó algo breve y preciso en su libreta.

—Nuestra civilización, mi querida y amplísima señorita Vi, corre menos peligro con los libros que con personas que pintan en un cuadro sus chiribitas nocturnas —respondió al final con un gesto pícaro dibujado en sus labios.

Según pudo observar Jonas Fou'fingers, la profesora de francés se cubrió la boca con una

mano para evitar que se viera que estaba aterrada ante la perspectiva de que aquella conversación llena de ofensas continuara por aquel espinoso camino.

—Ustedes, jóvenes revolucionarios, románticos, empedernidos, pertinaces, sombríos y terribles, nos conducirán al caos y la ruina... Al fin y al cabo, eso es lo único que les interesa: las ruinas —dijo la maestra de costura y modales al tiempo que se servía, «definitivamente, la última ración» matutina de riñones encebollados.

El señor Buch no alteraba su habitual compostura cuando asistía a las pullas que se dispensaban mutuamente la señorita Vi y el profesor Whimple. En realidad —y eso podrían asegurarlo casi todos los presentes—, casi deseaba que se produjeran, pues aunque no tenía suficiente humor como para sonreír, al menos aquellas disputas matutinas conseguían hacerle olvidar el horroroso drama que se vivía en la habitación de su esposa.

—¿Querría decirnos, señor Whimple, qué lee con tanta atención? —preguntó el director del colegio mientras volvía a coger la carta, leía cuidadosamente el sobre y fruncía el ceño, como si no comprendiera algo.

—Oh, señor Buch, es *El sueño de una noche de verano*.

—Una elección excelente —murmuró *herr* Schafthausen, mientras miraba la nieve por la ventana y comprobaba que aquél era un gélido día de invierno.

—Esta semana la leeremos en clase —dijo el profesor Whimple, prescindiendo del comentario del maestro científico.

El señor Buch estaba asintiendo con un gesto que decía mucho de su amabilidad y de la libertad que otorgaba a sus empleados docentes, pero antes de que pudiera alabar la elección del que era, a todas luces, su profesor favorito, se oyó de nuevo la voz ronca de *herr* Schafthausen.

—¿No le parece, profesor Whimple, que nuestras jóvenes ya tienen suficientes pájaros en la cabeza (chorlitos, concretamente) como para insistir con una historia de hadas y duendes del bosque?

—No puedo estar más de acuerdo con el profesor Schafthausen —apuntó la señorita Vi, que aquel día parecía verdaderamente dispuesta a zaherir a su joven colega. Y, en aquel momento, observando que contaba con la inestimable ayuda dialéctica del profesor Schafthausen, se arrepintió de su decisión de abandonar por aquella mañana los riñones encebollados y, alargando su cilíndrico brazo por encima de los arenques, se sirvió otra buena cucharada.

—Ciertamente —observó el profesor Klöcker mientras se colocaba la levita y adoptaba una pose senatorial—, yo no diría que es lo más adecuado para nuestras jóvenes. Sobre todo si podemos elegir *Julio César* o *Antonio y Cleopatra*.

El señor Buch intentó defender al señor Whimple, que repentinamente se había quedado en franca minoría.

—Bueno, *El sueño de una noche de verano* no es... quiero decir que es...

—Es una turbamulta de niñerías (impropia de Shakespeare, por otra parte), atestada de ninfas, elfos, faunos y hadas que no conseguirán más que ofuscar a nuestras muchachas —sentenció *herr* Schafthausen, que de tanto en tanto se levantaba muy seguro de todo, y se acomodó la levita, agudizando así su aire cicónido.

—Estoy en completo desacuerdo con ustedes —contestó el señor Whimple con una sonrisa—.

Es imprescindible que las alumnas lo sepan todo de faunos y duendes, por si se pierden en un bosque algún día.

—Oh, desde luego —dijo la señorita Vi—, hay que reconocer que últimamente tenemos los bosques infestados de faunos, hadas y ninfas. Tendremos que pedirle al bueno de Jonas Fou'fingers que salga de cacería y nos traiga unos cuantos faunos para cenar.

Jonas torció el gesto mientras utilizaba el fuelle con habilidad, pues no estaba dispuesto a ir de cacería a ninguna parte, aunque fuera por un juego literario de aquellos cómodos profesores.

De repente, el señor Klöcker inclinó la cabeza y se volvió hacia Émilie. La profesora de francés había dejado su té a medias, ya frío, y se mantenía en su sitio, con la espalda recta y las manos entrelazadas en el regazo, temiendo alguna reprimenda de la señorita Vi —bienintencionada o no, burlesca o no, eso aún no era capaz de distinguirlo— o algún comentario de aquellos profesores tan sarcásticos.

—¿Y bien, señorita Sagée? ¿Cuál es su opinión al respecto? —preguntó el señor Klöcker—. ¿Cree que debemos atiborrar las cabezas de nuestras jóvenes alumnas con historias de amor en las que revolotean las hadas?

Todas las miradas, incluida la del jardinero de tulipanes, se clavaron en la nueva maestra y esperaron sus palabras como si fuera ella quien decidiera la cuestión.

—Yo...

Aunque los profesores parecían tranquilos, todos estaban persuadidos de que la opinión de Émilie Sagée tendría una importancia decisiva. Al fin y al cabo, era francesa, y las opiniones de un francés carecen de cualquier implicación emocional, como todo el mundo sabe. Precisamente por eso, tanto *herr* Schafthausen, como el señor Klöcker y la señorita Vi, esperaban que Émilie se comportara como una digna heredera de Descartes y pusiera en acción su *mathesis universalis*. El director de Neuwelke y el profesor Whimple, por su parte, esperaban que la nueva maestra equilibrara la balanza y se mostrara a favor de los duendes y las hadas.

Se hizo un silencio incómodo, así que el profesor Whimple se levantó, con el libro en la mano derecha, y leyó unos versos.

—«A mi Hada Reina sirvo / y en la hierba formo círculos. / Sus guardianes son las prímulas: / sus mantos dorados brillan / de rubíes, don de hadas; / vive en ellos su fragancia...» Dígame, señorita Sagée, ¿de verdad no cree en las hadas?

Jonas Fou'fingers se percató de que los remansos de agua turquesa de *mademoiselle* Émilie estaban a punto de desbordarse.

—A veces... —Y en ese momento cerró los ojos, como si se hubiera dado perfecta cuenta de la necesidad que había dicho y se estuviera arrepintiéndolo en aquel preciso instante.

Se hizo el silencio. Y al cabo, todos los partidarios de la inexistencia de seres elementales estallaron en carcajadas y comentarios burlones.

—¿A veces? ¿A veces? —exclamó la señorita Vi—. ¿Cuándo? ¿Por la mañana o por la tarde?

—Tal vez sólo crea en las hadas los lunes, miércoles y viernes —apuntó el señor Klöcker.

El señor Buch también parecía un poco decepcionado. Aquella no había sido la respuesta que esperaba de una mujer tan inteligente y amable como la señorita Sagée. Aunque quizá se había asustado por la reprimenda de la señorita Vi. De todos modos, era evidente que los partidarios de

un mundo sin elfos, sin ángeles, sin hadas y sin duendes habían ganado la disputa del desayuno. «Puede que Plinio tenga razón.»

También el profesor Whimple parecía un poco contrariado: daba por seguro que una mujer con aquellos ojos forzosamente tendría que *saber* cómo se forman los círculos en las cosechas de los que hablaba Shakespeare. Así que se inclinó con el ceño fruncido hacia su compañera de mesa y, casi tocándole la nariz con la suya, le dijo en un susurro:

—Muy bien, señorita Sagée: pues yo le aseguro que tengo muy buenas razones para creer que las hadas... *existen*.

En ese momento, Émilie sintió que un escalofrío recorría su espalda, y lo atribuyó a la emoción de sentir tan cerca la penetrante mirada y los labios del señor Whimple. Sin embargo, no era ésa la razón. Todos se volvieron hacia la puerta del saloncito: allí estaba la *maiden* de la joven pelirroja Sönke Buttgereit-Dientzenhofer. La enfermiza señorita Augusta Dehmel permanecía pálida y hierática en el umbral de la puerta, sujetando el pomo con la mano, o tal vez apoyada en él... Lo había visto perfectamente, o eso creía: en el momento de abrir la puerta, el profesor Whimple (*su* David Whimple) acababa de besar a la nueva profesora de francés. Sólo Jonas Fou'fingers se percató de aquel levisimo temblor en la mano izquierda de la señorita Augusta.

—¿Deseaba algo, señorita Dehmel? —le preguntó el señor Leónidas Buch—. ¿No? Bien, entonces, queridos profesores, aquí se acabó el desayuno y la charla. Es la hora de las clases. Que tengan un buen día.

Y todos salieron del salón de desayunos con prontitud, dispuestos a cumplir con sus tareas sin tardanza. Sólo permaneció allí Jonas Fou'fingers, mirando con gesto contrariado el escabel japonés. «¿Dónde demonios estará ese gato...?»

Había un delicado perfume de violetas en el aire.

8

CARTA DE ÉMILIE A SU CUÑADA VIOLETTE

Pensionado de Señoritas de Neuwelke

Wolmar, Livonia.

Mi querida Violette,

Recibí tu carta hace tres días y no sé cómo podría agradecerte tanta bondad y tantas palabras de ánimo y paciencia como me dedicas. Que Dios te bendiga, a ti, y a mi hermano, y a tus preciosos hijos. Sí, que Dios te bendiga a ti, ya que no ha tenido compasión de mí y me ha cargado con esta horrible maldición.

No comprendo, Violette, cómo suceden las cosas a mi alrededor, y cómo todo parece confabularse contra mí, como si el mundo entero buscara mi ruina y mi desgracia, o como si se complaciera en ir encajando poco a poco un rompecabezas que sólo acabará en desesperación. ¡A veces, en medio de las lágrimas y esta angustia que casi me impide respirar, siento como si un gigantesco titiritero estuviera manipulando las crucetas de mi vida y se deleitara en sus horribles confabulaciones, retardando mis desgracias sólo por el placer de relamerse con el pastel de una victoria tan pobre...! ¡Qué largas son mis noches, Violette, qué angustia, qué ansiedad y qué horrible soledad! ¡Qué horror me hace temblar ante la mortecina palidez de este quinqué! ¡Siento que un frío mortal paraliza mis manos y...! Debo tranquilizarme ahora: me prepararé las hierbas y después seguiré con esta carta, si puedo, pues debo pedirte... debo suplicarte, más bien, que me ayudes en este trance, porque, de otro modo, volveré a los caminos, o incluso a lugares peores, mi querida Violette.

Creo, Violette, que no tardará en volver a nevar, porque he vuelto a oír esos tétricos aullidos de los lobos, y por estos lugares dicen que cuando aúllan los lobos, nieve segura.

He debido de quedarme dormida, pues acabo de despertarme y ya va muy adelantada la noche. Sin embargo, no debo dejar para mañana esta carta: quiero que el señor Fou'fingers la lleve a primera hora a la estafeta de correos, como hace todos los martes.

Arriba te decía que te iba a suplicar que me hicieras un favor, y éstas son las razones: la

semana pasada aconteció algo horrible. Nos encontrábamos en el salón de los desayunos y... ¿cómo explicarlo?, una ingenua conversación acabó en una espantosa cuestión de hadas, duendes y... y todo eso. Y aún más, mi querida Violette: no sé cómo pudo ocurrir, pero de pronto me vi acosada por todas partes, y todos los profesores me apremiaban con preguntas y me obligaban a decir si yo creía en las hadas y... El señor Whimple, de quien ya te he hablado en otras cartas, se acercó mucho a mí —más de lo que yo hubiera querido— y me dijo literalmente que tenía *muy buenas razones* para creer en las hadas. ¿Cómo puede saber...? A lo largo de todo el día no pude evitar que me temblaran las manos y la imaginación sólo me presentaba los peores augurios: de nuevo me veía en los caminos, en los barrios más tristes de las ciudades, huyendo de los alguaciles y los soldados... ¡Qué horrible desesperación, Violette, qué horrible desesperación!

Mas eso no es todo. Aquel mismo día, aquella misma mañana, el señor Buch tenía en la mano una carta que le habían devuelto: ¡era una carta dirigida a mi ficticio *monsieur* Anthony Rose! El pobre señor Buch había confiado en mí y se puso en contacto con la institución en la que yo había trabajado, según los informes que yo misma inventé. Al día siguiente me llamó a su despacho y, tras decirme que en Neuwelke estaban muy contentos conmigo, y muy satisfechos con mi trabajo, y que todos los profesores y alumnas me apreciaban y me querían, me confirmó que efectivamente había enviado una carta a la *inexistente* École de Filles de St Marie-Magdaléenne, pero no para pedir referencias, sino para agradecerlas. El señor Buch me dijo que, incomprensiblemente, le habían devuelto la carta y me rogó que le confirmara la dirección, por si se había equivocado al transcribirla, ya que pretendía enviarla de nuevo. Creí morirme, pero tuve suficiente aplomo —o quizá suficiente desvergüenza— como para decirle que, efectivamente, la dirección no era Chemin des Vierges, sino Chemin des Vignobles. «¡Qué error tan tonto! ¿Cómo pude equivocarme? Gracias, Émilie.» Estos dos últimos días me ha estado acosando la idea de que esa carta vuelva a Neuwelke, y apenas he podido dormir dos o tres horas, pensando qué resolución tomar y qué expedientes proveer para evitar que una vez más me vea en los caminos, sin un trabajo que me proporcione los medios indispensables para vivir. No sé, mi querida Violette, si lo que voy a proponerte es el resultado del cansancio, de la aprensión, del miedo o, simplemente, es una locura propia de la desesperación.

Sólo he podido imaginar una solución, y es que mi hermano o tú misma pidáis a algún conocido de Nancy que acuda todos los días a la estafeta de correos y pida allí la carta, antes de que el correo quiera despacharla y vuelva a encontrarse con que la École de Filles St Marie-Magdaléenne no existe y nunca ha existido. ¿No tenías tú en Nancy un tío o un primo que se llamaba Édouard o Edmont o...? Sí, aquel hombre tullido que pasó alguna vez por nuestra casa... ¿No había sido carnicero? Creo que contaba que el peso de una ternera abierta en canal le rompió la espalda en el mercado, y desde entonces pedía en la puerta de La Craffe, aunque no sé si creerlo. ¿No podrías pedirle que recogiera la carta del señor Leónidas Buch en la estafeta de correos de la ciudad? Tiene que adecentarse antes de acudir al despacho, y decir con absoluta seguridad que él es Anthony Rose, propietario y administrador de la École de Filles St Marie-Magdaléenne que está en el Chemin des Vignobles. Una vez tenga esa carta en su poder, debe entregártela. Cuando lo haga, tú le darás la carta que adjunto aquí, en la que mi supuesto *monsieur* Anthony Rose ratifica mi expediente y los informes que inventé, y le agradece al señor Buch la

carta que le ha enviado. Después, lo único que tiene que hacer es enviarla a Neuwelke. ¿Crees que será posible que ese Édouard o Edmont cumpla con ese mandato? Te envió diez thaler prusianos de plata para que intentes convencerlo con dinero, si no quiere hacerlo por la familiaridad o por las veces que le dimos de comer y le ofrecimos cobijo en casa cuando nos visitó en Dijon.

Creo que eso es todo lo que puedo hacer para evitar que vuelvan a despedirme, mi querida Violette. Aunque, si descubren el engaño, aún sufriré algo peor, pues me veré avergonzada ante el mundo y ante mí misma. Y entonces, ¿cómo podría seguir adelante?

A pesar de mi desesperación, confío en que Dios quiera ayudarme un día y me libre de esta maldición tan monstruosa y tan profundamente injusta. Ojalá ese día llegue pronto; hasta entonces, mi querida Violette, recibe mi más profunda gratitud por tu compasión y tu piedad, y no olvides dar a mi hermano y a mis sobrinos un fortísimo abrazo de su desventurada Émilie, que siempre los tendrá en su corazón.

Siempre vuestra,

ÉMILIE

9

A veces —y esto es algo que saben casi todos los fisiologistas especializados en las afecciones del alma— resulta muy difícil discernir entre la humillación, el odio, la vergüenza, la envidia y el rencor. Hay al respecto algunos tratados de filosofía muy interesantes.

A finales de noviembre llegaron vientos cálidos del Báltico. Primero se derritió la nieve, luego se descongelaron las tierras, y finalmente aparecieron algunas flores en los rododendros del jardín trasero de la escuela. Naturalmente, al sentir la tibieza del aire, todos los narcisos del señor Fou'fingers comenzaron a brotar enloquecidos, y hasta el propio jardinero miró aquellas delicadas flores con cierta incompreensión, pues nacían en lo más crudo del invierno, decididas a morir congeladas o bajo la nieve o azotadas por los vendavales árticos.

Aquellos vientos habían traído consigo nubes plomizas que constantemente descargaban chubascos y aguaceros, sobre todo al atardecer (lo cual, por cierto, ocurre en estas latitudes a las tres de la tarde). Sin embargo, durante el resto del día llovía moderadamente, sin grandes aspavientos.

Semejantes condiciones climatológicas no arredraban a una mujer como la señorita Augusta Dehmel, acostumbrada a tratar con las tormentas, rayos y centellas de su pupila, Sönke Buttgereit-Dientzenhofer, y de sus amigas, Antoinette de Wrangel y la señorita Julie von Güldenstubbe. Frente a esas tres jóvenes, Augusta se mostraba firme y resolutiva: no dudaba a la hora de comentar un párrafo en francés o en inglés, se negaba a resolver problemas de álgebra, señalaba los defectos en el envés de un bordado, reprendía a las tres si bostezaban y les daba golpecitos en la espalda para que permanecieran erguidas. Sin embargo, cuando se encontraba sola o en la oscuridad de la noche, la pobre señorita Dehmel se deshacía en llanto y lamentaba su suerte —su mala suerte, en realidad— entre suspiros y congojas.

Aquel día, notando que la opresión en el pecho era más aguda de lo común, y presintiendo que el nudo de la garganta acabaría haciéndola llorar delante de todo el mundo, le dijo a su pupila de cabellos refulgentes que pensaba bajar a Wolmar esa misma mañana, aunque estaría de vuelta para el almuerzo. La excusa era comprar unas medias y una cinta para cierto vestido que se había prendido en un picaporte y... Pero la verdad se reducía a un deseo irreprímible de caminar y descargar la ira o la pena con el ejercicio físico. (Sobre este particular también hay algunos tratados muy notables, aunque seguramente la señorita Dehmel conocía los benéficos efectos de la

actividad física por experiencia propia, y no por argumentos de filosofía. De todos modos, la actividad física resulta bastante incómoda si uno ha de ir sujetando un paraguas de ocho libras y se ve obligado a ir esquivando los charcos de los caminos. En semejantes condiciones, poco importa cuán fiable sea el capote de lluvia: uno siempre acaba empapado.)

Desde que viera («¡con sus propios ojos!») cómo el profesor David Whimple *besaba* a la profesora de francés, los días de Augusta se habían enturbiado y amargado hasta límites insoportables. Aunque procuraba ocultarlo a toda costa, a veces no podía evitar que le temblaran las manos, o que las lágrimas asomaran a sus ojos, o que un puñado de tierra dura y seca se le atragantara, o que le flaquearan las rodillas. Por eso aquel día decidió salir al gélido aire de la mañana y caminar sola hasta Wolmar, para ver si el viento cargado con invisibles alfileres de hielo era capaz de arrancarle a la vez las lágrimas y aquellos malditos sentimientos por el profesor Whimple. (¡Qué feliz había sido durante todos aquellos años en que su corazón estuvo vacío y seco y marchito!)

A lo largo de las últimas semanas se había esforzado en preservar su espíritu de ciertas mordeduras que la dentada envidia infligía en sus entrañas. Sin embargo, cuando veía a *mademoiselle* Sagée, tan alta, y grácil, tan alegre, y con aquellos ojos imposibles, y con aquel aire nórdico que embobaba al viejo Fou'fingers y al señor Buch, no podía evitar que un rubor furioso le encendiera las mejillas. No le extrañaría que los hombres de Neuwelke acabaran colocándola en un pedestal o elevaran una propuesta al alcalde de Wolmar para que fundieran las campanas de San Simón y le erigieran una estatua de bronce, proclamando que la señorita Sagée era la mismísima encarnación de la diosa Freyja, la divinidad escandinava de la belleza y del amor. Augusta Dehmel aceptaba que, a pesar de su edad, *mademoiselle* Sagée conservaba algunos encantos, como el color imposible de sus ojos, o sus brillantes cabellos castaños o su piel delicada, o sus labios Fragonard, y admitía que tenía una ingenua sonrisa hechicera, y que tanto su educación como su amabilidad no hacían sino realzar dichos atractivos... Y, precisamente, su amabilidad y su simpatía era lo que conseguía irritar a Augusta hasta la exasperación. «Señorita Dehmel, parece usted agotada; vaya a descansar un poco: yo me ocuparé de repasar la lección con Sönke, Antoinette y Julie.» «Señorita Dehmel, la cocinera ha preparado un maravilloso pastel de manzana, ¿quiere que le reserve un poco?» «Señorita Dehmel, han traído un nuevo libro del señor Scott en alemán, ¿le apetece leerlo? ¿Se lo llevo a su habitación?» No es que Augusta y la señorita Sagée hubieran tenido mucha intimidad y, en realidad, apenas podía considerarse que fueran más que dos personas que se cruzaban y se trataban civilizadamente en Neuwelke, pero había que reconocer que la señorita Sagée había hecho todo lo posible por agradar a unos y a otros. De todos modos, Augusta estaba convencida de que la señorita Sagée se esforzaba en agradar a unos más que a otros. También era lo suficientemente inteligente como para saber que el resentimiento que albergaba hacia la profesora de francés estaba completamente injustificado, que se daba la mano con la envidia y un rencor irracional, y que, sin embargo, no le importaba que estuviera mezclado con emociones tan desagradables, pues no lo podía evitar.

Detrás de aquella sonrisa encantadora, de aquellos ojos imposibles y de aquellos modales de damisela ingenua, la *mademoiselle* había desplegado todas sus argucias de cortesana francesa... Eso era lo que pensaba la señorita Dehmel. Había visto —o creía haber visto— cómo saludaba al

profesor David Whimple con una leve reverencia, ocultando pudorosamente la mirada, como si ésta pudiera revelar algo que ya estaba en boca de todos, al parecer, para burla y escarnio de la pobre señorita Dehmel. También había visto —o creía haber visto— cómo aquella mujer tocaba delicadamente el brazo del profesor Whimple cuando, en medio de una discusión, pretendía que el caballero le permitiera hablar. Había oído —o creía haber oído— cómo el profesor decía que la señorita Sagée se había «escapado del País de las Hadas», como si el resto del mundo no hubiera pasado por aquella escena de Shakespeare. Y había creído entender que *mademoiselle* Sagée y el profesor David Whimple se habían citado en un lugar del jardín, o habían ido a pasear solos, o habían estado en la biblioteca juntos, o...

Cuando por fin entró en las calles de Wolmar, Augusta Dehmel había llegado a varias conclusiones: en primer lugar, que procuraría no volver a salir de Neuwelke con un tiempo tan malo; en segundo término, que el camino hasta el pueblo era más largo de lo que jamás había creído; y finalmente, que procuraría encontrar una chimenea donde pudiera secarse los pies y las botas. Respecto a Émilie Sagée, consideró que no le haría ningún mal dejar que siguiera fluyendo el rencor, siempre que pudiera ocultarlo y nadie lo supiera, pues, en su opinión, sólo había una cosa más triste, lamentable y vergonzosa que la envidia de los bienes ajenos: que los demás lo supieran.

Después de comprar las dos o tres cosas que no necesitaba en la mercería de Wolmar, acudió a la taberna de Der Rot Flusskrebs, donde pretendía sentarse a la misma mesa que fue testigo de aquel encuentro memorable con el profesor Whimple. Por desgracia, la mesa estaba ocupada —parecía un clérigo desastrado, casi un mendigo—, pero a Augusta no le importó mucho, y casi lo agradeció, ya que así podría sentarse cerca de la chimenea.

—Buenos días.

—Buenos días tenga usted y nos dé Dios —respondió aquel hombre.

La señorita Dehmel se quitó discretamente las botas por debajo de la mesa y las empujó suavemente hacia delante, con la intención de acercarlas al fuego, para que se secaran mientras tomaba aquel brebaje que el dueño de la posada se empeñaba en llamar té.

—La benéfica lluvia se convirtió finalmente en aguacero —dijo el clérigo, sin levantar la mirada y enfrascado en un montón de papeles viejos, amarillentos y mordidos en las esquinas—. «Dentro de siete días haré llover sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches...»

Augusta se volvió y se detuvo a observar a aquel hombre. Tenía una edad... «bíblica», o eso pensó la señorita Dehmel. Tenía el pelo cano y largo, y le caía en guedejas viejas por los hombros; en su rostro enjuto y huesudo resaltaban aquellos dos ojos como huevos cocidos, blanquecinos y azulados, y una boca hundida y maliciosa, casi lasciva y perversa. Iba ataviado de un modo extraño, pero la señorita Dehmel no tardó en identificarlo como un verdadero sacerdote católico: sólo un católico haría ostentación de un crucifijo de plata pulida y se empeñaría en agrandar a una mujer protestante con citas del Antiguo Testamento. Un protestante luterano, en aquella época, podía permitirse el lujo de no contestar las inquisitorias de un cura católico sin que nadie pudiera considerarlo una falta de respeto.

Sobre la mesa, aquel clérigo estafalario había acumulado un sinfín de papeles y legajos; algunos estaban atados con cuerdas, otros con cintas, y otros con algo semejante a vendas de

cirujano. También tenía cerca una Biblia grande y otros libros cuyos títulos en latín Augusta no pudo retener.

—Yo sé cuándo va a llover endemoniadamente porque me duelen las encías —explicó el clérigo, señalándose con el dedo mugriento aquella dentadura amarillenta que se esbozaba en la parte inferior de su rostro.

Augusta, retorcida la espalda en escorzo, y con la taza de té muy cerca de los labios, permanecía absorta contemplando el insólito espectáculo de aquel hombre pellejudo enfangado en papeles y libros.

—¿Es usted romano? —preguntó Augusta, sorprendida de haberse topado con un católico en aquellas latitudes.

—Sí —contestó el clérigo, sin levantar la mirada de sus legajos—. ¿Y usted? ¿Es luterana? Yo diría que no es habitual que una mujer sola frecuente las tabernas y las posadas, aunque sea luterana. ¿Está usted de paso? ¿Esperando la diligencia de Riga, tal vez? Oh, quizá mi conversación peca de entrometida... Se debe, sin duda, a que soy francés y no domino bien su lengua. Le ruego que me disculpe, señora... señorita...

—Señorita Augusta Dehmel.

Todos los clérigos «romanos» eran así: obsequiosos, zalameros, intrigantes, manipuladores... Lo había leído en las novelas de Eugène Sue. Eran capaces de averiguarlo todo de una persona con dos o tres preguntas aparentemente triviales, pero Augusta no era ninguna ignorante, pensaba ella, y si aquel sacerdote pretendía husmear en su vida, resistiría las argucias clericales con un silencio pertinaz.

Y precisamente cuando pensaba enrocarse en su torre, el clérigo levantó la mirada y, sorprendentemente, se incorporó, abandonando con viciosa parsimonia el plumín sobre sus papeles llenos de garabatos incomprensibles.

—Permítame presentarme, señorita Dehmel: soy el *père* Eliazer Balkas, de Mulhouse, en la Alsacia francesa. Se preguntará usted qué hace un católico tan lejos de su predio —avanzó el sacerdote al tiempo que se sentaba junto a Augusta, invadiendo su espacio con un olor ácido, como de hospital de tuberculosos. Lo cierto es que Augusta *sí* se preguntaba qué hacía un romano tan lejos de su predio: los curas católicos tenían casi poderes mesméricos—. Le diré, señorita Dehmel, que estoy en misión pontificia.

(Como todo el mundo sabe, hay personas que tejen sus imaginarias misiones en la vida, y cometidos, y embajadas, y diplomacias, con el único fin de hallar un sentido a unas existencias con frecuencia carentes de emoción y utilidad. Hay mujeres que creen que su misión en este Valle de Lágrimas es criar hijos, hombres que consideran una obligación salvar su patria, escritores que emplean su existencia en completar obras que nadie precisará jamás, aventureros dispuestos a perder la vida por encontrar una isla nueva o un paraje ignoto... Una misión en la vida, sobre todo si se trata de un encargo divino, es un salvoconducto para la gloria, porque sólo aquellos que se sienten impelidos por Dios albergan en sí la fortaleza, la tenacidad, la paciencia y la pertinacia para cumplir, siempre y a toda costa, su objetivo.)

Era evidente que al *père* Balkas le gustaba decir que viajaba por una imposición pontificia, una misión papal o un cometido romano. Pero también era evidente que aquellas excusas eran

falsas, y que el interés que demostraba en su trabajo —aquel montón de papeles y garabatos— tenía una raíz puramente personal, que sólo le atañía a él y a sus intereses particulares.

—Nuestro Señor Jesucristo —comenzó a decir con voz meliflua y acompasada, como suele ser habitual en ese tipo de clérigos— nos pidió que anduviéramos el mundo predicando su palabra y persiguiendo a los demonios... ¡hasta sus más remotos y hediondos escondrijos!

Augusta comprendió entonces, inmediatamente, que el *père* Balkas parecía mucho más dispuesto a perseguir demonios «hasta sus más remotos y hediondos escondrijos» que a predicar la palabra de Nuestro Señor Jesucristo, y durante un instante perdió el hilo del relato para concentrarse en aquella nauseabunda pestilencia a orines y vómitos. ¿En qué lugares habría andado aquel hombre?

—... porque tal vez no conozca usted bien, al ser luterana, los mandados de Nuestro Señor Jesucristo. Dice Mateo, en el capítulo décimo, que el Maestro convocó a sus discípulos y «les otorgó el poder para arrojar de los cuerpos los espíritus impuros». ¿Entiende usted, señorita Dehmel? —Y se acercó a Augusta lo suficiente como para que su mano huesuda, blanquecina, surcada por mil venas viejas y azuladas, rozara los dedos de la *maiden* de Neuwelke.

Augusta se retiró imperceptiblemente, y colocó la taza de té entre ella y el *père* Balkas.

—Los demonios buscan estos lugares lejanos y yermos. Tienen el corazón y los miembros llagados con los fuegos del infierno, y se internan en estos parajes helados para sobrevivir. ¿No lo sabía? Sí: todos los demonios buscan los fríos glaciares, desde luego. Dice Lucas: «Cuando el espíritu impuro sale del hombre, vaga por los desiertos buscando reposo.» ¡Ah, claro que buscan reposo, mi querida amiga! —Y dio una palmadita ligera y maléfica en el antebrazo de Augusta—. Pero la verdadera Iglesia de Roma los perseguirá hasta lo más profundo de sus madrigueras, allí donde pretendan esconderse... Oh, no se asuste, querida: yo no permitiré que los demonios amenacen a damas tan sensibles y amables como usted...

Y sacó de su gabán un pequeño librito titulado *Manuale Exorcistarum*, aunque añadió que también tenía a mano el *Malleus Maleficarum* —el «famosísimo *Malleus*», dijo, «de los santos dominicos Kramer y Sprenger»—, y otros libros para conjurar los demonios, los aparecidos, las ánimas del purgatorio y «otros seres que viven en agonía espiritual».

En aquel momento, una nube negra oscureció el patio de carruajes, que se encontraba extrañamente vacío, y una cortina de agua furiosa se abatió sobre Wolmar. Augusta se estremeció, pero no podía abandonar la taberna porque el *père* Balkas le impedía el paso y, además, estaba descalza.

—No debería asustar a las mujeres con esas historias de espíritus y ánimas del purgatorio, *père* Balkas —dijo Augusta, decidida a mostrar su firmeza luterana y a huir de allí tan pronto como pudiera.

—Oh, mi querida señorita Dehmel... —susurró el clérigo, acariciando libidinosamente la mano de Augusta—, no tiene usted nada que temer. Por estos lugares no transitan las procesiones de ánimas, ni se aparecen los hombres candentes, ni el espíritu de nuestra querida María Antonieta deambula por las calles con su cabeza ensangrentada bajo el brazo. Aquí no hay fantasmas ni demonios, ¿verdad, señorita Dehmel? Porque, si los hubiera, usted me lo diría, ¿verdad, señorita Dehmel?

De repente, clavó aquellas pupilas aguadas en los ojos negros de Augusta, y sujetó con fuerza la mano de la *maiden*, que estaba a punto de pedir auxilio al tabernero de Der Rot Flusskrebs.

Finalmente Augusta encontró fuerzas para revolverse, inclinarse lo suficiente para ponerse las botas y levantarse a duras penas, obligando así al sacerdote, que no tuvo más remedio que apartarse.

—Discúlpeme, señor, tengo que volver a...

—¿Al Pensionado de Señoritas de Neuwelke?

Augusta se abrió paso sin contestar y, con los cordones de las botas desatados, aunque ocultos por el amplio vestido, avanzó por la taberna hacia la puerta, sin volverse.

—Que tenga buenos días, *père* Balkas.

—Creo que me quedaré durante algún tiempo en Wolmar, señorita Dehmel —exclamó el clérigo desde el fondo de la estancia—. Seguramente nos veremos pronto, ¿verdad, señorita Dehmel?

En el patio diluviaba. Según Augusta, aquel siniestro y pestilente «romano» podría haber sido capaz de conjurar un nuevo diluvio universal recitando sus latines bíblicos, o invocando toda su retahíla de fantasmas y espíritus. La señorita Dehmel abrió el paraguas y, decidida a abandonar la posada, se internó en la lluvia torrencial mientras farfullaba: «Espero que no, *père* Balkas: espero que ésta haya sido la primera y la última vez que nos hayamos visto.»

Lo cual dice mucho de la vanidad de las personas, que creen poder ordenar el devenir de sus vidas conforme a sus deseos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

10

Pocos días antes de Navidad comenzaron a llegar los carruajes. Algunos eran verdaderamente ostentosos y el lujo de las casas nobiliarias se reflejaba en ellos, desde los caireles que tintineaban en las frentes de los caballos a la librea de los lacayos que ocupaban el pescante. Los padres solían enviar a criadas de confianza o a tías solteras para acompañar a las niñas de regreso a casa. Las primeras en abandonar Neuwelke fueron las más pequeñas, incluida Christa Dix, que se negó durante dos horas a compartir carruaje con «esa señora horrible que han enviado mis padres», alegando que probablemente la señora era una bruja cuya única intención sería venderla a un ogro siberiano que acabaría devorándola o cociéndola en un caldero... Era verdaderamente terrible que una niña de once años dijera aquellas cosas, y la mayoría de los adultos se escandalizaba, excepto el profesor Whimple, que no podía evitar la risa y veía en la joven promesa de *marquise* de Dix a una verdadera romántica.

Sönke y su *maiden*, Augusta Dehmel, partieron el día 19 de diciembre, después de que la joven no terminara de despedirse nunca de Antoinette y de Julie, para desesperación de su dama de compañía. La joven de pelo infernal prometió a sus amigas que las tendría presentes cada minuto de aquellas vacaciones, que se le iban a hacer eternas. Y otro tanto prometieron Julie von Gùldenstube y Antoinette de Wrangel. Y las tres cumplieron estrictamente sus promesas durante los dieciséis minutos siguientes: un tiempo de fidelidad más que razonable en jovencitas de su edad. Al día siguiente llegaron los carruajes que se llevarían a Antoinette y a Julie, y la señorita Sagée estuvo a punto de llorar al verlas marchar, como si su ausencia de Neuwelke representara para ella una verdadera causa de desolación y tristeza.

Y, en realidad, así era. Durante aquel horrible diciembre, los pasillos y corredores de Neuwelke estuvieron tristes y sombríos, y aunque la señorita Sagée creía oír de tanto en tanto las risas y las conversaciones de las niñas, todas las habitaciones estaban vacías. Un frío horroroso recorría los pasillos y galerías, pues las chimeneas de las habitaciones vacías no se encendían, y el frío, como todo el mundo sabe, entristece el mundo. Las aulas eran como esas ancianas apesadumbradas que repasan una y otra vez los dibujos y garabatos de las nietas que nunca las visitan. Incluso Jonas Fou'fingers andaba enfurruñado, protestando entre los setos y recortando de mala manera los tejos del camino de la entrada. *Herr* Schaffhausen abandonó el nido del campanario y levantó el vuelo para ir a visitar a una hermana que tenía, al parecer, cerca de

Leipzig. Y quizá fuera cierto. El profesor de historia, el señor Klöcker, tenía desde hacía años un compromiso que debía cumplir: ordenar una colección de numismática romana en una universidad de Cracovia, y decidió cumplir con su promesa aquel preciso invierno. La señorita Vi también partió, el día 22, en un coche que milagrosamente pudo hacerse con ella; probablemente pasaría la Navidad en Riga, con unas amigas con las que tenía relación desde muchos años atrás.

En el colegio sólo se quedaron el señor Whimple y la señorita Sagée. (Para horror, desesperación y amargura de Augusta Dehmel, que procuró enterarse de la situación en que quedaba el colegio antes de partir.) El señor Whimple pasó la mayor parte de aquellas vacaciones en la biblioteca, leyendo, estudiando y escribiendo. Émilie Sagée estaba convencida de que el señor Whimple estaba componiendo un poemario terriblemente romántico. A veces, cuando ambos se encontraban en la biblioteca, en la penumbra, uno a cada extremo de la sala, Émilie lo veía devanándose la cabeza y pensaba que estaba buscando una rima apropiada o una comparación idónea o una metáfora sorprendente. A veces el señor Whimple se percataba de que Émilie se encontraba en la biblioteca y se levantaba para charlar un poco con ella —¿qué está leyendo?, ¿*Hernani*?, vaya, eso sí que es romántico, sí, estuvieron a punto de llegar a las manos en la Comedia Francesa—, pero después volvía a sus estudios y a mesarse los cabellos, como si le costara mucho plasmar en el papel lo que pensaba.

En Neuwelke también se quedaron, por supuesto, el señor Buch y su esposa, confinada y oculta a la vista del mundo en una de las alcobas más alejadas de la mansión. Y en los pisos inferiores, Irina y Latia gozaban de unas apacibles vacaciones, pues atender a cuatro personas resultaba bastante más llevadero que pelear diariamente con cincuenta muchachas enloquecidas y dispuestas a armar un escándalo por un vaso de leche demasiado caliente o demasiado frío. La señora Bertha Huns también aprovechó para preparar unos postres navideños que —para ser francos— sólo apreció convenientemente Émilie.

El día 24 se sirvió una cena «frugal» y todo resultó más bien triste. Según el señor Buch, la señorita Eveline se encontraba cada vez más débil y el doctor Zalkinis se temía lo peor; el director no tenía ganas de probar la sopa de verduras con apios nuevos de Cracovia, ni la carne fiambre con nueces y pistachos y misterios de berenjenas, ni el hígado con cebollas y ciruelas romanas, ni la empanada de pavo con arándanos, ni la manzana asada con espantos de frambuesas. (Se llamaban «espantos» o «sustos» porque eran como gotas de sangre sobre la manzana.) El señor Whimple, sin necesidad de pronunciar una palabra, explicó aquel día por qué estaba tan delgado y, aunque tuvo la deferencia de no subir un libro a la mesa, tampoco estuvo muy hablador. Sólo Émilie parecía dispuesta a disfrutar de la noche de Navidad y de los prodigiosos alimentos que iban trayendo Irina y Latia desde los imaginativos fogones de la señora Huns. Sin embargo, también Émilie se fue apagando poco a poco, y antes de las diez de la noche ya estaba en su habitación, comenzando la lectura de un libro de Gosselin que acababan de enviar desde París y que trataba de las peripecias de un joven poeta, una gitana, un archidiácono malvado y un pobre campanero tullido y contrahecho.

Sólo los paseos y las conversaciones con el jardinero Jonas Fou'fingers consiguieron sacar a Émilie del abatimiento y del horrible aburrimiento del sombrío Neuwelke. Deseaba con todas sus fuerzas que concluyera el año, que comenzaran a pasar rápidamente los primeros días de enero y

que aquellos vehículos que le habían arrebatado la vida al colegio se la devolvieran en forma de niñas malhumoradas y jóvenes dispuestas a hacer temblar los cimientos de la casa con sus gritos. Por mucho que rogó al Cielo que los días se sucedieran con prontitud y que las niñas volvieran cuanto antes, el Cielo no favoreció sus pretensiones, y los días transcurrieron conforme al orden natural, empleando veinticuatro horas en cada jornada.

Pero finalmente se cumplieron sus deseos, y alrededor del día 8 de enero de 1845 comenzaron a llegar las primeras niñas. De nuevo volvieron a oírse carreras en los pasillos, lloros, gritos y peleas en las habitaciones, risas en las aulas y cuchicheos en las esquinas. (La futura marquesa de Dix, Christa, en lo alto de la escalinata de la entrada, juró por todos los santos del panteón ortodoxo ruso que se quitaría la vida si la volvían a entregar a aquella cohorte demoníaca que formaban los profesores de Neuwelke. ¿Dónde habría aprendido aquella niña semejante vocabulario?)

Todos los profesores regresaron a sus tareas con puntualidad letona y Émilie volvió a sonreír. Las jóvenes criadas levantaron una vez más la mirada al cielo cuando comprendieron que las niñas venían más asilvestradas de sus casas paternas y la señora Bertha Huns prometió que si aquellas jovencitas malcriadas no se comían las acelgas con tocino que había preparado, estarían comiendo ese mismo plato hasta el día del Juicio Final. También gritó otras amenazas, pero no vale la pena insistir en ello.

Sönke, Julie y Antoinette llegaron al pensionado con muy pocas horas de diferencia, y cuando se vieron, dieron tantos gritos e hicieron tantos aspavientos que la señorita Vi las amenazó con una sesión adicional de «comportamiento femenino en cortes reales y residencias nobiliarias». Entonces se calmaron un tanto, pero estaban tan excitadas con el deseo de contarse sus vacaciones que hablaban las tres a la vez... y, para sorpresa de los profesores, ¡podían entenderse! Luego, dejando sus enseres en cualquier parte —y con la confianza de que sus *chaperones* se ocuparían de ellos—, corrieron hacia las habitaciones superiores y se perdieron de vista. Émilie habría jurado que las tres dejaron en la escalinata de la entrada un rastro de alegría que podría haber servido para endulzar la vida de pueblos enteros.

Augusta Dehmel recogió la pequeña maleta que Sönke Buttgereit-Dientzenhofer había abandonado en la escalinata de la entrada y observó de reojo a Émilie, que se encontraba con el profesor Whimple recibiendo a las niñas. Ninguno de los dos maestros apreció el gesto de la *maiden*, que apretó los dientes hasta que le chirriaron en la cabeza; bien al contrario, siguieron ayudando a otras niñas con sus bolsos y sus maletas, y saludando a las criadas o las personas que venían a dejarlas de nuevo en el pensionado. En ocasiones los acompañantes se quedaban a tomar un té y, si el viaje había sido muy largo, incluso permanecían una noche en la casa para descansar; pero lo habitual era que regresaran a sus mansiones cuanto antes. A veces daba la impresión —la señorita Eveline había tenido incluso la seguridad, cuando inauguró su internado de señoritas en Neuwelke— de que las madres (y sobre todo los padres) de las niñas sólo querían librarse de ellas. El señor Whimple, mientras veía cómo se alejaban los carruajes, añadió en voz baja que algunos padres disfrazaban el desprecio que sentían hacia sus hijas con el dispendio de una educación esmerada.

—Afortunadamente, ellas no lo saben —concluyó.

Émilie no tenía argumentos para rebatir unas apreciaciones que, en el fondo, sabía ciertas, pero pensaba que no siempre había necesidad de ser tan sincero y tan honesto, y que por mentirse de tanto en tanto tampoco se iban a quebrar los pilares del mundo.

Muchas de ellas eran primogénitas, pero la mayoría no llegarían a ostentar los títulos de sus padres, ni heredarían las mansiones o las tierras de sus ancestros; la mayoría de los bienes quedarían en poder de sus hermanos varones, y a ellas les corresponderían unas asignaciones o unas rentas suficientes para que ciertos caballeros —con más letras en los apellidos que dinero en los bolsillos— se interesaran por ellas y las convirtieran en señoras dispuestas a lucir joyas en las fiestas provincianas de Riga, Vilna o Minsk.

Sin embargo, aún faltaban varios años para que las jóvenes internas del Pensionado de Neuwelke se presentaran en los salones ambarinos y lucieran todas sus galas con el fin de encontrar un buen marido o, al menos, uno que no fuera muy malo. Por el momento podían dedicar sus horas y sus días a las pequeñas confidencias y a los ingenuos secretos que adornaban su pubertad.

Apenas cuatro días después de haberse reiniciado las clases, cuando la mayoría de las niñas pequeñas ya estaban soñando con sus respectivos ángeles, Sönke, Antoinette y Julie se encontraron en una de las discretas escaleras laterales (habitualmente utilizadas para el servicio) a la luz de un quinqué. Y allí, en su lugar favorito, donde todas las galerías permanecían prácticamente a oscuras y apenas se oían los pasos de los habitantes de la mansión, las tres jóvenes se entregaron, como tantas noches, a las confidencias que durante muchos meses habían sellado una amistad que ellas creían para toda la vida.

—Al menos, podrían disimular —protestó Antoinette de Wrangel, sentada en el escalón superior y sujetándose las mejillas con ambas manos—. Puedo entender que no se quieran, e incluso que no se soporten, pero seguramente no es necesario que mi hermana y yo tengamos que asistir cada día a los irritantes menosprecios que se dedican continuamente.

Julie von Güldenstube arqueó las cejas. Tenía en su regazo a *Ossián*, que había aparecido por allí momentos antes y había decidido que precisaba urgentemente las caricias de la muchacha entre las orejas.

—Bueno, al menos tú has podido ver a tus padres y a tu hermana. Yo ni siquiera he tenido esa suerte. Cuando llegué a casa me enteré de que mi madre había ido a visitar a mi abuela en Viena, que está muy enferma; y mi padre, como siempre, está encerrado en su estudio, con mi hermano, que ya ha concluido sus estudios en la nueva Universidad de Múnich, y apenas salen de allí... Y cuando salen, ¿cómo decirlo?, lo último que quieren es verme.

Tal vez la joven Julie era un poco injusta, porque el barón Von Güldenstube era uno de los hombres de ciencia más importantes de la época. Quizá ni siquiera estaba enterada de que su padre había escrito un famosísimo tratado sobre mesmerismo y magnetismo animal. Ludwig von Güldenstube, hermano mayor de Julie y heredero de la baronía, aprendió todo lo que podía aprenderse en la universidad bávara y en la biblioteca paterna, y se convirtió, con los años, en uno de los intelectuales más importantes del mundo.

—No sé qué le mete mi padre en la cabeza a mi hermano Ludwig, pero sus conversaciones me aterrorizan —añadió Julie, mientras peinaba con los dedos a *Ossián*—. No se ocupan de nada que

no sean los espíritus y el mundo de ultratumba. El joven conde de Ourches me ha dicho que a veces van a los cementerios y a las iglesias, y dejan allí papeles con lápices, y que al cabo vuelven y encuentran cosas escritas por los espíritus. Al parecer tienen hojas con renglones escritos por San Pablo, María Estuardo, Melquisedec y Cicerón.

—Estás intentando darnos miedo —protestó Sönke.

Pero no era así. Julie von Güldenstübbe decía la verdad. En aquellos años, el conde Von Güldenstübbe comenzaba una fructífera carrera de complejos experimentos de magnetismo y mesmerismo que asombraron a las sociedades científicas más importantes de Europa. Julie aún estaba en el Pensionado de Neuwelke cuando su hermano se trasladó a París: allí comenzó su meteórica carrera como espiritista y científico de los espectros. Por su *hôtel particulier* junto al Sena pasaron historiadores como Bonnechose, pintores como Kiörboe, diplomáticos como Robert Dale Owen, el barón Von Rosenberg y el príncipe Galitzin, y muchos periodistas, como Delamarre y Choisselat, los famosos propietarios de *La Patrie* y *L'Univers*. En su palacio se llevaron a cabo múltiples experiencias que llenaron de pavor y pasmo a los participantes. (En cierta *séance*, la médium contratada consiguió ponerse en contacto con el mismísimo Abraham; lástima que ninguno de los presentes supiera caldeo.) De los conocimientos que pudieron extraerse entonces nació el libro *La réalité des esprits*, publicado por Ludwig von Güldenstübbe en 1857 y los *Pensées d'outre-tombe*, que vio la luz un año después.

—¡A mí tampoco me gusta, Sönke! ¡No sé qué interés puede tener mi hermano en conocer los pensamientos de María Estuardo o Melquisedec...!

—¿Quién es Melquisedec? —preguntó Antoinette.

—Fue un antiguo sacerdote que se nombra en la Biblia —contestó Sönke, cuyas abundantísimas y caóticas lecturas a veces tenían cierta utilidad.

Las tres jóvenes no podían saber entonces que Melquisedec era para los espiritistas una suerte de «inmortal»; San Pablo decía de él que había venido al mundo «sin padre, sin madre, sin genealogía; no hay comienzo ni final de su genealogía...», tal y como quedó escrito en el capítulo séptimo de la Epístola a los Hebreos. En el complejísimo laberinto de los espiritistas —en el que la propia Julie caería muchos años después— había una especie de aterrador vacío que se abría tras las puertas y al final de los corredores. Las tres muchachas sintieron un escalofrío al presentir que sus juegos, sus conversaciones y sus sueños estaban permanentemente vigilados por espíritus que vagaban sin rumbo, perdidos e incapaces de encontrar las puertas del Cielo.

—No creo que sea necesario celebrar esas reuniones fantasmagóricas para encontrar ánimas en pena —concluyó Sönke.

El gato *Ossián* abrió sus ojos ambarinos y miró a Sönke como si hubiera podido entender lo que decía. Luego bostezó y se hizo un ovillo en el regazo de Julie.

Julie y Antoinette levantaron las cejas y así evitaron preguntarle a Sönke qué había querido decir con aquellas enigmáticas y sombrías palabras. Sönke, con su infernal pelo anudado en dos maléficas coletas, se encogió de hombros.

—Estoy preocupada por Augusta... por la señorita Dehmel. Si queréis ver un ánima del purgatorio, seguidla. Apenas duerme, come poco y mal, se echa a llorar a cada momento (aunque ella cree que no lo sé), suspira como si la fueran a llevar a la guillotina mañana mismo... A veces

me dice que va a leer un poco, y al cabo la descubro con la mirada perdida y el libro abierto entre las manos, sin haber adelantado ni una sola página. Otras veces, cuando la necesito para que me abroche el corsé o para que me abotone un vestido, tardo horas en encontrarla, y al final la encuentro en un banco del jardín, con la cara entre las manos y llorando amargamente. Me da mucha lástima. Creo que si de verdad existen esos fantasmas que no pueden descansar en paz, deben de parecerse mucho a mi señorita Dehmel.

—¿Y no sabes qué le sucede? —dijo Antoinette con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué no se lo has preguntado?

—Se lo pregunté durante el viaje a casa, porque, apenas subimos al coche, comenzó a llorar calladamente y no paró hasta que no pasamos Riga. Y me dijo que había recibido una carta familiar, en la que se le decía que una tía suya estaba muy enferma...

—¿Ves? Todo tiene su explicación.

—No —replicó Sönke—, porque si eso fuera verdad, no me habría dicho que lamentaba mucho estar tan triste, y que *no lo podía evitar*, y que procuraría no llorar. ¿Es que yo le habría ordenado jamás que no llorara o no se apenara por un familiar enfermo? No, no... Estoy segura de que tiene otros motivos, pero no quiere decírmelos. Y me entristece, porque ha estado conmigo desde que yo era una niña, y aunque a veces me incomoda con sus rigideces, también la aprecio...

—Conociéndote —sugirió Julie—, seguro que tienes una *hipótesis*.

Habían aprendido la palabra aquella misma mañana, en clase del profesor Schafthausen, el cual, al pronunciarla con un énfasis desconocido, había adoptado una verdadera postura ciconiforme y había desatado la risa de todas las muchachas. Él no se había dado por aludido, y siguió dando la clase de filosofía natural y hablando del método hipotético-deductivo en su aplicación científica crocrocrocó.

—Pues sí: tengo una... ¡*hipótesis*! —exclamó Sönke, y entonces le brillaron los ojos con un resplandor maléfico, y los cabellos de fuego, enlazados en dos coletas, lanzaron lenguas ardientes en torno a sus orejas—. Y mi hipótesis es que mi señorita Augusta... ¡está enamorada!

—¡No!

—¡No!

Sönke cerró los ojos y asintió lentamente con la cabeza. Julie y Antoinette se volvieron para acercarse mucho a la endiablada Sönke, que prometía un secreto amoroso, lo cual era prácticamente tan trascendental como un secreto de Estado. (En fin, no cabe engañarse: era mucho más importante que un secreto de Estado.)

—¿De quién? —susurró Julie, y las cuatro cabezas quedaron iluminadas por el quinqué como si estuvieran en un cuadro de Caravaggio. *Ossián* era el más atento.

Sönke sabía, por las novelas epistolares, que una buena pausa era decisiva para el éxito.

—Del profesor Whimple.

—¡Por favor, Sönke! —exclamó Julie, apartándose con un gesto de decepción—. ¡Tienes que dejar de leer esos libros de la señorita Austen! ¡Ves relaciones amorosas por todas partes! ¡Antes de irnos de vacaciones intentaste convencernos de que la señorita Amalia Vi estaba perdidamente enamorada del señor Fou'fingers!

Sönke frunció el ceño. Era un modo de admitir que en ocasiones la imaginación le jugaba

alguna mala pasada.

—Además —advirtió Antoinette—, todo el mundo sabe que el señor Whimple está perdidamente enamorado de la señorita Sagée.

—Exactamente —añadió Julie—. Y han estado solos en Neuwelke durante todas las vacaciones de Navidad. Todos los profesores han pasado fuera estas semanas, excepto ellos, que se han quedado aquí. Mirad qué medias más bonitas me compré en Vilna. ¿Os gustan estas florecillas del tobillo?

—Sí. Qué bonitas.

—Sí, son violetas. Además, Latia me ha dicho que el señor Whimple y la señorita Sagée han pasado casi todo el tiempo juntos en la biblioteca —concluyó Julie.

Sönke levantó las cejas y se mordió el labio inferior.

—Nada de lo que decís *invalida mi hipótesis*. Augusta está apenada, precisamente, porque sabe lo que ocurre entre la señorita Sagée y el señor Whimple. Además, hice la comprobación.

—¿Qué comprobación? —preguntó Antoinette, cogiendo a *Ossián*.

—Le pregunté qué opinaba de la nueva profesora de francés.

—¿Y qué dijo?

—¡Ésa es la cuestión! ¡Todo fueron buenas palabras y elogios! «La señorita Sagée es una bellísima persona», «La señorita Sagée es muy educada y muy amable», «La señorita Sagée es muy inteligente, sin duda», «La señorita Sagée esto», «La señorita Sagée lo otro»... ¡Por favor! ¡Está clarísimo que la odia! Si no la odiara, no diría tantas cosas buenas de ella. Si nuestra señorita Sagée no le importara en absoluto, la habría alabado moderadamente y habría precisado dos o tres detalles malévolos. Pero como la odia y no quiere que se note, no dice más que maravillas de la señorita Sagée.

—¡Eres maléfica, Sönke! ¿Dónde aprendes todo eso?

Sönke iba a responderle a Julie que era una habilidad natural, pero entonces oyeron unos pasos al otro lado de la puerta que las protegía de la oscuridad del corredor. Por debajo de la puerta se iluminó una línea amarillenta que indicaba que alguien se estaba acercando con un quinqué. Los murmullos y los pasos conformaban un fondo aterrador, y Antoinette tuvo la sensación de que había ocurrido una tragedia. Apretó fuerte el brazo de Julie, que se quejó levemente, y observó las orejas de *Ossián*, pues todo el mundo decía que los gatos tienen una sensibilidad especialísima y que son capaces de prever desgracias y muertes. Sin embargo, *Ossián* se arrellanó en el regazo de la muchacha y apenas movió las orejas. Los pasos se fueron acercando y algunas sombras se cruzaron. Entonces, todos los espíritus, desde María Estuardo a Melquisedec, comenzaron a presentarse en la imaginación de las jovencitas. Apenas pasaron unos instantes —que se les hicieron eternos y terribles—, cuando de repente se abrió la puerta y dos figuras gigantescas y monstruosas se abalanzaron sobre ellas...

—¡Aaaaaah! —gritaron las tres a un tiempo.

Las dos figuras negras retrocedieron asustadas, y levantaron un quinqué para ver quiénes proferían aquellos horribles alaridos. *Ossián*, aterrizado por los gritos de las jóvenes, dio un salto —insospechadamente ágil— y se coló entre las dos figuras, huyendo corredor adelante, y pensando seguramente cuán pasajera es la tranquilidad felina.

—¡Señoritas! ¿Qué hacen aquí escondidas?

Las dos monstruosas figuras negras no eran sino el señor Buch y el profesor Whimple. El director del pensionado iluminó los rostros de las muchachas con gesto furibundo, y el señor Whimple frunció el ceño, tal y como exigían las circunstancias.

—Habíamos venido a rescatar a *Ossián*, señor Buch, que se había quedado atrapado en las escaleras.

—Señorita Sönke Buttgereit-Dientzenhofer —reconvino el señor Buch—: A lo largo de sus diez años de vida, sería la primera vez que ese gato necesitara que lo rescataran.

—Estamos buscando a la señorita Sagée —terció el profesor Whimple—. ¿La han visto?

—Sí —dijo Julie—, estará en su habitación, porque la vi subir la escalinata central cuando venía hacia aquí...

—Debes de haberte equivocado —corrigió Sönke—: Yo me he cruzado con ella en la puerta trasera: iba con una maceta en la mano. Me dijo que iba a ver al señor Fou'fingers porque sus...

El señor Buch hizo un gesto con la mano, con el que pretendía hacer callar —por favor— a la heredera de los Buttgereit-Dientzenhofer.

—Está bien, está bien... No importa. Hagan el favor de regresar a sus habitaciones, señoritas. Ahora.

Las tres dijeron educadamente «sí, señor Buch» y pasaron entre el director del colegio y el profesor Whimple como verdaderas niñas aquejadas de un arrebató de compungido arrepentimiento. Los dos caballeros las vieron alejarse y oyeron murmurar a la señorita Buttgereit-Dientzenhofer: «¿Ves? ¡Está buscando a la señorita Sagée, está buscando a la señorita Sagée...!»

El profesor Whimple frunció el ceño mientras el señor Buch cerraba la puerta de la escalera lateral.

—Quizá ya se haya retirado a su habitación —observó el señor Buch—. Le enviaré una nota por medio de Latia o Irina. Es importante que la señorita Sagée confeccione su lista de libros mañana mismo, pues debo hacer el pedido antes de que concluya la semana.

—¿Se ha fijado en el pelo que tiene la señorita Buttgereit-Dientzenhofer? —preguntó el profesor Whimple mientras se alejaban por el corredor, dejando tras ellos unas profundas sombras.

—Sí. Es una muchacha endiablada, querido David.

11

Desde el establo se veía la enorme mole del pensionado, recortada en el aterrador índigo de la noche, y el colegio le parecía a Nikolai Yielovnovich como un enorme dragón, con todas aquellas chimeneas formando la espina dorsal de una fabulosa bestia dormida. Todas las luces estaban ya apagadas, salvo una, en un extremo, en la que se encontraba la señorita Eveline. Nikolai había oído que la tenían colgada con cuerdas y correas, y que probablemente no tardaría mucho en morir, aunque siempre permanecían con ella un doctor y dos enfermeras.

Sentado en una paca de heno, en el interior del establo, podía notar cómo corría un desagradable viento del sur y gruesos nubarrones se revolvían sobre sí mismos y ocultaban una luna mustia y sin brillo, como si aquel día hubiera salido por salir, sin ninguna intención de dar belleza a una tierra parda que aún tendría que esperar varios meses para empujar la vida hacia el exterior. Por fortuna, a su lado tenía un farol, que derramaba una luz amarilla, amable, cálida y tranquilizadora.

Nikolai era el único hijo de los Yielovna, la familia que arrendaba las tierras de labranza que rodeaban Neuwelke. Su padre le había encomendado que pasara la noche en el establo, que permaneciera despierto hasta las cinco de la madrugada y que no se durmiera por nada del mundo. No era un capricho del señor Yielovna: era cuestión de vida o muerte, porque el parto de una vaca es cuestión de vida o muerte para la mayoría de los campesinos del mundo. Según las cuentas del padre de Nikolai —y según todos los indicios naturales—, la vaca no tardaría más de unas horas en traer al mundo un ternero. La obligación de Nikolai era permanecer despierto y avisar a su padre en cuanto la vaca empezara los trabajos.

No se podía decir que Nikolai hubiera acogido aquel encargo con mucha alegría, porque a ningún muchacho le gusta pasar la noche en un establo mirando a una vaca, pero al menos, pensó, todas aquellas horas en vela le permitirían pensar con claridad en los asuntos que más le preocupaban.

Y no eran cosa de poco.

Para empezar, estaba el asunto de la edad. Él tenía quince, y Latia ya había cumplido los diecisiete. Sospechaba que aquella muchacha podía jugar con él como si fuera una peonza. En segundo lugar, estaba la cuestión de la diferencia de clases. Ella era una doncella, y eso la elevaba muy por encima del rango de «hijo del arrendatario». Y, por último, ahí estaba siempre

Irina, una entrometida que no hacía más que apartar a Latia lejos de él.

Nikolai sacó su navaja y un trocito de madera que llevaba en el bolsillo. Acercó el farol amarillo para tener más luz, y prosiguió con el arduo trabajo que había abandonado por la tarde. Se trataba de una pequeña tablilla en la que estaba tallando las imágenes de tres flores; debajo de las flores —probablemente margaritas, por la sencillez de sus pétalos— aparecían ya los primeros rasgos del nombre de Latia.

Si aquello no conseguía doblegar el pétreo corazón de su dama, podía darse por vencido.

(Debo señalar aquí, aunque no sea una práctica común entre los autores, que un servidor tuvo en sus manos esa tablilla y que, para ser la obra de un muchacho de quince años, no era un trabajo nada desdeñable. Por desgracia, debo añadir también que la tablilla me la enseñó el propio Nikolai —convertido ya en un prometedor granjero—. Así que el lector ya podrá imaginar que el pobre joven no tuvo mucho éxito con su regalo. Alguien pensará que destruyo toda la emoción del relato avanzando cuál fue el resultado del cortejo de Nikolai con Latia, pero un servidor, como el señor Trollope en su crónica de Barchester, no ve ninguna razón para ocultar al lector lo que sabe. ¿A qué viene ocultar o engañar o mentir sobre algo que un servidor conoce de buena tinta?)

Otro de los graves problemas de Nikolai era la jardinería. El señor Fou'fingers y él, aunque jamás lo habían hablado seriamente, estaban perfectamente de acuerdo en que el muchacho no estaba destinado al cultivo floral, sino al cultivo alimenticio. Como la mayoría de los campesinos rusos, Nikolai apreciaba más la belleza del trigo que la de las rosas y la del centeno más que la de las petunias. (En Livonia la cosa es distinta, y suelen apreciarse más las flores que los cereales.) En todo caso, las labores de Niko en el pensionado se debían a una extraña trabazón de suposiciones que nadie se había molestado en confirmar: por ejemplo, el señor Buch creía que a Niko le gustaba la jardinería, y por eso le sugería que ayudara al señor Fou'fingers, y como las sugerencias del señor Buch eran órdenes para los Yielovna, el padre de Niko ordenaba a su hijo que fuera todos los días a ayudar a Fou'fingers, con el enojo consiguiente del escocés y del joven ruso. (En fin, pocas cosas hay más desconcertantes que un maestro que no quiere enseñar a un alumno que no desea aprender.)

La vaca lanzó a la oscuridad de Livonia un mugido lastimero. *Sternschuppe* miró con aquellos grandes ojos negros al joven y Nikolai, al ver aquella mancha blanca y estrellada en la testuz colorada del animal, pensó que tenía un nombre muy apropiado: se lo había puesto él cuando era muy niño. También le gustaba mucho el flequillo juvenil de *Sternschuppe*.

Parecía comprensible que el animal se sintiera inquieto, porque era vaca primeriza y, según su padre, las vacas no saben lo que les ocurre cuando les ocurren las cosas. Nikolai no sabía si dar pábulo a aquellos refranes rusos tan extraños. Seguramente porque el animal comenzaba a sentir los dolores del parto, se levantó del lecho en el que se encontraba tumbado y buscó un lugar más oscuro, al fondo del establo.

Y ahora, ¿cuánto tiempo debería esperar? ¿Tendría que subir ya a avisar a su padre? ¿Acaso debería aguardar aún un rato? En la oscuridad, creyó entrever que la vaca había llegado hasta el fondo del establo, y allí se había tumbado, junto a otros animales de su misma especie.

Por la puerta del establo serpenteó una brisa repentinamente fría, y Nikolai sintió un escalofrío que le recorrió la espalda, los brazos y terminó eléctricamente en los dedos. A lo lejos, en la

oscuridad de las tierras que se extendían en leve ondulación hasta el pensionado descubrió entonces una extraña mancha blanca, como si hubiera allí una persona envuelta en gasas y sedas.

El joven volvió la mirada hacia la oscuridad en la que se había guarecido la vaca y adelantó el cuello para intentar distinguir qué era aquella mancha blanquecina que parecía ondular con la brisa. A su entender, aquella figura se estaba acercando, pero no venía por la parte del camino, sino que avanzaba desde el pensionado, directamente, por los surcos de la tierra. De repente, cruzó por su mente la romántica idea de que su amada Latia no hubiera podido dormir y, sabiendo como sabía que habría de pasar toda la noche vigilando a la vaca parturienta, hubiera decidido acompañarlo y, de paso, concederle los besos y arrumacos que generalmente le negaba.

La figura blanquecina cada vez se acercaba más, y aunque ya podía avistar el bulto de una falda, Nikolai no podía distinguir bien su rostro, y desde luego no podía saber si era la señora Huns, o Irina, o la propia Latia... Pero Latia no podía ser: parecía más alta y no se movía con la desenvoltura y el encanto de su enamorada.

Nikolai se echó hacia atrás cuando la figura se movió rápidamente, como sobrevolando las tierras a ras de suelo y se acercó violentamente a la puerta del establo. El muchacho cayó hacia atrás, derribando el farol y apagando la vela: aquel espíritu vibraba con los temblores de las estrellas en las gélidas noches de invierno, y a través de su pecho, como un corazón moribundo, Nikolai pudo ver con toda claridad la ventana amarillenta del pensionado, allí donde agonizaba la señorita Eveline al parecer. Aterrado y arrastrándose hacia la pared, en completa oscuridad, creyó que los demonios habían venido a buscarlo y, entregado a una muerte segura, el muchacho distinguió las cuencas vacías de aquella espantosa visión.

De nuevo una brisa gélida recorrió el suelo pajizo del establo como un bastardo, y aquel espectro con figura de mujer tembló con eléctrica vibración y, lentamente, desapareció.

Quedó la noche en silencio absoluto, y Nikolai no quiso moverse, observando de reojo cada oscuro rincón del establo, donde podría haberse escondido el demonio. Los escalofríos recorrían su espalda y sentía cómo el pelo de la nuca se le erizaba de terror. ¿Qué haría si se volvía y estaba allí? ¿Cómo ir hasta la escalera para avisar a sus padres? ¿Se había movido algo junto a la tornadera? ¿Había brillado algo junto al arado?

Ni siquiera se atrevía a gritar.

Una nube rasgó la luz de la luna y un tétrico destello plateado se iluminó de nuevo frente a la puerta del establo. Ojalá pudiera arrancarse aquellos grumos de tierra de la garganta, pensó Nikolai. ¿Por qué estaban tan quietos los animales? Los nubarrones volvieron a cubrir el cielo y tanto el establo como la extensión de tierras que ondulaba hasta Neuwelke volvieron a sumirse en la oscuridad más aterradora. Era un silencio mortal, como si el universo entero hubiera dejado de respirar, como si la mismísima muerte hubiera cubierto con un velo todo cuanto existía.

Cuando Niko pensaba que ya no le cabía más miedo tras el ombligo, oyó unos ruidos en la escalera, y por tercera, cuarta o quinta vez en los últimos minutos pensó que había llegado su hora, que jamás tendría una granja y que Latia se quedaría viuda antes de casarse. Los pasos fueron haciéndose cada vez más audibles, y un amarillento fulgor iluminó el hueco donde la sombra de los peldaños comenzó a alargarse de un modo aterrador.

—¡Demonio de muchacho! —dijo la voz—. ¡Nikolai! ¿Te has quedado dormido? ¿No te dije

que estuvieras despierto y vigilaras la vaca?

El señor Yielovna se acercó con el farol en alto y descubrió a su hijo escondido tras una paca de heno, con las piernas encogidas y temblando.

—¡Hijo mío! ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué me miras así?

Al fondo del establo se removieron los animales y *Sternschuppe* volvió a mugir con aire lastimero. Comenzaba para ella —lo supiera o no— el gran misterio y el formidable trabajo de traer un ternero a este mundo.

12

En los registros parroquiales de la población alsaciana de Mulhouse no se hacía referencia alguna a familias que se hubieran apellidado Balkas. Era cierto que muchas iglesias de «las casas del molino» habían soportado saqueos e incendios en los días de la Revolución, y que los templos católicos habían sufrido con más virulencia los arrebatos anticlericales, pero no dejaba de ser curioso que no quedara rastro de los Balkas en Mulhouse.

(He encontrado algunos indicios que sugieren la posibilidad de que el nombre de Balkas tenga alguna relación con pueblos gitanos de Hungría, Rumanía o Serbia, pero se me antoja una remota posibilidad. De todos modos, no es absolutamente imprescindible conocer este detalle para seguir la narración.)

Lo que se sabe es que un niño de tres, cuatro o quizá cinco o seis años fue abandonado en los alrededores de Sainte Marie Auxiliatrice en los tiempos de la Guerra de los Siete Años. El templo, que siempre fue católico, desde mucho tiempo atrás había acabado en manos de los protestantes; sin embargo, aún quedaban algunos lazos antiguos entre dicha iglesia y el monasterio católico de San Francisco, situado en una arboleda oscura que aún puede divisarse desde las torres de Mulhouse si se tiende la vista hacia los Vosgos. (La iglesia, ha de señalarse aquí, volvió a manos católicas a principios del siglo XIX.) El caso es que los pastores reformados llevaron al muchacho al monasterio de San Francisco, donde los monjes no tuvieron más remedio que hacerse cargo de él. Como iba a ser criado de la casa, fue llamado Eliézer o Eliazer. Y conservó el apellido Balkas, que era lo único que el niño sabía —o lo único que decía— cuando se cerraron las puertas de monasterio tras él.

Seguramente los avispados franciscanos se percataron de la prodigiosa inteligencia del muchacho y pronto fueron descargándolo de ciertas obligaciones relacionadas con la cocina, el huerto, el acarreo de piedras y de agua, y otras, y lo empujaron hacia el *scriptorium*. Eliazer se entregó casi desesperadamente al estudio, y es posible que en ello no tuviera mucha parte la comparación entre acarrear piedras y acarrear libros, sino el verdadero carácter apasionado y virulento del muchacho. No tardó en ser el verdadero espíritu ilustrado (como se decía en aquella época) del monasterio, pero su estricta moral católica le impidió asistir a las invitaciones que se le hacían desde los elegantes salones de Ginebra, Berna, Zúrich o París. (Sólo tuvo un ataque de vanidad, cuando publicó su *Memorandum sobre las razones precisas por las que el Arca de la*

Alianza mataba con frecuencia a los que la transportaban, pero duró poco y él mismo supo aplicarse las disciplinas convenientes para que los humos no se le subieran a la cabeza. No volvió a escribir ni una sola línea más para la imprenta.)

Todo parecía ser felicidad en la vida del *père* Balkas (ordenado tal vez en torno a 1783 o 1785), pero el destino quiso que Europa se viera envuelta en llamas a partir de entonces. La Revolución también alcanzó Mulhouse, e incluso el sosegado retiro de los franciscanos. Unos seguidores exaltados de Jacques-René Herbert asaltaron el monasterio una madrugada de julio de 1793 y asesinaron en el mismo claustro a muchos de sus hermanos; a otros los llevaron a Mulhouse y los colgaron o les aplicaron el horrendo artefacto de la guillotina.

El *père* Balkas sobrevivió porque se escondió en un retrete de la biblioteca, donde se hallaba cuando se produjo el asalto. Pero quizá le hubiera valido más haber muerto junto a todos sus cofrades, porque la visión del monasterio en llamas, con los cadáveres ensangrentados de sus amigos por el suelo o pendientes de las vigas del refectorio afectó a su cabeza de un modo horroroso y del que jamás pudo recuperarse. No se piense, sin embargo, que aquellos terribles sucesos lo trastornaron hasta el punto de la evidente insania: más bien acicatearon su inteligencia, que se volvió hacia Dios y se concentró en Él de un modo extremado y violento. El señor Philippe Pinel, que conocía los secretos del cerebro y el alma, apenas habría tardado diez minutos en confirmar que la desatada virulencia de los métodos religiosos del *père* Balkas guardaba una estrechísima relación con los sucesos acontecidos en el monasterio durante el verano de 1793.

El papa Pío VII le limpió las botas en numerosas ocasiones a Bonaparte, pero, a cambio, consiguió que el corso permitiera a los religiosos cierta libertad y cierto sosiego. La República de Mulhouse de Alsacia pasó a manos francesas en la época del Directorio, en 1798, y fue por entonces cuando volvió a establecerse en las ruinas del viejo monasterio una pequeña comunidad de frailes. Reconstruyeron el edificio religioso conforme al estilo moderno y, a pesar de los terribles acontecimientos que han tenido lugar en sus alrededores recientemente, aún alberga, según creo, a medio centenar de clérigos católicos.

El *père* Balkas se había convertido en una sombra de lo que fue. Era un hombre envejecido, enjuto y encorvado, con los ojos amedrentados, como huevos duros, en un rostro magro y arrugado, con una melena cenicienta que le caía sobre los hombros. Para él, apartado ya de las labores del monasterio, no había nada en el mundo sino una fe poblada de demonios, espíritus y espectros: aquello era seguramente lo único que aquel desdichado veía en sus turbulentos sueños.

El *père* Balkas, aunque nominalmente pertenecía al monasterio de San Francisco, era en realidad un eremita o un predicador como los muchos que poblaron Europa en las edades oscuras y que ahora están volviendo a andar los caminos —especialmente de Inglaterra y Escocia— pregonando sus doctrinas sobre el fin del mundo y el Juicio Final. A veces iba por el monasterio, y dormía allí algunos días, o consultaba libros y legajos que tenía escondidos en la biblioteca, pero generalmente andaba por las calles de Mulhouse y de los pueblos de los alrededores con un carro lleno de libros y papeles del que tiraba una vieja mula gris. Se sabía que a veces pasaba la noche en el carro: en varias ocasiones se quedó dormido en su interior, mientras estudiaba sus mamotretos, y el candil con el que se iluminaba se había caído sobre la ingente montaña de papeles viejos que guardaba, y a punto había estado de perecer abrasado por el fuego que con

tanto fervor proclamaba para los demás.

Se sabe que a finales del verano de 1815, el *père* Balkas inició una peregrinación a Roma, y se sabe también, por los registros que se guardan en la Curia vaticana, que este clérigo tuvo la pretensión de ver al Sumo Pontífice con el fin de que éste le concediera autoridad como «exorcista y perseguidor de demonios», pues estaba seguro de que los ángeles maléficos estaban apoderándose del mundo y...

En fin, tengo delante de mí el registro vaticano —mi buen amigo John T. Walcott, agregado comercial de Inglaterra en Roma, tuvo la amabilidad de copiarlo para mí—, y lo que se desprende del registro, breve y conciso, es que la Curia vaticana lo consideró un loco que, si no se tornaba peligroso, podía ser útil, por cuanto andaría los caminos de Europa y dedicaría toda su vida, hasta el martirio si fuera necesario, a predicar la Palabra de Dios con la firmeza de quien no tiene otra cosa en la cabeza. En todo caso, *nihilominus*, la cuestión de la autorización como consultor y conecedor de exorcismos quedaba para más adelante, pues es una prebenda que sólo puede dispensar el Sumo Pontífice a través de un oficio de la Sacra Congregatio Romanae et Universalis Inquisitionis. «Para más adelante» era lo mismo que decir «nunca, pero con esperanza», que es lo que se le dice a los niños y a los locos a los que hay que conformar de algún modo.

El *père* Balkas regresó a Mulhouse con su carro atestado de cartapacios, archivos, tarjetas, legajos, manuscritos, papeletas, anuarios, impresos, folletos, opúsculos, memorandos, libros, documentos, esquelas, boletines, ligazas, reseñas, sueltos, borradores, cartularios, cédulas y documentos. Durante años buscó y rebuscó en bibliotecas e imprentas, a la luz de candiles y velas, y babeaba de placer cada vez que encontraba un recorte que confirmaba su idea de que el mundo se estaba poblando de demonios y ángeles maléficos, súcubos e íncubos y diablos de las nueve jerarquías: prueba evidente del inmediato Juicio. Y, sobre todo, pasaba los días y las semanas y los meses entregado al estudio de la Biblia, de la que extraía todos los párrafos que consideraba apropiados a su causa. «Se engrió tu corazón por tu belleza, viciaste tu sabiduría por tu esplendor; en la tierra te he arrojado, delante de los reyes te he puesto, para que se fijen en ti...», proclamó Ezequiel en sus profecías. Por alguna razón, el *père* Balkas estaba persuadido de que Belial o Asmodeo, o Lucifer o Belcebú, principalmente adoptarían la figura de una bella Lilith.

Los documentos, que parecían abigarradamente desordenados en su carreta, estaban clasificados con una precisión enloquecida que sólo el *père* Balkas podía conocer. Allí tenía numerosísimos ejemplos «históricos y reales» de *circumdatio* (cuando un espíritu acosa a una persona viva), *influxum* (acciones de los demonios en personas), *infectum* (presencia de demonios en animales y plantas), *veneficium* (o maleficios y hechizos) y *possessio*, que es la forma paradigmática de la posesión infernal.

Sabía de un grupo de curiosos que habían comenzado a hacer *séances* en Ginebra, en las que el demonio había hablado por boca de la médium, y manifestándose con la voz y la idea de una persona muerta obligó a los participantes a arrojar al lago una noche de tormenta, donde todos perecieron. Y en otra ocasión supo, por un periódico parisino, que a una joven se le aparecía el mismísimo demonio todas las noches antes de irse a dormir, y que salía del armario que tenía junto a su cama y le hablaba con palabras hebreas y con voces que le salían de las tripas, y le decía cosas horribles, como que asesinara a sus padres o a su criada. Y también supo que en

Zaragoza, en España, un sacerdote había practicado un exorcismo a una niña, que había comenzado a hablar de repente en lenguas extrañísimas y desconocidas, y que tras muchos escalofríos, gritos y vómitos, por fin pudo liberarse... El *père* Balkas había reunido cientos y cientos de casos de apariciones, presencias, golpes, movimientos, luces, gritos, aullidos, hasta que todo su mundo no fue más que un laberinto de fantasmas y espectros, demonios y seres de ultratumba.

Por desgracia, todo lo que sabía lo sabía por los periódicos y los libros. Guardaba como oro en paño todos los ejemplos bíblicos en los que se sugería una presencia demoníaca, pero también había rebuscado en los compendios antiguos, donde había conocido el famoso caso de Atenodoro, al que aterrizaron los espectros en su casa ateniense, o el de Jerjes, al que un demonio en forma de zorra le indicó que iba a perder su imperio, y a Alejandro, al que se le presentó un monstruo que le pronosticó su temprana e inesperada muerte. Sin embargo, nunca había visto aquellas luces en el cielo de las que todo el mundo hablaba (incluso Goethe), ni había sentido presencias en torno a su lecho, ni había notado que lo miraran a sus espaldas, ni había visto que se movieran los objetos de una alacena, como se decía que ocurría a veces, ni había visto a ninguna niña que vomitara sangre y hablara en lenguas caldeas y sumerias. Nunca, durante todos sus viajes solitarios por los bosques y las montañas, había visto nada que hubiera podido señalar como demoníaco, aunque había intuido en los ruidos de la noche y en la oscuridad el aliento gélido del Maligno, y muchas veces un escalofrío le había recorrido la espalda hasta erizarle los cabellos de la nuca; mas, aunque sabía que el demonio rondaba, nunca había podido verlo. En ocasiones, cuando vagaba por caminos sombríos con su carro, entre temblores y terrores sudorosos, el padre Eliazer Balkas se había sentido como decía el poeta inglés:

*como aquel que, en un sendero solitario,
hace su camino con temor y miedo,
y habiéndose girado una vez, continúa andando
y no gira más la cabeza,
porque sabe que un terrible demonio
le sigue muy de cerca.*

Dos años antes de los hechos que se narran en esta historia —es decir, en 1842—, comenzó a hablarse en Mulhouse de unos extraños sucesos que acontecían en el hospicio de Sainte-Geneviève, que se encontraba en una finca arbolada a las afueras de la ciudad. ¿Qué sucedía en realidad en el orfanato? Nadie lo sabía a ciencia cierta y, si alguien lo sabía, prefería callarlo. Sin embargo, todo acabó por publicarse: allí trabajaba cierta institutriz llamada Mlle. Sagée, que era natural de Dijon. Era una mujer ya no joven, mas de buena presencia, algo más alta de lo común, y de una mirada al parecer perturbadora. Los patronos de la institución benéfica, como los profesores y los criados y los niños, estaban muy satisfechos con ella, salvo por algo que había comenzado a ocurrir en las dependencias del hospicio y que había aterrizado a todos cuantos vivían allí. Los niños, atenazados por el pánico general, habían comenzado a decir que la señorita

Sagée estaba endemoniada, y algunas religiosas que frecuentaban la institución no dudaron en achacarle todos los males y todas las desgracias que ocurrían: si se pudría un árbol frutal, o si se moría un ternero, o se cortaba la leche, o se derramaba aceite hirviendo en la cocina, de todo tenía la culpa aquella misteriosa señorita Sagée.

El padre Eliazer Balkas, cuando lo supo, no tardó en presentarse allí y, tras interrogar con violencia a la institutriz, exigió al gobernador que la llevara a prisión y la encerrara, pues estaba convencido de que la mujer estaba endemoniada, y de que era imprescindible practicarle un exorcismo. (Todo el mundo en Mulhouse tenía al *père* Balkas por un excéntrico, pero se fiaban de él en lo tocante a cuestiones religiosas y diabólicas; así que los patronos del hospicio no tuvieron más remedio que entregar a la señorita Sagée a los alguaciles.) Durante todo el camino hasta las mazmorras del ayuntamiento, el *père* Balkas fue recitando la oración de San Benito, abriendo el paso de la comitiva con una gran cruz de madera entre las manos,

*Crux Sancti Patris Benedicti,
Crux Sacra sit mihi lux,
non draco sit mihi dux.
Vade retro, Satanás,
nunquam suade mihi vana,
sunt mala quae libas,
ipse venena bibas...*

Por aquel entonces gobernaba la ciudad un francés llamado Auguste Trémon; este hombre intentó convencer por todos los medios al *père* Balkas y a toda la procesión de religiosos y fanáticos de la injusticia que estaban cometiendo: si Mulhouse era un pueblo ilustrado, no podía permitir que se encerrase y se juzgase a una mujer por maleficios y hechicerías. Por desgracia, cuando un pueblo enloquece, sus habitantes alcanzan todos los límites de la crueldad. El propio *père* Balkas se sintió respaldado por los ciudadanos de Mulhouse y, tras someter a la señorita Sagée a horribles exorcismos, exigió que se le aplicara la Klapperstein.

El juicio de la Klapperstein había dejado de celebrarse en la ciudad desde que se produjo la anexión a Francia. Aunque es sobradamente conocido, cabe la posibilidad de que algunos lectores desconozcan en qué consistía este castigo, de modo que lo explicaré brevemente. En una de las fachadas del ayuntamiento hay, colgada de una cadena, una piedra que llaman Klapperstein; representa un rostro con los ojos muy abiertos y la lengua fuera, y pesa casi treinta libras. *Klapperstein* significa «la piedra de los murmuradores». El castigo, que se aplicaba tanto a los murmuradores como a los que se acusaba de urdir maleficios y mal de ojo contra los vecinos, consistía en una humillación pública seguida de la expulsión del pueblo. Al encausado —si es que en alguna ocasión hubo juicios verdaderos por aquellas causas— se le vestía con tela de saco y se le hacía subir a un asno: después se le colgaba del cuello la Klapperstein o piedra de los murmuradores y de este modo se le hacía recorrer todo el pueblo, de una punta a otra; antiguamente el condenado recibía golpes y pedradas durante el trayecto, y en ocasiones moría

antes de llegar a las afueras de la aldea. En el ayuntamiento, según tengo entendido, junto a la Klapperstein que cuelga en la fachada, hay un cartel que advierte:

Me llaman «la piedra de los murmuradores»,
bien me conocen aquellos que hablan mal de otros;
quien tenga gusto en la disputa y el enfrentamiento,
me llevará colgada por todo el pueblo.

El gobernador Trémon, muy a su pesar, no pudo evitar lo inevitable. Era probable que aquella mujer fuera inocente —él estaba prácticamente convencido—, pero si privaba al pueblo de una Klapperstein, acabarían produciéndose disturbios en la ciudad, y acabarían acusando a los franceses de la invasión de Alsacia y se desatarían todas aquellas peligrosas ideas que siempre estaban a punto de estallar. Simplemente, no podía evitarle el escarnio a aquella mujer. Así que ordenó a dos alguaciles de su confianza que ejecutaran la Klapperstein, pero insistió en que la mujer tendría que ir protegida por guardias, para evitar que la muchedumbre enloquecida la golpeará hasta matarla; cuando hubieran cruzado el pueblo de parte a parte, tal y como indicaba la ley escrita en la pared del ayuntamiento, debían meterla en un carruaje que tendrían dispuesto y la llevarían a una posada que se encontraba a seis millas de Mulhouse. Allí le entregarían algún dinero y le rogarían que no volviera por la aldea.

El *père* Balkas estaba entusiasmado con la idea de humillar públicamente al mismísimo Satanás. Había maltratado indeciblemente a la señorita Sagée en las mazmorras y casi le había hecho creer a la pobre mujer que ella tenía la culpa del fallecimiento de una anciana de la vecindad y de que las mulas de cierto campesino se hubieran muerto de muermo; y, aunque no consiguió que la institutriz confesara sus artes de maleficio, tampoco le pareció que fuera imprescindible.

Se empeñó en presidir la comitiva, mientras iba rezando himnos y salmos, y proclamando la gloria de Dios, al tiempo que lanzaba agua bendita sobre la desgraciada señorita Sagée, a la que todos llamaban «hechicera», «bruja» y «endemoniada». Habían encaramado a Émilie Sagée a un viejo burro gris; le habían arrancado todas las ropas y la habían vestido con tela de arpillera o saco, y alrededor de la cintura le habían puesto una cuerda con una cruz de madera en un extremo. Iba descalza. Sobre el regazo llevaba la enorme piedra, cogida con las dos manos, y la cadena que la sujetaba iba colgando de su blanco cuello, ya malherido antes de llegar al barrio de los panaderos y los carniceros. Los ciudadanos de Mulhouse no quisieron perderse el espectáculo que tan desafortunadamente habían prohibido los franceses, y salieron a la calle con las varas de avellano y abedul que habían estado guardadas durante tantos años. Los guardias no tuvieron el oficio o la disposición para evitar los golpes, y Émilie salió de Mulhouse con la espalda y los brazos llenos de varazos y heridas, y más muerta que viva. Cuando llegaron al puente, el *père* Balkas ordenó a los guardias que volvieran a llevarla a la prisión, pues debía completar los exorcismos. Sin embargo, uno de los alguaciles lo llamó «loco malvado» y le aseguró que si no abandonaba el lugar, él mismo se encargaría de encerrarlo. Después, metieron a la moribunda en

un carruaje, como estaba convenido, y encargaron al cochero que la llevara a la posada que tenían apalabrada, encareciéndole que se asegurara de que trataban bien a aquella pobre desgraciada.

El padre Eliazer Balkas jamás se conformó con la irregular resolución de aquel caso, persuadido como estaba de que aquella mujer era la mismísima encarnación de Satanás. Casi al día siguiente comenzó las indagaciones para saber dónde habían trasladado a la hechicera *mademoiselle* Sagée. Al tiempo, despachó varias cartas a Roma donde aseguraba que probablemente había encontrado la encarnación del mismísimo Lucifer y que, a partir de aquel momento, iba a dedicar lo que le restara de vida a acabar con aquella mujer. (Al cabo de algunos meses se recibió en la estafeta de Mulhouse una carta del Vaticano, en la que se advertía al *père* Balkas de que abandonara su pretensión y, además, se le explicaba paciente y piadosamente que no era previsible que Satanás utilizara a una institutriz para desatar la gran contienda final de la que hablaba el Apocalipsis... Pero el padre Eliazer Balkas jamás leyó aquella carta, pues ya había partido tras las huellas de su presa.)

El *père* Balkas supo, por un guardia indiscreto, el nombre de la posada a la que habían llevado malherida a la mujer. Y allí averiguó qué camino había tomado cuando se repuso. Y así llegó a Estrasburgo, donde supo que habían estado a punto de ahorcar a una mujer con las mismas características que Émilie Sagée. Y luego partió de nuevo con su carro lleno de fantasmas, espectros y demonios, y como un sabueso olió la sangre de la institutriz en Friburgo, y luego en Heidelberg, y en Jena, y en otros muchos lugares, cada vez más hacia el este; y luego cruzó los campos yermos de Polonia, hasta llegar a Vilna, donde de nuevo volvió a perderle la pista. Después, casi por casualidad, supo que había llegado a Riga, y allí encontró a un muchacho que lo dirigió hacia Wolmar, donde no tardó en adivinar que su presa había encontrado una guarida en el Pensionado de Señoritas de Neuwelke. Allí estaba el demonio, y allí iría a buscarlo.

Ahora el *père* Balkas esperaba pacientemente en una habitación de la posada Der Rot Flusskrebs, en Wolmar. Había conseguido que los mozos se ocuparan de su carro lleno de libros y papeles por una módica cantidad de dinero, y él había alquilado un cuartucho frío, sin chimenea, en la peor parte de la posada. Allí permanecía durante largas horas, encorvado sobre su vieja Biblia o transcribiendo párrafos y copiando capítulos enteros de las Escrituras, esperando la ocasión propicia para presentarse en el Pensionado de Neuwelke y exigir la cabeza de la hidra.

Al otro lado del ventanuco, aquella noche, soplaban un viento helado que sólo presagiaba un infierno de lluvia y nieve. A la luz de un cabo de vela, el rostro del *père* Balkas mostraba todas las arrugas de un hombre condenado. Estaba estudiando ese pasaje de Job en el que Yahveh le explica a su siervo cómo es el demonio Behemot, «el rey de las bestias feroces», y abrió mucho los ojos al comprender cuán perverso es el demonio, al esconderse tras la hermosa figura de la señorita Émilie Sagée.

De repente sintió que algo dulce y caliente fluía en su boca y notó cómo los dientes pretendían desasirse de las encías. Se acercó entonces con el cabo de vela a un pequeño espejo sucio que había junto al lavamanos, y enseñó los dientes al cristal. Tenía toda la boca llena de una saliva sanguinolenta, más negra que roja, y sucia y espesa como la pez. Se volvió hacia la oscuridad un tanto desconcertado y aturdido, y murmuró:

—«¡El cerco de sus dientes infunde terror!»

13

Después de tantas lluvias y fríos invernales, aquel día de febrero de 1845 amaneció soleado y brillante, insólitamente templado y perturbadoramente cálido. Todo ello no hizo más que confundir y preocupar aún más a Jonas Fou'fingers, cuya fe en el *Curioso almanaque científico, agrario y astrológico del doctor Southpaw* se estaba desmoronando aquel invierno a pasos agigantados.

El día de Santa Dorotea, frente a un grupo de camelias blancas —con un etéreo tono rosado en sus pétalos—, Jonas se apoyó en la pared que protegía aquellos arbustos exóticos que había conseguido el año pasado. Eran unas flores asombrosas. (Desde luego, no eran tulipanes, porque el mundo del tulipán era prácticamente teología, pero resultaban sorprendentes.) De pronto, con ceño fruncido y enojado, quiso indagar más y arrimó la nariz a una de las flores más hermosas.

—Nada.

Se cruzó de brazos y miró de soslayo el arbusto de camelias, tan hermosas y delicadas... ¡y sin fragancia!

Al levantar la mirada vio venir por uno de los caminos de grava a la señorita Émilie Sagée. Las relaciones entre Jonas y la profesora de francés habían mejorado mucho últimamente, sobre todo porque la señorita Sagée siempre se refería a Jonas con la expresión *monsieur le jardinier*, lo cual no había dejado de causar un efecto maravilloso en el destemplado genio del viejo escocés. Además, Jonas había llegado por sí mismo a la conclusión de que resultaba muy difícil enojarse con Mlle. Sagée, por muy francesa que fuera. Y, aunque no le gustaba extenderse en elogios —sobre todo y precisamente con los franceses—, el viejo Fou'fingers no podía dejar de alabar la buena disposición, la amabilidad, la simpatía, la laboriosidad y la inteligencia de la nueva maestra del pensionado. En realidad, no era el único que sentía una cierta predilección por la joven Sagée: incluso los dos viejos cascarrabias que aterrorizaban a las niñas con sus latines y sus álgebras apreciaban a la nueva maestra, aunque se complacieran en ponerla en apuros... (Como aquella vez, en el salón azul, cuando le preguntaron si creía en las hadas; o como cuando la señorita Amalia Vi se empeñó en que se concentrara en aprender los recursos más difíciles del bordado, porque así no andaría de un lado para otro como un alma en pena; o como cuando *herr Schafthausen* la asustó muchísimo una noche a la hora de la cena, al espetarle de repente e inopinadamente: «¡Señorita Sagée! ¿Dónde está usted?») La sensibilidad y la delicadeza de *mademoiselle* Sagée no contribuían sino a realzar sus encantos; la alegría de la maestra,

finalmente, había conseguido enamorar también a las muchachas de la cocina, e incluso a la señora Bertha Huns, quien con frecuencia reservaba alguna golosina especial para «nuestra» señorita Sagée, con la connivencia de todos. Respecto a las alumnas, no hay qué decir: todas estaban encantadas con ella; las más pequeñas buscaban desesperadamente su consuelo cuando se enzarzaban en alguna disputa y acababan llorando; otras la perseguían por los pasillos porque sabían que no les negaría una ayuda con la lección de historia, con los exasperantes problemas de aritmética o con los latines; y las mayores buscaban su consejo en asuntos... en fin, en asuntos de los que un caballero no debe ocuparse. Especialmente, Eufrosine, Talía y Aglaia (conocidas en nuestro siglo como Sönke, Antoinette y Julie) siempre la perseguían para que les diera su opinión respecto a este vestido, aquella cinta, estos zapatos, ese rizo, este anillo, aquella pulsera, este corsé, aquellas puntillas, ese bordado y, en fin, una multitud de cuestiones de la mayor importancia en el mundo femenino a los quince años.

—Parece preocupado, *monsieur le jardinier*. ¿Qué les ocurre a sus camelias? Buenos días.

—Buenos días, *mademoiselle* Sagée —contestó Jonas, encogiéndose de hombros y señalándolas como si fueran unas niñas que se hubieran portado mal—. No huelen.

Émilie se acercó al arbusto florido y lo miró también con intriga y cierta desconfianza.

—Vaya, *monsieur le jardinier*, yo diría que ése es un grave problema en una flor.

Una de las características principales de *mademoiselle* Sagée había pasado desapercibida para todos los habitantes de Neuwelke, excepto para el avisado jardinero de Aberdeen. Aquel asunto, incluso, le había impelido a llevar a cabo una discreta investigación que finalmente había dado sus frutos o, más bien, sus perfumes. El caso era que Jonas se había percatado de que la profesora francesa dejaba siempre un sutil rastro perfumado tras ella, como de ligerísimas y delicadísimas violetas. Al principio había pensado que probablemente se trataría de algún perfume francés o de alguna insólita variedad del agua de Colonia; luego estuvo seguro de que el perfume era de la señorita Amalia Vi, que encargaba directamente sus fragancias a un perfumero de Grasse; más adelante descubrió que el perfume que venía de Grasse era de jazmines (lo cual confirmaba el gusto moderno de la planetaria señorita Vi), y finalmente descubrió —casualmente, y por una conversación de Latia e Irina— que la señorita Sagée utilizaba un perfume de rosas del señor Pierre François Lubin, pero se le había agotado un mes atrás y, en estos momentos, no utilizaba perfume alguno. Nadie, salvo el jardinero escocés, parecía haberse dado cuenta de aquella extraña circunstancia: a veces, la etérea fragancia que emanaba de la piel de la maestra sólo permanecía unos instantes en el aire y luego se dispersaba como la brisa rociada de agua en las torrenteras de los bosques. En otras ocasiones, aquel primoroso perfume de violetas embriagaba durante horas el lugar donde había estado Mlle. Sagée, y revoloteaba como cientos de diminutas mariposas en una estancia, agitando las alas y esparciendo su polvillo mágico por el aire. Jonas no había comentado con nadie aquella circunstancia, y conservaba el secreto discretamente, sin comunicárselo siquiera a la maestra francesa.

—Hum... —protestó el jardinero escocés—. El doctor Southpaw dice que a veces, si las flores nacen en luna nueva, se quedan sin olor.

Émilie giró un poco la cabeza, con gesto serio, y miró la camelia con severidad.

—¿De qué modo tan extraño influye la luna en las flores!

Ah, y la señorita apenas sabía nada... El doctor Southpaw lo decía bien claro: «El Universo y sus leyes inmutables rigen la vida y la experiencia de todos los seres vivos.» Y, un poco más adelante: «Así como la luna influye en los procesos líquido-acuosos, como las mareas, la turbidez de la sangre de los locos y las menstruaciones femeninas, del mismo modo tiene su influjo en el mundo de Flora.» El doctor Southpaw a veces también se ponía poético.

—Sí, señorita Sagée: la floricultura es una ciencia notable. «Huerto vedado para muchos», como dice el doctor Southpaw.

La señorita Sagée había admitido, en numerosas ocasiones, que adoraba las flores y las labores de jardinería, e incluso había acompañado de buena gana a Jonas Fou'fingers mientras éste recortaba algunos setos o podaba los rosales. (Pero que una persona tenga gusto en una labor no significa que tenga los conocimientos precisos para embarcarse seriamente en ese trabajo. Y así, del mismo modo que un *amateur* de las letras no debe cometer la imprudencia de embarcarse y tratar de cruzar el piélago literario, así una aficionada a las flores no tiene por qué ser una experta jardinera.) En definitiva, sólo los especialistas en «la ciencia de las hierbas, los arbustos y plantas galantes» (Dr. Southpaw *dixit*) podían acceder a las complejísimas e intrincadas teorías y elaboraciones científicas que rigen el universo floral.

—Si alguna vez desea tener flores hermosas en su jardín, señorita Sagée, asegúrese de que siembra durante los días intermedios que van de la luna nueva al cuarto creciente.

—Ah.

Émilie entrelazó las manos y observó con curiosidad a *monsieur le jardinier*. Era extraño que una persona tan versada en los asuntos de la jardinería hubiera abandonado Inglaterra, patria de Lancelot *Capability* Brown y, por tanto, cuna de las modernísimas habilidades jardineras y paisajísticas.

Unas semanas atrás, cuando todas las niñas habían regresado a sus casas para pasar la Navidad y Émilie había tenido más tiempo libre, había acompañado a Jonas Fou'fingers en su aparentemente caótico deambular por los jardines de Neuwelke, y había mantenido largas conversaciones con él; el jardinero pelirrojo se había enfadado mucho cuando la maestra le había preguntado por qué había abandonado Inglaterra... «¡Señora mía! ¡Gracias a Dios no soy inglés, sino escocés! ¡Y nada de lo que suceda en Inglaterra me ha de importar jamás!» Émilie pidió disculpas y arguyó que creía que ya no quedaban jacobitas que renegaran de la Union Act, que reunía en un mismo reino a ingleses y escoceses. Jonas Fou'fingers sólo farfulló algunas palabras incomprensibles en su lengua, protestando porque hacía cuarenta años que no probaba un buen *haggis*, y maldiciendo la suerte de esos reyes de la dinastía de Hannover, con nombres tan largos como impronunciables.

Jonas Fou'fingers, jardinero, se negó durante *casi* toda una semana de diciembre a decir ni una sola palabra acerca de los motivos por los que había abandonado la isla y se había asentado en un lugar tan lejano como Livonia. El lunes se enfadó con Émilie y le dijo que no se metiera en asuntos que no le concernían; el martes dijo que por nada del mundo confesaría los motivos de su exilio; el miércoles declaró que tanto su corazón como su boca estaban sellados para siempre; el jueves emplazó a Émilie a que no insistiera más, por-Dios-se-lo-ruego; y el viernes, mientras quitaba unas hierbas que deslucían un parterre, le aseguró a Émilie que se lo contaría todo si el

señor Buch le daba permiso. Émilie buscó al director del colegio para solicitar dicho aval. «¿Aún no se lo ha contado?», dijo el señor Buch. «¿No le ha contado aún lo de su tía Geltrudd? ¿Y tampoco lo de la princesa? Vaya, esta vez ha sido muy discreto. Habitualmente no tarda más de dos días en contarle todo. Desde luego, dígame que tiene mi permiso.»

Jonas Fou'fingers, natural de Aberdeen, se había convertido a los veintidós años en uno de los horticultores más populares de Escocia. Había alcanzado fama y notoriedad, sobre todo por cultivar con un éxito sin precedentes la colección de tulipanes de la condesa de Gelt-Dumbarton, imitando a la perfección los perdidos *Viceroy* y *Semper Augustus*, y despertando toda suerte de envidias en los palacios de Edimburgo. (La familia de los Fou'fingers, del clan Daroch o «hijos del roble», nunca había conocido un éxito semejante, decía Jonas, salvo cuando la tía Geltrudd consiguió el Kidna'prize, el galardón más importante del condado, por su fabuloso pastel de riñones y queso.) En nuestra época, con los periodistas husmeando en todas partes, no hay suceso o acontecimiento que no acabe por saberse al cabo de los meses, y en Londres empezó a hablarse del sorprendente joven que conseguía unos efectos primorosos en los tulipanes y las rosas, e incluso en las plantas acuáticas, como los exóticos nenúfares. Una dama londinense cuyo nombre no se citará aquí (algún miembro de su descendencia ocupa un cargo importante en la Cámara de los Lores) pensó que el jardinero escocés sería un medio infalible para conseguir el favor de la reina Charlotte. (Con cierto aire de burla airada, Jonas llamaba a la reina «Charlotte de Mecklenburg-Strelitz, princesa de Schwarzburg-Sondershausen», y conseguía que Émilie tuviera que sentarse, incapaz de contener la risa, pues creía que era imposible que ese nombre fuera real, aunque lo era, y por partida doble.) Así que la dama en cuestión envió una embajada a Aberdeen y, con halagos y algunas amenazas, consiguió que Jonas Fou'fingers, de los Daroch de Aberdeen, se trasladara a Windsor para ocuparse de una parte del jardín y de las flores más delicadas del invernadero. En Windsor, el portentoso escocés no tardó en ofrecer macetas asombrosas, con unas flores coloridas que hacían estremecerse de emoción sentimental a las princesas y a las criadas de la casa. En cierta ocasión cultivó un tulipán de color azul. Cuando la princesa Sophia lo vio, se le saltaron las lágrimas y comenzó a llorar emocionada, hasta el punto que hubo que darle sales. Todas las damas de Windsor estaban encantadas con el jardinero escocés, tan hábil con los estambres y tan pelirrojo. Entonces ocurrió que la hija menor de los reyes, la princesa Amelia, que por entonces tendría quince o dieciséis años, comenzó a sentirse mal, y parecía que lo único que aliviaba sus dolores y su sanguinolenta tos eran las flores perfumadas de Jonas. Como ni los doctores ni las medicinas conseguían sanar a la joven, el rey Jorge decidió enviar a la princesa, su favorita, a un pueblo marítimo del sur, Weymouth, en el condado de Dorset. Aquel otoño de 1810, la niña empeoró notablemente y, quizá en un arrebato febril, solicitó la presencia en la mansión del jardinero Jonas, alegando que sólo sus flores conseguían mitigar su sufrimiento. Una vez más, el pelirrojo escocés se vio obligado a trasladarse por real orden, y esta vez tuvo que hacer gala de todas sus habilidades jardineras, pues, como todo el mundo sabe, el salitre marino quema todas las flores y sólo las más fuertes son capaces de resistir en un clima oceánico. Jonas cultivó en Weymouth unos laureles de flor que fueron el asombro de toda la comarca; la princesa exigía que todos los días hubiera flores de adelfas en sus dependencias, por más que los médicos le aconsejaran lo contrario. Según Jonas, la pobre necesitaba oler cualquier cosa que mitigara la

hediondez y la podredumbre de sus propias entrañas. A finales de agosto, los médicos señalaron que la princesa, además de tuberculosis, tenía erisipela o fuego de San Antonio, y, para eludir cualquier responsabilidad, acusaron de aquella terrible enfermedad a la paciente y al jardinero de la rosa laurel. Poco después, el día 2 de noviembre de 1810, la joven murió, con el cuarto lleno de jarrones atestados de ramitas y flores de adelfas. El rey Jorge, que ya por aquel entonces había dado síntomas de sufrir ciertos desconciertos mentales, prácticamente enloqueció al conocer la noticia del fallecimiento de su hija favorita y todos creyeron que él mismo no tardaría en morir. (A veces, confinado en el castillo de Windsor y reducido a la más completa irrelevancia política, el pobre Jorge III se pasaba las horas dando discursos solitarios por las galerías del castillo, o saludaba a las armaduras, los jarrones y los árboles del jardín como si fueran el almirante Nelson o el rey de Prusia. En ocasiones, y esto hizo palidecer a Émilie, también decía que hablaba con los ángeles. Aún tardó otros diez años en morir el rey.) Lo cierto es que algunos aduladores, por complacer a los monarcas, quisieron procesar a Jonas Fou'fingers. Al conocer semejantes planes, el jardinero huyó a las Tierras Altas, pero hasta allí fueron a perseguirlo una jauría de abogados y fiscales, dispuestos a achacarle tanto la muerte de la princesa Amelia como la locura del rey Jorge. Finalmente, acosado, embarcó en Aberdeen con destino a Holanda y, desde allí, vagó por jardines de toda Europa durante casi treinta años, hasta que conoció al señor Buch y a la señorita Eveline. Fue el encargado de cultivar los cinco mil tulipanes rojos que adornaron la iglesia de San Simón el día que se casaron sus amos, y desde entonces no se había separado de la familia. («¿Cinco mil tulipanes...?», había preguntado Émilie con asombro.)

Tras aquellas terribles confesiones, la maestra y el orgulloso jardinero escocés habían sellado una suerte de amistad que con frecuencia los reunía en torno a los parterres, las macetas y los setos. Así Jonas Fou'fingers tenía la oportunidad de observar, con melancólica mirada, el azul imposible de los ojos de Émilie, y la maestra de francés tenía ocasión de aprender algunos aspectos curiosos del universo floral. Por ejemplo, que hay una especie de arbusto cuyas flores amarillas parecen racimos de oro, que hay un magnolio chino, llamado «de la paciencia», que sólo da flores rosadas a partir de los veinte años, que la bella rosa *Lamarque* fue obra de un zapatero y que la famosísima *Old Blush* la había traído un sueco desde China, y que desde que aquello sucediera, a mediados del siglo anterior, se había hecho tan popular que no había *cottage* en Inglaterra que no la tuviera. (También la tenían en Neuwelke, al otro lado del edificio, cerca del establo de *Mr. Pickerton*.)

Émilie lamentaba que aquella inmensa sabiduría enfurruñada se quedara en Neuwelke y se marchitara y muriera para siempre en aquel lugar sin conocer otros jardines. A Émilie no le importaría ser su alumna, y a Jonas Fou'fingers tampoco le importaría tenerla como discípula. Aunque eso era algo que ninguno de los dos iba a proponer.

—¿Ha escrito todo eso en algún cuaderno o...?

—¿El qué? ¿Que tengo unas camelias pertinaces que no huelen?

—No, no... Me refiero a lo que me contó de las adelfas de la princesa, o lo de la rosa *Lamarque*, o el misterio de los tulipanes azules.

—Ah, los tulipanes azules... —El jardinero parecía estar recordando el alquímico proceso mediante el cual se consigue que los pétalos del tulipán se tornen azules—. Este año tendremos

Violetten y *Bizarden* púrpuras, y, si tengo suerte, quizá dos o tres parecidos al *Admiral Van der Eijck*... Ah, no, no... No tengo nada escrito. No tengo buena mano para la caligrafía. Lo tengo todo aquí, en la cabeza. El señor Buch dice que sería bueno que enseñara a Nikolai.

Émilie frunció el ceño.

—¿Nikolai es el muchacho del que hablan las niñas?

—Es el hijo de los Yielovna. Viven en aquella cabaña. Aquella de allí... Son arrendatarios de Neuwelke. El muchacho siempre anda por aquí; creo que ronda a una de las criadas... La verdad es que dudo que a ese muchacho le interese mucho el tulipán *Admiral Van der Eijck*. Creo que le interesa más Latia... Por cierto, allí viene.

Émilie levantó la mirada y vio venir a lo lejos a un muchacho, abrigado con un gabán pardo; parecía alto y desgarrado, con el pelo rubio, desordenado y revuelto, como pajar abandonado. «Vaya —se dijo Émilie—, así que ese joven es el famoso Niko del que constantemente hablan Julie, Sönke y Antoinette. De algún modo tendré que decirles que ya hay una Latia en su corazón...»

El muchacho fue acercándose a grandes zancadas y Émilie pensó que venía con la excusa de ayudar a Jonas Fou'fingers en sus labores y con la idea de escabullirse cuanto antes para encontrarse con Latia en cualquier rincón de Neuwelke.

Sin embargo, Nikolai comenzó a caminar dubitativamente y más despacio a medida que se iba acercando. Al final prácticamente se detuvo a unas cincuenta yardas y permaneció durante unos instantes observando al jardinero y a la maestra, que aún rodeaban las rebeldes camelias inodoras.

De repente, Nikolai los señaló y, dándose media vuelta, echó a correr desesperadamente hacia su cabaña, por los sembrados y las tierras de labranza, dando voces y gritando.

—... 'out *prividenjie*, 'out *prividenjie*!

El jardinero y su acompañante se miraron asombrados y casi con una sonrisa en los labios. ¿Qué demonios le pasaba a aquel muchacho que corría deslavazado por las tierras, como si fuera un insecto aterrorizado? Émilie se encogió de hombros, y Jonas Fou'fingers le contestó con la mirada que no tenía ni la menor idea de lo que podían significar aquellos alaridos rusos.

—El amor, que los vuelve locos.

—Eso será. Buenos días, *monsieur le jardinier*.

—Buenos días, *mademoiselle Sagée*.

14

El señor Buch estaba terminando de completar las órdenes de pago semanales, sentado ante su mesa, cuando llamaron a la puerta del despacho; tras conceder el permiso necesario, la puerta se abrió y el doctor Zalkinis asomó su cabeza porcina con gesto sombrío.

—Señor Buch... Su esposa desea verle...

El señor Buch asintió levemente con la cabeza y terminó de firmar la orden de pago al carnicero Retje, que se enviaría junto a una severa advertencia en la que se le señalaba que las niñas de Neuwelke no tenían vocación de buitres y que, dada esa fatal circunstancia, no convenía que vendiera por carne lo que no eran más que huesos. Si el carnicero Retje seguía alardeando de su picardía, el pensionado se vería obligado a contratar la carne con otra empresa carnicera.

Después, el señor Buch dejó caer la pluma sobre el escritorio y cerró el tintero con lentitud.

Cuando entró en la cámara de Eveline, notó con más fuerza que nunca el olor ácido de la enfermedad. Las dos cuidadoras habían descendido a la paciente y la habían liberado de todas las cuerdas y correas, depositándola sobre el lecho blanco.

—No quiere láudano, señor... —musitó el doctor al pasar junto al señor Buch.

Las dos enfermeras permanecían sentadas, juntas, al lado izquierdo de la cama, con las manos entrelazadas en su regazo, y con un gesto de pena infinita, como si estuvieran viendo morir a una mariposa.

—Ven —susurró la señorita Eveline.

Leónidas Buch avanzó lentamente hacia la cabecera de la cama y, acercando una silla, se sentó junto a su esposa, y le cogió la mano.

—Diles que se vayan, ya no los necesito.

Bastó una mirada para que las dos enfermeras y el doctor abandonaran calladamente la alcoba; antes de salir, el doctor Zalkinis señaló el pasillo, advirtiendo con ese gesto al señor Buch que estaría en la galería, no muy lejos, por si lo necesitaba. La puerta quedó casi cerrada.

Eveline respiraba con dificultad y el camisón dejaba entrever unos grandes círculos violáceos en el cuello y en los hombros. Las manos, nudosas y llagadas, eran la versión moribunda de otras que habían revoloteado inquietas en torno al rostro juvenil del señor Buch... Hacía mucho tiempo que Leónidas Buch había decidido que su verdadera esposa había sido aquella joven alegre que conoció en Londres, con la que se casó en San Simón y la que desató toda la energía de mil

primaveras para conseguir levantar el Pensionado de Señoritas de Neuwelke. La mujer que se disolvía en sí misma, la que permanecía inmóvil en el lecho, como promesa de cadáver, indicio de esqueleto y presagio de cenizas, ya no era Eveline. Eveline sólo estaba en su pensamiento, y era así como deseaba recordarla.

—Deberías tomar un poco de...

—No quiero esas malditas drogas, Leo. Quiero tener la mente despierta para cuando esos demonios vengan a buscarme.

—No hables así, Eveline.

Aunque, en realidad, ¿qué importancia podía tener lo que dijera? Seguramente tenía derecho a proferir cualquier blasfemia que se le pudiera ocurrir. Y se le ocurrían muchas. Durante todos los años que estuvo postrada en aquel lecho de dolor, o colgada de aquellas correas y cuerdas, como la temblorosa víctima de una araña monstruosa, Eveline había tenido tiempo para odiar el mundo, desde sus cimientos hasta la cúpula estrellada. No sólo llamaba «zorras malcriadas» a las niñas —cuando oía sus risas en las galerías o acaso las escuchaba jugando en el jardín—, también insultaba al doctor Zalkinis, al que llamaba «el carnicero sangriento de Wolmar», o a las dos sufridas enfermeras, a quienes no dudaba en calificar de «arpías infernales». Sólo su esposo se libraba de la ira amargada de Eveline. Hubo una temporada en que el dolor la impulsó a proferir las mayores ofensas contra sus difuntos padres, a quienes llamaba «carceleros irresponsables», y a los que culpaba de haberle dado un cuerpo inservible y frágil. El señor Buch intentaba explicarle que sus padres no habían tenido la culpa de su enfermedad, pero ella se empeñaba en jurar que tendrían que haberles cortado el cuello a ambos antes de permitirles engendrar a una hija como ella. En otras ocasiones arremetía contra el ser humano en su conjunto, y declaraba a voz en grito que esperaba ver su extinción absoluta, y a veces, si se desataba una gran tormenta en el verano, se reía y contenía la respiración esperando que un rayo cayera sobre la casa y redujera el edificio a cascotes, desde sus cimientos hasta la veleta. En esos casos, el Hombre era el ser más asqueroso y nocivo de cuantos pueblan la faz de la Tierra. Eveline llegó a suplicar la presencia de un criminal muy famoso que había en Polonia, bien conocido porque había asesinado a dieciséis ancianos; decía que tenía que explicarle un plan que había ideado para envenenar a todo el género humano. (Aunque alguien hubiera deseado traer a aquel criminal a Wolmar, no habría sido posible, pues lo ahorcaron públicamente en Danzig, junto a su esposa y sus tres hijos pequeños, antes de que Eveline hubiera hecho su petición.) Finalmente, cuando todo el mundo había pasado ya por el potro de tortura de su lengua cargada de resentimiento, la emprendió con el mismísimo Dios, para vergüenza y escándalo del doctor Zalkinis. Todas las blasfemias que pueda haber oído el lector en las peores tabernas de Londres no son nada comparadas con las ideas sacrílegas que se le ocurrían a Eveline mientras permanecía colgada en aquel armazón de cuerdas y correas. (Comprenderá el amable lector que no tengo ninguna intención de repetir aquí los pecados que profirió la señorita Eveline durante su trágica enfermedad.) De todos modos, Leónidas Buch, como la mayoría de los residentes en la casa, sabía que aquellas palabras no eran propias de Eveline: eran la consecuencia última del dolor, y de la impotencia, y del sufrimiento y de la amargura; aquella enfermedad le parecía tan injusta —aunque no sé si hay enfermedades justas— que casi se le podía perdonar la ira.

—Me voy a morir, Leo.

—No...

—Sí, me voy a morir, gracias a Dios, todo está a punto de acabar para mí... Tú eres lo único por lo que siento irme, Leo, pero también creo que morir es el mejor regalo que puedo ofrecerte.

Leónidas Buch comenzó a llorar en silencio, y aunque su rostro permanecía inmóvil, dos lágrimas iniciaron un agotador camino por sus mejillas al comprender, quizá por vez primera tras tantos años, que Eveline estaba a punto de desaparecer.

—¿Quién es esa mujer...?

El señor Buch se inclinó hacia Eveline. No había comprendido la pregunta.

—¿Quién es esa mujer que viene todos los días a verme?

Leónidas Buch, como sabían todos en la institución, había prohibido terminantemente que nadie entrara en la alcoba de la señorita Eveline, excepto el doctor Zalkinis, las dos enfermeras contratadas y él mismo. Nadie había ido a ver a Eveline, porque nadie sabía siquiera dónde se encontraba exactamente la alcoba donde yacía la enferma.

Leónidas Buch prefirió ignorar la pregunta de su amada Eveline. Eso era mejor que asegurarle que había tenido alucinaciones por los medicamentos y el láudano, o que aquella mujer que iba a visitarla no era sino la mismísima muerte, que le estaba tejiendo la mortaja.

El señor Buch apretó con fuerza la mano de su esposa, que volvió dolorosamente la mirada hacia el otro lado.

—No me importa que te vuelvas a casar, Leo. Es una mujer hermosa, y compasiva... ¿cómo se llama?

—No hay ninguna mujer, Eveline. Tú eres mi única esposa, para siempre.

La señorita Eveline volvió el rostro y esbozó una suerte de siniestra sonrisa. Apenas le quedaban dientes en la boca, y la piel se tensó en sus mejillas de un modo horrendo.

Entonces, la puerta se abrió lentamente, pero al parecer nadie entró en la habitación. Al cabo, el señor Buch descubrió quién era el espíritu que la había abierto sin hacer el más mínimo ruido. Era aquel pequeño habitante de Neuwelke, blanco y peludo, con ojos ambarinos, al que llamaban *Ossián* en recuerdo de los viejos tiempos de noviazgo. Rodeó la cama con elegancia y saltó con agilidad felina al alféizar de la ventana. Miró con ojos orientales al exterior, que comenzaba a difuminarse en sombras, y luego volvió sus bigotes hacia el lugar donde se encontraba la señorita Eveline.

—¿Has venido a despedirte, mi pequeño *Ossián*?

El gato no movió ni un bigote, porque el oficio de los gatos es esperar, y no hay ser vivo en el mundo que espere como un gato. El señor Buch volvió la mirada para observar al animal, allí sentado, impasible, inmutable, dispuesto a asistir con gravedad patriarcal al momento más doloroso de la especie humana. Por un instante, el señor Buch sospechó que aquel gato sabía algunas cosas que los hombres jamás podrían conocer.

Eveline apretó con fuerza la mano de su esposo y entregó su alma a Dios.

15

Conforme al estricto sistema higiénico de Neuwelke, todos los días se hacía una colada de ropa blanca; para ello se seguía un riguroso orden que afectaba a las sábanas de cada habitación cada diez días, y a la ropa de todos los habitantes del pensionado en la medida ajustada y precisa. Para ello, tres mujeres de Wolmar subían todos los días a Neuwelke, ponían las marmitas de agua caliente al fuego, enjabonaban con brío la ropa blanca, la aclaraban y la tendían en una gran sala gemela de la cocina. Aquel tendedero tenía unas grandes puertas que, abiertas, dejaban pasar el sol y el aire fresco de la mañana. Si había demasiada humedad en la atmósfera, las puertas se cerraban y el calor que desprendía la pared (al otro lado estaban los fogones cocineros) era suficiente para que se secase toda la colada; después había que perfumar, planchar, almidonar y llevar a cabo todas las operaciones que precisa la indumentaria, cada prenda en su grado y su circunstancia. Siempre había ropa tendida en aquella espaciosa sala.

Aquel día, ya cerca de la anochecida, la señorita Augusta Dehmel entró en el tendedero con la excusa de recoger un camión de Sönke y otras prendas en las que no es necesario entretenerse aquí, pues al lector lo mismo le da. El caso es que entró en aquella amplia sala de ropa blanca tendida, pero no recogió nada: sólo caminó entre las sábanas húmedas con perfume de lavanda hasta que llegó al banco de piedra corrido que se encontraba en el extremo más alejado del tendedero. Y allí se cubrió el rostro con las manos, como si con aquel gesto impidiera que los demás pudieran descubrir su vergüenza o su humillación.

Lo bueno de los entierros es que permiten a los asistentes llorar por sus propias desgracias y que parezca que lloran por el finado. Eso le había ocurrido a Augusta Dehmel durante el entierro de la señorita Eveline. No conocía a la propietaria del colegio sino por referencias, pero ello no había impedido que llorara amargamente su pérdida... o eso era lo que habían creído todos los que se encontraban a su alrededor. Desde que la avisaron de la muerte de la señorita Eveline, Augusta vio el camino expedito para dar rienda suelta a sus amarguras personales, y aunque lloraba por lo que no podía declarar, le bastaba decir «¡Pobre señorita Eveline!» para justificar sus lágrimas.

En una suave hondonada, cerca de la cabaña de los Yielovna, se encontraba la pequeña ermita de Nuestra Señora de la Expiación, perteneciente a la confesión ortodoxa rusa. Allí estaban enterrados todos los miembros de la antigua familia Neuwelke o Neuwelcke, que fueron los

propietarios últimos del edificio del pensionado hasta que los padres de Eveline lo compraron para instaurar allí el colegio de señoritas. Todos los miembros de la familia Neuwelke, de origen alemán, estaban enterrados en la cripta de la ermita y allí iban a reposar también los restos de Eveline Buch, aunque su marido quiso que en la lápida se añadieran los antiguos apellidos familiares, que siempre despertaron en él una gran admiración.

HIC IACET
EVELINE BUCH & VON BUXHOEVEDEN
PENSIONNAT VON NEUWELCKE CONDITORA
1796 – 1845

El viernes por la tarde, después de un frugalísimo almuerzo, y habiéndose suspendido toda actividad académica, se sacó el féretro con los despojos de la señorita Eveline y se expuso, cerrado, en un salón del primer piso. Todas las niñas se presentaron en el salón con sus galas más sobrias y formales, e hicieron una reverencia ante el ataúd. Después, con el auxilio de las damas de compañía y alguno de los profesores, se alinearon en el camino en doble fila, y comenzaron a caminar en dirección a la ermita. Tras ellas se adelantaron algunas personas de importancia que habían venido desde Wolmar y Riga, y también los profesores, y todos los criados y asalariados del pensionado. Jonas Fou'fingers cerró la cancela del jardín trasero: llevaba en la mano un ramito de tulipanes blancos, desconocidos hasta entonces en el pensionado. Ya nadie quedaba atrás. Todos los vivos de Neuwelke iban a despedir a la señorita Eveline.

Augusta Dehmel había observado con horror cómo *mademoiselle* Sagée se cogía del brazo de David Whimple para recorrer *todo* el camino, desde el colegio hasta la ermita. Era imposible no verlos, pero procuró ocultarlos a su vista escondiéndose tras el tupido velo negro que casi todas las damas llevaban. Y aunque era imposible saber a ciencia cierta si el profesor Whimple le había tendido el brazo o si había sido *ella* la que lo había forzado tendiendo la mano, Augusta estaba *segura* de que había sido la mujer la que, con aquellas levísimas argucias que todas conocen, había incitado el caballeroso gesto del profesor. Durante todo el camino fue llorando, observando cada gesto de su rival, cada movimiento de *su* David, intentando descubrir de qué hablaban y en qué entretenían el camino. Para ella, casi veinte pasos por detrás de la pareja, todo eran palabras amables, y sugerencias, e incitaciones, y susurros, y miradas, y complicidades, y gestos... Para ella, un suplicio. De pronto, observó que el profesor Whimple se inclinaba hacia su acompañante y le decía algo... demasiado cerca; la señorita Sagée negó firmemente con la cabeza. Augusta no pudo evitar que la ira encendiera su mirada: estaba convencida de que David Whimple se había declarado y de que Émilie Sagée lo había rechazado con aquel gesto de soberbia. Augusta estaba tan abrumada, tan dolorida, que ni siquiera llegó a pensar que aquel camino funerario era un lugar muy poco adecuado para cumplimentar una declaración amorosa. Si el febril amor que despertaba en ella el señor Whimple se lo hubiera permitido, quizá podría haber pensado que el profesor le preguntaba a su acompañante si necesitaba descansar o si quería un pañuelo, y que la señorita

Sagée, simplemente, había negado con la cabeza... Pero todo el mundo sabe que hay cosas que no se le pueden exigir a una dama enamorada, y una de ellas es que piense con calma y serenidad.

Para colmo de males, cuando llegaron a la ermita, Augusta pudo descubrir una desagradable figura entre los aldeanos que se habían congregado en la entrada del templo, junto a un enorme roble negro que permanecía allí erguido y recortándose desnudo en el turbio atardecer, como un eremita amenazador y siniestro. Era aquel loco que conoció en la taberna de Wolmar, el *père*... el *père*... sí, el *père* Balkas... o algo parecido. Aquel romano que olía a orines y alcanfor, con unos ojos azulados y amarillos, como los huevos cocidos a los que se les ha reventado la yema, nervudo como un ciprés, e inquieto y babeante como un lobo famélico, se adelantó entre los fieles para ver la comitiva de Neuwelke. Augusta esperaba que el velo impidiera que aquel hombre la reconociera.

—Señorita Dehmel, ¡qué sorpresa verla por aquí...!

¿Sorpresa? ¿Qué hombre tan ridículo! ¿Qué esperaba? Se había muerto la señorita Eveline, fundadora del Pensionado de Señoritas de Neuwelke, ¿cómo no iba a asistir al entierro? Pero... ¿qué estaba haciendo la señorita Sagée? ¿Por qué se retiraba con el profesor David Whimple? ¿De qué estaban hablando? ¿Por qué parecía tan nerviosa? ¿Qué hacía el profesor...? ¿Por qué la abrazaba, Dios santo?

—No creo que pueda considerarse una sorpresa que asista al funeral de la persona que fundó la institución en la que resido —espetó Augusta, volviéndose hacia el lugar donde se encontraban el profesor Whimple y la señorita Sagée.

—Oh, desde luego, desde luego, señorita Dehmel... Me preguntaba si...

El *père* Balkas tendió la mano con la intención de apresar el codo de Augusta, pero ésta lo retiró violentamente.

—Padre, no es el momento de preguntarse nada, salvo si nosotros mereceremos la vida eterna que sin duda ya goza la señorita Eveline.

—Desde luego, desde luego, pero...

Pero Augusta no esperó una respuesta y se adentró en la oscuridad de la ermita con la intención de que aquellos olores a inciensos y putrefacción consiguieran apartar de su pensamiento las horribles sospechas que se le planteaban a cada paso.

Durante todo el oficio de difuntos, desde el «*Requiem aeternam dona eis, O Domine*» hasta el «*Lux aeterna luceat eis, O Domine*», Augusta estuvo sintiendo escalofríos, como si las humedades de aquel recinto mortuario estuvieran haciendo mella en su espalda. Todos aquellos cantos, todas aquellas oraciones, todas las palabras e imprecaciones acabaron por aterrorizarla, y la muerte se presentaba tan fúnebre y siniestra que comenzó a flaquearle el ánimo. Miró hacia atrás, donde se encontraban Sönke y sus amigas, formalmente dispuestas a escuchar las terribles amenazas del párroco de San Simón de Wolmar, que se encargaba del funeral, y todo le pareció terrible y sepulcral, y, como siempre en estos casos, aquello que nos pareció lejano y fantasmagórico, como el infierno y los demonios, se revelan inmediatos y cercanos, pues no hay nada más cierto y seguro para el hombre que su propia muerte, y el horrible vacío que se abrirá bajo sus pies el día en que este mundo desaparezca de su vista.

Tras el funeral, sólo el señor Buch, el doctor Zalkinis y algunos familiares de la señorita

Eveline permanecieron en la ermita. Los demás regresaron lentamente por el camino embarrado. Cada cual se disculpó como pudo y se refugió en el lugar de su conveniencia para meditar sobre la vida y la muerte, o para olvidar precisamente esos pensamientos. Incluso las niñas prescindieron de juegos y conversaciones, y se encerraron en sus alcobas; algunas incluso se metieron en la cama, aterrorizadas ante los ígneos presagios que había desatado el pastor en la ermita.

Augusta había escogido el tendedero. A aquella hora del atardecer, en su pensamiento febril se mezclaban las oscuras galerías de la muerte, el rostro lúgubre y mortuorio del *père* Balkas y las terribles sospechas de que, en aquellos precisos momentos, David Whimple y Émilie Sagée estarían besándose apasionadamente en un rincón oscuro de Neuwelke, quizá en la biblioteca, o en alguno de los salones reservados para los profesores, e incluso en la mismísima alcoba de aquella zorra... Sólo a una persona enferma se le puede ocurrir que dos personas estén esperando el final de un sepelio para entregarse a las delicias del amor... Aunque eso es lo que ocurre en algunos casos, en realidad.

En aquel momento, Augusta pudo escuchar unos susurros y unas leves risas. Alguien había entrado en el tendedero, ignorando que ella se encontraba allí y que podía oírlo todo, si no verlo.

—Si no dejas de asustarme, no te volveré a dar un beso, ya te lo digo.

—No lo hago por asustarte... y, ya que hablas de besos...

Eran Latia y el joven Nikolai Yielovna, quienes, al parecer, también se habían visto acosados por las tétricas imágenes que se habían suscitado durante el oficio funeral, y podían sentir cómo el miedo recorría sus espinazos aquella húmeda tarde de marzo.

Augusta encogió las piernas y se arrimó a la pared, sumiéndose en la más profunda oscuridad y escuchando atentamente las carantoñas juveniles de los dos muchachos.

—Sí, lo único que quieres es asustarme —decía Latia—, para que me arrime a ti y te abrace fuerte cuando tenga miedo.

—No es que eso me parezca mal —decía Nikolai con voz compungida—, pero te puedo asegurar que todo lo que te he dicho es verdad.

Augusta pudo oír la argentina risilla de Latia.

—¿Verdad? Lo único que me cuentas son embustes y mentiras.

—Por Dios, Latia, ¡te juro que es verdad! Vi con estos ojos que se han de comer los gusanos el espíritu de una mujer pasando por delante del establo cuando estaba cuidando a *Sternschuppe*, que estaba pariendo y...

—¿Se llama *Sternschuppe* la vaca?

—Sí. Y yo estaba allí, tallando tu nombre en la madera, cuando vi el espíritu de esa mujer. ¡Y era transparente! ¡Porque a través del espíritu podía ver yo perfectamente la luz amarilla de la habitación de la señorita Eveline!

—¡Qué tontería!

—Y el mes pasado vine a Neuwelke yo, porque me había llamado el señor Fou'fingers para que le ayudara a preparar la poda de los tejos, y vi a la misma señora allí...

Augusta hubiera querido desaparecer, pero ante la imposibilidad material de cumplir su deseo, se pegó a la pared y pudo sentir el calor de la cocina en la espalda, desde la nuca hasta los riñones.

—Estás diciendo tonterías, Niko —exclamó indignada Latia—. Que sepas que la señorita Sagée es una excelente mujer, y muy amable con todas las niñas, y con nosotras también. A veces, cuando no tiene mucho trabajo, baja a la cocina para hablar con el señor Fou'fingers y la señora Bertha, como si fuera una de nosotras. ¡Y a Irina y a mí nos está enseñando francés! ¡Para que no seamos unas ignorantes de la cultura el día de mañana! Por ejemplo, «dame de *l'eau*» es «dame agua»; y «dame del *fromage*» es «dame queso».

—¿Fro...?

—... *mage*. Y deberías tener más cuidado con las cosas que dices, porque la señorita Sagée es muy buena con todo el mundo y en Neuwelke todo el mundo la aprecia y la quiere.

—Pero, Latia..., ¿es un espíritu endemoniado o un fantasma o...!

De repente, Augusta vio la imagen de las piezas de un rompecabezas girando en un espacio azul y estrellado, y todas las piezas fueron a encajarse unas en otras con precisión de relojero: la esquiva señorita Sagée, el *père* Balkas y ella misma. Así que eso era lo que estaba buscando aquel hombre que olía a enfermedad y hospital de tuberculosos. Lo único que precisaba Augusta era el valor para acusar a una profesora de un cargo inventado por un muchacho de quince años con el fin de asustar a su novia y conseguir que lo abrazara.

—¡No vuelvas a decir esas cosas horribles de la señorita Sagée o no volveré a dirigirte la palabra! —sentenció Latia.

Era sencillo, pensó Augusta. Bastaba con acudir al señor Buch y sugerir que la señorita Sagée era un «espíritu endemoniado». Por desgracia, tanto el señor Buch como todos los profesores eran personas ilustradas y no admitirían de buen grado una acusación como aquella, basada únicamente en la superstición y en las palabras de un muchacho asustado que ve visiones mientras vigila vacas durante la noche. Nadie creería que la señorita Sagée fuera un «espíritu endemoniado»: bien al contrario, todo el mundo creería que la señorita Dehmel se había vuelto loca y que convenía llamar a la familia Buttgereit-Dientzenhofer para que la sustituyeran y enviaran a otra *maiden* con los nervios más templados.

No. Si se decidía a comportarse como una Lucrecia, si conseguía reunir el valor suficiente para arruinar la reputación y la vida a la señorita Sagée, si lograba amasar el odio suficiente para envenenar el futuro de aquella mujer, tendría que seguir caminos tortuosos y oscuros, para que todo el mundo acabara condenando a aquella mujer y los interesados tuvieran la convicción de que habían llegado a esa idea por sí mismos, y no porque Augusta Dehmel hubiera sembrado la cizaña y hubiera emponzoñado todos los corazones en Neuwelke. Si conseguía vencer sus prejuicios y las voces que le advertían que aquella mujer, en realidad, no había intentado perjudicarla en absoluto, su resentimiento debería seguir sendas apartadas...

El *père* Balkas, cualesquiera que fueran sus razones, estaba persiguiendo a Émilie Sagée. Al despedirse, en la posada de Wolmar, aquel hombre repugnante le había dicho claramente: «Aquí no hay fantasmas ni demonios, ¿verdad, señorita Dehmel? Porque, si los hubiera, *usted me lo diría*, ¿verdad, señorita Dehmel?» Sí: el *père* Balkas, como el muchacho asustado, veía fantasmas y espíritus, y estaba dispuesto a ver demonios y trasgos en cualquier parte... bastaba que se le dijera dónde estaban. Una sugerencia, un indicio o una señal, y el *père* Balkas acudiría al despacho del señor Buch exigiendo que despidieran a la maestra de francés, por bruja, y

hechicera, y endemoniada, y... Tal vez incluso acudiría al alcalde de Wolmar y solicitaría una provisión para encerrar en las mazmorras a aquella mujer, y luego tal vez pediría permiso para un exorcismo o para colgarla en la plaza...

—Oh, Dios mío —musitó—, soy una mujer espantosa...

Al otro lado de las sábanas húmedas, Latia y Nikolai seguían discutiendo las posibilidades de que la señorita Sagée pudiera ser un verdadero espectro que enseñara francés a más de cuarenta niñas. Hablaban demasiado alto como para poder oír el llanto de la señorita Augusta Dehmel.

16

«De colina en colina viaja mi mirada en vano, desde el sur al norte, y desde la aurora al atardecer, recorro con ansiedad toda la inmensidad del mundo, y sólo puedo decir: “En ningún sitio me espera la felicidad”.»»

*De colline en colline en vain portant ma vue,
du sud à l'aquilon, de l'aurore au couchant,
je parcours tous les points de l'immense étendue,
et je dis: «Nulle part le bonheur ne m'attend.»*

Émilie cerró el libro cuando llegó a la sexta estrofa de aquel poema de Lamartine y observó al viejo Fou'fingers, que se encontraba allá lejos, junto a los rododendros, investigando alguna peculiaridad sorprendente de esas plantas, o tal vez estudiando pormenorizadamente las animadas yemas que pretendían estallar con los primeros rayos de sol de la inquieta primavera.

Aún no se había disipado la tristeza que había invadido Neuwelke tras el fallecimiento de la señorita Eveline, pero al universo no le preocupaba mucho la tristeza de los hombres, y había decidido regalar a las tierras de Livonia una sucesión de días hermosos, soleados y cálidos que habían hecho brotar una sorprendente cantidad de flores en los parterres de la parte de atrás del colegio, y también en las alineaciones geométricas que Jonas Fou'fingers había dispuesto junto a la cancela principal, en la entrada de la propiedad. Desde el banco en el que Émilie estaba sentada era imposible saber qué se traía entre manos el peculiar jardinero escocés.

La mayoría de las niñas aprovechaba el domingo para bajar a Wolmar a dar un paseo, aunque a veces tenían la precaución de advertir que, en realidad, iban a escuchar los oficios en la iglesia católica o en el oratorio ortodoxo o en el templo luterano (cada cual según la devoción que profesara). Era el momento en que los profesores se entregaban a las pocas horas de descanso que les permitían sus agotadoras jornadas educando a muchachas de catorce y quince años. Émilie solía pasar esos ratos con Jonas, con quien bajaba en ocasiones a la iglesia también, aunque con frecuencia se veía obligada a permanecer en la biblioteca o en su propio estudio preparando las clases de la semana, o atendiendo las necesidades de alguna niña con catarro a la que hubiera que

cuidar, o consolando a alguna pequeña que, de repente, precisara de la inmediata e imperiosa presencia de su mamá.

Aquel domingo de marzo, la maestra de francés se vio obligada a entrecerrar los ojos cuando describió las cortinas de su habitación: había amanecido un día precioso, y el sol conseguía que todas las gotas del rocío nocturno brillaran como diamantes en las hojas, en las losas de los patios, en las balaustradas e incluso en los bancos de piedra de los jardines. Había decidido desayunar con la señora Bertha Huns y con las muchachas hasta que Jonas hiciera acto de presencia. Aquella mañana Latia tenía un especialísimo interés en saber cómo se decía la palabra «beso» en francés...

—¡Desvergonzada! —sentenció la señora Bertha Huns, que puso un final abrupto a aquella clase matutina de francés ordenando a Latia y a Irina que subieran té al salón azul, por si los profesores se habían levantado ya.

Después, cuando Jonas Fou'fingers se terminó su tazón de judías guisadas con salchichas y morcilla, con su tostada de nata y azúcar, una patata asada y un tomate —es mejor no indagar en las bondades y los inconvenientes de los desayunos escoceses—, ambos recorrieron los jardines principales, deteniéndose en los lugares donde el botánico escocés consideraba oportuno. Hacia las diez, Émilie se sentó en un banco a leer y dejó que Jonas continuara su trabajo solo.

Alphonse de Lamartine le resultaba deslumbrante y demostraba que los franceses también podían ser románticos, aunque tal vez no en el estilo de Byron y Shelley, y todos aquellos ingleses que escandalizaron al mundo. Los más críticos decían que Lamartine era un sensiblero y un romántico añinado, pero a Émilie le bastaban aquellos versos, porque hablaban sinceramente —o eso le parecía a ella— del verdadero estado de su corazón, y de su existencia. «Nada quiero de todo cuanto el sol ilumina; nada le pido al inmenso universo.»

Volvía a sentirse como si una jauría de perros furiosos la persiguiera y estuvieran a punto de morderle los talones; empezaba a sufrir de nuevo el temor y el miedo, porque no sabía durante cuánto tiempo podría resistir sin que se revelara su secreto. Había confiado en que aquella maldición se diluyera con el tiempo, pero era evidente que Dios o la Naturaleza se habían confabulado contra ella y que tendría que hacer frente a su diabólico destino.

Cuando todo el colegio acudió al funeral de la señorita Eveline, pudo distinguir entre los aldeanos el rostro de aquel clérigo de Mulhouse que la encerró en los calabozos y que la golpeó hasta que prácticamente se vio obligada a decir que efectivamente había mantenido tratos y acuerdos con Satanás, y la había montado en una acémila, vestida con tela de saco y con una horrible piedra colgando de su cuello, y la había mostrado al pueblo, recorriendo sus calles, donde los aldeanos la golpearon y se ensañaron con ella utilizando sus varas y sus bastones. Por fortuna, pudo colocarse a tiempo el tupido velo negro y apartarse con el profesor Whimple, que la acompañaba, y estaba casi segura de que aquel monstruo no había podido verla. Estaba *casi* segura. Se puso tan nerviosa que el profesor Whimple tuvo que abrazarla y calmarla; gracias a Dios, pensó, todo el mundo creería que la caminata hasta la ermita o la emoción por el fallecimiento de la señorita Eveline habían conseguido alterarle los nervios hasta el punto de provocar en ella cierta indisposición.

¿Durante cuánto tiempo podría mantener el velo? En el transcurso de las últimas semanas

había empezado a notar miradas extrañas en las niñas... Por muchas hierbas que tomara, por mucho que procurara concentrarse para no entregarse al sueño o a la ensoñación, aquello acababa ocurriendo una y otra vez, una y otra vez, ¡una y otra vez! ¡UNA Y OTRA VEZ! Sólo un par de semanas atrás, encontrándose ella en una sala de lectura, entró la señorita Amalia Vi y, al verla, abrió mucho los ojos, como sorprendida, y luego se echó a reír desordenadamente: «¡No va a creer lo que me ha pasado, *mademoiselle* Sagée! ¡Me acabo de llevar un susto de muerte! Vi una figura femenina en el jardín y creí que era usted, y ahora vengo... ¡y me la encuentro aquí! ¡Estas confusiones la sobresaltan a una! Sería una de nuestras chicas, pero le juro que tenía en todo su porte y su presencia...» Y a finales de febrero se había encontrado con el señor Buch, que le había espetado: «¿De verdad le interesan tanto los tejos del camino, señorita Sagée? Esta mañana la vi frente a uno de esos árboles, sin abrigo y sin chal, y estuvo allí plantada durante una buena media hora...» Lo único que había podido responder Émilie era que los tejos tenían ciertamente mucho interés para ella, aunque se trataba de una larga explicación que tal vez otro día... Finalmente, en más de una ocasión las muchachas le habían dicho: «¿Se encuentra mejor, *mademoiselle* Sagée? Esta mañana tenía usted muy mala cara.» Hacía años que ni siquiera se había resfriado.

De repente, vio al profesor Whimple fragmentado en miles de cristales, poliedros transparentes y paralelepípedos angulosos, brillando con luces a su alrededor, con reflejos del sol incidiendo en la sal de sus lágrimas, y sacó el pañuelo para poder verlo en su forma natural. Había llegado sin que Émilie hubiera podido percatarse, y ni siquiera había oído sus pisadas en la gravilla.

—¿Está llorando, señorita Sagée? —preguntó David Whimple, sentándose a su lado en el banco, con la despreocupación de quien se siente romántico de la cabeza a los pies y, por tanto, no tiene la necesidad de fingir modales dieciochescos.

—Oh, no, señor Whimple... Sólo es este sol de invierno, y el aire frío, que me hacen... —contestó Émilie.

Ambos permanecieron en silencio durante unos minutos, observando en la distancia las operaciones botánicas del Supremo Sacerdote del Tulipán Azul.

—¿Ha pensado en lo que le dije...? —susurró finalmente el profesor Whimple.

—David, no puedo, de verdad. Le agradezco mucho la confianza que deposita en mí, pero no puedo.

El profesor Whimple hizo una mueca y asintió levemente con la cabeza; en aquel momento parecía el hombre más desdichado del mundo. Émilie intentó animarlo cambiando de conversación.

—¿Cómo va con su revolución?

—Bueno... Aún estoy excavando las trincheras.

El profesor Whimple cumplía a la perfección con sus cometidos escolares y nadie pudo encontrar jamás un motivo de queja o enojo. Y, en realidad, era el profesor favorito del señor Leónidas Buch, si se exceptuaba a la propia Émilie, que había conseguido hacerse con los corazones de *casi* todos los habitantes de Neuwelke. Sin embargo, aparte de sus obligaciones docentes, el profesor David Whimple estaba entregado a ciertos trabajos secretos de índole filosófica que habrían desconcertado —e indignado— a los solícitos padres de las criaturas a las

que educaba. Llevaba más de tres años trabajando en un ensayo titulado *La revolución de los pueblos*, con el que pretendía excitar el ánimo de los campesinos, los labriegos, los artesanos y los obreros para se hicieran con el poder de las naciones. O luchar al menos contra «los grilletes del pensamiento» de los que hablaba el señor Blake. La propia Émilie había visto que el marcador de libros con el que señalaba el lugar por el que iba leyendo era un cartón en el que había escrito: «Queremos vivir sin tiranos.» Émilie sabía que aquella frase era una de las famosas sentencias que el conde de Volney había esparcido en *Las ruinas de Palmira*. En otro de aquellos cartones que utilizaba para marcar los lugares de importancia en sus libros había calografiado: «La libertad no es sino la justicia.» Seguramente aquella voluntad revolucionaria no sería muy del agrado del señor Buch, si llegara a saber de ella. Tampoco le gustaría ese aspecto del romanticismo a la señorita Amalia Vi. Y, desde luego, si los nobles progenitores de las alumnas de Neuwelke supieran que uno de los profesores se entregaba a conspiraciones e intrigas republicanas para derrocar reyes, para despojar a condes y duques, para perseguir a los clérigos y fomentar la instrucción pública de los campesinos y los obreros de las fábricas, no tardarían en sacar a sus hijas del pensionado. Así pues, David Whimple tenía muchas razones para ocultar los estudios secretos a los que se entregaba. Al menos, tantas razones como las que tenía para entregarse a ellos. Sólo a Émilie le había contado, en un atardecer navideño de té y confidencias, que su verdadero nombre era Davydd Mallwydd, hijo de Gales.

—¿Todos los nombres galeses son así de...? —había preguntado Émilie, ofreciéndole la posibilidad a su amigo de interrumpir la narración de una historia que probablemente no era muy agradable.

—Sí... bueno... Yo nací en Casnewydd, cerca de Caerdydd.

—Dios santo. Davydd Mallwydd, de Casnewydd, cerca de Caerdydd. Comprendo que huyera de allí.

—Caerdydd es Cardiff —explicó David, agradeciendo con una sonrisa el buen humor de Émilie.

Su padre había trabajado en una de las muchas canteras de pizarra de Gales. La historia era breve y amarga: en cierta ocasión, uno de los obreros más jóvenes, casi un niño, pereció en las galerías y los picapedreros consideraron que la culpa era del propietario de la cantera, un noble inglés afincado en las paupérrimas tierras de Gales; pertrechados de mazas y antorchas, los airados canteros se dirigieron a la mansión del propietario, y la incendiaron, y capturaron al dueño y lo asesinaron. (Era la época de las algaradas y las revoluciones de los obreros y los artesanos en Inglaterra.) El padre de David había sido, al parecer, uno de los instigadores del motín, y por eso fue arrestado, y encarcelado. Luego lo juzgaron y lo llevaron a la prisión de Newgate. Y después lo ahorcaron, tal y como ordenaba la sentencia del tribunal. Así era el mundo del tirano William Pitt. Posteriormente, viuda y sola, su madre había caído enferma o loca, y del joven Davydd se ocupó el párroco de la aldea galesa donde vivía (la impronunciable Casnewydd), que lo envió lejos del pueblo, a Londres, donde el muchacho consiguió adquirir los conocimientos y el dinero suficientes para escribir en su tarjeta «Profesor de lenguas y literaturas». Después hizo el Grand Tour y viajó por casi toda Europa, aprendiendo más lenguas y leyendo más libros, y confirmándose en el odio hacia aquellos que habían colgado a su padre en el

cadalso de Newgate, en Londres, como si fuera un MacLaine cualquiera. (¿O es que acaso lo habrían colgado si hubiera sido inglés, en vez de galés?) Finalmente, casi por casualidad, había sabido de la existencia del Pensionado de Neuwelke, y había considerado que aquel remoto colegio de señoritas sería un lugar idóneo para trabajar y gozar de la tranquilidad necesaria que se precisa si uno desea escribir un verdadero libro sobre la revolución de los pueblos, la libertad de los esclavos sociales y... («... Y todas esas cosas de las que hablaban los nobles desocupados y con abundantes rentas, como Volney o Lord Byron», pensó tímidamente Émilie.) Por desgracia, el profesor Whimple apenas había conseguido completar cien cuartillas y, como él mismo aseguraba, casi ni había comenzado a excavar las trincheras de la revolución.

Cuando Émilie supo todo aquello, tuvo la amabilidad de animar a David en su empresa, y éste se había sentido enormemente aliviado al poder compartir la carga de sus secretos con otra persona, en la que había aprendido a confiar absolutamente. Tan absolutamente que a veces olvidaban colocar el «señor» o la «señorita» o el «*monsieur*» o la «*mademoiselle*» delante de sus nombres.

Por su parte, Émilie también había confiado en David Whimple, salvo por el pequeño detalle de que no le había contado absolutamente nada de su vida.

—Casi no sé nada de usted, Émilie —le había dicho el romántico profesor en cierta ocasión.

—Sabe que lloro siempre que leo el pasaje de Dido en la *Eneida*. ¿Le parece poco?

El profesor Whimple se había visto obligado a admitir que, efectivamente, saber eso de una persona era conocerla muy bien.

Ahora se encontraban los dos sentados en un banco del jardín de Neuwelke, observando al Gran Oriente y Maestro Supremo, grado 33, de la Orden del Seto Recortado, y Émilie casi sintió lástima por el pobre David, enamorado y mustio como un juvenil Werther. ¿Cómo pensar en los ojos de su amada y, al tiempo, en las razones filosóficas por las que es precisa la instrucción de los campesinos? ¿Cómo conjugar el perfume de su piel suave y el rigor de un nuevo ordenamiento social? ¿Cómo mezclar amor y ley natural? Por alguna razón, a Cupido no le interesaba en absoluto la revolución de los pueblos basada en la ilustración de los obreros y los campesinos. Y tampoco estaba excesivamente predispuesto a prestar atención a la reforma moral de los estados sociales. Cosas de Cupido.

—Dadas las circunstancias, tal vez debería irme de aquí —dijo el profesor Whimple, arrebatándole delicadamente a Émilie su libro de Lamartine.

—No tiene por qué irse —contestó Émilie apresuradamente, al tiempo que dejaba escapar su Lamartine entre los dedos—. No hay ninguna razón que...

—Dada mi situación, señorita Sagée, quizá eso sería lo mejor para todos.

—David, por favor, no me obligue a suplicarle que se quede.

—Si usted quisiera...

—Yo no puedo hacer nada, David.

Algunos días antes, el profesor David Whimple le había dado una desagradabilísima sorpresa a Émilie. Habían coincidido, como tantas veces, en la biblioteca y, como buenos amigos, habían conversado un poco antes de entregarse a sus trabajos e investigaciones particulares. En aquella ocasión, creyendo quizá que la confianza mutua abría ciertas puertas, el profesor Whimple le

aseguró que estaba desesperadamente enamorado. Émilie se tuvo que sentar y, aunque no tenía un espejo delante, sabía que tenía el gesto que adopta una mujer cuando quiere expresar que no comprende nada de lo que está ocurriendo. Afortunadamente para Émilie —y para el universo entero, en su opinión—, el profesor Whimple no tardó en dar una completa explicación a su declaración.

—Creo que no me ha entendido, Émilie —dijo—. No es de usted de quien estoy hablando, sino de la señorita Augusta Dehmel.

Émilie suspiró aliviada, aunque su espíritu femenino estuvo a punto de rebelarse: efectivamente, al principio había creído que el profesor estaba enamorado de *ella*. ¡Qué tontería...! Pero... ¿y por qué no? ¿Acaso era tan horrible o tan detestable que no mereciera la admiración e incluso el amor de un caballero tan apreciable, en todos los sentidos, como el profesor Whimple? En fin, lo mejor sería «aplazar las vanidades» para otro momento, pensó.

En aquella ocasión, y sólo con una interrupción —la joven Sönke irrumpió en la biblioteca y, al verlos tan ocupados en su conversación, se ruborizó, pidió perdón y cerró la puerta—, el profesor Whimple le abrió su corazón a Émilie como sólo se le abre a un verdadero amigo o a un verdadero amor. Davydd Mallwydd (de Casnewydd, cerca de Caerdydd) habló largo y tendido de la señorita Augusta Dehmel, de sus cabellos, de sus ojos negros, de su piel, de sus manos, de su figura... («No es necesaria tanta descripción, David: conozco a la señorita Dehmel»), y luego habló de su inteligencia, de su bondad, de su simpatía, de su sensibilidad, de su timidez, de su humildad, de su discreción... («Ya, es suficiente, me hago una idea, David.»)

(Una de las pruebas fehacientes de que el profesor Whimple estaba enamoradísimo de Augusta Dehmel era el hecho de que hablara de ella, sin restricción alguna, a una señorita. Puede que Émilie no tuviera interés ninguno en David Whimple, pero éste debería haber tenido en cuenta uno de los principios básicos de las relaciones con las damas: que ningún caballero debe excederse en elogios de una mujer mientras esté hablando con otra, independientemente de su estado o condición.)

A Émilie le costó adivinar por qué el profesor Whimple le contaba todo aquello, pero finalmente pudo entrever el motivo que había conducido a tales confidencias. Simplemente, el profesor era incapaz de compaginar sus estudios políticos con un amor apasionado que desbarataba cualquier orden y sistema. Se hallaba confundido y desorientado, incapaz de dirigirse a Augusta con la serenidad necesaria; y, cuando lo conseguía, enseguida se aturdió y no acertaba sino a constatar el buen tiempo que hacía o a deplorar los días lluviosos... (¡Ni siquiera era capaz de acertar en ese aspecto, pues siempre prefirió la lluvia y el frío al calor!) Aunque él no lo declaró formalmente, Émilie entendió que el profesor Whimple deseaba cierta... *intercesión*. Por desgracia, Émilie no estaba en posición de interceder por su amigo: por alguna razón, según dijo la profesora de francés, Augusta era la única persona con la que ni siquiera había cruzado dos palabras durante todo aquel tiempo. Ante la mirada dubitativa del profesor, Émilie confesó que ignoraba cuáles eran las razones, pero que sospechaba que la señorita Dehmel la rehuía. «Y si no fuera porque sé que no tiene ninguna razón para odiarme, diría que me detesta», añadió. Émilie no podía intentar interceder por su amigo porque, simplemente, no le era posible acercarse a aquella mujer esquiva y... «bueno, esquiva».

Émilie tenía muchas razones para evitar la tarea que tácitamente le encomendaba su amigo. Y, francamente, no le resultó muy difícil encontrar excusas para negarse a cumplir con sus sugerencias.

—Además, David, comprendo sus dudas y su timidez, pero no me gustan en absoluto las labores de alcahueta.

El profesor Whimple había sentido entonces la frustración de volver a encontrarse solo ante su dilema, pero su buen carácter le impidió culpar a Émilie de su desdicha. Comprendía perfectamente las razones de su amiga y, además, alababa su buen juicio, su sensatez y su discreción.

Ahora, sentados los dos amigos en un banco de los jardines de Neuwelke, David sugería que no tenía fuerzas para enfrentarse a aquella pasión y que, por tanto, quizá lo mejor sería abandonar. Abrió el libro que le había arrebatado a Émilie y susurró aquellos versos que decían que el corazón del poeta se había agotado en la desesperanza, y que no quería pedir nada al destino. En su imaginación quizá la señorita Dehmel se alejaba cada vez más y él se veía abandonado a una soledad y a una amargura que ni siquiera las labores filosóficas y revolucionarias podrían mitigar. Y, por desgracia, su amiga Émilie tampoco le era de mucha ayuda: era tan discreta que ni siquiera se atrevía a darle un consejo, aunque fuera arriesgado, o incluso insensato o alocado.

—Vamos, mi querido amigo, no desespere. Recuerde lo que decía su admirado Werther: «¿Qué sería el mundo si no tuviéramos amor en nuestros corazones?»

El profesor Whimple le devolvió el libro a su amiga y ella le pagó con una encantadora sonrisa.

Leónidas Buch había viajado a Riga y a Vilna, y allí se había reunido con varias personas dispuestas a adquirir una parte del Pensionado de Neuwelke, o incluso su totalidad. Finalmente, la imagen de Eveline se le había presentado en sueños, cada día, como un ángel —*comme qui dirait*—, y le había rogado que mantuviera la propiedad del colegio y que conservara la institución tal y como ella la había imaginado muchos años antes. Así que regresó cabizbajo a Neuwelke y durante largos días se encerró en su despacho, rumiando la pérdida de la mujer a la que había entregado su corazón... «Ahora que se ha ido, con mi corazón en un bolsillo de su delantal, ¿qué será de mí?»

De pronto, todo en el colegio le resultaba extraño, y como envuelto en una niebla fantasmal, gélida y mortecina. Había leído en algún libro que ese tipo de cosas suceden cuando se pierde a un ser querido; también ocurre que se tiene una visión vibrante del mundo, que se sufren vértigos, que la lengua sabe a cobre y otros fenómenos bien conocidos y apuntados en los trabajos de filosofía natural.

A pesar de su buen carácter, Leónidas Buch no había querido reunirse con sus profesores y había permanecido encerrado en su despacho durante aquellos largos días de marzo. A propósito, había esquivado a la señora Bertha Huns, cuyas lágrimas le habrían roto el alma. La señora Huns había acompañado a Eveline cuando el matrimonio Buch decidió instalarse en Neuwelke. Tal y como aseguraban algunas niñas, la señora Bertha era la *verdadera* dueña de la casa. (He de advertir aquí, aunque tal vez no resulte oportuno, e incluso pueda parecer irrelevante, que la señora Huns jamás se sobrepuso a la muerte de su *niña* Eveline. A partir del fallecimiento de la señora Buch se agrió su carácter, enfermó y, pocos meses después de lo que se narra aquí, regresó a su pueblo, donde murió al cabo de algunas semanas.)

El colegio entero, e incluso el edificio y los jardines circundantes, y las tierras de labranza de los Yielovna parecían sumidos todos en una suerte de ensoñación turbia y gris que corría el riesgo de petrificarse.

Y fue así hasta que una tarde se oyó un fabuloso estrépito en la primera planta. Las alumnas de una clase habían abandonado el aula precipitadamente, dando gritos y empujándose unas a otras; algunas habían podido llegar a la escalera central, y habían corrido peldaños arriba, como almas que llevara el diablo, hasta que alcanzaron sus habitaciones, en el tercer piso, y se habían

encerrado en ellas, temblorosas y aterrorizadas. Otras, viendo la imposibilidad de subir atropelladamente por la escalera, abrieron la puerta principal y saltaron por la escalinata y la balaustrada, desperdigándose después por los jardines, buscando la protección de Jonas Fou'fingers y sus enormes tijeras de podar.

El escandaloso suceso hizo temblar los cimientos de Neuwelke y, sobre todo, consiguió que el señor Buch abandonara su encierro definitivamente. Cuando llegó a la zona de las aulas, descubrió a Amalia Vi en un extremo del pasillo, protegiendo con su ciclópea figura la entrada a su clase. Allí estaban las niñas más pequeñas, ocupadas en labores de bordado. El señor Whimple, a su vez, miraba atónito el pasillo desde el umbral de su propia aula, con un libro de gramática inglesa en la mano: estaba ocupado enseñando al grupo mediano algunas cuestiones relativas a las fórmulas de cortesía y las invitaciones sociales. («*We are celebrating Elizabeth's engagement to Charles by holding a dinner dance at Sheldom Manor House.*»)

El señor Buch se acercó al aula vacía, donde tendrían que estar las alumnas de más edad, quizá con el profesor Schafthausen o con la señorita Sagée o con el profesor Klöcker. Pero lo cierto es que la clase estaba vacía, y sólo algunos cuadernos, dos o tres libros y varios plumines por el suelo daban fe de que, pocos minutos antes, allí se había producido una verdadera estampida.

—¿Qué demonios...?

Poco después apareció el profesor Schafthausen, con su paso de zancuda, observando la situación con aire grullesco, confundido y molesto ante una circunstancia que, evidentemente, no esperaba encontrar.

—¿Qué demonios...? —dijo también, curiosamente.

No tardó en aparecer el profesor Klöcker, que miró atónito la escena y se rascó la cabeza con aire de no comprender nada.

—¿Qué demonios...? —preguntó, olvidando por un instante su tendencia a invocar a los manes.

Con un gesto, el señor Buch había indicado a la señorita Amalia Vi y al profesor Whimple que volvieran a sus respectivas aulas y siguieran con la clase con toda normalidad. Luego, acompañado por *herr* Schafthausen y el señor Klöcker, recorrieron la galería y llegaron a la escalinata central. Pero allí ya no había nadie. Sólo dos libros abiertos como palomas muertas que habían sido abandonados en la precipitada huida. Volviéndose, descubrieron que la puerta principal estaba abierta y que por allí también habían huido algunas alumnas.

—¿Qué demonios...? —repitieron los tres caballeros al tiempo.

Los jardines estaban vacíos. No había rastro de las alumnas por parte alguna. De repente, al volver un recodo del gran caserón, descubrieron a tres muchachas, custodiadas por *Cole* y *Words*. Los perros miraron al dueño del colegio con aire alegre y confiado. Pero las tres muchachas parecían aterrorizadas: estaban acurrucadas en un rincón, protegidas por los dos mastines, y una de ellas sujetaba un pañuelo ensangrentado sobre su nariz.

—¿Qué significa esto, señoritas? —preguntó el señor Buch.

Las muchachas no contestaron. Tenían los ojos muy abiertos y casi anegados en lágrimas, pero no se atrevieron a despegar los labios. El señor Buch entendió que habían sido cogidas en falta, y

que ésa era la única razón de su temor.

Eran Sönke Buttgereit-Dientzenhofer, la muchacha de los cabellos incendiarios, Julie von Güldenstubbe y Antoinette de Wrangel, que era la que intentaba cortar con su pañuelo la hemorragia de la nariz.

—Debí imaginarlo —afirmó el señor Buch—. Ustedes tres.

Después, le dio una palmada cariñosa en los hocicos a *Cole* y a *Words* y con un gesto los envió de nuevo a la entrada.

—Muy bien: vosotros, fuera de aquí... Y ustedes, señoritas, regresen a sus habitaciones inmediatamente. Y mediten cuidadosamente una buena explicación: a las siete de la tarde las espero en mi despacho. Respecto a la cena, les comunico que no tendrán que preocuparse por ese detalle en el día de hoy.

Las tres muchachas se enderezaron y caminaron con pasitos muy cortos hacia la entrada; subieron la escalinata y desaparecieron. El señor Buch, por más que lo intentaba, no alcanzaba a adivinar qué demonios habrían hecho aquellas jóvenes (juntas o por separado) para espantar a toda la clase y, evidentemente, a la señorita Sagée, que también había huido sin dejar rastro. A veces las más traviesas llevaban a clase ranas o saltamontes o murciélagos, y entonces se producía una de aquellas desbandadas, con gritos espeluznantes (¿cómo conseguirán las jóvenes proferir semejantes alaridos?) y carreras atropelladas. A juzgar por la espantada, en esta ocasión habían llevado a clase, por lo menos, un ratón. En otras ocasiones —especialmente si tenían alguna prueba o examen—, las más atrevidas simulaban enfermedades terribles, e incluso posesiones demoníacas, o algo que hubieran leído en aquellos ridículos libros románticos, o simulaban que habían visto a un hombre acechando en los ventanales, o cualquier otra amenaza.

El señor Buch dijo a sus dos acompañantes que volvieran a sus tareas. Él se ocuparía de todo.

En realidad, no le había concedido demasiada importancia al incidente. Tras más de una década entregado a la dirección y administración de una institución como el Pensionado de Neuwelke, sabía perfectamente que aquellas cosas podían ocurrir. Y, para decirlo todo, también sabía cómo solucionarlo.

Ahora tenía a las tres muchachas delante.

Era asombroso el pelo de Sönke Buttgereit-Dientzenhofer: no podía extrañar a nadie que su padre se refiriera a ella como «mi diabólica hija». El señor Buch no estaba muy seguro, sin embargo, de que la señorita Buttgereit-Dientzenhofer fuera la que llevara la voz cantante en aquella partida de brujas. Julie von Güldenstubbe, sentada en el medio, parecía la más responsable —en todos los sentidos— y, de algún modo, su mirada indicaba claramente que se convertiría en la portavoz del grupo. Antoinette de Wrangel aún tenía la nariz enrojecida; parecía una joven muy discreta y bondadosa, aunque el señor Buch sabía que ese tipo de jóvenes suelen ser con frecuencia las más peligrosas.

—¿Por qué le sangraba la nariz, señorita De Wrangel? ¿Un ataque de apoplejía tal vez?

—No, señor. Me golpeé la nariz con la puerta —contestó Antoinette.

—¿Tenía mucha prisa por salir? —preguntó el director del colegio.

Pero Antoinette no contestó.

La estrategia del señor Buch consistía en formular aquellas preguntas mientras seguía con su trabajo habitual. Ni siquiera levantaba la mirada de sus papeles cuando se dirigía a ellas. Sabía que las muchachas que acudían a su despacho estaban lo suficientemente aterrorizadas como para no atreverse a dar contestaciones imaginativas o fantasear. Su despacho era un lugar terrible para las niñas, pues allí se podía decidir su expulsión y eso significaba un verdadero drama en sus casas y en sus familias. El señor Buch realizaba algunas preguntas informales y marginales («¿Por qué le sangraba la nariz, señorita ***?», o «¿Dónde iba con tanta prisa, señorita ***?», o «¿Le gustan los animales, señorita ***?») Y luego, repentinamente, levantaba la mirada por encima de las lentes y lanzaba la pregunta vital, con voz profunda y decisiva. En ese momento, lo sabía bien, las jóvenes se echaban a temblar e, incapaces de dar con las mentiras que habían preparado, confesaban todos sus pecados, e incluso algunos que el señor Buch preferiría no oír.

Aquella noche, Leónidas Buch levantó la mirada por encima de los cristales, como era su obligación, y observó a las tres jóvenes detenidamente. Luego, clavó sus pupilas en Julie von Guldenstube.

—¿Qué ha sucedido, señorita Von Guldenstube?

Por primera vez en el transcurso de toda su carrera como director del pensionado, el señor Buch supo que tenía enfrente a una joven que no daría su brazo a torcer fácilmente. En efecto, Julie ni siquiera despegó los labios.

El señor Buch volvió la mirada a Sönke, que había tenido la precaución de anudar las llamaradas de su pelo en dos tímidas coletas que ahora caían a ambos lados de su cuello.

—La señorita Sagée se encuentra indispuesta en sus dependencias, y estoy seguro de que es tan amable que tendrá la bondad de no declarar quiénes son las culpables de este altercado. ¿Tiene usted algo en contra de la señorita Sagée, señorita Buttgereit-Dientzenhofer?

Sönke negó con la cabeza, pero no despegó los labios.

—No la oigo, señorita Buttgereit-Dientzenhofer.

A veces, aunque era una circunstancia rara, alguna de las alumnas había sentido celos de alguna profesora o se había enemistado con algún maestro hasta el punto de intentar desprestigiarlo o asustarlo o hacerle la vida imposible, por cualquier motivo —habitualmente, niñerías—. En esos casos, lo habitual era que el señor Buch expulsara a la alumna en cuestión, pues una expulsión devolvía la calma al Pensionado de Neuwelke inmediatamente y advertía que había travesuras que ni siquiera padres nobles y ricos podían compensar.

En este caso, el señor Buch sospechó que alguna de aquellas tres señoritas tenía razones sentimentales para odiar a la señorita Sagée. Todo el mundo sabía que Émilie y David se habían convertido en compañeros inseparables; con frecuencia paseaban juntos, acudían juntos a la biblioteca, bajaban a Wolmar juntos, se sentaban juntos a la hora de la cena y del desayuno, y hasta el señor Buch había oído el rumor de que mantenían un discretísimo noviazgo que probablemente revelarían a finales de ese curso... (Para decirlo todo, al señor Buch, que adoraba a los dos profesores, le parecía maravillosa aquella idea, siempre que durante el curso ambos maestros se mantuvieran estrictamente en los límites de la decencia.) Así pues, y a pesar de no haber leído demasiadas novelas femeninas, el señor Buch decidió de antemano que una de

aquellas tres damiselas estaba enloquecidamente enamorada del profesor Whimple y que, al constatar que éste había encontrado en la señorita Sagée a su compañera ideal, la muchacha había decidido darle un escarmiento. ¿Cómo? Había miles de fórmulas: un ratón, un sapo, un murciélago, una escena violenta, un insulto, una amenaza, un motín... Émilie Sagée era una criatura maravillosa, pensó el señor Buch; quizá creyó que podría resolver el asunto por sí misma, y por eso se negó a ofrecer una explicación plausible de lo que había ocurrido. Pero el señor Buch tenía otras obligaciones, y ahora sabía, estaba seguro, que una de aquellas tres muchachas tendría que hacer las maletas aquella misma noche.

—Muy bien, señoritas. Comprenderán que tras el fallecimiento de mi esposa no estoy muy predispuesto a perder el tiempo con las niñerías de tres jovencitas malcriadas. Espero que una de ustedes se ponga en pie y me explique, clara y convincentemente, qué ha ocurrido esta tarde en clase de la señorita Sagée. Si persisten ustedes en su conducta y se niegan a confesar la verdad de lo sucedido, me veré obligado a expulsarlas de Neuwelke.

Se hizo un silencio espeso y enojoso. Todos en Neuwelke pensaban que al señor Buch no le temblaba la mano a la hora de expulsar a una alumna, pero lo cierto es que sí le temblaba y, de hecho, era algo que procuraba evitar por todos los medios.

Por fin, tras unos minutos, Julie von Güldenstube se puso en pie. Tenía el rostro muy serio y enlazó las manos a su espalda.

—¡Julie, no...! —susurró Sönke a su lado.

Antoinette, simplemente, se mordía el labio superior y estaba a punto de llorar.

—Señor Buch —dijo Julie con una firmeza que sorprendió al director del pensionado—, yo estoy dispuesta a contarle lo que ha sucedido esta tarde durante la clase de la señorita Sagée. Naturalmente, señor, no pretendo imponer condiciones, pero al menos le pido que no firme una sentencia antes de haberme escuchado. No somos culpables de nada y no merecemos que se nos castigue, señor. Yo prometo decir aquí la verdad, juro...

—No jure nada, señorita Von Güldenstube —interrumpió el señor Buch.

—Juro que sólo voy a contar la verdad —insistió Julie—. Le ruego que me escuche y, si después cree que he mentado, expúlsame sólo a mí.

—Julie..., ¡no te creerá! —susurró Sönke, tirándole de la manga del vestido para que se sentara.

El señor Buch se recostó en su sillón. Se sujetó la barbilla y esperó pacientemente a que Julie von Güldenstube iniciara su confesión. Probablemente sería una historia bastante imaginativa, dadas las florituras de su prólogo. Con un poco de suerte, contaría una buena historia.

—Sólo puedo prometerle que intentaré ser justo —afirmó el director—. Adelante, señorita Von Güldenstube.

Julie comenzó su relato.

Y el Pensionado de Neuwelke cambió para siempre.

18

El profesor Schafthausen caminaba por la galería como una garza incomprensiblemente apresurada. Sacó el reloj del bolsillo de su chaleco, y con aquel movimiento del codo estuvo a punto de alzar el vuelo y planear elegantemente hacia algún campanario del sur. Sin embargo, lo único que preocupaba a *herr* Schafthausen era que llegaba tarde al misterioso cónclave que había de celebrarse aquella noche, a altas horas, en el sombrío salón Buxhoeveden.

El salón Buxhoeveden se encontraba al final de la biblioteca, más allá de los «Clásicos Nacionales, Bálticos y Rusos»; es decir, un lugar al que nadie se acercaba. Allí se abría una puerta pequeña, apenas visible desde otras partes del gabinete de lecturas. El salón Buxhoeveden no se había abierto desde que la señorita Eveline cayera enferma. Antiguamente servía como salón de reuniones académicas o claustro, donde se tomaban las decisiones más importantes relativas al orden y mantenimiento de la institución. El pequeño salón, revestido en madera y con un recargado artesonado de aires finlandeses, estaba presidido por un lienzo de la señorita Eveline, ataviada con un precioso vestido de organza ambarina. (Puedo describir el lugar con alguna precisión porque tuve el privilegio de estar allí cuando visité Neuwelke.) En el centro de la habitación había una mesa redonda, con diez butacas a su alrededor. Como no había ventanas, el lugar resultaba un tanto tenebroso, y siempre había humo: quizá la pequeña chimenea que se abría en un extremo de la sala era la peor de todo el edificio y, además, era obligatorio llenarlo todo de velas y quinqués para iluminar el lugar.

El profesor Schafthausen llegaba tarde: se había entretenido en sus dependencias y se le había ido el santo al cielo. Estaba a punto de concluir el «Cuaderno número 8» y últimamente se había entregado a sus estudios científicos con tanta pasión que se le pasaban las horas sin sentir. Desde el «Cuaderno número 1» a este último «Cuaderno número 8», el profesor había estampado en los frontispicios de sus obras la sentencia *Sapientia Scientia & Doctrina*. Y puede afirmarse categóricamente que *herr* Schafthausen cumplía a rajatabla con su lema, y que no abandonaba la metodología científica en ningún caso y bajo ninguna excusa. Sus ocho cuadernos, que prometían ser veintiséis, de acuerdo con su irrefutable plan «científico», contenían —según él mismo— el compendio más certero de aproximaciones científicas que jamás se hubiera realizado a propósito de la Biblia. (Aunque, por un azar del destino, yo tuve la oportunidad de revisar algunos de esos cuadernos, hoy considero casi una broma mencionarlos; el profesor Schafthausen se había tomado

la molestia de revisar científicamente cientos y cientos de datos que aparecen en las Sagradas Escrituras. Así, por ejemplo, demostraba matemáticamente que era de todo punto imposible que en el arca de Noé, dadas las medidas bíblicas, se pudieran introducir todos los animales del mundo; también demostraba que, aunque hubiera estado lloviendo en la antigua Persia durante cuarenta días y cuarenta noches, el terreno de aquella parte es tan seco que apenas se hubieran formado algunos charcos: por tanto, algún error de cálculo hubo en las cuentas del Diluvio; también puso serias trabas matemáticas y arquitectónicas a la construcción del Templo de Salomón, demostraba las irregularidades procedimentales en el juicio del sanedrín a Jesús de Nazaret, y, mediante alambicadas operaciones matemáticas, resolvía que el Apocalipsis tendría lugar exactamente un siglo después. Pero eso es algo que ninguno de nosotros podrá comprobar, pues para entonces todos habremos abandonado este triste mundo.)

Cuando abrió la puerta del salón Buxhoeveden, el profesor comprendió que, efectivamente, se le había hecho demasiado tarde. Ya estaban todos ocupando sus lugares, y volvieron la mirada hacia la puerta al verle asomar el pico.

El profesor murmuró una disculpa innecesaria y se sentó en una de las butacas vacías, en el lado opuesto al profesor Klöcker. A su derecha estaba sentada la señorita Amalia Vi. El señor Buch ocupaba un lugar que cualquiera hubiera considerado «presidencial», pues se encontraba exactamente debajo del retrato de la señorita Eveline. A su lado, con gesto de displicencia romántica, se encontraba el profesor David Whimple.

Como es natural, no estaba presente la señorita Émilie Sagée.

—Queridos amigos —comenzó el señor Buch, una vez que el señor Schafthausen anidó en su butaca—, ninguno de ustedes ignora la razón que nos trae aquí. El caso de la señorita Sagée está tomando un cariz que finalmente puede ser peligroso... para ella, para nosotros y para la institución. Seguramente es innecesario que les diga hasta qué punto este asunto está alterando la vida en el pensionado.

—Pero... ¿ha tomado ya una decisión, señor Buch? —preguntó la señorita Amalia Vi, con un gesto y un ademán completamente distintos a los temperamentales y alegres modales que acostumbraba.

El señor Buch negó con la cabeza.

—No, no... No he tomado ninguna decisión... aún.

Hubo un silencio incómodo, y el señor Klöcker se consideró en la obligación de hablar.

—Es terrible —dijo, con un gesto de verdadera preocupación—. Es como si lo sucedido esa tarde en su clase hubiera destapado la caja de las imaginaciones más furibundas. Ahora se le achacan sucesos ridículos y... ¡Oh, cuánto lo siento por la señorita Sagée!

—Todos lo sentimos —precisó el cicónido Schafthausen—, pero no se trata de sentirlo, sino de solucionar este endiablado... perdón... este embrollo.

El profesor Whimple se había estado mirando las manos durante todos estos discursos preliminares, como si el asunto no le preocupara lo más mínimo. Sin embargo, en su ceño fruncido y en la funeral gravedad de su rostro se adivinaba una ira ciclópea, que tal vez acabaría por desatarse en cualquier momento.

—El señor Schafthausen es nuestro científico —dijo finalmente, con una voz tétrica, como si

estuviera hablando desde el fondo de una cueva—. Quizá él pueda decirnos si todo lo que se cuenta de la señorita Sagée *en esta casa* tiene algún viso de verdad.

De nuevo, un terrible silencio y sólo el crepitar de los leños en la chimenea.

—Desde la ribera de la ciencia —prologó el profesor Schafthausen, con aire de oráculo délfico—, puedo afirmar que todo lo que se dice no puede ser sino falsedad imposible de toda falsedad.

—Pero... hay tantos testigos y tantas... —terció el profesor Klöcker.

—¡No son más que embustes! —gritó David Whimple, dispuesto a defender a su amiga incluso a voces, y a puñetazos si fuera necesario—. ¡Embustes y nada más que embustes! ¡Usted mismo lo dijo, señor Schafthausen, y usted, señor Klöcker, y usted, señorita Vi: nuestras muchachas tienen la cabeza llena de fantasías e ideas absurdas...! ¡La culpa la tengo yo, lo admito! ¡Soy yo quien les he estado hablando de hadas y trasgos! ¡Muy bien! ¡La culpa es mía! ¡Si hay que despedir a alguien, despídame a mí, señor Buch!

El señor Buch pensaba que David había vuelto a dejarse llevar por su heroico romanticismo.

—Nadie ha dicho que haya que despedir a nadie —replicó el director de Neuwelke.

David Whimple se levantó y fue a apoyarse en la repisa de la chimenea, y allí permaneció, con la cabeza hundida, concentrado en la puntera de sus botas. No era una falta de respeto hacia sus compañeros, sino una verdadera pose romántica: eso lo podía comprender cualquiera. La señorita Vi incluso lo miró con condescendencia: ¡estaba tan guapo allí, iluminado por las llamaradas anaranjadas, con sus cabellos largos y desordenados, y aquel pañuelo al cuello *à la Byron*, que resultaba inútil resistirse a sus encantos!

—¿Alguno de ustedes ha visto... algo? —preguntó finalmente la señorita Amalia Vi, desde su esférica rotundidad y con cierto aire temeroso.

El señor Klöcker negó con la cabeza, y luego negó también el señor Buch, y después *herr Schafthausen*.

El señor Buch se rascó la sien derecha y luego repasó algunas notas que al parecer había traído apuntadas en una libreta. Pasó lentamente la mano sobre el papel y tosió.

—El caso es que... David, siéntese, por favor... El caso es que ninguno de los aquí presentes ha visto nada de lo que se cuenta... —Y entonces recordó, como un destello, las palabras de su esposa: «¿Quién es esa mujer que viene todos los días a verme?» Aunque lo cierto era que su esposa estaba enferma, y febril, y... y probablemente aquellas visiones eran fruto del delirio.

El profesor David Whimple, que sentía una veneración casi filial por el señor Buch, obedeció sin el menor reparo y se sentó a su lado. El resto esperó pacientemente a que el director del colegio siguiera con su exposición, pero el señor Buch se había quedado prendido de la pregunta de su difunta esposa. Como si la estuviera planteando desde el cuadro que pendía de la pared. «¿Quién es esa mujer que viene todos los días a verme?»

—Somos personas adultas, y con una formación intelectual moderna, propia de nuestro revolucionario siglo XIX —dijo el director, repitiendo las palabras de un intelectual polaco, con ánimo de disipar la pregunta de su esposa Eveline—; no podemos entregarnos a estas supersticiones y a estos temores. Señores: no estoy diciendo que nuestras alumnas se hayan vuelto locas de repente, o que Irina, la criada, o el muchacho de la cabaña, Nikolai Yielovna, nos estén

mintiendo, pero quizá se trata de una especie de alucinación colectiva o...

—Quizá los cristales de las aulas... —aventuró la señorita Amalia Vi.

Sin embargo, todos sabían que los testimonios eran demasiado firmes y coincidentes —toda una clase, y varios criados, y luego varias alumnas de distintos grupos habían dicho lo mismo, detallándolo con precisión— como para cederlo todo a reflejos y luces provocadas por los cristales de los ventanales.

—¿Qué explicación ha dado la señorita Sagée? —preguntó el profesor Schafthausen.

El señor Buch se encogió de hombros.

—Ninguna. Ella no sabe a qué atribuir todo lo que está sucediendo. La pobre... bueno, está muy disgustada, muy abatida. Sólo dice que está *desolé*. Lamenta mucho lo ocurrido.

—¡Por Dios, esto es una locura! —exclamó David Whimple—. ¡Estamos en el siglo XIX, no en la Edad Media! ¿Vamos a condenar a Émilie... a la señorita Sagée, quiero decir, por brujería? ¿Es que se van a dar por buenos los testimonios de todas esas niñas? ¡Créanme, señores: no he visto una situación tan ridícula desde que leí las novelas de la señorita Radcliffe!

—Bueno, ¿y qué tienen de particular las novelas de esa señorita Radcliffe? —preguntó el profesor Schafthausen, que no había leído ninguno de aquellos libros y, con toda seguridad, no los leería en lo que le quedara de vida.

—¡Que son patrañas y embustes carentes de toda sustancia, señor! —exclamó el profesor Whimple.

—No es necesario que nos hable así, amigo mío: no soy yo el que enseña a las niñas esas citas de Shakespeare sobre los círculos en el centeno, ni sobre las luces que vuelan por encima de las ciudades, ni sobre el mesmerismo, o las *peculiares* reuniones de los Shelley y los Byron en Ginebra con jovencitas que abandonan los domicilios paternos —replicó con toda formalidad *herr* Schafthausen, señalando con un plumín a David Whimple y estableciendo claramente la jerarquía en virtud de la edad, la experiencia y los años de trabajo en la institución.

El señor Buch levantó la mano e impuso una paz con la que tanto David Whimple como el científico cicónido estuvieron de acuerdo. Seguramente se apreciaban lo suficiente como para que aquel encontronazo se resolviera a la mañana siguiente con una humilde disculpa por ambas partes.

—Señores... Lo que debo decir aquí —añadió el director— es que aprecio a la señorita Sagée hasta el punto que me cuesta mucho creer todo lo que se está diciendo de ella. Creo que todos podemos estar de acuerdo a la hora de considerarla una maestra muy competente, laboriosa y formal. Además, sé, porque ustedes me lo han confirmado en numerosas ocasiones, que es una excelente compañera, solícita, cooperativa y amable.

—Todos la apreciamos sinceramente —añadió el señor Klöcker—. Pero eso constituye también un problema en este caso, señor Buch.

—Explíquese.

—Lo cierto, señor, es que las muchachas también la aprecian —concluyó el profesor de historia y latines—. Si las alumnas la odiaran, o las criadas mostraran alguna inquina contra ella, o hubiera razones para detestarla, la explicación podría ser más sencilla. Este tipo de bulos y patrañas suelen propagarse con la intención de condenar al ostracismo a una persona, o con ánimo

de hacerla enloquecer, o por celos y envidias, o por... En fin, señor Buch, todos en Neuwelke aprecian a la señorita Sagée: ¿por qué iban a inventar semejantes mentiras si no pretenden desacreditarla?

—No lo sé, señor Klöcker, lo admito —dijo el señor Buch.

—¡Ni lo sabemos, ni nos importa! —estalló nuevamente David Whimple—. ¿Quién sabe qué tendrán en la mollera esas niñas malcriadas...?

—Modérese, señor Whimple.

David Whimple se cubrió el rostro con las manos, como si quisiera despojarse de su violencia: era perfectamente consciente de que, si quería convencer al claustro, debía abordar la cuestión razonablemente, sin histerismos ni concesiones a la ira. Era sencillo, muy sencillo... era cuestión de demostrar que las cosas imposibles, simplemente, no suceden. Así que inspiró profundamente, se levantó y comenzó a caminar despacio alrededor de la mesa, por detrás de los profesores.

—Bien. Meditemos el caso con calma. Así que, al parecer, todo el mundo aprecia a la señorita Sagée en Neuwelke. Sin embargo, se están difundiendo rumores que la perjudican seriamente. Pero, además y sobre todo, dichos rumores perjudican muy gravemente al pensionado. ¿No es así, señor Buch? Desde luego. Es evidente que todos estos prejuicios se solventarían de inmediato despidiendo a la señorita Sagée. Yo diría que es una estrategia muy bien elaborada, aunque un tanto simple: ¿no le parece, señorita Vi?

—Estoy de acuerdo con usted, David.

—Y yo —añadió el señor Schafthausen.

Los otros dos asintieron también.

—La conclusión es que aquí todo el mundo parece apreciar a la señorita Sagée, pero lo cierto es que *no todo el mundo* la aprecia, pues se está difundiendo un rumor que sugiere que la señorita Sagée es un demonio, o un espectro, o un fantasma, o cualquier locura semejante. Alguien está intentando que consideremos a la señorita Sagée como un peligro, como un monstruo, como un demonio; por desgracia, ese alguien no es lo suficientemente valiente como para mostrarse sin embozo y enfrentarse abiertamente a la señorita Émilie Sagée y a nosotros, sus amigos. Así que ha adoptado una vieja táctica: conseguir que otros hagan su trabajo. Teniendo a cuarenta y cinco niñas a su disposición, la cosa resulta bastante fácil, ¿no creen?

El señor Buch asintió.

—Yo diría que nuestras jóvenes son extremadamente sensibles y fácilmente impresionables —prosiguió el profesor Whimple—. ¿Creen que sería difícil hacerles creer que se puede realmente leer el futuro y el pasado en las líneas de la mano? Estoy seguro de que algunas lo creerán aunque el profesor Schafthausen lo niegue mil veces. Y mañana mismo, si quisiera, yo mismo podría convencerlas, en menos de una hora, de que es el Sol el que gira alrededor de la Tierra y que nuestro mundo, en realidad, es tan plano como esta mesa. ¡Por Dios! ¡Creerían incluso que un sapo puede convertirse en un príncipe! La importancia de nuestra profesión, señores, radica precisamente en la sagrada obligación que tenemos de decir la verdad e instruir a los alumnos en la ciencia y los saberes humanos. Lo imposible, simplemente, no sucede.

Todos los presentes asintieron con gravedad. Era un discurso un tanto exaltado, pero

formalmente bien compuesto y, en lo esencial, aceptable.

Tras una pausa, el profesor Whimple continuó:

—¿Acaso es necesario recordar lo que ocurrió en Manningtree, en el condado de Essex, hace doscientos años exactamente? Aquel perturbado llamado Matthew Hopkins consiguió ajusticiar a más de doscientas mujeres bajo absurdas acusaciones de brujería, y la oleada de locura fue de tal modo incontenible que las mujeres se inculpaban unas a otras y todas acabaron convencidas de que sus parientes, amigas o vecinas eran ciertamente brujas. Además, señores, hay algo perverso en estas acusaciones... porque aquellos que niegan la brujería, como quienes niegan la existencia de los demonios, acaban siendo considerados, precisamente, demonios y encubridores de demonios. ¿Quién podría estar más interesado en negar la existencia de Satanás que el propio Satanás? No hay ningún malvado que no niegue serlo, señores. Quiero que tengan presente mi opinión: si no conseguimos revertir esta situación, nosotros mismos acabaremos convirtiéndonos en diabólicos cómplices de la señorita Sagée. Dirán que negamos lo que ocurre (*lo que dicen que ocurre*, más bien) porque estamos implicados en un espantoso juego y formamos parte de un repugnante conciliábulo. Entonces, Neuwelke no tardará más de un mes en hundirse.

El señor Buch observó con gravedad a su profesor.

—Nuestras alumnas podrían estar acusando a la señorita Sagée sólo por envidia, o por un nimio problema académico, o por cualquier otra necedad infantil, o por una locura transitoria colectiva... —concluyó el profesor Whimple—. Pero recuerden que muchas mujeres fueron ahorcadas o decapitadas en otros tiempos simplemente porque a una vecina se le moría una gallina, o porque había dado a luz un hijo ciego, o porque al marido le aquejaba el reumatismo o porque se le avinagraba el vino. Quizá estas habladurías que afectan a la señorita Sagée no son producto más que de la envidia o los celos...

—*Schadenfreude* —susurró tristemente el profesor Klöcker.

Los alemanes, al parecer, son los únicos que han conseguido dar nombre preciso a ese íntimo sentimiento de alegría que producen las desgracias ajenas. *Herr* Schafthausen también creía probable que la murmuración sobre la señorita Sagée no tuviera más objeto que verla caer en la estima de los maestros, los criados e incluso las alumnas.

Desde el reciente fallecimiento de su esposa, el señor Buch era *partidario* del silencio y del paso del tiempo, porque quizá consideraba que ambos aspectos favorecían una espera que se le comenzaba a hacer incómoda.

—Las niñas, y las damas de compañía, y también los criados, tanto los internos como los que vienen cada día de Wolmar, están un tanto... alterados —confirmó el director de Neuwelke—. Propongo que intentemos proteger a la señorita Sagée tanto como nos sea posible. —Todos asintieron de buena gana—. Busquen temas variados de conversación, procuren que las niñas se ocupen de otros menesteres, entreténganlas con lo que primero se les pase por la imaginación, pero es imprescindible que se aparten del asunto de la señorita Sagée. Manténganlas ocupadas, pero no las abrumen con tareas; procuren que no estén ociosas y formen corrillos, y vigilen también a las criadas y a las damas de compañía para que no permanezcan desocupadas y murmurando. Respecto a lo sucedido... bueno, preferiría que se actuara... digamos... con discreción. Las cosas imposibles, como dice el profesor Whimple, simplemente no suceden, así

que no hay ninguna necesidad de comentarlas. Confiemos en el paso del tiempo y el benéfico láudano de las horas.

Eso era todo. Al señor Klöcker le pareció una decisión que se asemejaba mucho a una falta de decisión, y la señorita Vi entendió que era una determinación perfectamente indeterminada, pero ambos apreciaban muchísimo al señor Buch, y también consideraban que era un hombre moderado y muy inteligente, así que aceptaron de buen grado el fallo final: «Esperar a que escampe.» El profesor Schafthausen, con su mentalidad científica y cicónida, habría sido partidario de una investigación minuciosa, aunque estaba convencido de que daría los mismos resultados que una investigación a propósito de la influencia de los planetas y los cometas en la vida de los hombres o una expedición en busca del unicornio y, de paso, del basilisco. Respecto al profesor David Whimple... bueno, era un romántico, así que probablemente habría querido incendiar Neuwelke e ir a purgar las penas después a unos riscos inaccesibles de los Alpes, convertido para siempre en eremita.

Los profesores abandonaron lentamente el salón Buxhoeveden tras desearle buenas noches al señor Buch, que permaneció allí en silencio durante un buen rato, observado por la mirada pícara de la joven Eveline.

El director de Neuwelke repasó mentalmente el testimonio de Julie von Güldenstube, y el de Sönke Buttgereit-Dientzenhofer y Antoinette de Wrangel, y los testimonios del resto de las alumnas que estuvieron allí aquella tarde, y los testimonios de Irina y Latia, que también habían pasado por su despacho, e incluso la declaración aterrorizada del joven Nikolai, el de la cabaña de los arrendatarios.

Luego se levantó lentamente y miró el retrato de su esposa. Era tan joven y tan alegre, y tenía aquella mirada tan dulce... «Así que las cosas imposibles simplemente... ¿no suceden?»

—Así es, querida —susurró el director.

Y en ese preciso instante un leño de la chimenea crepitó y mil chispas anaranjadas se elevaron hacia el cielo por la sombría chimenea.

19

Al menos aquello tenía cierto interés.

Resultaba que en las tierras de Irlanda se dice que cada familia tiene su *banshee*. Las *banshees* o mujeres de las tumbas son espíritus que se aparecen a aquellos que van a morir: «Ellas cantan las canciones de la muerte.» Y vagan solitarias junto a los lagos o en los jardines marchitos. En el libro se decía que algunos clérigos pensaban que eran demonios o ángeles expulsados del Paraíso. Los irlandeses, en cambio, creen que son hadas antiguas que calman el espíritu antes de que los hombres se adentren por el oscuro y frío sendero de la muerte. Y los galeses las llaman brujas de las nieblas.

En fin, parecía que muchas personas (y en todas partes del mundo) habían visto hadas, espectros, fantasmas y apariciones. Los libros no dejaban lugar a dudas, y así lo anotó la joven Julie von Güldenstübbe en su libreta.

De todos modos, aquella historia de las *banshees*, como las de las hadas de las fuentes y lagos o los fantásticos relatos del hada Melusina y su cola de serpiente, no resolvía la cuestión de modo alguno. En la oscuridad de la biblioteca de Neuwelke, casi oculta por varios montones de libros y mamotretos polvorientos, la joven Julie von Güldenstübbe estaba convencida de que los autores habían mezclado en sus relatos un poco de historia con un revuelto de mentiras, una pizca de leyendas con caldo de cuentos de viejas, y habían añadido una morterada de invenciones propias, sirviendo finalmente el plato de la fabulación adornado con misterios y embustes para asustar a los niños que no quieren comer lentejas.

Había otros libros aún peores, que hablaban de Hermes Trismegisto, Agrippa, Tritemio y un conde con nombre de saltimbanqui italiano vestido de arlequín, Pico della Mirandola. (Julie tenía entonces dieciséis años y sólo conocía al autor de las *Disputationes* por libros interpuestos; sea justo el lector y recuerde que incluso él ha sido ignorante antes de saberlo todo.) Aquellos autores hablaban de un modo incomprensible.

—Hay un señor que se llama Zaratustra —le explicaba pacientemente a Antoinette algunos días antes— que está empeñado en una ley que se llama Principio de Correspondencia o Ley de la Analogía; esto es, que lo que está abajo es como lo que está arriba.

—Ah.

—Y además hay otras cinco leyes que imperan en nuestro mundo, que son... —y sacó su

libreta—, que son: la Ley del Orden, que significa que todo tiene su causa y su efecto; la Ley de los Opuestos: una cosa es y no es, y, en hipótesis última, los opuestos y contrarios son idénticos e iguales; la Ley Cíclica, que señala los ciclos de las cosas, como en las estaciones, por ejemplo; la Ley del Equilibrio, pues todo tiene su contrario para que en el mundo se mantenga el equilibrio, como el odio y el amor, lo alto y lo bajo, o lo bello y lo feo; y la Ley de Contigüidad, que significa que las cosas vienen de un lugar y van a otro.

A esas alturas Antoinette ya hacía un buen rato que se estaba mirando fijamente las manos, que es lo que hacen las jovencitas cuando se asombran de lo rápido que cambian sus cuerpos; es decir, cuando observan en sí mismas la aplicación de la Ley de la Contigüidad.

Julie se había entregado secretamente a una indagación que le permitiera explicar qué demonios... qué estaba ocurriendo en Neuwelke. Su carácter reflexivo la había conducido en primer lugar a encerrarse en su *boudoir* consigo misma y examinar con serenidad lo acontecido; después, comprendiendo que no disponía de instrumentos para diseccionar el sapo que tenía delante, entró con timidez en la biblioteca y buscó en las estanterías hasta que descubrió el sistema que se había utilizado para colocar los volúmenes, y encontró algunos que le interesaron, y de allí pasó a otros, y éstos la condujeron a otros más, y así se enredó en un mundo de mentes universales, principios, leyes, polaridades, opuestos, fluidos, causas, efectos, generaciones, planos y ciclos convergentes... Las jóvenes inteligentes deben entrar en los laberintos con una madeja de hilo.

El primer día de investigación salió de la biblioteca con un dolor de cabeza espantoso.

Julie pensó que tal vez podría pedir ayuda a su hermano Ludwig. Desde luego, sabía que el heredero de la baronía de Von Güldenstube no regresó de la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich como uno de esos médicos ridículos que todo lo solucionan recetando sangrías o cataplasmas. Sabía que se esforzaba en novedosas investigaciones, aunque en ocasiones se dejara llevar por las locuras góticas de su padre, empeñado en demostrar al mundo que el fantasma de Melquisedec aún andaba vagando por los cementerios y dejando misteriosas notas escritas en alemán. Ni Julie ni su madre soportaban esa parte de sus estudios. Y, sin embargo, dadas las circunstancias, quizá la sabiduría de Ludwig y su buen juicio pudieran resultar de alguna ayuda. Julie no sabía, en realidad, a quién más podría recurrir si su hermano no estuviera dispuesto a resolver aquel enigma.

Pero la propia Julie se sobresaltó cuando entendió que si su padre o su madre —especialmente su madre— supieran qué sucedía en Neuwelke, enviarían un carruaje y la meterían en él aunque su baúl no estuviera hecho. Eso, se dijo, sería una verdadera desgracia... para ella, y para muchas otras personas.

Tampoco creía que le favoreciera mucho divulgar lo que estaba aconteciendo en el pensionado. Cuando un hombre se entrega a investigaciones sobre fantasmas y ectoplasmas se dice que está llevando a cabo estudios científicos; cuando una mujer mete su nariz en esos asuntos, se dice que ha perdido el juicio. No quería que su familia acabara pensando que la niñita se había vuelto loca y que lo mejor que se podría hacer por ella sería enviarla a uno de esos horrendos

asilos donde encierran a los pobres desgraciados a los que se les ha ido la cabeza.

Julie había aprendido —pocos meses antes— que uno de los mejores modos de pensar es escribir lo que se piensa, de modo que escogió una libreta bonita y, con elegante caligrafía, comenzó su relato de los hechos.

«*Día 30 de marzo de 1845.* Todo comenzó hace dos meses, aunque ni siquiera estoy convencida de este detalle. Puede que comenzara hace cinco meses, o incluso hace cinco años o cinco mil... no lo sé. Por lo que nosotras sabemos (me refiero a Sönke, a Antoinette y a mí), las primeras apariciones complicaciones comenzaron hace dos meses o dos meses y medio. Y dichas complicaciones giraban en torno a nuestra institutriz de lengua francesa, *mademoiselle* Sagée. No puedo avanzar ni una sola palabra más en este desagradabilísimo asunto sin dejar bien sentado que la señorita Émilie Sagée es nuestra profesora favorita. (Diría incluso que ha arrebatado el lugar que ocupaba el profesor Whimple en el corazón de Sönke.) Puedo asegurar que no he conocido a una mujer más amable, más sensible y más educada en mi vida; siempre tiene una palabra dulce para nosotras, y sobre todo para las más pequeñas; siempre dispone de tiempo para dedicárselo a la niña que tiene dificultades o que no ha entendido alguna lección... Respecto a otros asuntos femeninos, puedo decir que nos habla como si fuera una verdadera hermana mayor. Por eso estoy convencida de que no hay en Neuwelke ninguna niña que pueda decir nada malo de la señorita Sagée. Desde luego, no estoy segura de lo que pueden pensar el resto de los profesores, los criados y las damas de compañía, pero podría apostar *mi propio álbum* (con los versos del conde de Ourches incluidos) a que nadie en el pensionado es capaz de recordar una mala acción de *mademoiselle* Sagée, o una mala contestación, o un gesto airado o... No. Sönke dice que su *chaperone* no aprecia a la señorita Sagée, pero creo que, si es así, se debe a otras razones, en concreto a

»La cuestión es que esta institutriz, la señorita Sagée, a la que todas apreciamos, comenzó a ser objeto de rumores y murmuraciones hace ocho o diez semanas. Latia e Irina, las dos criadas de la cocinera, decían que la habían visto caminar por la noche por las galerías de Neuwelke, a oscuras. Nadie sabía qué buscaba a esas horas por los pasillos. Irina decía que tal vez era sonámbula, pero Latia dijo que Niko (Niko es un granjero vecino y Sönke...) la había visto rondando su establo una noche. A todas nos comenzó a dar miedo salir de la habitación por la noche, por si nos la encontrábamos. Aunque jamás nos asustaría de día, temíamos encontrarnos con ella cuando caminara sonámbula por las galerías oscuras de Neuwelke.

»Pero el sonambulismo no era el problema. Pero no era una cuestión de sonambulismo.

»El problema La cuestión era que a veces la veíamos en los jardines y, al cabo de uno o dos minutos, la veíamos estudiando en la biblioteca. Estas confusiones comenzaron a correr como viento helado difundirse por todo el pensionado: cierto día, el señor director la estaba buscando, y yo dije que la había visto subir la escalinata central y que probablemente iba a su habitación; en ese mismo instante, Sönke la había visto salir por la puerta trasera. (Estoy pensando que ojalá nadie lea estas cuartillas, ¡o pensará que son locuras de niñas desocupadas!) Hasta ese punto, todas estuvimos dispuestas a creer que eran equivocaciones, o percepciones falsas, o errores, o...

en fin, cualquier cosa. Creíamos que los criados se habían dejado llevar por los cuentos de viejas algunas leyendas que se cuentan en Wolmar y en esta parte de Livonia, y pensábamos que nosotras mismas nos habíamos dejado influir por los terrores campesinos de Latia e Irina. Algunas niñas, especialmente las más pequeñas —ellas no tenían miedo al principio—, de tanto en tanto solían advertirnos que *mademoiselle Sagée* era «de humo», una expresión que se hizo muy común entre las más jovencitas. ¿Qué significaba aquello?, nos preguntábamos...

»Todo quedó explicado un día en el que la señorita Sagée estaba dándonos clase al grupo de las mayores.

»Aunque aún no se había cumplido la primera quincena de marzo, (poner lo de los *idus*, que es más culto, cuando se pase a limpio) la tarde era calurosa y, después de comer, todas teníamos que hacer enormes esfuerzos para mantener los ojos abiertos. Además, la chimenea del aula estaba encendida y la calidez de la voz de la señorita Sagée no era lo más propicio para mantenernos despiertas.

»Estábamos leyendo *L'école des femmes* cuando Rose von Winckle levantó la mano para preguntar quién era aquella Teresa Panza que nombraban en el acto primero. La señorita Sagée nos explicó que era un personaje de cierta novela española muy famosa y se volvió para escribir en la pizarra el título de la novela y el nombre de su autor. Entonces... ¡oh, Dios mío, aún me tiembla la mano al pensarlo...! Entonces vimos cómo se materializaba *otra señorita Sagée* al lado de la nuestra, y escribía como ella, muy despacio... o más bien, *hacía* como que escribía, pues no tenía tiza en la mano. La verdadera señorita Sagée escribía muy despacio «Don Quixote de la Mancha», y debajo «Miguel de Cervantes», como si estuviera dormida o soñando. Y a su lado, aquel fantasma espectro, que era como de seda u organza, se movía aún más despacio y con una parsimonia que nos sumió a todas en una especie de febril ensoñación... Y, de repente, aunque estaba de espaldas a la clase, pareció como que la señorita Sagée tragaba algo muy duro o muy grande y doloroso, encogió un poco la espalda, y se despertó; entonces, la fantasma se desvaneció dejando en su lugar una especie de polvillo eléctrico que finalmente también desapareció.

»¿Qué fue aquello?

»Todas las niñas nos quedamos paralizadas cuando la *verdadera* señorita Sagée se volvió, lívida como la misma muerte, y nos dijo: “Señoritas... no me encuentro muy bien. Debo ausentarme unos minutos. Sigán leyendo en silencio... por favor”, y salió del aula casi tambaleándose. Todas las niñas nos miramos aterrorizadas y huimos de la clase atropelladamente. Unas corrieron desesperadas, escaleras arriba, buscando la protección de sus damas de compañía o de las puertas de sus alcobas; otras huimos hacia el jardín. Antoinette dice que se golpeó con una puerta al salir, pero yo creo que comenzó a sangrar espontáneamente, como resultado del horrible temor que nos infundió aquella visión espantosa... (Preguntar a Sönke si lo del «horrible temor» y «visión espantosa» es exagerado.)

»*Todas* las niñas lo vimos, pero no puedo dejar de pensar que tal vez *todas* pudimos equivocarnos. Tampoco sé si fue una alucinación, o un reflejo del sol en los cristales de las ventanas, o una ensoñación, o una intoxicación por el humo de la chimenea o... ¿Y qué son todos esos rumores sobre las apariciones de la señorita Sagée por las noches, en las galerías, en las casas apartadas, en los jardines?

»Cuando el señor Buch nos llamó a su despacho (a Antoinette, a Sönke y a mí), declaré formalmente todo lo que vi, tal y como lo he contado aquí, sin negar nada y a riesgo de que me tomaran por embustera o enviaran a papá una carta tachándome de loca o fabuladora o conspiradora y anunciando mi inmediata expulsión. Nada de eso ha ocurrido —o eso espero, al menos—: el señor Buch me observa con mirada extraña naturalidad cuando me cruzo con él, y no ha vuelto a referirse al incidente de la señorita Sagée ni ha mencionado nada que tenga relación alguna conmigo.

»¿Qué nos está ocurriendo? ¿Nos hemos vuelto locas? ¿Vemos visiones? ¿Son ilusiones, imaginaciones, fantasías? ¿Qué le ocurre a nuestra señorita Émilie? ¿Está enferma? ¿Acaso hemos de creer que es un demonio o una bruja? ¿Por qué los maestros no nos explican nada? ¿Por qué actúan como si no hubiera ocurrido nada?»

Desde que aquello aconteciera —y ya habían transcurrido más de dos semanas—, el Pensionado de Neuwelke le había parecido a Julie un poco encogido y atemorizado: si le hubieran preguntado, habría dicho que ya no había allí la misma alegría que antes. Las más pequeñas andaban asustaditas, y caminaban de dos en dos o de tres en tres por las galerías, cogiditas de la mano y asomándose a las esquinas, como si temieran ver fantasmas y espectros en cada rincón. El resto hacía grandes esfuerzos para salir de la habitación y también procuraban ir acompañadas. Antoinette, como era polaca, hermosa e ingenua, practicaba la devoción, y había sacado de su baúl un crucifijo de plata que le regaló una tía suya, que era religiosa en un lugar imposible llamado Bydgoszcz, y siempre iba aferrada a él, como si fuera un talismán contra los demonios y las brujas. A Sönke se le había apagado un poco la mirada y ya no le parecía a Julie tan atrevida y tan osada como antes. Las *chaperones* andaban siempre con la mano tapándose las admiraciones, espantadas y encogidas, y apenas salían de sus aposentos. Los profesores parecían más tranquilos, pero miraban a las alumnas con gesto huraño y se habían tornado más susceptibles: ya no toleraban como antes las bromas y las risas, si es que en algún momento se producían. El señor Whimple, que antes era tan alegre, ahora no hacía más que exclamar: «¡Se acabaron las tonterías, se acabaron las tonterías!» Pero ninguna de las niñas sabía a qué se refería. Y la señorita Amalia Vi no soportaba verlas conversar en grupos, y les decía: «Señoritas, señoritas, ¿es que no tienen nada que hacer?» Respecto a *herr* Schafthausen y al señor Klöcker, estaban tan adustos y tan secos como siempre, pero últimamente parecía que exigían a las estudiantes más disciplina y atención. Por su parte, la señorita Sagée volvió a dar clase con toda naturalidad dos días después de lo sucedido y, aunque con algún temor, todas las alumnas atendieron a sus lecciones con tanta serenidad como les fue posible.

Respecto a la propia Julie von Goldenstube, el comienzo de sus investigaciones no le procuró precisamente la paz espiritual que imaginaba. Durante varias semanas vivió aterrorizada, todos los ruidos la asustaban, todas las sombras la espantaban y a cada paso creía ver demonios, espíritus y *banshees*. Con Gina, su *maiden*, no podía contar, porque aún estaba más asustada que ella, y ya le había advertido que si *la situación* no se solucionaba rápidamente, le enviaría una carta al señor barón diciendo que abandonaba su trabajo y se volvía a Italia con su familia. (Por

lo demás, y para no faltar a la veracidad de los hechos y los sentimientos, ha de señalarse aquí que a Julie no le importaba mucho que la señora Gina se fuera o se quedara, porque, según la joven, sólo había encontrado en aquella mujer deseos de atiborrarla a pan y mortadela y convertirla en una *madonna* napolitana.)

A veces, cuando la soledad o el miedo se le enredaban en los tobillos a Antoinette, corría por el pasillo y se iba a dormir con Julie. (La dama de compañía de Antoinette, la señorita Hildegard Sattler, se había despedido en febrero, al parecer tras una deplorable discusión con el señor Klöcker, que la llamó «loca, perturbada, señora mía» y cosas peores. En fin, era una extraña historia de amor...) Antes de meterse en la cama, Julie y Antoinette buscaban por todo el colegio a *Ossián*, el gato, y lo metían en la habitación con ellas. De semejante comportamiento tenía la culpa Lucinda Wilmot, que aseguraba que los gatos tienen una sensibilidad especial y que advierten cuándo hay espíritus y espectros o demonios en una habitación. Hasta aquel momento, *Ossián* había dormido felizmente a los pies de la cama y nunca había dado señales de que hubiera fantasmas a su alrededor.

Con el transcurrir de los días, Julie observó con cierta incomodidad que el colegio continuaba con sus actividades habituales como si nada hubiera ocurrido, como si todos *desearan* que nada hubiese ocurrido. Y, sin embargo, cualquiera medianamente perspicaz podría descubrir en las miradas que *sí* había ocurrido algo. Dos niñas pequeñas abandonaron el pensionado pocos días después. ¿Por qué? Ah, porque echaban mucho de menos a sus mamás. Eso fue lo que dijeron. Mentirse es un entretenimiento particular, pero todos en Neuwelke sabían que había otras razones, y no eran más que éstas: que las niñas pequeñas estaban asustadas y tenían miedo, y no podían dormir por las noches, y el ulular de las chimeneas y los ruidos de aquel viejo caserón y las historias que se contaban habían acabado por aterrorizarlas de tal modo que, al final, habían implorado a sus padres que las sacaran de allí.

Julie se había enredado definitivamente en el laberinto de Hermes Trismegisto, Alberto Magno, Roger Bacon, Tritemio, Paracelso o Cornelio Agrippa. También había tenido en la mesa de la biblioteca diversos tratados de mesmerismo y de magnetismo animal, aunque es dudoso que los hubiera comprendido.

Aquellos nombres, con sus tratados, y las recopilaciones que se habían traducido de sus investigaciones, le parecían a Julie tan pobres, tan falsos y tan infantiles como los cuentos de Perrault y, desde luego, menos poéticos que los de Tieck. Julie no buscaba teorías enloquecidas e incomprensibles, sino opiniones razonables que le explicaran qué le ocurría a la señorita Sagée.

Un día, casi por casualidad, dio con una sentencia de un filósofo llamado David Hume, del que no había oído hablar jamás. La sentencia le pareció tan precisa y sincera que la anotó cuidadosamente en su libreta de investigaciones.

«La maldad y la estupidez humanas son fenómenos tan comunes que, antes que admitir una violación inverosímil de las leyes de la naturaleza, tiendo a pensar que los sucesos que se

consideran extraordinarios son productos de la citada maldad y la citada estupidez.»

Ah, por fin un autor que no hablaba de rayos mesméricos, ni principios elementales, ni órbitas de los planetas, ni cábalas, ni profecías o poderes y seres sobrenaturales. Por fin, de un plumazo, aquel filósofo había espantado de su mente fantasmas, vampiros, muertos redivivos y maléficos duendes escandinavos. ¡Eso era lo que precisaba Julie! ¡Pensamiento científico! ¡Ciencia y Razón! ¡Fisiología, medicina, electricidad, magnetismo y otras disciplinas cuyos nombres fueran tan largos y difíciles que tuviera que escribirlos tres veces hasta acertar!

¡Por fin daba con el hilo de libros cuya sensatez iluminaba su pequeño pupitre en la biblioteca! Era tan claro, tan nítido, tan real, que a veces el autor se permitía el lujo de esbozar chanzas y burlas: «Siendo posible que ciertas formas ectoplasmáticas puedan darse en circunstancias determinadas, su realización resulta bastante improbable.» ¡Pues claro! ¡Los fantasmas no existen! ¡Por favor, Julie, utiliza esa cabeza que Dios te ha dado...! «En la Torre de Londres se dice que se ve con frecuencia el fantasma de Ana Bolena: por desgracia, aún no lo ha visto ningún profesor universitario. Como las apariciones de la Virgen o de los santos, estos fenómenos siempre se presentan a pastores, guardabosques, niños y ancianos con cataratas, y nunca a doctores, filósofos, matemáticos o científicos. Es curioso que todos los fenómenos sobrenaturales les acontecen a personas que ignoran incluso el significado de la palabra “espejismo”.»

Julie llegó a sonrojarse cuando leyó aquellas líneas.

«¡Qué tonta y qué simple eres, Julie!»

Naturalmente, los sucesos extraordinarios se pueden dar, pero son tan infrecuentes que, si hubiera que apostar, debería apostarse que sólo son frutos de la maldad o la estupidez humanas. Por fin Julie lo entendía: si se encontrara con un curandero que dijera sanar la tuberculosis, podría estar segura de que era un malvado o un embustero, y quienes acudieran a él, unos estúpidos.

La propia Julie había visto los prodigios mecánicos de los ferrocarriles, que eran capaces de lanzarse a una velocidad de quince millas por hora, pero si alguien *viera* un mecanismo que se desplazara a doscientas millas por hora, forzosamente tendría que convenir que sus sentidos le mentían, pues el ser humano no soporta esas velocidades y su débil organismo acaba reventando por efecto de la diferencia de presión. Julie comenzó a imaginar locuras para acostumbrarse a aquella verdad cierta: que las violaciones inverosímiles de la naturaleza no pueden ser sino fantasías y necedades. Imaginó que una habitación se iluminara sólo con un chasquear de dedos o con una palmada, que un día pudiera comunicarse con su amiga Sönke mediante ondas mesméricas (o de otro tipo) que trasladaran sus voces, que pudiera viajar a la Luna, o, por decir una completa locura, que pudiesen sustituirse los órganos dañados de un hombre por otros sanos, e incluso por otros mecánicos. ¿Qué debía pensar de esas fantasías? Obviamente, que todas esas ideas quiebran las leyes naturales y todo lo que quiebra las leyes naturales con mucha seguridad no son más que imaginaciones y embustes.

Julie pensó, razonablemente, que debía procurar entender y comprender las leyes de la Naturaleza: si descubría que algo de lo que sucedía a su alrededor no se ajustaba a dichas leyes, o

violaba dichas leyes, o las quebraba de algún modo, debía desconfiar de lo acontecido. O desconfiar de quienes protagonizaran el suceso. O desconfiar de los elementos físicos que entraran en acción. Y desconfiar incluso y sobre todo de sus sentidos.

Ante los sucesos que estaban ocurriendo en Neuwelke, debía preguntarse: «¿Es *posible* lo que vi?» Después, debería interrogarse: «¿Es posible que yo, como el resto de las alumnas, me haya equivocado, o haya tenido una percepción errónea?» Y luego: «¿Es posible que alguien esté intentando engañarme?»

Al parecer, según el libro, había un algo extraño en el espíritu humano: el deseo de creer que lo imposible puede suceder. Todos los hombres y todas las mujeres tienen la tentación de creer que Dios los ha elegido como testigos de un suceso extraordinario, que el destino los ha señalado como seres especiales y los ha escogido para asistir a un acontecimiento milagroso, e incluso que ellos mismos son el prodigio. Se trataba, al parecer, de un deseo íntimo y poderosísimo en el ser humano; tan poderoso que la mayoría de los hombres ni siquiera se atrevían a admitir que ellos mismos deseaban ser prodigios: héroes, nobles, invisibles, voladores, ricos, sanadores, sabios o inmortales.

Aquellas palabras, por alguna razón oscura, entristecieron profundamente a Julie y durante algunos días pensó que el ser humano escondía demasiadas ambiciones enloquecidas y le pareció un tanto decepcionante.

Tras una semana de investigaciones, con dolor de cabeza y los ojos enrojecidos de tanta lectura, Julie abandonó su investigación adornada con los laureles de la Razón y el Juicio. Durante algunos días estuvo persuadida de que había una explicación para la mayoría de los sucesos extraordinarios, aunque, al recordar lo que había visto en clase, todas las dudas reverdecieran.

Un día, al salir de la biblioteca, se topó con la señorita Sagée, y sintió un leve estremecimiento y un escalofrío que le recorrió la espalda como un relámpago.

—Oh, buenas tardes, señorita Sagée.

La institutriz saludó amablemente a su alumna. Y cuando Émilie ya se marchaba, Julie la llamó y le preguntó:

—Señorita Sagée..., ¿conoce usted a un filósofo que se llama Hume?

—No, Julie, no lo conozco.

Julie vio alejarse a su institutriz y pensó que, naturalmente, el filósofo tampoco conocía a su maestra. De lo contrario, tal vez no estaría tan seguro de sus afirmaciones.

20

Jonas Fou'fingers había ordenado a Latia que subiera a la habitación de la señorita Sagée tres tulipanes azules. Latia se había negado, pero Irina, más sensata, no había tenido ningún inconveniente en cumplir la encomienda y subir los tres tulipanes azules a las dependencias de la profesora de francés.

—Me da miedo. Niko tenía razón: es una aparecida.

—¡Qué tonterías dices, Latia! ¡Por Dios, si no hay en el mundo una mujer más buena que nuestra señorita Émilie!

—Te digo que me da miedo.

Émilie había oído aquella conversación al pasar por delante de la cocina, cuando iba a visitar a la señora Huns, mustia y macilenta desde la muerte de la señorita Eveline. Pero, al oír aquella declaración de Latia, la señorita Sagée había pasado de largo y se había refugiado en un recodo del edificio, donde había un banco de piedra. Y allí se sentó a solas, aterida de frío, mientras se difuminaban las últimas luces de la atardecida.

Después, ni siquiera se atrevió a ir al salón a cenar. Subió por una de las discretas escaleras laterales y, sin que nadie la viera, se ocultó en su habitación. Los agónicos resplandores del día, anaranjados y violetas, iluminaban tétricamente la estancia, e incluso los tres magníficos tulipanes azules que adornaban el escritorio del *boudoir* parecían monjes fúnebres dispuestos a darle la extremaunción al cabo de vela que llameaba moribundo a su lado, o a asistirlo espiritualmente antes de que expirase su último hálito de humo gris.

Se acercó lentamente al samovar y comprobó que había agua casi hirviendo; puso unas hierbas en su interior y esperó a que la infusión tomase cuerpo. Luego se lo sirvió en una bonita taza de flores carmesí que le había regalado la señorita Amalia Vi y fue a sentarse en la oscuridad, en una butaca azul frente a la chimenea.

Con las piernas encogidas y acurrucada en la butaca, Émilie sostenía la taza frente a sus labios, soplando suavemente la tisana hirviendo, y dos lágrimas recorrían lentamente sus mejillas, ahora iluminadas por el fulgor encendido de los troncos ardiendo en el hogar.

En aquel momento, Émilie pensaba que había hecho todo cuanto estaba en su mano; en cualquier caso, había fracasado y finalmente debería ir haciéndose a la idea de abandonar Neuwelke para siempre. Aún no se lo habían comunicado, desde luego, pero no tardarían en

hacerlo. ¿Qué otra cosa podía hacer el pobre señor Buch? Conocía muy bien cuál era el procedimiento —lo había sufrido en numerosas ocasiones—, y también sabía cuál era la gradación de las emociones y la sucesión de los acontecimientos: sorpresa, asombro, temor, indignación, sospecha, acusación y humillación.

Émilie sabía que no podía culpar al señor Buch si tomaba *una decisión* al respecto, ni a él ni a los profesores, ni al bueno de David Whimple, ni a las niñas, que comenzaban a mirarla con más temor que simpatía, ni a las criadas... ni siquiera al señor Fou'fingers, que nunca había temido nada, salvo que se le helaran los tulipanes.

Después de tantos años viviendo consigo misma, ser una monstruosidad resultaba más agotador que terrorífico. En aquella ocasión, como en otras tantas, a Émilie le hubiera gustado quedarse dormida para no despertar jamás, sumirse en un ensueño tranquilo y dulce, placentero y sedoso, en el que abandonarse para siempre, girando en el vacío azul. Pero no era posible: se veía obligada a vivir en un cuerpo espantoso, monstruoso y aterrador, cuyos demonios al parecer deambulaban libremente a su alrededor, entrando y saliendo, retorciéndose en su interior, riéndose y burlándose en su cabeza, enredándose en su columna vertebral, y discurriendo por sus venas, o durmiéndose en sus entrañas, como un hijo podrido...

Así imaginaba la señorita Sagée a sus demonios particulares, a los que jamás había visto.

Su particular vía crucis había empezado muchísimos años atrás, en la ciudad de Dijon, de donde era natural. Cuando murió su madre, pocos meses después de traerla al mundo, su padre se perdió por las calles de la ciudad donde se amontonan las tabernas y los prostíbulos, y ya nunca volvió a ser el hombre afable y tierno que fue mientras vivió la señora Sagée. Resultaba bastante fácil, y a veces incluso cómodo y reparador, imaginar que un ícubo, un verdadero demonio, había yacido con su madre y en sus entrañas había crecido aquella verdadera monstruosidad, un ser que debería haber sido ahogado sin permitir que hubiera cumplido los dos días de vida o que habría que haber despedazado sobre un altar de los bosques para que los lobos y las alimañas pudieran comérselo. Por eso se había muerto su madre, desangrada, al poco de traer al mundo a aquella encarnación diabólica, y por eso mismo su padre, amargado y hundido en la desesperación, se había arrojado a los lodazales de Dijon.

Tras la muerte de su madre y la rendición del señor Sagée, de la pequeña Émilie se ocupó entonces su hermano Jean-Anthony, que apenas sabía contar los doce años que tenía, pero logró alimentarla a fuerza de llevar berzas y repollos de las huertas extramuros al mercado de Saint Bénigne. Cuando pensaba en su infancia y su juventud, todo lo que Émilie recordaba de sus primeros años de vida era que había tenido mucho frío en las manos y el deambular de personas a las que no entendía. ¡Qué infancia tan amarga tuvo que ser cuando lo único que podía recordar era aquel frío en las manos y un murmullo de voces incomprensibles! (Hay personas que no recuerdan nada de su infancia o de su juventud, y ello se debe quizá a que no tienen nada destacable que recordar, o tal vez se deba a que resulta más agradable vivir sin recordarlo.) Poco después, Émilie quedó en manos de las hermanas de Notre Dame, un pequeño colegio religioso asociado a la antigua iglesia medieval de la ciudad. Allí, con la venerable fe cristiana del campo francés,

Émilie fregó las celdas durante suficientes años como para que la abadesa Marie du Sacré Coeur tuviera piedad de ella y la recomendara en la École des Dames de Dijon, que era como entonces se llamaba el colegio destinado a formar señoritas que pretendían dedicarse a la profesión de institutriz.

Su demonio —al parecer, pues ella jamás lo había visto— comenzó a manifestarse muy pronto, en el convento, quizá cuando tenía catorce o quince años. Las monjas debieron de verlo pero, por una extraña compasión, se limitaron a alejar prudentemente a la niña de la Iglesia católica sin denunciarla a los tribunales inquisitoriales que aún quedaban en Francia (a pesar de todo).

Émilie comenzó a trabajar en una casa particular de Dijon, educando a dos niñas, al tiempo que ocupaba una habitación en la buhardilla del edificio donde vivían su hermano Jean-Anthony y su esposa, Violette, antes de que compraran una villa de campesinos en las afueras de la ciudad. Los vecinos de aquel edificio comenzaron a difundir habladorías a propósito de la joven Émilie, y la institutriz se vio obligada a abandonar la casa, y después la ciudad y su trabajo.

Ése había sido su destino repetido una y otra vez, una y otra vez. Entonces había emprendido aquel desgraciado peregrinaje que no tenía un final o... si lo tenía, desde luego, era tan terrorífico que prefería no pensarlo.

Cuando cumplió los veinte años, creyó sinceramente que aquella maldición era fruto de su cabeza y llegó a convencerse de que estaba loca y estuvo a punto de ingresar en un asilo de dementes, del que sólo su cuñada Violette la salvó, convenciéndola con su habitual filosofía campesina de que lo que le ocurría eran «cosas de la vida», y que lo único que precisaba eran hierbas que le calmaran los nervios. Émilie, aterrorizada, angustiada, amargada, y enloquecida, se aferró desesperadamente a aquella versión «naturalista» de su maldición, y se entregó al cocimiento de infusiones, especialmente de flor de tila, romero y valeriana, hasta el punto de llegar a convencerse de que aquellas tisanas mejoraban notablemente los... *ataques*. (Émilie había desarrollado también toda una jerga para definir, dependiendo de sus interlocutores, lo que le ocurría sin que las palabras guardaran relación con ningún elemento sobrenatural: así, le daban ataques o accesos, tenía sueños, experimentaba procesos y episodios, eran incidentes, accidentes, percances, sufría una enfermedad, una dolencia, una indisposición, una afección, etcétera. Sin embargo, cuando pensaba en sí misma, pensaba en una maldición, en un castigo, en un embrujo, en una peste y en un sufrimiento insoportable.) Durante algún tiempo, Émilie tuvo éxito y se engañó perfectamente con la excusa de las hierbas, pero aquel embuste sólo duró unas semanas, al cabo de las cuales volvieron a producirse los..., bueno, los *episodios*.

Había averiguado que todo comenzaba con un leve adormecimiento, como si se sintiera envuelta en plumón o lana de la que se utiliza para rellenar los colchones en las familias ricas. En cierta ocasión, con motivo de cierta «enfermedad» de la que se había visto aquejada al partir de Mulhouse, recibió en una posada la visita de un doctor, al que se vio obligada a confesar las circunstancias que la habían conducido a aquel deplorable estado. El doctor, tras curarle las horribles heridas que tenía, le hizo preguntas espantosas. Por ejemplo, quiso saber si a menudo se veía envuelta en polvo de cenizas y hollín, o si de repente se encontraba en medio de torbellinos de humo y azufre, o si se secaban o se pudrían las flores a su paso, o si se movían los objetos en

las habitaciones donde estaba, o si se le habían aparecido faunos tocando la chirimía, o si los animales se comportaban de modo extraño. Pero nada de eso ocurría... (Salvo lo de los animales. Pero en el caso de *Ossián*, según las propias suposiciones de Émilie, era evidente que aquel gato era un poco arisco y simplemente prefería la compañía de las niñas; *Mr. Pickerton* era un testarudo cabezota, eso lo sabía todo el mundo en Neuwelke; y los perros *Cole* y *Words*, bueno, eran dos mastines tontorrones que seguramente no sabían ni de su existencia...)

Y luego, cuando se quedaba dormida, aparecía un fantasma, o un espectro, o una sombra, o quién sabe qué, de aspecto horrible y aterrador, que deambulaba por lugares solitarios, y aterrorizaba a las gentes... y poco más podía decir.

Émilie llegó a convencerse de que aquella figura que la adormecía y adoptaba su aspecto era un demonio: «Has de saber que hay dos mundos de vida y muerte: un mundo es el que tú puedes contemplar; el otro es el mundo de ultratumba, donde habitan las sombras que piensan y viven, hasta que la muerte une los dos mundos para no separarse jamás.» Aquellos terribles versos de Percy B. Shelley parecían sugerir que el poeta conocía bien las espantosas experiencias que acosaban a Émilie. (¿No se decía que había sido él, realmente, el que había escrito aquel horror del doctor Victor Frankenstein? Otros aseguraban que era cierto que la autora era la señorita Wollstonecraft, aunque a Émilie le parecía imposible que una joven de dieciocho años pudiera haber escrito aquella historia tan espantosa... Por lo que yo sé, Émilie estaba equivocada: la autora de *El moderno Prometeo* fue, en verdad, la señora Shelley.)

Y cuando buscó ayuda en los libros y en la ciencia, sólo encontró ancianos desocupados que se entregaban a recopilar cuentos de viejas y leyendas de las edades medias. ¿Qué decían todos aquellos hombres, sentados como viejas al fresco en una aldea, contándose historias que sólo conseguirían asustar a niñas miedosas y matronas de las que aún llevan amuletos como escapularios? Desde luego, ella no era ni un *vardøger* ni un fantasma: era de carne y hueso, y le dolían las piernas cuando caminaba, y tenía hambre cuando no comía, y sueño cuando las preocupaciones le impedían dormir; no era un hada, ni una sirena, ni una maga, ni una bruja: ella no sabía qué eran pócimas ni hechizos, nunca había ido a bailar sola a las orillas de los ríos ni en los claros del bosque, nunca había profetizado y jamás había tenido la tentación de robar niños ni hacerle daño a ninguna persona, tampoco sabía de maldiciones ni sabía que su presencia hubiera acabado con la vida de ningún animal, y tampoco tenía cola de lagarto los sábados, como aquella Melusina, ni en los pies tenía pezuñas, ni patas de oca, ni tenía la espalda vacía.

Así que sólo le quedaba una opción: como le había dicho aquel clérigo espantoso de Mulhouse, el mismísimo diablo se había apoderado de ella. Tal vez lo mejor sería clavarse una daga y arrojarse al fuego, como Dido.

Pero no había tenido valor para quitarse la vida, aunque aquella idea constantemente revoloteaba en su mente.

Todos aquellos *incidentes*, y sus consecuencias, habían sembrado las semillas de la vergüenza en Émilie. Hacía años que ya no se miraba en los espejos. Sabía que era alta, y delgada, y que tenía el pelo rubio, y que el color de sus ojos era parecido al de los hielos de Chamonix. Y eso era todo. No quería saber nada de sí misma, porque se odiaba, porque era la razón de un sufrimiento insoportable, y su propio cuerpo no era más que el resultado de una acumulación de

monstruosidades con las que preferiría no tener ninguna relación. Aquella sombra que a veces descubría cuando paseaba al sol era todo cuanto se atrevía a mirar y, aun así, le resultaba repugnante. Su cuerpo no era más que un receptáculo odioso con el que debía convivir hasta que tuviera la suerte de caer por unas escaleras o comer unos hongos venenosos... y quizá ésta no era una mala solución, después de todo.

A veces la vida arrojaba algunas flores a su alrededor, y entonces Émilie creía de buena fe que podía recogerlas, e incluso inspirar el dulce perfume de aquellos pétalos, pero, al inclinarse, descubría que aquellas flores se habían convertido en gusanos y ponzoña. Así parecía comportarse la vida con ella. No resultaba agradable, desde luego. Porque Émilie —de eso estaba segura— no había hecho mal a nadie. Dios sabría por qué permitía aquello; seguro que Él tenía buenas razones para ensañarse así con ella, aunque Émilie era demasiado ignorante como para comprenderlo.

Todo lo que podía explicar razonablemente era que la vida le parecía un acontecimiento desconcertante y misterioso, tan hermoso como aterrador, tan lógico como ridículo; la vida le resultaba ingobernable, y los hombres y mujeres que deambulaban por la existencia se parecían demasiado a pequeños barcos perdidos en el océano, sometidos a fuerzas desconocidas y abandonados en la oscuridad. En realidad, cuando la amargura le permitía simplificar sus pensamientos sobre todo lo que veía a su alrededor, el resultado era que la vida le parecía un milagro asombroso, una formidable casualidad, una sorpresa irremediable y peligrosa; el mundo era un teatrillo de marionetas cojas y lisiadas, imaginado por un loco o por un dios —o por un dios enloquecido—, en el que se suceden constantemente circunstancias incomprensibles: toda una maravilla rebosante de milagros condenada a la muerte.

¿Acaso su fantasma era una sugerencia? ¿Una advertencia? ¿Un aviso? ¿O era simplemente una de aquellas locuras de la existencia, como la perfección en la sucesión de las estaciones, o como el insensato color de las mariposas amarillas, o como el maravilloso pelo de Sönke, o como la inesperada belleza de un gato, o el incomprensible temblor que se esconde en una palabra, o el viento nocturno, o la vibración de una campana o...?

Tras aquel incidente en la clase, Émilie pasó varias noches en vela, llorando, pero tanto le dio, porque las lágrimas nunca detienen el mundo, ni consiguen que un día lluvioso amanezca soleado, ni alivian el dolor de las manos, ni logran que te envíe flores el caballero que pasó a tu lado sin fijarse en ti, ni permiten que el violinista acierte con la nota justa ni sirven para que los niños muertos abran los ojos.

21

Hay personas que piensan que el universo está a su disposición. Entre este tipo de gentes es común el uso de la palabra «voluntad», porque a ella se ciñen cuando pretenden que el mundo gire a oriente, o a poniente, o que se detenga cuando a ellos les place... Y realmente creen que pueden decidir algo o pueden conseguir que algo suceda o deje de suceder por su propia y milagrosa «voluntad».

(Eran las cosas en las que iba pensando la señorita Dehmel, camino de Wolmar.)

Es más, con seguridad, el propio Jonas Fou'fingers cree que puede decidir que nazcan tulipanes, o rosas, o camelias o clavellinas cuando él quiera. Y probablemente también el profesor Schafthausen, siempre tan seguro de sí mismo, cree que puede hacer esto o lo otro sólo con desearlo: decide ir a una clase y cree que puede conseguirlo alegremente. «¡Qué estúpidos!», concluyó la señorita Augusta Dehmel, recreándose en su particular teoría de la irresponsabilidad universal. Un diminuto gusano podría arruinar el tulipán más hermoso que pudiera imaginar el jardinero escocés. Y un leve descuido, un pañuelo olvidado por alguna niña en la escalera, o un tropiezo con el gato podría conseguir que aquel viejo profesor con aire de garza tropezara y cayera escaleras abajo, golpeándose mortalmente la cabeza.

Según Augusta, no importaba lo que una decidiera, o lo que una pensara, o quisiera, o deseara, pues había demasiados inconvenientes en el mundo, demasiados obstáculos, demasiadas decisiones contradictorias, demasiados deseos enfrentados, demasiadas voluntades inquebrantables, demasiados impedimentos arbitrarios, demasiadas necesidades, demasiados escollos, barreras, dificultades, ansiedades, preocupaciones, intereses, afanes, incumbencias, empeños o divergencias. ¿Es que alguien cree —se preguntaba la señorita Dehmel— que realmente se puede conseguir lo que se pretende? Y si, además, Dios estaba de por medio, todo lo que una pretendiera no sería más que una quimera. (La señorita Dehmel no tenía ideas muy claras respecto a las teorías filosóficas de la responsabilidad, pero nadie le iba a exigir que las tuviera: eran de índole privada y servían sólo para su uso personal.)

En definitiva, mientras procuraba disfrutar del camino soleado que serpenteaba hasta Wolmar, la señorita Augusta Dehmel intentaba convencerse de que lo que pretendía hacer no era en realidad una decisión suya, sino de Zeus o de Poseidón, o una concatenación de circunstancias que finalmente conducían a un mismo lugar. (Creo que ya he comentado en alguna otra ocasión que la

señorita Dehmel era una verdadera experta en buscar excusas y explicaciones certeras para sus pensamientos o comportamientos; de todos modos, aunque sus explicaciones y excusas pudieran convencer a todo el colegio de abogados de Londres, no siempre conseguían convencerla a ella, precisamente porque, tras una vida dedicada a mentirse, conocía todas sus propias artimañas.)

Aquella preciosa mañana de abril todos los elementos del universo —por seguir la teoría de Augusta— se habían confabulado para que luciera un sol primaveral que comenzaba a desperezar a la Naturaleza. La señorita Dehmel iba a Wolmar con la intención de comprar un cartoncillo de agujas de bordar, además de hilo rojo, violeta, verde y azul celeste, y un lienzo blanquísimo para el bastidor. Era maravilloso tener esa excusa. De lo contrario, su corazón sufriría las mismas angustias que Judas Iscariote.

Augusta Dehmel avanzó decidida por la calle de Riga y entró en la tienda de la señora Vattera, donde compró todo lo que no necesitaba. La señora Vattera, que conocía a Latia y a Irina desde que eran niñas, preguntó por las criadas de Neuwelke, y Augusta ofreció de buena gana toda la información que poseía, y que no era otra sino que las había dejado con buena salud aquella mañana en el colegio. De todos modos, aquélla no era la conversación que le interesaba a la *maiden* de Sönke Buttgerit-Dientzenhofer, así que agitó la mano delante de la cara como para evitar el sofoco, y le dijo a la propietaria de la mercería:

—Hace un calor horrible, señora Vattera. Me muero de sed.

—Oh, ¿desea un vaso de agua?

Aquella mujer verdaderamente se estaba poniendo impertinente. ¿Quién le había pedido un vaso de agua?

—No, gracias —contestó Augusta—. Iré a la posada de Der Rot Flusskrebs y tomaré una cerveza ligera.

Por fin. Era asombroso cómo se confabulaban todos los elementos universales para conducirla directamente a la posada.

Augusta se despidió de la atónita mujer y se encaminó con paso decidido a la posada. Salían de allí algunos viajeros, porque la diligencia acababa de llegar —y no tardaría en reemprender la marcha— y había alguna algarabía de gentes saludándose y recibéndose en el patio soleado. La señorita Dehmel se ocultó bajo el velo y entró en la taberna.

Había algunos aldeanos sentados a las mesas: miraron de reojo a la intrusa y volvieron a sus asuntos sin concederle ninguna importancia.

Sentada junto a la ventana, en el mismo lugar que había ocupado en aquella ocasión que... Sentada junto a la ventana, observó cómo se despejaba el patio y cómo los mozos de cuadra, dirigidos con mano firme por el posadero, se ocupaban de las caballerías, de los bultos y baúles, y se esforzaban inútilmente en limpiar de estiércol el enlosado.

—¿Va a tomar algo la señora?

Era una joven pelirroja, poco agraciada, pero alta, con un singular parecido con el propietario de Der Rot Flusskrebs; tenía las manos enrojecidas y encallecidas, y Augusta pensó que aquellas manos ya no tenían arreglo, y que probablemente pasarían el resto de sus días metidas en el agua sucia de fregar.

—No. Gracias. Viajo en esa diligencia y, antes de partir de nuevo, quisiera... —titubeó, oculta

bajo el velo, al tiempo que observaba el rostro impertérrito de aquella versión joven y femenina del mesonero—. Soy católica y querría confesarme.

La muchacha pareció no entender bien, pero puso cara de «los-romanos-son-gente-extraña» y señaló la puerta.

—El oratorio católico está junto al río. Tiene que bajar esta misma calle y...

Aquella muchacha era una estúpida: una de aquellas inconveniencias cósmicas que lo estropeaban todo.

—No tengo tiempo.

Augusta Dehmel esperó pacientemente. La muchacha pelirroja de manos agrietadas y enrojecidas tuvo todo el tiempo del mundo para contestar lo que *debía* contestar. Si no lo hizo, sólo fue porque no era realmente una persona, sino uno de aquellos obstáculos universales que contradicen la voluntad de los seres humanos, contra los que siempre hay que estar batallando y contra los que, indefectiblemente, se acaba cediendo por agotamiento o derrota.

Finalmente, Augusta decidió ayudar al universo.

—¿No sabrás de algún sacerdote que...?

La muchacha adelantó el labio inferior y negó ligeramente con la cabeza. Y, por fin, se produjo el milagro.

—¡Ah, sí, señora! Tenemos a un romano... a un sacerdote católico, quiero decir... a un sacerdote católico hospedado arriba... Pero es mejor que no hable con él, señora. Es un hombre muy desagradable, y huele mal.

Augusta Dehmel asintió levemente y suspiró. Por fin lo había conseguido. Había tenido que enfrentarse a mil y un escollos, pero por fin lo había conseguido. Notó un mínimo triunfo de la vanidad al comprender que había logrado encaminar los acontecimientos del mundo para que los remordimientos no acabaran destrozando su espíritu en los días posteriores. Podía repetirse mentalmente que «los acontecimientos habían surgido así» y que ella «no tenía la culpa».

—No importa —dijo—. Iré a hablar con él.

La moza le mostró el hueco oscuro de la escalera y le indicó que el rom... que el sacerdote se encontraba en la última habitación, al final del pasillo, a la derecha.

El lóbrego corredor consiguió que la señorita Augusta Dehmel no tuviera que esconderse de sí misma, y aunque no retiró el velo de su tocado, se detuvo tres veces antes de llegar a la puerta negra que presagiaba la estancia del *père* Balkas. En cada parada de aquel vía crucis, alejada de cualquier presencia, Augusta se repitió las palabras con las que también le gustaba atormentarse: «Soy una mujer horrible.» Y a cada paso se le representaba la imagen de Émilie cogida del brazo de David, o hablando con él en medio de risas cómplices, o sentados juntos en un banco, con un libro que pasaba de unas manos a otras, o conversando amablemente en la biblioteca o en las galerías de Neuwelke. Aquellas escenas conseguían que sintiera unos leves desvanecimientos acompañados de náuseas, pero también le proporcionaban fuerzas para avanzar un paso más hacia la habitación del *père* Balkas.

Era evidente —eso pensaba Augusta— que aquella mujer era el mismísimo demonio. Cuando Sönke le había contado lo que había ocurrido en clase, la señorita Dehmel llegó al convencimiento de que tenía que volver a hablar con el *père* Balkas. El muchacho de la cabaña,

Nikolai Yelovna o Yielovna, o como fuera, tenía razón. ¿Qué bebedizos no habría empleado para hechizar a David? ¿Qué recursos no estaría dispuesta a utilizar para arrastrar a las niñas al infierno? ¿Qué embelecos y alucinaciones no sería capaz de dibujar con tal de aturdir los sentidos de profesores y damas de compañía? Sí: con toda seguridad, aquella mujer era una bruja, una endemoniada, un súcubo dispuesto a perpetrar los pecados más nefandos y más repugnantes...

(A veces, la propia Augusta se decía a sí misma que no era necesario ir tan lejos en los razonamientos.)

Frente a la puerta negra, la señorita Dehmel pudo sentir el hedor tuberculoso que emanaba de la habitación. Ni siquiera tuvo que llamar. Se oyó cómo el pestillo del interior se corría y el picaporte giraba lentamente.

Allí apareció la figura nervuda de Eliazer Balkas, con los ojos azulados y amarillos, como huevos hervidos desde muchos meses atrás, y mostrando una sonrisa de sangre negra como la brea. Iba envuelto en su manto de paño viejo y apestaba a infecciones.

—Vaya, vaya, vaya..., si es nuestra señorita Dehmel... ¡Adelante, adelante..., mi querida señorita Dehmel...!

Con los ojos ocultos anegados en lágrimas, Augusta dio unos pasos hasta situarse en el centro de aquella repugnante alcoba, atestada de papeles dispersos, mendrugos mordidos de pan, libros, hojas de berzas cocidas, manuscritos y raspas de pescados. Aquel olor a orines y dientes podridos le causaba náuseas. Sacó un pañuelo y, por debajo del velo, se enjugó las lágrimas.

—Soy una mujer horrible —dijo.

Pero el *père* Balkas cerró la puerta, y todo lo que allí se dijo quedó bajo secreto de confesión. Mal día para las brujas, los demonios y los súcubos.

Al parecer, el cielo no quería conformarse con lo que ordenan las circunvoluciones de las esferas, y se empeñó en trastornar la atmósfera de un modo insoportable. Los deshielos del invierno y las primeras lluvias primaverales habían conseguido que los campos lucieran magníficos, con los primeros brotes de los cereales verdeando las colinas y las suaves laderas de los contornos. También las lejanas arboledas querían desperezarse y algunos esqueléticos olmos comenzaban a asomar sus yemas tiernas.

Y, de pronto, a mediados de abril, comenzó a llover torrencialmente —como dicen que llueve en el mar Báltico—, y de nuevo los campos quedaron maltrechos con las torrenteras, y los caminos volvieron a enfangarse, y los olmos dijeron adiós a sus primeros frutos.

Émilie lo lamentaba sobre todo por Jonas Fou'fingers, *monsieur le jardinier*, que había visto cómo sus primeros parterres se habían echado a perder. Las trombas de agua y el viento habían asolado los pensamientos, las camelias, las rosas tempranas y las soberbias flores de los magnolios, y habrían destruido los últimos tulípanes si no hubiera sido por el cobertizo que el jardinero dispuso en torno a sus preciadas flores cuando comenzaron las tempestades.

Uno de aquellos días, Émilie se lo encontró en un extremo del parque, apesadumbrado, quejumbroso y malhumorado, frente a una pequeña hoguera donde estaba quemando los rastrojos y malas hierbas de la semana. En medio de una humareda espesa y húmeda, el señor Fou'fingers le dijo a Émilie que, sintiéndolo mucho, iba a tener que tomar una decisión definitiva. No le habría gustado tener que tomarla, pero ya no había remedio.

—Durante mucho tiempo ha sido mi norte y mi guía, pero eso se acabó. A cambio de toda mi confianza sólo he recibido engaños y decepciones. Esto es el final.

Y, con un gesto de terrible solemnidad, arrojó al fuego su *Curioso almanaque científico, agrario y astrológico del doctor Southpaw*. Habían sido muchos años de estrecha relación intelectual. Después, Jonas le explicó a Émilie las mil y una razones —todas sobradamente fundamentadas— por las que aquel «infame» doctor Southpaw merecía un final tan inquisitorial. Según el jardinero, si no hubiera sido por su pericia, aquel charlatán habría conseguido que se echaran a perder *incluso* los tulípanes. Aquello, desde luego, era más de lo que cualquier jardinero honrado estaría dispuesto a tolerar.

—Ese hombre no volverá a confundirme jamás, ¡por todas las ovejas de Escocia! —Y luego,

cambiando repentinamente de tono, le preguntó—: ¿Tiene flores en su habitación, señorita Sagée? Venga conmigo, vamos a coger unas rosas.

Émilie adoraba al señor Fou' fingers.

Estaba mirando por la ventana, observando lo mal que estaba lloviendo —de un lado para otro, a oleadas, sin orden ni concierto—, con una sonrisa en los labios y recordando los maravillosos momentos que pasaba junto a *monsieur le jardinier*, cuando distinguió en la distancia el murmullo de las niñas que salían de clase. También pudo oír la severa voz de la señorita Amalia Vi, que amonestó enérgicamente a un grupo, advirtiéndoles que subieran la escalera tal y como se esperaba de un grupo de señoritas educadas.

—¡El mundo se divide en señoritas que suben correctamente las escaleras y señoritas que las friegan! ¡Decidan qué clase de mujeres desean ser y no me hagan perder el tiempo!

A veces la señorita Vi se ponía excesiva.

Émilie volvió a sentarse en la butaca del salón de lectura, cerca de la ventana, para aprovechar las últimas luces del día. «Más antiguo es mi mal», leyó en su volumen de Racine, y aunque la culpable pasión de Fedra nada tenía que ver con sus preocupaciones, sus ojos se perdieron entre las letras, y la oscuridad del atardecer fue envolviendo la sala. Durante las últimas semanas, *aquello* no había ocurrido, e incluso podía alegrarse de que las niñas y los profesores hubieran comenzado a olvidar el desagradable asunto de las apariciones. Sin embargo, Émilie sabía que jamás podía confiar en sus demonios y que muchas veces surgían cuando ya casi estaba tocando la felicidad con los dedos. A veces...

—¿Se puede?

La silueta de Sönke Buttgerit-Dientzenhofer se recortó en el vano de la puerta. Émilie podría haber jurado que aquellos ígneos cabellos refulgían en la oscuridad de la sala de lectura.

—Desde luego, señorita Buttgerit-Dientzenhofer, adelante.

Sönke permaneció sin moverse en el umbral. Parecía temerosa y era evidente que no quería entrar en la sala a oscuras con la señorita Sagée dentro. Puede que Sönke fuera una joven endiabladamente osada, pero eso no la convertía en una irresponsable capaz de adentrarse en una gruta oscura junto a una mujer con demasiadas vinculaciones con el Hades.

Con frases entrecortadas, Émilie explicó que había estado leyendo a Racine y que se había detenido en un verso que tal vez comentarían en clase, quizá la semana siguiente, oh, disculpe, encenderé algunas velas, esto está muy oscuro, disculpe, ¿dónde habré dejado los fósforos?, ah, oh, aquí están, entre, puede sentarse donde desee, señorita Buttgerit-Dientzenhofer...

Sönke avanzó lentamente con el libro colgando al final del brazo, y con el proverbial dedo índice señalando el lugar por donde iba leyendo. Émilie miró de reojo el volumen y descubrió en el lomo el título y el nombre de la autora. Observó a su alumna, que se sentaba en la butaca frente al fuego de un modo absolutamente intolerable —eso habría pensado su *maiden* o la señorita Vi—, y se preguntó si Sönke preferiría a Marianne o a Elinor.

—¿Cómo está la señorita Dehmel hoy? —preguntó Émilie finalmente—. He oído que no se encuentra muy bien.

Sönke tardó un instante en levantar la mirada. Era evidente que deseaba acabar el párrafo que estaba leyendo. Quizá Marianne había vuelto a resfriarse, por salir de paseo cuando llueve, y estaba a punto de morir.

—Oh, por eso vengo a leer aquí, señorita Sagée —contestó aquella joven de cabellos encendidos—. Es cierto que no se encuentra muy bien: apenas come nada, y vomita, y tiene fiebre. Es mejor que esté tranquila.

—Lo siento mucho. Espero que no sea nada grave...

—El doctor Zalkinis dice que es de los nervios.

A la señorita Sagée le resultaba extraña la moda que de tanto en tanto difundían los médicos. De repente, los periódicos (especialmente los femeninos) comenzaban a llenarse de artículos referidos a «los nervios», de noticias en las que las jóvenes enfermaban y sucumbían por «los nervios», o en las que había que encerrar en asilos a mujeres que se sumían en dolencias nerviosas, o en las que se revelaban historias aterradoras protagonizadas por mujeres con debilidades nerviosas. Curiosamente, en aquellos mismos periódicos se encontraban numerosos anuncios en los que pretendidos doctores y alquimistas recomendaban ungüentos, brebajes y bebedizos que remediaban los problemas nerviosos de forma infalible. (La propia Émilie se había preguntado en más de una ocasión si su problema no sería una cuestión de... «nervios».)

Mientras su pensamiento se enredaba en esas modas de la filosofía natural y la medicina, Sönke había permanecido con el libro abierto pero mirándola detenidamente, como si estuviera intentando descubrir un secreto que la propia Émilie desconocía.

La institutriz creía que Sönke se estaría preguntando si debajo de aquel sobrio vestido gris la maestra tendría plumas en la piel, o escamas, o pelo de jabalí; seguramente, a juzgar por aquellos ojos que brillaban a la luz de las ascuas de la chimenea, Sönke se moría por saber si pasaba las noches haciendo conjuros o copiando hechizos en un gran mamotreto polvoriento o era capaz de dormir colgando de una viga del techo, como los murciélagos; tal vez la señorita Sagée era capaz de hablar en caldeo, o en hebreo, o en persa, o en mogol, o tal vez podría hablar al revés... pero no como ellas, que lo hacían «con baslasí y ciopades», sino verdaderamente al revés, «soinomed somisímsim sol omoc»; también quería saber si era capaz de convertirse en lobo y aullar, o en búho, o volar como un buitre, o nadar como una anguila o una culebra; seguramente imaginaba que su maestra de francés había tenido una apasionante juventud de vagabunda, vestida con túnicas y sayales, llevando collares de rabos de conejos muertos, o cargada de espejuelos y calderos, o deambulando por caminos y bosques, arrastrando cadenas, con un farol apagado y un cencerro ronco que iría haciendo sonar como si estuviera llamando a las ánimas del purgatorio; seguramente la muchacha había oído aquellas historias de trasgos que mueven los cacharros de las casas por la noche, o que hacen hervir la leche cuando la miran, o que chupan la sangre a las ovejas, o que engañan a los aldeanos entregándoles diamantes y oro que luego se convierten en trozos de carbón, y quería saber si su maestra pertenecía a aquella categoría de seres de los bosques y los lagos. Por otra parte, ¿podría convertirse en un cuervo? ¿O en un ratón? ¿O en gato?

Émilie comprendía la curiosidad de la muchacha y, en cierto sentido, también le agradecía que hubiera tenido la valentía de sentarse en la misma sala que ella, a solas, sin preguntarle si tenía escamas bajo el vestido.

Pero lo cierto es que Émilie Sagée estaba completamente equivocada respecto a Sönke. La muchacha no le tenía ningún miedo y estaba pensando en asuntos que no guardaban ninguna relación con las espantosas presunciones de la institutriz.

—Señorita Sagée...

—¿Sí? —Ahora era cuando vendría la pregunta: «¿Es usted bruja?», o aún peor: «¿Es verdad que tiene tratos con el demonio?»

—¿Es verdad que se casa este verano?

La pobre Fedra estuvo a punto de sufrir aún *otro* descalabro, pues resbaló de las manos de la institutriz y sólo la habilidad de Émilie consiguió que la cretense no recibiera un castigo añadido golpeándose el lomo contra el entarimado.

—¿Qué?

—Dicen que cuando acaben las clases, en verano, se casará.

—¿Me casaré?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con el profesor Whimple, naturalmente.

Gracias a Dios, Émilie estaba sentada, así que no se vio obligada a buscar un lugar en el que apoyarse. De todos modos, Fedra acabó estampándose contra el suelo.

La señorita Sagée recogió el libro despacio y mil escenas confusas se le presentaron en la imaginación. ¡Aquello era aún peor que las apariciones fantasmagóricas! ¡Un error imperdonable!

—Pero... ¿quién dice que...?

—Todo el mundo lo sabe, señorita Sagée. No tiene que disimular.

—Ah...

—Latia dice que, como es usted francesa, seguramente querrá casarse en Notre Dame de París. Pero nosotras (quiero decir, Julie, Antoinette y yo), nosotras le decimos que eso es imposible, porque es un viaje larguísimo y horroroso. Julie dice que se tiene que casar usted en Wolmar, en San Simón, y que eso es lo menos que se puede esperar. Pero, si me permite, yo creo que el lugar más bonito es la ermita de Nuestra Señora. Además, así Jonas puede llenarlo todo de lirios y todo será más romántico; y usted puede llevar en el pelo una guirnalda de jazmín.

—¿De jazmín?

—Sí. Además, como es verano, se puede hacer el banquete en los jardines de Neuwelke. ¿No le parece? Lo más importante es que haya música, para bailar, pero el señor Buch se ocupará de todos los detalles. Seguro que la lista de invitados le dará muchos dolores de cabeza. Cuando se casó mi prima, mi tía estuvo a punto de volverse loca a cuenta de la lista de invitados.

—Comprendo.

—¿Sabe ya quiénes serán sus damas de honor? Es una lástima que sus amigas sean francesas y que estén tan lejos, ¿verdad?

Las amigas francesas y lejanas de Émilie aún no tenían nombre y, para ser precisos, nunca lo habían tenido. La institutriz, de todos modos, agradeció sinceramente que Sönke y sus amigas desearan ejercer de damas de honor en una boda que sólo sus mentes románticas y adolescentes habían imaginado.

—Pero si usted quiere —añadió la joven Sönke—, Julie, Antoinette y yo podemos ser sus damas de honor. Nos encantaría. Hemos pensado que, si a usted no le importa, podemos ir vestidas al estilo imperio: Julie tiene un periódico con láminas en las que aparecen maniqués con vestidos de la época de la emperatriz Josefina; a nosotras nos parece que sería...

Había algo en la ilusionada descripción de aquella boda imaginaria que emocionaba a Émilie. Era la fantasmagoría de que pudiera haber una persona que se detuviera a considerarla como un ser humano digno de ser tratado como tal, de que alguien hubiera reparado en ella, que se hubiera enamorado de ella, que hubiera podido mantener un apasionado romance —como el que sin duda habían tramado Sönke y sus amigas—, y que hubiera llegado a la conclusión de que deseaba contraer matrimonio. Y le resultaba también emocionante —aunque casi se avergonzaba de ello— que las niñas hubieran pensado que en aquel romance novelesco tenía alguna parte el señor David Whimple. En la ambarina penumbra de la sala de lectura, Émilie descubrió algunas chispas eléctricas que se desprendían de los cojines bordados, del juego de té que había sobre la mesita, de un ramito de flores amarillas que se adormecía en el jarrón... Sí: sin duda resultaba halagador que aquellas muchachas hubieran tejido aquella historia alrededor del profesor Whimple y ella misma. Era maravillosamente halagador... y también un poco ridículo. ¿Qué les habría inducido a creer que algo semejante no sólo era posible, sino también real? Nunca, jamás, había pensado que la vida le pudiera deparar una felicidad semejante. Desde niña tuvo la impresión de que no era razonable pedirle demasiadas cosas a la vida, y se había conformado con lo poco de bueno que le había ofrecido, ya que la había cargado con tanto malo. Podía reconocer que notó un sabor dulce en los labios cuando Sönke pintaba el cuadro de una boda campestre en la ermita, con el altar lleno de flores y sus tres jóvenes damas de honor derramando lágrimas emocionadas. Pero su *enfermedad* la obligaba a limitar esas satisfacciones a un suave dulzor en los labios o a una perfumada ensoñación pasajera. Y, además, ¡David! ¡Por favor! ¡David jamás pensaría en ella como una mujer a la que pudiera poner un anillo en el dedo! ¡Aquellas niñas endiabladas habían conseguido que Émilie pensara en asuntos que jamás se le habían pasado por la imaginación! Se arrepentiría de aquello, desde luego, pero... ¿cómo evitar esa sensación maravillosa de que a una mujer le hablen de su propia boda...?

—Señorita Sönke...

—Ya sé lo que *herr* Schaffhausen y el señor Klöcker dicen de nosotras, pero le puedo asegurar que podemos ser tan formales y tan circuns... y tan circunspectas como la mismísima señorita Vi en una audiencia en Windsor. Julie dice que hay que traer un carruaje de Wolmar, porque usted no va a ir andando desde Neuwelke a la ermita, naturalmente. ¡Imagínese que llueve el día anterior y el camino está embarrado! Yo también creo que hay que traer un carruaje bonito, con dos caballos. Antoinette es partidaria de *Mr. Pickerton*, pero *Mr. Pickerton*...

—Ya. Pobre *Mr. Pickerton*. Está viejo.

—No. No está viejo. Es que es un refunfuñón. Y no querrá que ese percherón cabezota nos lleve a las cuatro en una calesa. Apuesto a que no se dejaría poner una guirnalda en la cabeza. Nada, nada, señorita Sagée: tiene que decirle al señor Buch que contrate una calesa con dos caballos ligeros... También puede decirle que contrate al muchacho de la posada para guiarla. Estaría muy guapo vestido con la librea de Neuwelke. También hemos pensado...

—No sé, señorita Sönke...

—Creo que todas nos sentiremos muy felices ese día, señorita Sagée. Todas la queremos a usted mucho, y apreciamos sinceramente a nuestro profesor Whimple. En fin, mi señorita Dehmel se morirá de pena, pero... ¿qué se le va a hacer? *L'amour est un enfant fou!* ¿No es eso lo que dicen sus poetas, señorita Sagée?

Émilie lo comprendió todo entonces, y la visión de un precioso carruaje blanco, adornado con guirnaldas de jazmín, y tirado por dos galantes caballos ligeros enjaezados con trenzas de madrevela y cintas blancas, con las tres damas de honor y la novia en su interior, se desvaneció como si un mago hubiera conseguido convertirlo en papelitos brillantes sobre el escenario de una barraca de feria. Se había visto a sí misma reír con el esplendor de una joven primaveral, rodeada de miles de pétalos de rosas que caían a su alrededor, abrazada por la dulce ingenuidad de sus adoradas Sönke, Julie y Antoinette; había visto a *monsieur le jardinier* guiñarle el ojo desde la rosaleta, en un gesto de sincera complicidad, como si supiera —desde el principio— que el señor Whimple y ella acabarían desposándose. Sönke había conseguido que Émilie imaginara todos esos detalles que componen los días felices de la juventud: cómo las mejillas adquieren ese tono encarnado de las manzanas y los productos que hay que utilizar para alcanzar esos maravillosos matices; cómo conseguir el carmesí de los labios; cómo conseguir que brillen los ojos y cómo lavar el cabello rubio para que resulte deslumbrante al sol. Sönke había conseguido que Émilie imaginara las risas en su habitación mientras se vestía, la preocupación por el velo, el cuidado de no pisar la cola del vestido de novia, el azoramiento de haber distraído un prendedor o un camafeo, la emoción de la entrega del ramito de tulipanes rojos del señor Fou'fingers...

¡Era delicioso mentirse!

Sobre todo cuando a lo único que podía aspirar realmente era a una mazmorra o a la horca, por bruja y endemoniada.

Era mejor decírselo a Sönke. Así también podría tranquilizar a la señorita Augusta Dehmel.

—Señorita Sönke Buttgereit-Dientzenhofer: me siento realmente halagada. Créame, si tuviera intención de casarme, nada me gustaría más que usted, y Julie y Antoinette fueran mis damas de honor. Y también me honra que hayan pensado que el señor Whimple tiene algún interés en mí, aunque no sé si él se sentiría igualmente halagado. En cualquier caso, señorita Sönke, creo que la perspectiva de una felicidad semejante queda muy lejos de mis ambiciones actuales, como puede comprender. Usted sabe, como sus compañeras y otras muchas personas en Neuwelke, que tengo un... que sufro una... En fin, no creo que sea necesario incidir en ese desagradabilísimo asunto. Usted es muy joven, pero muy inteligente, y sabe que soy una persona con suficientes... *defectos* como para que nadie, ni siquiera un caballero tan bueno como el señor Whimple, desee pasar el resto de sus días conmigo. Oh, no se entristezca, señorita Sönke Buttgereit-Dientzenhofer... Comprenderá que no estoy acostumbrada a... bueno, digamos que me resulta sorprendente que usted y sus amigas me aprecien tanto. Y casi me asombra que el señor Fou'fingers y la señora Bertha Huns me traten con amabilidad, o que los profesores no me aparten de su lado, o que el señor Buch aún no me haya expulsado. Créame, señorita, no lamento que una perspectiva como la que usted me pintaba no se vaya a cumplir; no lo lamento porque, en realidad, nunca he aspirado a vivirla y sé que seguramente tampoco la he merecido. Lo lamento mucho por usted: estaría

preciosa con ese vestido imperio del que me hablaba.

—Sí... —Sönke miró con cierta lástima a su institutriz de francés. Se había frustrado una boda, pero para nuestra nueva señorita Woodhouse se abrían nuevas posibilidades, ya que la confirmación de que el matrimonio entre la señorita Sagée y el señor Whimple no se iba a producir de ningún modo, despejaba el camino para que la señorita Augusta Dehmel abandonara el lecho del dolor y desplegara todos sus encantos con el fin de atraer al señor Whimple.

Émilie pensó que aquella joven era todo lo que ella hubiera deseado ser. Además, tenía un cabello verdaderamente diabólico. Observó cómo volvía a su lectura y se preguntó cuánto tardaría en levantarse y salir de la sala corriendo para contarle sus averiguaciones a Julie von Güldenstube y a Antoinette de Wrangel. Y a Augusta Dehmel.

Probablemente, ni siquiera transcurrieron tres minutos.

—Oh, señorita Sagée: acabo de recordar que tengo que prepararle una infusión de flor de tila a la señorita Dehmel. Con la conversación se me ha hecho muy tarde. Le ruego que me disculpe, pero tengo que irme inmediatamente.

Émilie sonrió.

—Desde luego, señorita Buttgerit-Dientzenhofer. Vaya y cumpla con sus obligaciones. Y salude a la señorita Augusta Dehmel de mi parte.

Sönke cerró el libro de Marianne y Elinor, se puso de pie, hizo una leve pero formal reverencia a su maestra y se dirigió incontinentemente despacio hacia la puerta, pero, antes de cruzar el umbral, se detuvo y, recortada en el vano amarillento, como cuando entró, la muchacha susurró el nombre de su maestra.

—Señorita Sagée.

—Dígame, señorita Sönke.

—No se entristezca por sus... *defectos*. Todos tenemos nuestras partic... partic...

—Particularidades.

Y cuando la muchacha cerró la puerta, Émilie lloró amargamente.

23

Dicen que las oraciones no sirven para nada, pero aquel día de mayo de 1845, en el Pensionado de Señoritas de Neuwelke, se demostró todo lo contrario, pues las niñas habían rezado fervorosamente para que amaneciera soleado y maravilloso. Y así fue.

Los días anteriores habían estado nerviosas y preocupadas, inquietas y distraídas. No se concentraban y había que pasarles la mano por delante de los ojos para que regresaran al mundo real. (Esto, ha de advertirse, afectaba sobre todo a las jovencitas de cierta edad, pues las más pequeñas sólo sabían que iba a celebrarse una fiesta en el campo un día próximo, pero tanto les daba que fuera el 2 de mayo como el 7 de septiembre, pues, como se sabe, los más pequeños tienen dificultades para establecer en su mente las cronologías.) En fin: durante muchos días se había debatido concienzudamente en los pasillos y las galerías si convenía utilizar el vestido azul cielo o el verde con flores bordadas, y si convenía llevar un parasol o un sombrerito como los de Pamela Andrews. Y, si se decidían por la Pamela, ¿convenían plumas o flores? ¿Sería adecuado llevar una pequeña cestita de mimbre o una redcilla formal? ¡Ay, todo eran complicaciones!

La *fête champêtre* del 2 de mayo era una tradición muy arraigada. Se celebraba en unas praderas, cercanas a la ermita de Nuestra Señora. Allí, desde tiempos inmemoriales (unos cuarenta años, aproximadamente) se conmemoraba el final de un insólito y feroz brote de cólera que había diezmando la población y había convertido el distrito de Wolmar en una suerte de Tierra Maldita. Los campesinos habían levantado allí un hito y, durante las ceremonias religiosas del día, entre cánticos y flores, trasladaban un pequeño icono (la fiesta era ortodoxa) con la imagen de la Virgen, a la que atribuían la milagrosa erradicación de aquel terrible brote de peste. (Naturalmente, también habrían podido colocar en aquel pedestal un retrato del doctor Yigor Zalkinis y de su esposa Anna —abuelos del doctor Zalkinis que hoy se ocupaba de la salud de Neuwelke—, pues aquel matrimonio dedicó su vida a luchar contra aquella feroz epidemia, y murieron como consecuencia de sus desvelos.)

El programa era breve pero riguroso. Desde las primeras horas de la mañana comenzaban a concentrarse en la pradera de Nuestra Señora los lugareños devotos, procedentes en su mayoría de las granjas cercanas, de las aldeas del bosque y de la ribera. Luego, un poco más tarde, salían de sus casas los habitantes de Wolmar, que venían rezando hasta la ermita, donde se celebraba un breve oficio religioso. El pope descubría entonces el icono y, protegido con un terciopelo granate,

salían todos en procesión hacia la campa, donde aguardaban cientos de aldeanos con bastones adornados con flores. Allí se celebraba otro pequeño oficio, consistente en dos o tres canciones de loor virginal, y se realizaba la «Presentación», que no era sino la colocación del icono en el citado pedestal. Después se extendían los manteles, se abrían las cestas de comida y las botellas de vino, y se celebraba una multitudinaria y alegre comida... o más bien habría que llamarlo banquete: ¡es asombrosa la cantidad de comida que pueden preparar las mujeres de Wolmar! ¡Y aún más asombrosa es la cantidad de comida que pueden ingerir sus maridos y sus hijos! Aunque el plato tradicional de la fiesta era la *fleischpastete* (una especie de empanada con carne y hortalizas), por todas partes podían verse salchichas, guisantes con tocino, carnes salazones, carnes tártaras, escabeches, estofados, guisados, tortas agridulces, enormes hogazas de pan de centeno e infinidad de quesos con alcaravea, kéfir y tartaletas de frutas. No hay que decir que las jarras de cerveza y *kvas* (o *gira*, como dicen los lituanos) se rellenaban, a juicio de los más sensatos, con demasiada frecuencia. La fiesta concluía cuando se acababa la comida y la bebida, a las seis de la tarde, que era la hora a la que iba oscureciendo; entonces, los grupos de aldeanos comenzaban a dispersarse y, cantando alegres canciones —no excesivamente piadosas en ocasiones—, regresaban felices y alegres a sus casas, sabiendo que habían cumplido con la historia de su patria y con la Virgen, Nuestra Señora. Los más afortunados —eso se dice aún en la región— conseguían novia o novio en aquella fiesta; para ellos, cogidos de la mano al atardecer, la jornada campestre del 2 de mayo se convertía en el día más hermoso de sus vidas. Los más devotos esperaban a que el pope recogiera el icono y, en solemne procesión, lo devolvían a la ermita.

Tal era la *fête champêtre* por la que suspiraban todas las jovencitas de Neuwelke. Era una de las escasísimas ocasiones en las que las estudiantes del pensionado podían relacionarse con otras jóvenes de la zona (lo cual, desde luego, les traía absolutamente sin cuidado) y con algunos muchachos de Wolmar y sus contornos (lo cual, desde luego, producía cataclismos sentimentales una vez que pasaba la fiesta).

Si Napoleón Bonaparte hubiera asistido a la preparación de la festividad de Nuestra Señora en Neuwelke, habría adquirido suficientes conocimientos organizativos como para no salir derrotado en batalla alguna. Los primeros gritos procedieron aquella mañana de la habitación de Sönke Buttgereit-Dientzenhofer, que proclamó ante el mundo y el universo entero que hacía «¡Sol!». Corrió por todo el pasillo anunciando la buena nueva, y en todas las alcobas se oyó un eco de jilgueros que repetía «¡Sol!, ¡sol!, ¡sol!». Después comenzaron las carreras y los nervios: el desayuno se hizo, a pesar de los enfados de la señorita Amalia Vi, del peor modo posible, entre gritos y prisas, pues todas tenían que prepararse para la importante ocasión que se presentaba. Incluso Latia e Irina estaban nerviosas, pues tenían que servir el desayuno y eso retrasaría sus humildes —pero dignísimos— preparativos femeninos.

Jonas Fou'fingers había confeccionado cincuenta varas con flores, de distintas alturas y de distintas consideraciones estéticas. Por ejemplo, las varitas destinadas a las más pequeñas eran muy ligeras, no subían de cuatro o cinco pies, y sólo llevaban un ramito de humildes margaritas, quizá con algunas brillantes hojitas de roble. (Jonas Fou'fingers estaba convencido de que aquellas flores no llegarían vivas a la pradera de Nuestra Señora: las pequeñas comenzarían a

arrancar los pétalos antes de salir de Neuwelke, y luego comenzarían a golpear las piedras y las espigas del camino con la varita, hasta destrozar el ramo.) Las varas más cuidadas eran las de las jovencitas de los últimos cursos; para ellas, Jonas aderezaba magníficos —aunque sobrios— ramitos de flores amarillas y azules (generalmente, rosas y flores de tilo), que recordaban los viejos colores de Wolmar. Los caballeros no solían llevar vara, pero a cambio lucían una discreta flor en la solapa; el señor David Whimple, por ejemplo, llevaba un tímido narciso, mientras que el jardinero Fou'fingers aprovechó la ocasión para reivindicar su procedencia escocesa anudando seis cardos a su bastón. Aunque a Émilie le produjo cierto pudor saber que Jonas había cortado tres fabulosas rosas *moirés* para adornar su vara, también albergó en su corazón una alegría incontenible. Nadie iba a llevar nada semejante aquel día, y la blancura satinada de aquellas prodigiosas rosas llamaría la atención, desde luego. (¡Dios mío, cómo era posible que *monsieur le jardinier* pudiera convertirla en una princesa con aquel simple gesto!) No pretendía compararse con nadie, pero la vara de la señorita Dehmel... En fin, que cada cual tenía su vara. El señor Buch, por razones comprensibles, dijo que aquel año no asistiría.

Después del desayuno, las muchachas corrieron a sus dependencias de la tercera planta y comenzaron el laborioso proceso de prepararse para la gran ocasión del año. No me detendré en semejantes preparativos porque las jóvenes necesitan también de su intimidad; además, las damas saben perfectamente en qué consisten tales procesos y los caballeros no suelen estar especialmente interesados en los mismos, así que de este modo unos y otros nos ahorramos el trabajo.

Lo que sí debe saber el amable lector o la curiosa lectora es que Julie tuvo que acudir a la habitación de Sönke porque la joven Von Güldenstube se encontró con gravísimos obstáculos a la hora de manipular unas cintas de seda que tenían que rodearle la cintura y resumirse en la espalda con un lazo. Para Sönke, todo hay que decirlo, la aparición de su amiga fue una bendición: ¡no sabía cómo esconder aquel pelo incandescente debajo del tocado! (La señorita Dehmel, que se tendría que haber ocupado de esos detalles, se encontraba encerrada en su alcoba, ocupada al parecer en asuntos que no podían diferirse.)

—¡Sönke! ¡Por favor! —exclamó Julie—. ¡No te pongas sombrero! ¡Si yo tuviera ese pelo jamás lo ocultaría!

—Es como tener una hoguera en la cabeza —dijo Sönke con aire mustio frente al espejo.

—Le diremos a la señorita Sagée que nos ayude.

Ambas corrieron por la galería preguntando por la señorita Sagée. Entraron en las dependencias de Lili Schmied; les dijo que, efectivamente, la había ayudado con el peinado, pero que había venido a buscarla Antoinette de Wrangel para que la ayudara con el peinado y el vestido. Julie y Sönke corrieron entonces hacia la habitación de Antoinette. Desde que su *maiden* Hildegard Sattler huyera de Neuwelke, Antoinette había tenido graves problemas para arreglárselas sola en determinadas cuestiones indumentarias; de todos modos, ella había agradecido con frecuencia al Altísimo que la señorita Sattler hubiera *decidido* abandonar su compañía. Si alguna vez tenía dificultades, acudía a sus amigas, a la señorita Vi o, con más frecuencia, a la señorita Sagée, en quien confiaba absolutamente.

Mientras la señorita Sagée, con la boca llena de horquillas, se ocupaba del peinado de

Antoinette, Julie y Sönke giraban a su alrededor, daban su opinión y rectificaban a la institutriz. Y, al mismo tiempo, le preguntaban si Sönke debería llevar parasol o tocado. De todos modos, hay que advertir que tampoco se detenían a esperar una respuesta razonada.

—Sönke, tiene usted el pelo más asombroso que he visto jamás —dijo Émilie, soltando un bucle de Antoinette—. ¿Por qué quiere esconderlo?

—Creo que no le gusta a nadie —dijo Sönke, derrumbándose en una butaca. Si la hubiera visto la señorita Vi, habría recibido una merecida reprimenda, porque esos derrumbes no son propios de señoritas bien educadas.

Émilie se volvió y la observó, allí recostada, con los brazos cruzados y enfurruñada por su pelo ígneo.

—Señorita Sönke Buttgereit-Dientzenhofer —le dijo con un gesto muy serio—, recuerde que *todos tenemos nuestras particularidades*.

Sönke permaneció durante unos segundos enfurruñada y, de repente, se le formaron dos hoyuelos en las mejillas y poco a poco fue dibujándose en sus labios la sonrisa más encantadora que jamás se haya visto debajo de una hoguera. Un poeta habría dicho que Dios inventó la juventud para poder disfrutar de sonrisas como aquella. Pero aquí no hay poetas, así que nos bastará con asegurar que Sönke se avino a llevar un parasol y permitir que Julie le hiciera un delicado peinado con dos bucles que le enmarcaran el rostro. Las dos amigas huyeron de la habitación con el mismo escándalo con el que habían entrado.

Antoinette y la señorita Sagée retomaron la conversación que aquellas dos alocadas habían interrumpido.

—¿Lo comprende ahora, señorita Sagée? ¿Ha visto cómo han salido? Siempre me llevan corriendo de un lado a otro, y por eso se me salta la sangre de la nariz. Seguro que antes de llegar a la pradera consiguen que haya empapado dos pañuelos.

Émilie sonreía mientras seguía concentrada en el peinado de la señorita De Wrangel.

—No debe preocuparse por eso, señorita De Wrangel. Se le pasará con el tiempo y no le volverá a ocurrir.

—¿A usted también le ocurría?

—No.

«A mí me ocurrían cosas peores», pensó Émilie.

Cuando quedó conformado el peinado tal y como se esperaba de una De Wrangel, llegó el momento de ponerse el vestido. Se trataba de un bonito modelo, muy sencillo, de minúsculas flores, muy adecuado para la ocasión. El único inconveniente era que tenía treinta corchetes en la espalda y había que tener cierta destreza para engarzarlos todos.

Émilie se acercó al armario y descolgó el vestido; después, con la habilidad de quien nunca ha creído que pudiera servir para mucho más que para criada, ayudó a la joven Antoinette a entrar en él; le colocó las puntillas de las mangas y del escote y observó con ojo experto que las costuras frontales y laterales estuvieran correctamente alineadas. Después se dispuso a torturar a la joven Antoinette de Wrangel uniendo los corchetes de la espalda.

Émilie se concentró en su tarea. Cerró primero los dos corchetes inferiores y después, tras pedirle a Antoinette que expulsara todo el aire de sus pulmones, cerró rápidamente los tres

superiores. Le preguntó a la señorita De Wrangel si se sentía cómoda.

—Sí —mintió la joven polaca, que lamentaba ahora que determinadas partes de su anatomía estuvieran creciendo alocada y desproporcionadamente por aquel entonces.

Émilie siguió entonces con su labor.

Un silencio acolchado y plumífero fue derramándose lentamente por la estancia y los rayos de sol, que cruzaban oblicuos desde la ventana al tocador, revelaban miles de motas de polvo que se movían con lentitud... aunque perfectamente podían haber sido los polvos mágicos que utilizan los prestidigitadores en los teatros de Covent Garden.

—¿Debería llevar el chal, señorita Sagée?

La señorita De Wrangel esperaba que la tela de su vestido fuera acomodándose poco a poco a su novedosísima fisiología y procuraba distraer la opresión del corpiño con otras preocupaciones.

—Señorita Sagée, ¿debería llevar el chal? —repitió Antoinette, pero la institutriz siguió sin responder.

Antoinette notó una sensación extraña a su espalda, como una especie de frío y... un suave olor a violetas. También percibió como si las manos de la señorita Sagée estuvieran moviéndose muy lentamente y con una suavidad y una delicadeza que conseguían arrancarle escalofríos.

Antoinette de Wrangel estaba a punto de preguntar por tercera vez si era necesario llevar un chal a la fiesta cuando giró la cabeza para ver en un espejo qué demonios estaba haciendo la señorita Sagée.

Allí estaban... Antoinette sintió como si fuera a perder la consciencia: tras ella, a su espalda, había *dos* señoritas Sagée. Una de ellas estaba casi con los ojos cerrados, concentrada en ir ensamblando los corchetes; la otra, vaporosa y transparente, se entretenía en acariciarle la espalda y el cuello, y Antoinette sintió ahora claramente el frío de sus dedos. De repente, la visión giró la cabeza y miró directamente al espejo, y los ojos vacíos del fantasma se encontraron con la mirada atónita de la señorita Antoinette de Wrangel.

La joven se desplomó como una marioneta abandonada.

El doctor Zalkinis, que se encontraba desayunando en Neuwelke —aquellas visitas se habían convertido en costumbre desde la época en que se ocupaba de la difunta señorita Eveline—, dijo que el corpiño del vestido era la causa de aquel desmayo. La muchacha, afirmó, se había desvanecido simplemente porque le faltaba el aire y los sastres y las costureras tendrían que tener más cabeza y ser más responsables porque un día vamos a tener un disgusto y luego ay que no quise. También comentó otros aspectos relativos a los nervios de las jóvenes, que asimismo podrían haber influido en el desvanecimiento y la pérdida momentánea de consciencia. Por lo demás, aunque recomendaba vivamente que la señorita De Wrangel permaneciera en cama durante toda la mañana y comiera algo, sabía que su consejo era de todo punto irrelevante en el caso, pues obligar a una joven de Neuwelke a permanecer en cama el 2 de mayo era como convencer a *Ossián* de que debía cortarse las uñas.

Gracias a Dios, dijo la señorita Amalia Vi, la señorita Sagée se encontraba allí en aquel momento y pudo auxiliarla; de lo contrario, podía haberse golpeado la cabeza al caer, y vaya usted

a saber la desgracia que podría haber ocurrido; había sido una suerte, sin duda.

Sönke y Julie llegaron aterradas a la alcoba cuando supieron del desvanecimiento de su amiga, y estuvieron a punto de desmayarse ellas también cuando el doctor Zalkinis sugirió que lo mejor era que Antoinette guardara cama. Aquello, simplemente, era era era era una tragedia, declararon.

El señor Buch, consciente de que era imposible retener a la joven en Neuwelke mientras se celebraba la fiesta —y, en el fondo, poco peligroso—, les dijo a la señorita Vi y a Émilie que hicieran lo que creyeran más oportuno, pero que intentaran «modificar algunos detalles para evitar ulteriores desvanecimientos». La señorita Vi comprendió perfectamente el significado de aquellas palabras: quería decir que Antoinette debía ponerse otro vestido más holgado para prevenir más desmayos debidos a la ausencia de oxígeno. (La joven no parecía muy dispuesta a ceder, pero la señorita Vi le advirtió que la alternativa era quedarse en la cama y no ir a la fiesta, así que la muchacha se avino de buen grado.)

Durante todo ese tiempo, Émilie permaneció un tanto alejada del sofá donde habían depositado a la joven De Wrangel. Tenía un fuerte dolor de cabeza, que atribuyó al horrible susto que se había llevado al ver derrumbarse a la joven Antoinette. Pidió permiso para salir a refrescarse y tomar el aire. Bajó las escaleras laterales y salió al jardín posterior, donde la sombra aún conservaba frías las gotas del rocío nocturno. En otra situación, el aire de las primeras horas de la mañana habría llenado sus pulmones de recuerdos infantiles, pero ahora sólo sentía un terrible zumbido en los oídos, el violento latido del corazón en las sienes y un frío fantasmal que le recorría la columna vertebral y le entumecía los hombros.

¡Era un monstruo! No sabía exactamente qué había ocurrido, pero sabía que tenía la culpa, fuera lo que fuera. Durante unos instantes se había quedado adormecida, todo lo había percibido como en un sueño, estaba concentrada en unir los corchetes, pensando en lo feliz que podría haber sido si hubiera contado en su momento con amigas como Sönke, Julie y Antoinette, imaginando una vida placentera de lecturas y flores en Neuwelke... y, de repente, Antoinette había gritado y todo había adquirido un tono rojizo brillante; la niña se había tambaleado, había echado la cabeza hacia atrás y se le habían doblado las rodillas; afortunadamente, Émilie logró recuperar a tiempo la consciencia y pudo sujetar a Antoinette antes de que se golpeará la cabeza contra el entarimado. De repente, había comenzado a sangrar por la nariz, y Émilie se había asustado mucho. Gritó socorro y auxilio, sin abandonar ni un instante a la joven, y tuvo la suerte de que una *chaperone* pasaba frente a la puerta en aquel momento, y entró para ver qué ocurría. Entonces se dio la voz de alarma y la habitación se llenó de inmediato con más de veinte personas, la mayoría de las cuales eran amigas de Antoinette, cuya única preocupación era si podría asistir a la fiesta en la pradera.

En aquel relato, había unos instantes perdidos, de los que no tenía conciencia alguna, y no podía estar segura de... ¿Qué había hecho en aquellos instantes? ¿Habría intentado asesinar, sin desearlo conscientemente, a su joven alumna? ¿Habría intentado asfixiarla o estrangularla? ¿La había golpeado? ¿Era una criminal, en realidad? ¿Dónde había leído que había asesinos que no recordaban los crímenes que habían cometido? ¿Perteneecía ella a aquella clase de perturbados? ¡Oh, si al menos supiera qué ocurría realmente en aquellos momentos de inconsciencia que tanto aterraban a los demás!

De pronto, comprendió que probablemente alguna de aquellas preguntas que se formulaba tendría una respuesta afirmativa, que los alguaciles no tardarían en venir a buscarla, que los jueces y los tribunales la declararían culpable, y que allí estaría aquel horrible *père* Balkas para colocarle un crucifijo en las manos antes de cubrirle la cabeza con una capucha negra y subirla al cadalso, donde una trampilla se abriría bajo sus pies y entonces se le quebraría el cuello y...

Émilie subió corriendo por las escaleras laterales y consiguió llegar a su habitación sin cruzarse apenas con nadie, salvo con dos pequeñas, que le preguntaron si era la señorita Sagée de verdad o «la de humo».

Cerró la puerta a conciencia y permaneció en silencio en medio del *boudoir*, observando con temor cada rincón de aquella estancia en penumbra. Después, se sentó en una silla, junto a la pared, y permaneció allí, con la espalda rígida y las manos entrelazadas en su regazo. En una butaca, junto a la puerta de la alcoba, descansaba el vestido azul marino que nunca se había atrevido a utilizar en Neuwelke. Cuando le pidió consejo a la señorita Amalia Vi y ésta puso sus ojos en aquel vestido, se oyeron grandes exclamaciones en el corredor. La señorita Vi señaló que jamás había visto un vestido tan elegante y que, al mismo tiempo, pudiera resultar tan propio para acudir a una *fête champêtre*. Dijo que era probable que hubiera alguien tan estúpido que intentara encontrar en la pradera de Nuestra Señora a una joven más encantadora que Émilie: cada uno, advirtió, puede perder el tiempo como más le convenga. (La señorita Amalia Vi, en fin, solía regodearse en estas extravagantes sutilezas.) Junto al vestido se encontraba un parasol blanco y la vara que le había preparado *monsieur le jardinier*, con las tres preciosas rosas *moirés* que estaban condenadas a marchitarse en la penumbra del saloncito privado de *mademoiselle* Sagée.

Los minutos transcurrieron lentamente, mientras Émilie permanecía rígida y aterrada en su silla, probablemente presintiendo a alguaciles que subían las escalinatas del pensionado, o a los padres y protectores de Antoinette de Wrangel aporreando la puerta y exigiéndole, entre gritos de bruja y maldita, que saliera de su cueva de aquelarres. Es posible que pensara en cosas semejantes, pues el temor y la pena se reflejaban en el angustiado rictus de sus labios.

Entonces comenzaron a oírse los alegres murmullos del tropel de niñas que salían al jardín, con intención de encaminarse hacia la gran fiesta de Nuestra Señora. Émilie se levantó y se acercó lentamente a la ventana. Apartó un poco la cortina y vio cómo se formaban grupos de niñas en el jardín. Las más pequeñas pugnaban por ver quién conservaba mejor el ramito de margaritas. Irina y Latia las vigilaban sin entrometerse en sus pequeños pleitos. La señora Huns y otros criados de Wolmar se ocupaban de cargar con cestas un pequeño carromato; eran las vituallas para la gran comitiva de Neuwelke y se le encomendaban al buen hacer de *Mr. Pickerton*, que posiblemente ignoraba la gran importancia de lo que trasladaba. Por una vez, la señora Bertha Huns —a pesar de la tristeza que aún la embargaba por la muerte de su querida señorita Eveline— había cedido en su voluntad dietética y había escondido en las cestas un festival de tartaletas de frutas y mermeladas, de hogacicas con queso y *carvis*, tartas de queso y manzana, y pan de centeno agridulce, con muchas otras golosinas. (A juzgar por la comida, cualquiera hubiera podido imaginar que aquello era el Janī; pero las niñas de Neuwelke nunca celebraron el Janī públicamente, dado que es una festividad nocturna: el Janī del 24 de junio se celebraba en la intimidad de Neuwelke, donde las niñas se ocupaban de poner farolillos y velas por todas partes,

incluidos los magnolios y los tejos, y se organizaba una gran hoguera en un extremo del parque.)

El señor Buch, aunque no acudiría a la fiesta, iba de acá para allá ocupándose de todos los preparativos y advirtiendo a la señorita Vi que vigilara de cerca a todas las alumnas. El señor Schafthausen —con un atavío que lo convertía claramente en una zancuda migratoria— y el señor Klöcker —al que sólo le faltaba una guirnalda de parra para semejar un romano— permanecían enfrascados en alguna conversación cuya relevancia escaparía a la mayoría de los mortales. Émilie pensó que, como era habitual, estarían discutiendo sobre la ciencia en el Antiguo Egipto o se habrían enzarzado en una imposible querrela para descubrir si los modernos o los antiguos tenían valores, razones y argumentos: al final, alguno de los dos acabaría diciendo aquello de «Puede que Plinio tenga razón, pero usted, no».

Salieron entonces Sönke, Julie y Antoinette. Émilie sonrió al verlas: ¡Dios mío, estaban preciosas! ¡Ese día los muchachos de Wolmar se convertirían en poetas y se devanarían los sesos para componer algún verso a aquellas tres muchachas! Sí, formaban el grupo más encantador que pueda imaginarse. Émilie pensó que al día siguiente habría que ordenar a *Cole* y a *Words* que se esforzaran en la vigilancia de la propiedad, porque algunos muchachos seguramente intentarían saltar la tapia de Neuwelke. Antoinette llevaba un pañuelo blanco en la mano, y de tanto en tanto se lo llevaba a la nariz, como temiendo que de un momento a otro comenzara a sangrar.

El profesor Whimple se cruzó con ellas al pasar, y seguramente les dijo algo divertido, porque las tres muchachas comenzaron a reírse y a decirse cosas al oído. En fin, pensó Émilie, ¿no era eso la felicidad? La señorita Amalia Vi se acercó a las tres y también les dijo algo, y las tres se pusieron rectas y dejaron de hacer tonterías con los pies.

El profesor Whimple se acercó a *Mr. Pickerton* para darle unas palmaditas en el cuello, y luego esperó junto al percherón. Sacó el reloj de su bolsillo y lo observó con un gesto de extrañeza. Pero la persona que esperaba no aparecería. Aquella misma mañana, a la hora del desayuno, con su despreocupación habitual, David Whimple le había dicho a Émilie: «Tardaremos al menos media hora en llegar a la pradera, señorita Sagée. ¿Le importaría intentar convencerme durante ese trayecto de que las *fêtes champêtres* son encantadoras?» Émilie, entre sonrisas y con un brillo muy poco apropiado en su mirada, había accedido y sólo aseguró que lo intentaría. La señorita Vi, metiendo afortunadamente el hocico en lo que no le importaba, desbarató las campanillas que estaban empezando a sonar en los oídos de Émilie y advirtió que el señor Whimple seguramente preferiría vagar por un cementerio. «Sí —dijo— a estos románticos impenitentes no les agradan las discretas y amables fiestas campestres, querida Émilie: prefieren andar por los precipicios, y por los bosques umbríos, y entre ruinas llenas de...» ¿Fantasmas? Quizá quiso decir «fantasmas», pero a Émilie le importó poco, pues su amigo le había dado la oportunidad de mostrarse al mundo como una verdadera dama: cogida del brazo de un caballero.

Pero lo acontecido en la habitación de la señorita De Wrangel lo había estropeado todo. Émilie era consciente de que lo mejor era quedarse en sus dependencias, correr las cortinas y no hacer mucho ruido. ¿Quién sabe qué se estaría comentando en los corrillos? ¿Qué habría dicho Antoinette? ¿Qué rumores habrían comenzado a correr?

¿Cómo la mirarían si ahora, después de lo acontecido, Émilie se atrevía a bajar al jardín? Era probable que la propia Antoinette exclamara: «¡La asesina! ¡Quiso estrangularme!» Las niñas la

llamarían bruja, o demonio, o espectro y... En fin, no le cabía la menor duda de que el señor Buch le diría: «¿Cómo se atreve a presentarse aquí, señora mía. Haga el favor de recoger sus cosas y salir de mi casa inmediatamente.» En realidad, Émilie estaba asombrada de que aquella orden aún no se hubiera promulgado. Se había encerrado en su habitación con la esperanza de que todo fuera un sueño y, al despertarse, todo el colegio hirviera en felicidad porque ese día se celebraba la fiesta de Nuestra Señora y, ¡por Dios!, Antoinette no necesitaba que nadie le abrochara los corchetes de su vestido.

Apareció en el jardín una sombrilla blanca preciosa, con dibujos orientales de flores de cerezo. Émilie tardó en averiguar quién era. Creía que estaba enferma..., ¿no había dicho eso Sönke...? ¿No había tenido Julie que ayudar a su amiga porque *ella* se encontraba mal y no quería ver a nadie?

La señorita Augusta Dehmel —esto hay que admitirlo, a pesar de todo— estaba elegantísima. Llevaba un vestido rojo muy llamativo, pero muy adecuado y propio para una fiesta de personas de gusto entre el campesinado. Émilie supo entonces que el tiempo que aquella mujer no le había dedicado a Sönke se lo había dedicado a sí misma. Y, para ser justos, el resultado era deslumbrante. Se dirigió hacia el señor Whimple, que la saludó un poco nervioso, y conversaron brevemente. Émilie creía que podía leer los labios de ambos. «Buenos días, señorita Dehmel... qué... sorpr...» «Buenos días, señor Whimple. ¿Cree que pasaremos calor hoy?» «Seguramente.» «Entonces, ¿le parece que hago bien llevando sombrilla?» «Sí, desde luego.» «Quizá sea mejor comenzar a caminar, antes de que haga demasiado calor.» «Sí..., estoy esperando a la señorita Sagée porque...» «¿La señorita Sagée? Oh, creo que no vendrá, señor Whimple.» «Ah, ¿no?» «No. Ha tenido uno de sus pequeños... *incidentes*, y no se encuentra bien.»

Émilie se apartó de la ventana y regresó a la silla. Con las manos entrelazadas en su regazo, intentó convencerse de lo que ya tendría que estar convencida. ¡Era ridículo estar triste! ¿Cómo se le había ocurrido pensar que verdaderamente iba a asistir a una fiesta pública del brazo de David Whimple? ¿Cómo se le había pasado siquiera por la imaginación que alguien pudiera dedicarle un elogio al verla lucir aquel vestido azul y aquellas rosas? ¿Cómo se pudo figurar que al final de la jornada podría derrumbarse en su cama y recordar, agotada de felicidad, los alegres momentos vividos durante un inocente día de fiesta? ¡Al menos, ya que no era capaz de dominar su propio cuerpo, debería tener juicio suficiente como para no esperar nada bueno de la vida! ¡Las arañas tejen sus telas en las grietas de las casas, los cuervos comen la carroña, las ratas de agua husmean en las charcas estancadas, y Émilie se queda en su habitación oscura y procura no molestar al resto del mundo! ¡Lo importante en esta vida es saber cuál es tu lugar, y tu lugar, señorita Émilie Sagée, es el rincón más apartado que puedas encontrar, donde no puedas hacer daño a los demás y donde no asustes a las almas cristianas! ¡Vergüenza te tendría que dar, Émilie, pensar siquiera en el profesor David Whimple!

Poco a poco, con aquellas duras reconvenciones que retumbaban en su cabeza, Émilie fue conformándose con lo que el destino le había deparado, y permaneció en su *boudoir*, sola y en penumbra, dispuesta a esperar ocho horas allí sentada hasta que todos regresaran al colegio. Seguramente sería una jornada muy feliz para todos. Ojalá Sönke, y Julie y Antoinette disfrutaran de un día precioso y lo conservaran en sus corazones para siempre. Y respecto al profesor

Whimple y a la señorita Dehmel, Émilie tenía tan buen carácter que ni siquiera deseó que se desatara una tormenta y arruinara la fiesta.

Entonces, alguien llamó a la puerta.

Émilie se encogió como si fueran a golpearla. Imaginó que sería el señor Buch, con su presentido discurso: «¿Cómo se atreve a estar aún aquí, señora mía? Haga el favor de recoger sus cosas y salir de mi casa inmediatamente.» Así que permaneció quieta, con los hombros encogidos y mordiéndose el labio superior. De nuevo se había cumplido la maldición, y...

Volvieron a llamar.

—¿Señorita Sagée! —dijo la voz escocesa de Jonas Fou'fingers al otro lado de la puerta.

Émilie se levantó lentamente y fue a abrir.

El anciano pelirrojo estaba preparado para emprender la caminata hacia la pradera, pero no tardó en descubrir que Émilie no llevaba el vestido adecuado y que, efectivamente, no podrían contar con ella.

La maestra dejó la puerta del *boudoir* abierta y regresó a su silla. El jardinero permaneció durante unos instantes en el umbral y luego se atrevió a adelantarse. Observó con cierta curiosidad el precioso vestido azul marino sobre una butaca y la vara con las tres rosas *moirés*. Después, se acomodó en un sillón y esperó pacientemente.

—¿Le he contado ya la historia de la tía Geltrudd? —preguntó de repente Jonas Fou'fingers.

Émilie, con lágrimas en los ojos, mintió y negó con la cabeza.

—Muy bien. Se la contaré si me invita a una taza de té. Resulta que la tía Geltrudd es toda una institución en mi familia, porque fue capaz de alzarse con el Kidna'prize, el galardón más importante del condado, por su fabuloso pastel de riñones y queso...

Uno de los grandes misterios de este mundo es el movimiento de traslación de los rumores. Estoy persuadido de que los rumores se transfieren entre personas aunque no se comuniquen efectivamente.

Algo así debió de ocurrir en Neuwelke aquella primavera, porque los rumores sobre los *accidentes* de la señorita Sagée aumentaron considerablemente, aunque Antoinette no contó su experiencia más que a Julie y a Sönke. Sönke, por ejemplo, nunca se lo contó a su señorita Augusta Dehmel, pero ésta formó el rumor en su cabeza y lo difundió a su vez entre otros residentes del pensionado. Y aunque el doctor Zalkinis afirmó con absoluta rotundidad que Antoinette se había desmayado por culpa de un sastrero criminal y por falta de oxígeno, Latia quedó convencida para sus adentros de que la señorita Sagée había vuelto a sus hechicerías.

En fin, aunque el señor Buch siguió negándose a admitir aquellas supersticiones, el rumor de que había *alguien* en Neuwelke que hacía *algo* extraño comenzó a recorrer las galerías del pensionado hasta que consiguió teñir los corredores con ese verde pegajoso y sucio de la maledicencia. Una semana después de la fiesta de Nuestra Señora, llegaron a la escuela seis carruajes y se llevaron a siete niñas. Después llegaron otros dos, y más adelante llegaron unos padres con los ojos muy abiertos y aterrados, y sacaron a su hija de allí, farfullando oraciones piadosas e himnos luteranos.

Los profesores asistieron a aquellas disidencias con el aplomo que se esperaba de ellos, aunque miraron de reojo al señor Buch y comentaron en voz baja que la decisión de no tomar ninguna decisión era un tanto arriesgada, y ciertamente muy peligrosa. Cada vez que se conocía el abandono de una alumna, el profesor Whimple se encerraba en su habitación y se entregaba a los pensamientos más románticos, renegando del universo y maldiciendo a toda la Humanidad. (Seguramente, para ser justos, no incluía en esa Humanidad a su adorada Augusta, con quien había comenzado un romance discreto pero *sublime*.) En definitiva, aunque todos estaban dispuestos a defender a la señorita Sagée, era evidente que en algunos casos la confianza en la institutriz se estaba resquebrajando y, entre el alumnado, se estaban soltando pequeñas termitas dispuestas a horadar con sus habladurías todas las vigas y los pilares del Pensionado de Señoritas de Neuwelke. El señor Buch sabía que tenía que traer obreros que taparan las grietas y contratar a fumigadores que acabaran con aquellas termitas: de lo contrario, la gran obra de Eveline acabaría

derrumbándose estrepitosamente y no quedarían de ella más que escombros y ruinas polvorientas. Después, una fina capa de lluvia de olvido iría empapando los restos del caserón hasta que nada quedara de él.

Émilie, aunque cada vez más atemorizada y encogida, siguió dando clases. Y si bien creía que no podía contar ya con el profesor Whimple, éste siempre procuraba tener una palabra amable para con ella, aunque, naturalmente, se habían acabado aquellas confianzas que se dispensaban cuando se podían considerar buenos amigos. Además, por alguna misteriosa razón, cada vez que por azares y casualidades se encontraban solos en un salón de lectura, o en la biblioteca, o incluso en el jardín, aparecía la señorita Dehmel y reclamaba con estudiada amabilidad la presencia de Whimple en otro lugar... con ella. Naturalmente, Émilie no podía reprochar nada a su amigo, pero, por alguna razón, le entristecía aquella relación... aunque, desde luego, no era porque ella tuviera... es decir... en ningún caso se podría pensar que... Émilie adquirió una extraña costumbre: cada vez que aparecía la señorita Augusta y le robaba a su amigo, la institutriz pensaba, como en una letanía: «Davydd Mallwydd, de Casnewydd, cerca de Caerdydd... de Dddehmel.» Era la única pequeña venganza que se permitía, para no lamentarse demasiado.

La señorita Amalia Vi, con su acolchada redondez, también procuraba darle un beso de ánimo cuando la veía demasiado abatida, y los profesores Schaffthausen y Klöcker se empeñaban en gestos cómplices que, al final, no significaban más que «No sabemos qué podemos hacer».

Así que Émilie bajaba a dar sus clases encogida y amedrentada, convencida de que la carta de despido no tardaría en llegar; a veces creía que lo que llegaría en realidad sería un destacamento de guardias que la llevarían ante los tribunales. Después, cuando concluía el trabajo, se encerraba en la biblioteca o, más frecuentemente, en sus aposentos, donde procuraba concentrarse en la lectura porque, en el fondo, estaba harta de llorar. Muchos días ni siquiera bajaba a desayunar con el resto de los profesores y sólo acudía al comedor cuando le correspondía por turno la vigilancia de las alumnas.

A decir verdad, aquel comportamiento no mejoró mucho su situación. Ahora sólo se atrevía a salir de su habitación a horas intempestivas y todos los que creían que la señorita Sagée estaba endemoniada o era una aparecida se asustaban al verla caminar sola por las oscuras galerías del pensionado. Y, según las niñas, aún era más terrible verla pasear por el jardín a altas horas de la noche, sobre todo cuando Émilie no tenía costumbre de salir por la noche al jardín... En fin, en cualquier caso, las miradas se fueron tornando cada vez más esquivas y las distancias respecto a Émilie fueron ampliándose con el paso de los días y las semanas. Había un grupo de niñas, encabezadas por la terrible Christa Dix, que solía presentarse ante Émilie con gesto muy serio y se quedaban allí, plantadas delante de la institutriz, mirándola con los ojos muy abiertos y dispuestas, al parecer, a contemplar un acontecimiento asombroso.

—¿Puede hacer la magia, señorita Sagée? —solía decir la incontenible Christa.

Émilie acostumbraba a cambiar de conversación, o les decía que alguien las estaba buscando, o que era ya la hora de ir a dormir. Y luego procuraba esconderse para que nadie la viera llorar.

Aquella imposible Christa Dix había llegado al extremo de conseguir amotinar a un grupo de dieciséis jovencitas, que una mañana se encaminaron en silenciosa manifestación de protesta hacia el despacho del señor Buch. Una vez allí, se plantaron delante del director y aquella niña

revolucionaria había declarado que ellas tenían *derecho* a ver la magia de la señorita Sagée: las mayores la habían visto y ellas no iban a ser menos.

—¡Magia! ¡Magia! ¡Magia! —gritaron a coro durante un buen rato.

Al parecer, el señor Buch les dijo que él era capaz de realizar juegos de prestidigitación aún mejores que los supuestos trucos de la señorita Sagée. Era capaz de conseguir que durante todo un mes no aparecieran en los platos de aquellas señoritas más que acelgas. ¿Les apetecía ver aquel truco? No. No mucho.

Émilie, sentada en un rincón del jardín, era consciente de que la soledad a la que se había condenado por voluntad propia no era la mejor solución, y que incluso empeoraba las cosas, pero tampoco era capaz de reunir el valor suficiente para enfrentarse al mundo a cara descubierta y soportar todas aquellas miradas que la observaban como una bruja, una hechicera, una endemoniada o quizá algo peor.

Aquel día de junio había sido caluroso y sólo a últimas horas de la tarde, cuando el cielo adquiere esos fatídicos e infernales tonos anaranjados, podía disfrutarse del placer del aire fresco. Llegaba hasta ella, con el anochecer, el intenso perfume de la rosaeda; imaginó que otras mujeres, al inspirar aquellas aterciopeladas fragancias, recordarían los placenteros instantes de una declaración de amor, de una nostalgia adolescente, de un tembloroso beso de niña... ¡Verdaderamente, tenía que ser maravilloso vivir como una persona normal!

Émilie creyó ver los dos ojos de *Ossián* brillando en una de las ventanas superiores. Contó las ventanas y supo que era la habitación de Julie. Ojalá, pensó, aquel gato que huía como alma que llevan los demonios cada vez que la veía pudiera explicarle en qué consistía su maldición.

Además, la institutriz tenía otro problema: por alguna razón, nunca acababa de leer el libro de poemas que le había regalado el profesor Whimple. Se trataba de un pequeño librito en dieciseisavo con algunos poemas líricos del romántico Shelley, que se ahogó en Italia en 1822. (Su mujer era la que había escrito aquella historia espantosa del médico que construía un monstruo con despojos de cadáveres.) El caso es que Émilie siempre andaba de acá para allá con el librito de los poemas de Shelley y, aunque era muy breve, jamás conseguía acabarlo. Y cuando creía que lo había terminado, siempre había un poema al que le encontraba un significado nuevo, y se entretenía durante horas en sus versos. Ahora, a la luz aterciopelada del atardecer, se había detenido en un poema que aquel romántico había dedicado... a nadie.

*Oh, aquí están los espíritus del aire,
y los genios de la brisa del atardecer,
y los dulces fantasmas, con miradas tan hermosas
como el fulgor de las estrellas
entre los árboles al anochecer...*

Las hojas de los árboles se mecían dulcemente con la brisa y las primeras estrellas comenzaban a

brillar en el cielo añil. Ya no era capaz de adivinar las letras impresas y dejó que el librito descansara entre sus manos mientras se concentraba en disfrutar de aquellos momentos de perfumada soledad. Pronto llegaría el verano y entonces...

De repente, en los setos que había a su espalda, se oyó un ruido de hojas rasgadas y crujido de ramas quebradas, como si un animal grande hubiera permanecido allí, escondido, agazapado, acechando, esperando el momento de saltar sobre su presa. Al volverse, Émilie contempló aterrada un rostro enjuto y cadavérico, cubierto con un capote de saco. Aquellos ojos como huevos cocidos y aquella repugnante boca llena de sangre negra formaban una imagen que le resultó dolorosamente conocida. El *père* Balkas se abalanzó sobre Émilie y atenazó con sus manos azuladas y huesudas las muñecas de la institutriz. Al gritar y tratar de esquivar el ataque de aquel loco, ambos cayeron sobre la grava, y el rostro del *père* Balkas quedó a dos pulgadas de la mirada aterrorizada de Émilie.

—¡Ven conmigo, demonio! ¿Acaso creías que podías huir de la todopoderosa Mano de Dios? ¡Levántate! ¡Levántate, demonio del infierno!

Unas gotas de saliva ensangrentada cayeron sobre el rostro de Émilie, que volvió la cara con asco y cerró los ojos. Sentía sobre sí el peso de aquel hombre e intentó zafarse con todas sus fuerzas. Procuró gritar, pero el *père* Balkas, con la ferocidad que confiere el fanatismo y la locura, se incorporó y comenzó a arrastrar a la institutriz; apenas había dos o tres yardas hasta el pequeño murete de piedra que delimitaba la propiedad del pensionado, y Émilie, pidiendo socorro, intentaba aferrarse al césped y a las enredaderas del muro. De repente comprendió que se había alejado demasiado de la casa y que nadie oiría sus gritos. Las niñas estarían cenando y, en mitad de la algarabía que se formaba todas las noches a esa hora, era imposible que nadie distinguiera su voz. Y el carpintero que hizo las ventanas del edificio había sido, por una vez, muy eficaz, y con ellas cerradas apenas ningún sonido del exterior conseguía traspasar los cristales.

Las feroces y huesudas manos del *père* Balkas estaban consiguiendo arrastrar a Émilie hasta el murete de piedra, mientras babeaba sus imprecaciones religiosas y la llamaba bruja, y endemoniada, e hija del mismísimo Satanás, y otras locuras semejantes. Pero entonces se oyeron los ladridos de *Words* y *Cole*, que se acercaban al galope seguidos por el bueno de Jonas, cuyos cansados miembros apenas podían mantener la veloz carrera de los mastines.

—Maldita hechicera —farfulló con aquella boca como brea el *père* Balkas—, volveré, y vendrás conmigo quieras o no quieras... ¡Bruja! ¡Demonio! ¡Demonio!

Entonces, con más agilidad de la que se supone en un hombre viejo al que la muerte se lo estaba comiendo por las encías, saltó el muro y desapareció al otro lado, en medio de la indecisa luz del anochecer.

Aún estaba en el suelo Émilie cuando llegaron los dos mastines. La institutriz nunca hubiera creído que aquellos pacíficos animales pudieran salvarle la vida. En realidad, no se acercaron mucho a ella. La rodearon y, apoyando las patas delanteras en el murete, ladraron a la oscuridad: probablemente ellos sí vieron al *père* Balkas huir por las tierras de labranza, entre los trigales y los centenos ya crecidos.

—¿Pero qué demonios...? ¡Émilie!

—Estaba... ahí...

A pesar de la conmoción, Émilie supo que no podía decir nada de aquel hombre, que no podía decir que era el *père* Balkas de Mulhouse, que no podía decir que lo conocía y que no podía decir las razones por las que había actuado así. Debía mantener la boca cerrada: de lo contrario, tendría que explicar su vida, y su pasado, y su peregrinación, y sus ocultaciones y sus mentiras.

—¡Por el alma inmortal de Robert Bruce! ¿Había un hombre escondido ahí?

Émilie se incorporó y se sacudió el vestido. Aún tenía las muñecas doloridas.

Jonas Fou'fingers comenzó a proferir exclamaciones en escocés. (Por fortuna, un servidor no conoce esa endiablada lengua, así que el lector se verá agradablemente privado de leer los improperios y las blasfemias más horribles que puedan imaginarse.) Luego añadió que había que contárselo todo al señor Buch, que había que hacer venir al señor juez de Wolmar, y a los alguaciles, y que había que contratar a unos cazadores con armas que protegieran la propiedad.

Émilie se había hecho daño en un tobillo al caer, pero aún no lo sabía, porque ese tipo de dolencias se revelan con el paso de las horas, como bien se sabe. Jonas acompañó cariñosamente a su protegida hasta su habitación; quería ir a Wolmar a buscar al doctor Zalkinis, avisar al señor Buch, dar la alarma en todo el pensionado, ponerle a *Cole* y a *Words* los collares de clavos contra los lobos, y colocar trampas en todo el perímetro de la propiedad...

—No, no..., señor Fou'fingers. Haremos una cosa: cierre las puertas de la casa como todos los días y después váyase a dormir. Dejémoslo así... Es improbable que ese hombre vuelva esta noche. Seguramente es un malvado, pero no estará tan loco como para insistir, habiendo visto qué mastines tenemos. Mañana... mañana hablaremos con el señor Buch y...

A regañadientes, Jonas aceptó la propuesta de la institutriz. Cerraría un poco antes las puertas. Se fue protestando en escocés, no sin antes recibir todo el agradecimiento de Émilie.

La profesora de francés comenzó a sentir el dolor del tobillo poco después, y comprobó que había partes del pie que se le estaban hinchando y amarotando.

¿Y qué era eso, comparado con el disgusto y la pena que sintió cuando recordó que había perdido el librito de poemas del señor Whimple..., es decir, el librito de poemas de Shelley?

El número de asombros, admiraciones y exclamaciones que hubo al día siguiente en el pensionado fue digno de una actuación de Paganini. ¡Un hombre, agazapado, en acechanza, en la propiedad del Pensionado de Señoritas!

¿Había atacado a la señorita Sagée? ¿Y a la señorita Amalia Vi? No, sólo a la señorita Sagée. Claro, como siempre anda sola y por lo oscuro... Bueno, pero de eso no estamos discutiendo ahora. La salvó el jardinero. Y los perros. Sí. Los perros estuvieron a punto de devorar al intruso. ¿Y se encuentra bien la señorita Sagée? Tiene una rodilla dolorida. No. Es el tobillo. Ya vino el doctor Zalkinis y le puso una cataplasma. Van a contratar a cuatro cazadores de Wolmar. A cinco. Sí, a cinco o a seis. No vamos a poder salir de la casa. Sí, se podrá salir, pero sólo un poco. Lo que nos diga el señor Buch.

Una de las *maiden* llegó a decir que aquello era el fin del mundo.

Afortunadamente, el Pensionado de Señoritas de Neuwelke no estaba a las puertas del fin del mundo, sino del fin de curso, y, según el señor Buch, aquella propicia circunstancia le permitiría inspirar un poco de aire puro. La semana del desagradabilísimo incidente acaecido en los jardines se despacharon una gran cantidad de cartas: muchas de ellas imploraban auxilio y socorro. Algunas las enviaron las damas de compañía, y otras las propias niñas, aterrorizadas ante lo que podría considerarse un asalto en toda regla a la fortaleza femenina de Neuwelke. El caso es que a lo largo de las semanas siguientes abandonaron la residencia catorce niñas más, y otras advirtieron al señor Buch que no regresarían tras las vacaciones estivales.

El señor Buch se reunió con el espíritu de su esposa en varias ocasiones, y algunas veces más con los profesores, en el fatídico salón Buxhoeveden, pero no llegó a ninguna conclusión que pudiera denominarse decisión. Era como si la ausencia de su mujer hubiera debilitado su antigua determinación y anduviera perdido por los corredores y los salones de Neuwelke. En algún caso podrían atribuirse aquellas dudas al cansancio, a la soledad, a la inminente vejez, al desconsuelo, al hastío o al temor; pero lo cierto es que lo único que movía —o más bien inmovilizaba— al señor Buch era el espíritu de justicia. Exactamente, el mismo espíritu de justicia que impulsó a su querida Eveline a inclinarse hacia él cuando el joven se sintió solo, desprotegido y humillado ante la buena sociedad londinense. Ahora, en opinión del señor Buch, ocurría algo parecido con la señorita Sagée: por razones que aún se le escapaban, aquella mujer se había convertido en el

centro de una conspiración universal. Resultaba que las niñas, que la adoraban, también sentían un horrible temor ante su presencia, o describían situaciones inverosímiles relacionadas con ella, asociándola a demonios y espectros, o se desmayaban en su presencia (lo de la señorita De Wrangel no había sido un simple desmayo, de eso estaba seguro), o se veía obligada a esconderse o encerrarse en sus dependencias para no asustar a los demás, o la asaltaban en los jardines al anochecer gentes desconocidas... ¿Qué ocurría con aquella pobre mujer? Era una magnífica maestra, cumplidora, eficiente, amable y discreta y, sin embargo, todos los males parecían concentrarse en ella. Incluso parecía haber perdido el favor del señor Whimple, el cual ahora dedicaba toda su atención a una *maiden* que había venido acompañando a la señorita Buttgerit-Dientzenhofer.

La pobre señorita Sagée cada vez estaba más abatida y más encogida. El señor Buch sabía que buena parte de las deserciones del pensionado guardaban una estrecha relación con ella, pero se negaba a abandonarla en aquel estado. Seguramente podría hacer algo por ella... Tenía que haber un modo de solucionar aquella situación enloquecida y ridícula.

Sentado en su despacho, el señor Leónidas Buch evaluaba la difícil situación en la que comenzaba a encontrarse el pensionado. Si los rumores traspasaban los muros de Neuwelke y empezaban a correr por los caminos de Livonia, Rusia, Polonia y Alemania, la institución que con tanto amor había levantado su esposa Eveline se derrumbaría sin remedio.

Mientras jugueteaba con una carta cerrada que le habían enviado desde Nancy, el director consideró las disposiciones que se habían tomado con vistas a evitar nuevos ataques como el que había sufrido la señorita Sagée en el jardín y que tanto revuelo había armado entre las damas de compañía, siempre tan proclives al grito y la indignación como a las sales y los sorbitos de *kvas* a escondidas. El señor Buch, conociendo en *casi* todos sus extremos lo sucedido —por boca de Jonas Fou'fingers, el jardinero, más que por testimonio de la señorita Sagée, que parecía aún conmocionada—, pensó dirigirse aquella misma mañana a Wolmar y denunciar lo sucedido ante el juez, el honorabilísimo Uldis Balotrjiodis. El juez, uno de los hombres más justos y equitativos de Livonia, con seguridad, se indignaría y se escandalizaría horriblemente, y prometería al señor Buch que no tardaría en presentarse en el colegio, junto con los dos miembros de la diminuta gendarmería de Wolmar, para investigar el asunto hasta sus últimas consecuencias. Pero el señor Buch sabía que la Livonia ocupada por Rusia no era Inglaterra: el honorabilísimo juez prometería no tardar, pero transcurrirían dos días, tres días, una semana, dos semanas y el señor juez, el honorabilísimo señor Uldis Balotrjiodis, seguiría sin presentarse en Neuwelke. El señor Buch bromeaba consigo mismo diciéndose que era imposible que la justicia encontrara Neuwelke con los ojos cerrados. Así que, mientras la dama de la espada y la balanza conseguía dar con el camino del pensionado, Leónidas Buch había contratado a dos cazadores de Wolmar y, a cambio de una buena soldada, dormían en el establo y vigilaban la propiedad día y noche.

El señor Buch cogió el abrecartas y, confiando en que sus disposiciones sirvieran para algo, rasgó el sobre que el señor Anthony Rose le enviaba desde la École de Filles St Marie-Magdaléenne. Casi se había olvidado de aquel asunto. Pero..., en fin, más valía tarde que nunca. El señor Anthony Rose, con una caligrafía muy hermosa, y casi femenina, certificaba los buenos informes de la señorita Sagée. (A estas alturas, ya nadie necesitaba esa información, pues todos

sabían que era una de las mejores institutrices que podían encontrarse.) En una breve nota final, *monsieur* Anthony Rose agradecía vivamente al señor Buch el interés que se había tomado por la señorita Sagée y le deseaba toda suerte de parabienes a la institución del Pensionado de Señoritas de Neuwelke.

Excelente. Era lo que cabía esperar...

Entonces, curiosamente, cayó del sobre un pequeño trozo de papel, bastante sucio y arrugado. ¡Qué extraño! El papel había girado varias veces en el aire y había conseguido caer al suelo, evitando la barnizada mesa del señor Leónidas Buch. El director se inclinó para recoger aquel escurridizo recorte y lo depositó con alguna prevención en su escritorio.

En aquella nota, en una lengua que sólo por lejano parentesco se asociaba al francés, una persona con poca ilustración y menos higiene había escrito (aproximadamente) lo siguiente:

«*Mammoisel* Emali, te mando esta carta como dijiste, que así me lo dijo tu cuñada Violè. Te juro que la carta de tu señor Buch no salió de la estafeta, que la fui a recoger yo mismo, con un chaleco nuevo que me encontré en la basura. Luego hice todo lo que mandaste. Te agradezco mucho los dineros que me enviaste por hacer el recado. Por aquí, todos bien. Que Dios te guarde, *Edgmont Pifort*.»

El señor Buch no tardó mucho en pasar de la perplejidad a la gravedad. Y, tras reflexionar durante unos instantes, con la carta del señor Anthony Rose delante, los informes que había traído en mano la señorita Sagée y aquella nota grasienta en el escritorio, no tardó en descubrir toda la verdad. Las «s» de los informes se parecían mucho a las «s» de la carta del señor Anthony Rose; era razonable, pues al parecer los habría redactado la misma persona. Lo que no era tan razonable — se levantó y buscó en el archivo algunos documentos oficiales que tuvo que firmar Émilie cuando comenzó a trabajar en Neuwelke— era que aquellas «s» también se parecieran, en sus rasgos más característicos, a las de la señorita Sagée. En realidad, no había mucho que investigar, pues aquella nota mugrienta lo decía bien claro: Émilie había encargado a un villano que recogiera su carta en cuanto llegara a Nancy. La razón era, evidentemente, que no existía y jamás existió la École de Filles St Marie-Magdaléenne, ni el Chemin des Vignobles ni el supuesto *monsieur* Anthony Rose. Desde luego, tampoco eran reales los informes que la propia señorita Sagée había traído a Neuwelke. Las órdenes que tenía aquel ridículo Edgmont Pifort consistían en devolver a Neuwelke una carta que la propia señorita Sagée había enviado a su cuñada *Violè*, junto con otros detalles que no se señalaban. El muy idiota había incluido en el sobre una nota personal, ignorando seguramente que todo se hacía con la intención de llevar a cabo un torpe engaño y una fabulación.

El señor Buch tenía todo el derecho a estar enfadado con la señorita Sagée y, sin embargo, aquella historia resultaba tan extrañamente ridícula que había que darle una oportunidad a la reflexión. Si la señorita Émilie Sagée no era más que una impostora, una falsaria, una fabuladora y, en fin, una delincuente, ¿cómo era posible que fuera tan excelente en su trabajo? Si no tenía ni la cualificación ni la capacitación oficial que se decía en aquellos papeles, ¿cómo era posible que en su trabajo demostrara todo lo contrario y certificara sin duda su laboriosidad y su inteligencia? A

juicio del señor Buch, era evidente que la señorita Sagée sí era institutriz, que tenía experiencia —mucha más de la que decía en realidad en sus informes falsos—, y que había trabajado durante mucho tiempo con alumnos impartiendo clases de distintas disciplinas. Y, sin embargo, lo ocultaba deliberadamente... o no podía declararlo abiertamente por alguna razón. Desde luego, si en otros colegios y otras instituciones le había ocurrido lo mismo que le estaba ocurriendo en Neuwelke, era muy comprensible que la señorita Sagée ocultara toda su experiencia vital y profesional.

Al señor Buch le correspondía ahora calcular si mantener a la señorita Sagée en el colegio era conveniente, peligroso, adecuado, arriesgado, justo, innecesario, pertinente... Tenía ante sí la prueba de que la señorita Sagée había mentido. Aquello bastaba para expulsarla y cancelar el contrato firmado. Y, si las cosas se torcían mucho, servirían incluso para denunciarla ante la justicia y encarcelarla, pues había cometido varios delitos que se castigaban con duras penas de cárcel: por ejemplo, había falsificado documentos y había violado correspondencia privada. ¿Había falseado también su identidad? La vida de la señorita Sagée estaba envuelta en sombras. ¿Podía confiar realmente en que se llamara Émilie Sagée?

¿Quién era, en realidad, aquella mujer?

Tal vez sí era realmente un espíritu diabólico. Aunque, a su juicio, y sin duda, guardaba más parecido con las criaturas celestes.

El señor Buch guardó todos los documentos en un cajón, lo cerró con llave, y miró un reloj de plata que adornaba su mesa.

—Veamos qué sorpresa nos depara hoy la señora Huns.

Los lejanos truenos de la tormenta adornaron el relato.

Sönke continuaba su periplo literario de la mano de la señorita Austen, y ahora se había entregado con devoción a seguir las desventuras de Fanny Price. Ni Julie ni Antoinette eran tan feroces lectoras como Sönke y si a menudo los profesores apreciaban cierta superioridad intelectual en la jovencita de los cabellos inflamados, tal vez ese detalle se debiera a su insaciable apetito literario. Por otra parte, su lectura no se detenía en las finezas literarias o en los planes filosóficos o morales de sus autores: a Sönke le apasionaban los indescifrables laberintos sentimentales y emocionales. ¿Por qué una mujer calla cuando ama a un caballero? ¿Por qué se ocultan vergonzosamente los deseos de riqueza en las relaciones humanas? ¿Hasta dónde es capaz de humillarse un hombre por alcanzar la comodidad económica o social? ¿Cuáles son los límites de una madre a la hora de encontrar buenos maridos para sus hijas? ¿Dónde empieza la libertad de la mujer cuando desea entablar una relación con un caballero? ¿Cuántos paseos puede dar una joven antes de encontrarse «ocasionalmente» con un joven amable? ¿Cuál es el mejor modo de decir la verdad mintiendo? ¿Hasta dónde debe ocultarse la felicidad?

En el caso de la señorita Augusta Dehmel, la joven heredera de la casa Buttgereit-Dientzenhofer estaba persuadida de que sería capaz de ocultar su felicidad durante siglos, en aras de la discreción, si se lo pedía el señor Whimple. Sönke pensaba que su *maiden* había tenido menos éxito al intentar ocultar su profunda frustración y su infinito dolor cuando creía que el señor Whimple y la señorita Sagée escondían un amor apasionado. Después de la *fête champêtre*, cuando la señorita Augusta Dehmel consiguió revertir la situación sentimental a su favor, había tenido la suficiente sangre fría como para no mostrarse excesivamente feliz, y mantuvo su gravedad proverbial sin ir más allá de algunas leves sonrisas que Sönke creía olvidadas.

—Te estoy viendo, Sönke, no te muerdas las uñas.

Aquella facultad maternal —verla aunque no la estuviera mirando— era algo que siempre sorprendía a Sönke. (Era cierto: desde que se reiteraran aquellos extraños episodios fantasmales en Neuwelke, Sönke había adquirido la malísima costumbre de morderse las uñas; el caso de Antoinette era peor: se arrancaba pelos de las cejas; y Julie había comenzado a morderse el labio superior.)

Sönke observó a su *chaperone* y se alegró profundamente de que Augusta hubiera podido

alcanzar su sueño. Ella sabía —como saben todos nuestros lectores— que la señorita Dehmel había tenido una horrible experiencia amorosa cuando era muy joven, y que prácticamente había asumido que terminaría sus días en una casita de campo cuidando varias docenas de gatos. El señor Whimple, desde luego, «había hecho reverdecer las flores de la pasión» (Sönke *dixit*) y la joven heredera se alegraba: la señorita Augusta era tan buena que merecía un amante tan romántico como el señor Whimple y un marido tan cariñoso como el profesor Whimple. (De todos modos... Sönke no estaba segura de que aquella relación amorosa repercutiera favorablemente en su expediente académico, aunque el señor Whimple podría trazar fácilmente una sucesión de relaciones convenientes para todos: era evidente que su amada señorita Dehmel se sentiría mucho más feliz si su tutelada, Sönke Buttgerit-Dientzenhofer, regresaba a casa con unas calificaciones «apropiadas».)

—¿Qué estás mirando por la ventana, Augusta?

—Nada.

No es que se pretenda aquí disculpar la sequedad y rigor de la señorita Augusta Dehmel, pero la climatología podría excusar al menos su exasperado estado de ánimo. Desde primera hora de la mañana había estado irritable y nerviosa. Por los gritos de la señorita Amalia Vi y los rugidos del profesor Schafthausen, había sabido que las mismas alteraciones se habían producido en algunas jovencitas y en los propios maestros. A medida que fue avanzando el día, el calor fue haciéndose cada vez más húmedo y molesto. Augusta Dehmel podría haber asegurado que Neuwelke se encontraba en mitad de un pantano lleno de mosquitos y que no era un gran caserón palladiano, sino un palafito levantado sobre troncos de árboles selváticos atestados de carcomas y termitas.

La señorita Dehmel observó de reojo a su pupila, que aún mantenía el meñique entre los labios, y sacó su pañuelo de la manga para enjugarse una irritante gota de sudor que comenzaba a caerle por la sien.

Estaba intentando ocultarse tras los visillos de la ventana cuando un fulgor plateado invadió la habitación y palpitó con el nerviosismo de un insecto tratando de huir. El relámpago huyó veloz de la sala y a continuación se pudo oír un violentísimo trueno, como si Dios hubiera decidido arrojar un millón de piedras y rocas sobre el mundo. Sönke se encogió y se tapó la admiración con la mano, pero la señorita Dehmel permaneció impassible observando algo detenidamente desde su privilegiada posición junto a la ventana.

Casi de inmediato comenzaron a caer gruesos goterones de agua caliente y sucia, y al cabo el cielo se desató en una furiosa tormenta estival.

Tras unos breves instantes, la señorita Augusta se acercó al sofá en el que se encontraba su pupila y se sentó junto a ella con el rostro pálido y hierático; extrañamente, su gesto delataba una furia que Sönke había visto pocas veces en su rostro.

—¿Te encuentras bien, Augusta?

La señorita Dehmel tardó una eternidad en contestar. Finalmente se levantó y se dirigió a la puerta.

—Sigue leyendo. Volveré enseguida.

De tanto en tanto la galería se iluminaba con los fulgores de los rayos y los relámpagos, y retumbaba con el estruendo de los truenos. Augusta Dehmel avanzó con decisión por los pasillos

hasta que alcanzó la escalinata central, se recogió levemente la falda del vestido y comenzó a descender con la ligereza de quien sabe perfectamente cuál es su destino. Al llegar a la segunda planta, escogió con gesto feroz el pasillo que conducía a las dependencias de los profesores, y avanzó hasta dar con la llamada salita de los zorros (porque allí se guardaban doce pequeños cuadros en los que se describía la cacería del zorro en Inglaterra). Abrió la puerta sin llamar, y el profesor Klöcker levantó la mirada de su libro con la sorpresa de quien se ve descubierto fisgoneando en las ruinas de un palacio romano.

—Disculpe —dijo secamente la señorita Dehmel, y volvió a cerrar la puerta.

Luego, sujetando de nuevo con furia la falda, se dirigió a la sala de lectura y abrió intempestivamente la puerta, que golpeó contra una mesita que se hallaba detrás. El juego de copas de cristal que había en la bandeja tiritó durante unos instantes y alguna pieza estuvo a punto de quebrarse.

Émilie se encontraba de pie, de espaldas a la puerta, leyendo unos papeles, y se volvió un tanto sorprendida y asustada ante semejante interrupción.

Augusta avanzó lentamente y cerró la puerta tras ella. Luego se adelantó hasta colocarse frente a la señorita Sagée. Incluso ciega de celos, Augusta era consciente de la dulce belleza francesa de Émilie y podía admitir que aquellos ojos imposibles eran lo más hermoso que había visto jamás en el rostro de una mujer.

Hacía mucho calor y unas gotas de sudor perlaban la frente de la señorita Dehmel, a la que ya empezaba a dolerle la mandíbula por el esfuerzo de apretar los dientes con toda la violencia de su pasión.

—Oh, señorita Dehmel, qué... sorpresa. ¿Puedo ayudarla en algo? —dijo Émilie, con una sonrisa tan dulce como inocente.

Era una sonrisa tan dulce e inocente que a Augusta Dehmel le pareció la peor burla que pudiera representar un demonio de aquelarre. En opinión de la *chaperone* de Sönke, era difícil que pudiera volver a encontrarse con una víbora tan desvergonzada. Y seguramente, a su parecer, era imposible que la peor cortesana tuviera la desfachatez de aquella mujer. (También pensó otras cosas parecidas, pero un servidor cree que no hay necesidad de insistir en lo que queda suficientemente descrito.)

—¿Qué demonios cree que está haciendo, maldita zorra? —preguntó la señorita Dehmel mascullando las palabras.

Émilie entrecerró los ojos, como si no fuera capaz de entender aquellas palabras, sorprendida entre la indignación y el asombro.

—Pero..., señorita Dehmel...

Desde la ventana de la habitación, Augusta había asistido a la escena más dolorosa que pudiera haber imaginado. El universo lo había organizado todo para que de aquel momento brotaran mariposas azules y miles de pétalos de rosas púrpuras se derramaran desde el cielo. Al principio, la señorita Dehmel había estado observando a su amante en el jardín. Permanecía apoyado en una de las columnas de la rosalada, al parecer absorto en la lectura de un libro. Luego, sorprendentemente, la señorita Sagée se había acercado a él y, entre risas y sonrisas espantosas y dolorosísimas, habían conversado con una complicidad verdaderamente repugnante. Aquella

indecente situación se prolongó durante unos minutos, y Augusta pudo ver cómo su rival le mostraba el zapato al señor Whimple. Seguramente pretendía mostrarse doliente: «¿Aún le molesta el tobillo, señorita Sagée?», «Oh, un poco, un poco... Creo que necesitaré tu brazo para caminar, David.» ¡Qué asco! ¡Ni siquiera era capaz de tratar al señor Whimple con la decencia apropiada y conveniente! Y entonces comenzó a llover, y ella fingió que no precisaba el apoyo de David, pero cojeaba de un modo tal que ningún caballero le habría negado el brazo. Y, sin embargo, ella no se enlazó a su brazo, sino que le dio la mano... Sí: Augusta estaba segura de que *ella* le había cogido la mano a *él*, y nadie en el mundo podría convencerla de que había al menos seis o siete posibilidades distintas en aquel acto. Entonces comenzó a llover torrencialmente, pero ellos no se asustaron con los rayos y los truenos: corrieron cogidos de la mano entre los rosales. La lluvia golpeaba en las rosas y luego se derramaba perfumada sobre sus cabezas: ¡no estaban asustados ni temían mojarse! Corrían cogidos de la mano, entre risas, mientras los pétalos de las rosas y la lluvia caían a su alrededor. Aquella escena había durado una eternidad en las pupilas de Augusta Dehmel, hasta que ambos alcanzaron la puerta del colegio y desaparecieron de su vista.

Una furia irreprimible, una violencia hervida durante semanas enteras en el estómago, había conseguido que Augusta Dehmel casi enfermara mientras Sönke le preguntaba si se encontraba bien. Desde luego que no. ¿Cómo iba a encontrarse bien? Era *ella* quien tenía que haber acudido a la rosaleda, quien tenía que haber cogido de la mano a David, quien tenía que haber corrido bajo la lluvia con él mientras miles de pétalos de rosas se derramaban sobre sus cabezas. Y sin embargo, aquella zorra de Émilie Sagée había usurpado su lugar, y había gozado de un momento que a ella se le negaría para siempre. Y muchos años después, David seguiría recordando aquel instante glorioso en el que corrió entre las rosas de la mano de Émilie... ¿Y dónde estaba ella? Mirando por la ventana, como una loca, como una enferma, como una mujer con el corazón seco y podrido.

La señorita Dehmel levantó la mano y le dio una violenta bofetada a Émilie.

Es probable que, en otra situación, Augusta hubiera expresado su furia de otro modo, quizá con algún feroz sarcasmo, o con una amarga ironía, o con una pregunta que sólo su corazón arruinado podría responder. Pero había demasiado dolor en su pecho como para entretenerse en argumentos y palabras: aquella institutriz francesa se merecía aquella bofetada por haberle arrebatado un momento de felicidad que sólo le correspondía a ella.

Un pequeño rubí comenzó a brillar en el labio inferior de Émilie.

Las lágrimas anegaron los ojos de Augusta. ¡Aquella gota de sangre incluso lograba embellecer aún más el rostro de su rival! Como ocurre en la mente de quienes se sienten devorados por los celos, Augusta era capaz de ver en Émilie incluso más bellezas de las que realmente poseía la institutriz francesa. El óvalo de su rostro, sus brillantes cabellos ondulados, aquellos ojos de agua helada, aquellos labios sensuales adornados con un nuevo rubí tembloroso... Sí, todo en aquella mujer parecía mágico y revelaba el poder de los ángeles, mientras que ella se había dejado arrastrar, por su locura de amor, a las simas del odio y el resentimiento. Y las consecuencias ya se le presentaban a Augusta como acontecimientos evidentes: todo el mundo que conozca los rudimentos de la *physiognomica* sabe que el odio y el rencor deforman los rostros y marchitan cualquier atisbo de belleza.

De todos modos, Augusta Dehmel tenía una excusa... un consuelo podría llamarse. Al menos ella no tenía tratos con el demonio. Según el *père* Balkas, la institutriz francesa estaba endemoniada y le esperaba una eternidad de suplicios y sufrimientos en el infierno. Era un consuelo magro y flaco: poco importaba toda una eternidad de miserias si había gozado de aquel momento de felicidad. En cambio, Augusta podía disfrutar de mil eternidades en el Paraíso, pero jamás podría decir que había corrido de la mano con David bajo la lluvia por los caminos de la rosaleda de Neuwelke. ¿De qué le servían un millón de eternidades con Dios si no había podido sentir el gozo de un momento así?

La señorita Émilie Sagée procuró retirarse la sangre del labio con el envés de la mano, y aquella mancha rosada extendiéndose lentamente por su rostro, desde la comisura de la boca hacia la mejilla, consiguió convertirla en la viva imagen de Freyja, la que conversa con los espíritus y posee el don de la magia, la amada por los guerreros y los príncipes. Cada ofensa que le infligía sólo conseguía iluminarla aún más, y embellecerla aún más, y hacerla brillar aún más, hasta convertirla en un ser angelical y resplandeciente...

¡Cuánta razón tenía el *père* Balkas! ¡Había algo maléfico en aquella mujer! ¡Algo sobrenatural y diabólico!

Y al abandonar aquella sala, Augusta deseó furiosamente ver el cuerpo desvencijado de aquella bruja colgando de una horca en el patio de la prisión de mujeres de Riga.

El honorabilísimo Uldis Balotrjiodis, juez y representante de la ciudad libre de Wolmar y superintendente de la *novadi* o antigua municipalidad de Valmiera, era uno de esos hombres que —en su propia opinión— podría haber sido modelo de varias esculturas de bronce en las grandes ciudades de Europa; y no precisamente por su atlética figura —una cualidad que Dios le negó en favor de una notable superioridad intelectual—, sino por su talla moral y política. Por desgracia, como le ocurre a la mayoría de los grandes hombres de nuestro tiempo, el honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis había nacido en un lugar apartado (Baltinava) y las circunstancias de la vida lo habían conducido a aquel remoto pueblo de los pantanos llamado Wolmar. De haber nacido en Londres, ya haría años que ocuparía un lugar destacado en la Corte Suprema, y si hubiera nacido en París, con seguridad le habría disputado el puesto al mismísimo Polignac.

Todas aquellas ideas de grandeza habían permanecido vivas en el corazón del honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis hasta que cumplió los cincuenta años. Su esposa, una rusa de Nóvgorod que con los años había ido adquiriendo un asombroso parecido con las gallinas, también se había ocupado de avivar el fuego de la ambición. Cada vez que el honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis viajaba a Riga, en calidad de representante de la ciudad libre de Wolmar o en calidad de superintendente de la municipalidad o en calidad de juez, la señora Balotrjiodis se encargaba de decirle lo que tenía que hacer: comprar algún regalo para los miembros del Tribunal Supremo, encargar flores para la esposa del condestable-gobernador ruso Sergei Sveskhinov, invitar a comer al señor alcalde (que también era ruso, y de Nóvgorod, como ella) o, al menos, intentar despachar con alguno de los miembros del Consejo de la Ciudad. El caso de la gallinácea esposa del señor juez no es raro: todos conocemos a personas que saben perfectamente cómo tienen que actuar los demás para prosperar en la vida, aunque al parecer tienen dificultades para descubrir cuáles son los secretos que favorecerían sus propios ascensos sociales. En el caso de la señora Balotrjiodis, ella no tenía ninguna duda de que su marido no había llegado más alto en el escalafón jurídico o político porque el pobre no tenía muchas luces y, con los años, se le iban apagando las pocas que había tenido. No cabe sino señalar que el honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis no habría suscrito semejante afirmación. El caso es que el magistrado no había conseguido establecer las relaciones precisas para que los políticos y los jueces de los tribunales superiores lo recomendaran para algún puesto de relumbrón, o para alguna embajada en Occidente

—como secretamente anhelaba el propio juez.

Así que los años habían ido mullendo su sillón vitalicio en el tribunal de Wolmar con la misma constancia que había ido excavando una oquedad en el colchón matrimonial. (En ello también tenía alguna parte la notabilísima ampliación abdominal que había tenido lugar en la franja intermedia del juez en los últimos años de la cincuentena.) Su esposa ya ni siquiera se esforzaba en cacarear reproches a su marido, aunque secretamente lamentaba no haberse casado en su juventud con el ganadero Piotr Vassilievich, que ahora tenía un hermoso palacio en San Petersburgo y ya no olía a orines de vaca. Y, como ocurre en muchos matrimonios, ambos se habían ido conformando con su suerte, y admitían que, aunque podrían haber tenido una vida mucho mejor, también podría haber sido mucho peor. No se amaban ni se admiraban, pero podían estar en la misma sala sin insultarse, lo cual es enormemente satisfactorio para la mayoría de los matrimonios.

Sin embargo, las perspectivas del honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis cambiaron súbitamente aquel día en que un ujier del tribunal de Wolmar le comunicó que había un hombre extraño en la sala de espera, y que deseaba mantener una entrevista con él.

Cuando se le hizo pasar —tras veinte minutos de preceptiva espera; innecesaria, pero preceptiva—, el magistrado no pudo menos de sentir una insoslayable repulsión. Era un individuo flaco y magro, encorvado, con un pelo blanquecino que le caía desde las sienes, por encima de las orejas, hasta los hombros; tenía llagada la piel del rostro y las manos, y al abrir la boca se veían grumos de sangre negra que casi le impedían hablar. Además, desprendía un repugnante olor a infecciones y orines. Y es extraño que el magistrado pudiera discernir ese detalle, porque con frecuencia los juzgados son los lugares más rancieros de las civilizaciones occidentales y en muchas ocasiones simplemente apestan a humedades y podredumbre.

El honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis entendió que aquel hombre era una especie de clérigo cristiano procedente de Mulhouse, que tenía un mandado eclesiástico de Roma, y que se hacía llamar Eliazer Balkas, aunque todos sus «amigos» lo conocían como *père* Balkas. (El juez se preguntó sinceramente si un individuo como aquél habría conocido en algún momento de su vida el placer de la amistad.)

Al parecer, durante muchos años había estado persiguiendo demonios, vampiros, súcubos e íncubos, una afirmación que consiguió fruncir el entrecejo del juez, que no estaba muy dispuesto a escuchar una larga declaración de un loco, por muy entretenida que fuera. (Los jueces, ya se sabe, son poco dados a los amables y ociosos placeres de la vida.) De todos modos, el *père* Balkas consiguió mascullar algunas mentiras interesantes: lo suficientemente interesantes como para que el magistrado permaneciera en silencio escuchando su demencial relato y calculando las posibilidades de obtener algún beneficio de aquel insensato. (Resultaba asqueroso ver a aquel anciano babeando sangre negra y tragando aquellos grumos mientras intentaba explicar que había brujas y hechiceras en Livonia.)

¿Cuántos años... cuántos lustros hacía que no se instruían causas en Livonia contra brujas y hechiceras? Mientras aquel viejo demente seguía borboteando y salpicando con diminutas gotas de brea su escritorio, el honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis repasó mentalmente aquellas circunstancias que le resultaban especialmente interesantes. Por ejemplo, creía recordar que

quince años antes se había presentado en el tribunal una querrela contra una anciana de una aldea; los querellantes aseguraban que la anciana había echado mal de ojo a sus cerdos y que éstos estaban muriendo sin remedio. En aquella ocasión no hubo abogados, porque demandantes y demandados eran tan pobres que no podían pagarlos. El juez Balotrjiodis sobreyó el caso, pero ordenó a la anciana que no pasara por los caminos cercanos a la granja de cerdos, y así se evitarían mayores inconvenientes, hasta que fenecieran todos los cerdos por culpa de la peste, que era la verdadera causa de tanta mortandad. Pero, desde aquel caso, no se había formalizado en Wolmar ningún auto judicial por un motivo de hechicería fehaciente.

El *père* Balkas seguía farfullando su historia de persecuciones contra demonios y aparecidos, relatando pormenorizadamente los lugares en los que había estado y las acciones que había emprendido contra aquellos seres de las tinieblas.

Mientras, el magistrado se levantó y buscó en las estanterías un volumen concreto. Iba señalando con el dedo índice los lomos de los libros, hasta que dio con el que le interesaba. Lo sacó y lo depositó con reverencia judicial sobre su mesa de escritorio. Luego repasó con el dedo el sumario y, a continuación, entre miradas discretas al *père* Balkas, encontró el párrafo que estaba buscando. No le extrañaba que la legislación aún mantuviera vigentes aquellos obsoletos artículos sobre brujería y hechicería; los rusos eran tan supersticiosos que jamás cambiarían esa herencia de la secular legislación de Livonia. Por otra parte, si alguna vez el país conseguía ser libre e independiente, con seguridad se conservaría aquel articulado referido a las «Actividades de hechicería contra personas y bienes, por cualesquiera medio, sea de brujería, magia, encantamiento o aojamiento». Todos los letones eran fanáticamente devotos de espíritus y demonios, de modo que siempre sería necesario mantener en el código penal graves condenas contra los hechiceros, brujos, vampiros y cualesquiera seres espectrales. El mismísimo condestable-gobernador de Riga, Sergei Sveskhinov, era tan decididamente supersticioso que cuando tomó posesión de su cargo no le bastó contar con la presencia y la bendición del pope de Riga, sino que dispuso sahumeros y velorios por todo el palacio de la Gobernación, hasta que quedó convencido de que no había «presencias indeseables» en las dependencias que iba a ocupar...

El *père* Balkas aseguraba que llevaba muchos años persiguiendo a una bruja que había cometido los crímenes más horrorosos que pudieran imaginarse. Tras tragar un grumo de sangre negra, el clérigo afirmó que la institutriz francesa llamada Émilie Sagée había enloquecido a muchos niños y niñas en Francia, que había hecho enfermar a muchos otros, y que probablemente les había mutilado partes de su cuerpo para utilizarlas en sus aquelarres. Es posible que afirmara que *mademoiselle* Sagée había asesinado a algún niño, o que lo había cocido en un caldero, u otras locuras semejantes, pero, si lo dijo, el juez no pudo entenderlo. Además, había provocado graves dolencias a muchos ancianos, a los que finalmente había llevado a la tumba. Él tenía constancia de que la dicha Sagée había sido vista en cementerios recogiendo despojos de los cadáveres, y en otras ocasiones, en los bosques, cazando sapos, murciélagos, sierpes y gusanos con los que previsiblemente llevaba a cabo sus encantamientos y hechicerías. Eran incontables, según aquel clérigo de la boca podrida, los animales que había matado, directamente o por influencia de aojamiento. Asimismo, se podían rastrear los lugares en los que había vivido la

dicha mujer, y se observaría cómo había dejado un rastro de muerte, y peste, y hedor sulfuroso que la vinculaban necesariamente a las artes diabólicas.

Pero, sobre todo, el *père* Balkas contaba con el testimonio de una mujer que vivía, como la dicha Émilie Sagée, en el Pensionado de Señoritas de Neuwelke. Por razones de su ministerio, el nombre de la dicha mujer no podía revelarse, pues la declaración se había tomado en confesión. Así pues, se ejercitaba la persecución de hechicería, tal y como ordenaba Roma, pero se omitía el nombre de la denunciante. (Tal había sido el procedimiento desde los albores de la Santa Inquisición, y el *père* Balkas no estaba dispuesto a traicionar tan vetusta tradición.)

El testimonio de la enigmática mujer del pensionado contra la bruja Émilie Sagée era muy detallado: decía que la hechicera era capaz de desdoblarse en variedad de espectros, yendo aquí o allá donde más le conviniera, para llevar a cabo los encantamientos que pretendiera; que asustaba a las niñas y que algunas habían estado enfermas por causa de sus artes diabólicas, y que a otras se les saltaba la sangre de la nariz, y que muchas ya andaban mustias y que pronto caerían enfermas y probablemente morirían; que algunas personas adultas también habían enloquecido por las pócimas y enredos de la señorita Sagée, y que con precisión intentaba la dicha bruja privar de conocimiento a un profesor llamado David Whimple; que había nublado la inteligencia del señor Buch, a quien el ilustrísimo juez probablemente conocería, sí, lo conozco bien, eso me parecía, y que por esa razón no había sido expulsada aún del Pensionado de Neuwelke. Pero lo peor de todo es que había acabado con la vida de la pobre señorita Eveline Buch, que se estaba recuperando mucho gracias a los cuidados del doctor Zalkinis y ya estaba a punto de levantarse. Además, sólo un milagro consiguió que se pudiera evitar el asesinato de una joven llamada Antoinette de Wrangel, pues la encontraron desmayada en el suelo y a la dicha Sagée inclinada sobre ella, intentando asfixiarla o chuparle la sangre o dispuesta a cometer horrendos actos impuros con la pobre niña...

—Bien, bien, no es necesario seguir...

El *père* Balkas depositó con cuidado en el escritorio del señor juez un enorme cartapacio donde se apilaban todas las pruebas contra Émilie Sagée, desde su paso por Mulhouse hasta los últimos billetes y declaraciones que la enigmática denunciante de Neuwelke le había ido enviando a la posada donde el clérigo tenía habitación y residencia provisional.

El juez revisó cuidadosamente aquella mugrienta y apestosa documentación. Era evidente que aquello no servía de mucho, pues eran declaraciones que se habían tomado sin ninguna garantía procesal, y las notas, por otra parte, no se referían más que a acontecimientos que podían ser ciertos o no.

Sin embargo, había tres aspectos en aquel asunto que concitaron la atención del honorabilísimo juez Uldis Balotrijodis: el primero, que los sucesos relacionados con la brujería y la hechicería podían ser ciertos o no —seguramente no—, pero se recogían efectivamente en el código penal; en segundo término, que había indicios de agresiones e incluso crímenes cometidos por esa mujer contra personas y bienes ajenos, además de posibles envenenamientos u otros actos criminales, y eso ya no se reducía a superstición, sino a hechos delictivos que debían perseguirse legalmente; y en tercer lugar, que las acusaciones imaginarias y las sospechas reales podían conjugarse maravillosamente para dar una agradable sorpresa al señor condestable-gobernador de

Riga, Sergei Sveskhinov, que seguramente se mostraría encantado de que se persiguieran en Livonia a las brujas y las hechiceras.

El magistrado no pudo convencer al *père* Balkas de que le permitiera examinar las notas del cartapacio con más detenimiento. Aquel clérigo enfermo se limpió la brea de la boca con la manga de sus hábitos y le dijo que aguardaría en la posada su resolución final. Esperaba, al parecer, que el honorabilísimo juez Uldis Balotrijodis llevara a cabo la instrucción pertinente y decidiera investigar el caso, apresar a aquella consorte de Satanás, encausarla y procesarla en Wolmar y ejecutarla en Riga, tal y como probablemente ordenaban las leyes.

Aquel enfermo abandonó el despacho del magistrado arrastrando los pies y mascullando referencias bíblicas al tiempo que se tragaba con dolor sus miasmas negras y sanguinolentas.

El juez permaneció en su despacho durante todo el día, dispuesto a pensar en las posibilidades que se le ofrecían con aquel extraordinario caso. Y comenzó a abrigar en su pecho la esperanza de poder convencer al condestable-gobernador de Riga, y a otros emperifollados prebostes, de su valía y su talento investigador. Desde luego, un juez tan ilustrísimo y tan honorabilísimo como Uldis Balotrijodis no podía creer en todas aquellas paparruchas de fantasmas, espectros, hechicerías, aojamientos, bebedizos, pócimas, talismanes, ungüentos, vampiros, súcubos, íncubos, magias y encantamientos. Era imposible procesar a Circe. Pero sí podía *cazar* a una mujer que tuviera a sus espaldas quince o veinte espantosos crímenes, su nombre acabaría apareciendo en todos los periódicos de Livonia. E incluso en los de San Petersburgo.

Aquella noche, aferrado a su almohada, y hundido en la oquedad forjada durante tantos años de cómoda magistratura, al lado de su gallinácea mujer, el juez se imaginó interrogando a una verdadera hija de la perversión, a una criminal escurridiza que había asfixiado a niños en la cuna, o que los había ahogado en lagunas y pantanos, o que se los había robado a sus madres, con el fin de extraerles sus tiernos órganos y darse a toda suerte de orgías, locuras y supersticiones; tal vez se encontraría con una mujer hermosa decidida a apropiarse de herencias y últimas voluntades, por medio de suplantaciones, engaños y estafas, o mediante horripilantes crímenes; tal vez sólo era una mujer enloquecida por su pasión sexual hacia las jóvenes, a las que asesinaba cuando la descubrían en sus nefandas abominaciones; tal vez era cierto que había precipitado de algún modo la muerte de la pobre señorita Eveline (el propio juez había asistido al funeral en la ermita de Nuestra Señora) y parecía bastante fundamentado el episodio en el que descubrieron a la criminal acechando a la señorita De Wrangel mientras ésta se hallaba inconsciente en el suelo.

Aunque su alcoba estaba sumida en una profunda oscuridad, el señor juez Uldis Balotrijodis hizo un gesto de severa afirmación: sí, él conseguiría que aquella mujer confesara todos sus horrendos crímenes, desde su huida de Dijon hasta su llegada a Wolmar. Desde luego: nadie se resistía a la perspicacia indagadora del juez Balotrijodis. Y entonces, cuando todo el mundo supiera que la famosa criminal Émilie Sagée —convicta de dieciséis infanticidios, y doce asesinatos más, aparte de numerosos envenenamientos y otros delitos no menores— había caído en manos de la justicia, gracias a la habilidad, pericia y saber hacer del juez de Wolmar, lloverían los halagos, las exclamaciones, las invitaciones, los artículos elogiosos, los cargos y las prebendas. Y entonces su mujer, aquella gallina rusa que no hacía más que roncar a su lado, tendría que tragarse sus palabras y reconocer que su marido no sólo había sido infravalorado

durante muchos años, lustros y decenios, sino que verdaderamente era merecedor de todos los ensalzamientos que le dedicaban en los periódicos de Londres, París, Viena, Hamburgo y Moscú.

Tal vez entonces, cuando el cuerpo de aquella famosa asesina se estuviera balanceando en el patio de la cárcel de Riga, el señor condestable-gobernador solicitaría humildemente poder almorzar con el honorabilísimo juez Uldis Balotrijodis; y quizá entonces fuera él quien se negara. ¿Por qué un personaje tan lustroso como el juez iba a reunirse con un soldado mediano pudiendo sentarse a la mesa con el mismísimo zar de Rusia o la joven reina Victoria de Inglaterra?

Dos días después, tras un frugal almuerzo, el honorabilísimo juez Uldis Balotrijodis recogía en su carruaje a aquel extraño *père* Balkas para dirigirse al Pensionado de Señoritas de Neuwelke con el fin de efectuar ciertas «comprobaciones preliminares» antes de abrir un sumario de indagaciones procesales contra la demandada Émilie Sagée.

Instalado cómodamente en el interior tapizado, el magistrado se apartó un poco cuando subió el clérigo, espoleado por la repulsión que le producía aquel individuo con la boca llena de pez, y luego dio dos golpecitos con el bastón en el techo para indicar al cochero del pescante que podía emprender el viaje hacia Neuwelke.

Lo había estado meditando seriamente durante dos días enteros. Y la ambición y las esperanzas de gloria habían nublado algunos aspectos de la cuestión que posiblemente debería haber tenido en cuenta. Lo cierto es que en su mente sólo veía a una mujer que se derrumbaba para admitir, ante un glorioso e implacable juez, que efectivamente había cometido toda suerte de crímenes contra niños y ancianos; después, el magistrado Balotrijodis sólo era capaz de imaginar notas de felicitación procedentes de Londres y París, de Viena y Hamburgo, de Ginebra y Estocolmo, en las que los ministros, los príncipes y los reyes alababan el talento de aquel juez de Wolmar que había conseguido apresar a una de las grandes criminales del siglo...

En Moscú se estaba procediendo contra una viuda noble llamada Dorya Saltykova, de la que se contaban horribles historias: se aseguraba que había torturado y asesinado a decenas de mujeres jóvenes, infligiéndoles horribles penalidades. Sin embargo, los jueces todavía no habían sido capaces de probar nada contra aquella mujer y por esa razón aún no la habían conducido al patíbulo. Él no caería en la incompetencia de los tribunales moscovitas y sacaría a la luz —en menos de quince días— los espantosos crímenes que Émilie Sagée había cometido contra niños y jovencitas.

Mientras el carruaje se bamboleaba y el magistrado meditaba las preguntas que podría plantear a la acusada para que el efecto en su mente resultara devastador, el *père* Balkas había sacado su cartapacio —el juez jamás había imaginado que el papel pudiera acumular tal cantidad de suciedad— y había comenzado a narrar pormenorizadamente los casos que, según él, estaban relacionados con la hechicera de Neuwelke.

—Estuvo también esta mujer en un colegio de Friburgo —decía el viejo, tragando los grumos negros que le rebosaban en la boca— y una vieja que se ocupaba de limpiar los fogones en aquel colegio me aseguró que había... que había visto a Émilie Sagée revolcarse en nueces.

El juez se tapó la nariz con su pañuelo perfumado y miró por la ventana, asqueado de su

compañero de viaje.

—¿Nueces?

—Pues claro, señorita: ¡nueces! —exclamó el *père* Balkas limpiándose las babas negras con la manga—. Las brujas suelen revolcarse en montones de nueces. Luego les dan esas nueces hechizadas a las niñas, y así pueden llevarlas con más facilidad a los aquelarres.

—Ah, comprendo...

Por vez primera comenzaba a tener la absoluta certeza de que aquel hombre enfermo no era más que un loco y que quizá había cometido un error al dejarlo entrar en su despacho. De todos modos, pensaba, conocía bien al señor Buch y no creía que se molestara por «ir a saludarlo y a preocuparse por su salud, tras la muerte de la señorita Eveline; fue una terrible pérdida para todo el pueblo de Wolmar, como podrá imaginar...». Si le preguntaban por qué se hacía acompañar de aquel hombre, podría contestar que... bueno, algo se le ocurriría... que era un piadoso clérigo que se había sentido conmovido por la larga enfermedad y el fallecimiento de la señorita Eveline y etcétera etcétera etcétera.

—El doctor Johannes Wierus, llamado *el Piscinario*, dejó escrito en su *De Praestigiis Daemonum* que había siete millones cuatrocientos nueve mil ciento veintisiete demonios, organizados en setenta y nueve principados que...

El honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis observó los campos por la ventanilla del carruaje y sintió el calor asfixiante que se desprendía de los trigales ya crecidos. Su compañero de viaje resultaba completamente apestoso y, si no fuera porque no cejaba en su empeño de contar demonios, el magistrado habría jurado que estaba muerto. Al mirarlo de reojo, con el pañuelo perfumado tapándose la boca y la nariz, contempló al viejo *père* Balkas inclinado sobre su cartapacio, repasando con el dedo las cifras y los datos que estaba recitando, y vio cómo aquellas babas negras le caían sobre los papeles...

—Sin embargo... sin embargo, podemos estar seguros de que hay seis legiones de demonios, con sesenta y seis cohortes cada una, dispuestas en seiscientos sesenta y seis compañías de seis mil seiscientos sesenta y seis demonios cada una. Así que no hay siete millones de demonios, ¡sino más de mil setecientos millones...!

Cuando pasaron la cancela de la propiedad de Neuwelke, el juez sabía ya quiénes eran —por riguroso orden alfabético— Abbadón, Abigor, Addú, Araziel, Behemot, Belfegor, Botís, Buné, Decarabía, Eligor, Focalor, Hyyah, Kingú, Lucifer, Marshushiáh, Olivier, Orias, Samael, Tamiel, Tsobabel, Vassagó, Zimimar, y los nombres y apellidos de otros cuarenta mil demonios con los que el *père* Balkas consiguió insuflar en el magistrado un molestísimo dolor de cabeza.

Leónidas Buch, con seguridad, tendría que haber recibido la nota del señor juez aquella misma mañana, en la que le comunicaba una visita «de cortesía». Y el magistrado confirmó su presunción cuando vio a una de las jóvenes criadas esperando en lo alto de la escalinata del colegio.

El juez se secó el sudor cuando descendió del carruaje y miró a su alrededor con los ojos entrecerrados, como si buscara una explicación para aquel espantoso calor estival. El *père* Balkas se colocó a su espalda, haciendo esfuerzos por tragar, y como si quisiera protegerse de algo.

Irina dio instintivamente un paso atrás cuando vio al *père* Balkas, y amablemente les mostró a los invitados el camino hacia el despacho del señor Buch. El juez Uldis Balotrjiodis se detuvo en

mitad de la galería: oía ese incómodo silencio que cualquiera puede reconocer en los colegios vacíos, cuando se sabe que los alumnos no se encuentran en las aulas, encorvados sobre sus libros y sus cuadernos, concentrados en aprender aproximaciones de la vida. Pronto aquellos pasillos se llenarían de jóvenes gritando y corriendo —eso creía, porque no conocía a la señorita Amalia Vi— y devolverían la vitalidad a unos pasillos mortecinos.

—Señores, por aquí, por favor —insistió Irina, mostrándoles el camino, y no dejó de vigilar a aquel hombre que se iba sorbiendo unas babas negras mientras a duras penas conseguía seguir al magistrado.

Cuando entraron en el despacho del señor Leónidas Buch, el honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis se sintió un tanto cohibido por la sobria elegancia y la grave penumbra que reinaba en la sala. El director del colegio se encontraba sentado frente a su mesa de escritorio, y se levantó civilizadamente para estrecharle la mano al juez.

—Es un honor recibir a su señoría, juez Balotrjiodis.

—Gracias.

—Quiero agradecerle que tuviera la amabilidad de acudir al funeral de mi pobre esposa. Espero que recibiera mi nota de agradecimiento en su momento, pero me alegro ahora de poder comunicárselo personalmente.

—Precisamente... —Señaló con cierto embarazo a su desagradable acompañante, que parecía querer esconderse a sus espaldas, pero finalmente no supo cómo explicar la presencia de aquel clérigo.

Tomó asiento, tal y como le ofreció el director de Neuwelke, y sintió en la nuca el hedor frío del *père* Balkas que, dispuesto a esconderse tras el poder del señor juez, había permanecido de pie, encorvado tras las anchas espaldas del magistrado.

El señor Buch mostró las palmas de las manos, indicando claramente que ignoraba cuál era la causa *real* de la visita, que esperaba con toda tranquilidad que el juez se la comunicara y que estaba dispuesto a colaborar en lo que fuese menester.

—Verá... —titubeó el magistrado, apartándose levemente, con un gesto de asco, del hedor que desprendía su ocasional parásito—. Bueno... seguro que no es... —Y entonces sintió el aliento de impaciencia del *père* Balkas, que *sí* estaba seguro de lo que le había llevado allí—. Quiero decir que... en fin... bueno, ya sabe que a veces llegan ciertas noticias a los juzgados que...

—¡Dígaselo, dígaselo! —farfulló el *père* Balkas, dejando caer un hilo de salivilla negra sobre el hombro del magistrado.

—Señor juez, puede usted hablar con toda confianza —dijo Leónidas Buch con sinceridad mientras escogía un plumín de su caja, como si estuviera dispuesto a tomar nota de todo lo que allí se fuera a decir.

—Sí, naturalmente, desde luego. Lo que quiero decir es... —Estaba perdiendo la oportunidad de su vida, y se estaba comportando como un alguacil de aldea, en vez de actuar como un verdadero juez comprometido con los más altos designios—. Querría saber si trabaja aquí una mujer que se hace llamar Émilie Sagée.

¿«Querría»? Seguramente no había una expresión más estúpida en boca de un juez. Además, Leónidas Buch era astuto como una vulpeja. ¿No era abogado? ¿Dónde había estudiado? ¿No era

de éste de quien decían que se había baqueteado en las limpias y elegantes plazas del Temple londinense? Sí, allí estaba aquel pequeño escudo de armas del *college* de Santa María Magdalena de Oxford, con sus rombos blancos y negros. Era tan astuto que ni siquiera contestó a su insinuación. Seguramente esperaría alguna explicación.

—Señor Buch: tengo razones para pensar que esa mujer es peligrosa.

El director permaneció impasible. «Maldita sea —pensó el magistrado— está consiguiendo que me comporte como un fiscal novato mientras él se mantiene firme como un juez del Tribunal Supremo.» Decidió terminar con el juego, y se incorporó.

—Señor Buch: la mujer llamada Émilie Sagée ha sido denunciada y se ha comenzado a instruir el auto para determinar si ha estado relacionada con diversos crímenes y con prácticas mágicas condenadas por nuestra legislación. Quiero que sepa...

—Muy bien, muy bien... —se oyó decir por detrás.

—Quiero que sepa que tengo intención de interrogar a la dicha Émilie Sagée y descubrir si ha tenido alguna participación en los crímenes de los que se le acusa.

—¿Quién la acusa?

—No estoy obligado a dar el nombre de...

—Sí está obligado, señor. Si se tratara de un juicio eclesiástico, no sería necesario. Pero usted no preside un tribunal eclesiástico, sino civil. Y por esa razón estoy en mi derecho de exigir el nombre de la persona que ha denunciado a esa mujer.

«¡Por todos los santos y por todos los demonios y por todas las vírgenes y todos los mártires del cristianismo! ¿Sería posible que hubiera leído mal el articulado? ¡Aquel estirado de Oxford estaba intentando dejarlo en ridículo! ¡A él, que tenía intención de cenar con la mismísima reina Victoria!»

—¿Pretende darme lecciones de derecho, señor Buch?

—Desde luego que no, señor juez: estoy seguro de que conocía perfectamente lo que acabo de decir.

—Naturalmente.

El honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis volvió a ocupar su asiento y buscó un flanco en la rocosa fortaleza del director. Por detrás, el *père* Balkas le susurraba: «¡Dígale que es una bruja, dígame que es una bruja!»

—Quizá... quizá lo mejor será que conversemos de modo informal, señor Buch —convino el magistrado, adoptando una postura mucho más conciliadora—. Digamos... digamos que he recibido algunas informaciones que sugieren ciertas actividades poco adecuadas en un establecimiento como éste. Por ejemplo, se dice que la dicha Émilie Sagée se ha visto envuelta en algunas situaciones embarazosas y que podrían ser susceptibles de...

—Estoy seguro de que puede ser más concreto, señor juez.

—Se me asegura que esa mujer ha estado a punto de asfixiar a una joven llamada...

—Antoinette de Wrangel —se oyó susurrar a su espalda.

—Antoinette de Wrangel —concluyó el juez. Pero el señor Buch no movió un músculo, así que el magistrado se vio obligado a utilizar toda su artillería—. Y, discúlpeme, señor Buch, pero también se dice que tuvo alguna participación en el triste fallecimiento de su esposa. Como

comprenderá, son acusaciones muy graves que tengo la obligación de investigar.

El director del colegio, con el rostro petrificado en una mueca de gravísima severidad, se levantó y se apoyó lentamente con las dos manos en su mesa escritorio.

—Señor juez Balotrijiodis, la señorita Antoinette de Wrangel se desmayó por culpa de la emoción del momento y de determinadas modas que impiden respirar a las jóvenes. Por lo demás, debe agradecer a Dios que cuando sufrió el desvanecimiento se encontrara allí la señorita a la que usted requiere, pues fue ella la que realmente le salvó la vida. Respecto a mi esposa, señor, Eveline von Buxhoeveden sufría una gravísima enfermedad que fue minando su salud a lo largo de muchos años, y en su muerte no tuvieron parte más que dicha dolencia y Dios. El doctor Zalkinis se ocupará de explicarle a usted los pormenores de la enfermedad y tal vez el clérigo que le acompaña pueda explicarle por qué Dios decidió arrebatármela. —Clavó su mirada en los dos huevos cocidos que adornaban el pellejudo rostro del *père* Balkas y observó cómo sus venas azuladas temblaban de furia ante semejante blasfemia; luego, Leónidas Buch se giró y fue a buscar algo a sus archivos—. Creo haber entendido que me pide usted información acerca de una institutriz que trabaja aquí, en el Pensionado de Neuwelke, que responde al nombre de Émilie Sagée.

—¡Ésa es, ésa es...! —dijo el *père* Balkas, escondido tras el juez.

—Sí. Desde luego. Puede preguntar usted a cualquiera de los empleados de esta casa, sean profesores o criados, y todos le dirán que la señorita Sagée es un modelo como maestra y como mujer, y que esas insinuaciones no sólo son ofensivas, sino que constituyen infundios intolerables, seguramente nacidos al arrimo de la envidia o la locura, pues sólo un necio puede acusar a la señorita Sagée de haber cometido los actos innobles y criminales que se están sugiriendo aquí.

—¡Señor mío! ¿Me está llamando necio?

—Por supuesto que no, señor juez: usted no está acusando a la señorita Sagée de nada.

—Desde luego, desde luego... Yo no.

—Me estaba refiriendo a la persona que ha tenido la desvergüenza de propalar semejantes infundios. —Se oyeron entonces unos borboteos tras el juez, como si el *père* Balkas estuviera mascullando blasfemias—. Vea estos documentos: son los informes de *monsieur* Anthony Rose, de la École de Filles St Marie-Magdaléenne, en Nancy. Ahí puede ver qué piensan de *mademoiselle* Sagée otras personas dignísimas. Tengo más: tengo informes de otras seis o siete instituciones en las que ha trabajado la señorita Sagée. ¿Desea verlos?

—No, no... no es necesario, claro que no... —contestó turbado el juez.

—Como comprenderá, tengo la obligación de comunicar a la señorita Sagée todas estas circunstancias.

—¿Qué...?

—Es muy probable que desee entablar un pleito contra sus difamadores. Naturalmente, me veré obligado a intervenir en calidad de abogado.

—Bueno, señor Buch, yo no creo que...

—No sé si desea entregarme por escrito lo que me ha dicho.

—Oh...

—Tal vez desee interrogar ahora a la propia señorita Sagée. Si no le importa, me gustaría

estar presente.

—No, no... Por supuesto que no. Ya le dije que seguramente no eran más que habladurías...

Al final, y a pesar de las reticencias del señor Buch, el honorabilísimo juez Uldis Balotrijodis consiguió que todo quedara en una amable conversación entre viejos conocidos. El magistrado, al tiempo que empujaba hacia la salida al *père* Balkas, aseguró que sólo había sido una visita formularia, y obligada por las pesadísimas imposiciones procedimentales, dado que él estaba segurísimo de que todas aquellas acusaciones no eran más que habladurías y rumores, muy propios por lo demás de los territorios campesinos de Livonia; por cierto, qué hermoso está el campo en estas fechas, pronto se empezará a cosechar, tenga, mi tarjeta, le ruego que venga a cenar algún día a mi casa, mi esposa estará encantadísima y, después de todo, los hombres de leyes tenemos tantas cosas de las que hablar...

Cuando cerró la puerta del carruaje y golpeó con furia el techo para advertir al cochero, el rostro del honorabilísimo juez Uldis Balotrijodis estaba congestionado. Aún no sabía qué había fallado, pero era evidente que todos sus castillos de naipes se habían derrumbado. Y toda la culpa la tenía aquel clérigo asqueroso, que había conseguido atestarle la cabeza con demonios, y hechicerías, y espectros, y toda una retahíla de estúpidas supersticiones. Y él se había comportado como un lucio ambicioso y con poco seso: había picado el anzuelo y había estado a punto de asfixiarse.

Las luces de la tarde comenzaban a adquirir tonos ambarinos, y los trigales y los campos de avena brillaban con resplandores sosegados; la leve brisa adormecía las espigas y las frágiles amapolas se recostaban en aquellos dulces lechos de pan futuro. El magistrado Uldis Balotrijodis observó los campos con rencor y deseó que un incendio los redujera a cenizas. Luego ordenó detener el coche y expulsó a empujones al *père* Balkas. El anciano levantó una nube de polvo al derrumbarse sobre el camino, y al incorporarse se le vio con la boca llena de tierra mezclada con la brea de su infección.

—Vámonos, Piotr —dijo secamente el juez.

—¡No me abandone aquí, señor juez! —borboteó entre quejidos el clérigo—. ¡Ese hombre no dijo más que mentiras, señor juez! ¡Émilie Sagée es una bruja! ¡Es una hechicera, señor! ¡Está endemoniada, señor! ¡No me abandone aquí, señor juez!

Pero el honorabilísimo magistrado ya se había recostado en su tapicería y apenas oía los roncros y lejanos lamentos del *père* Balkas. Por fortuna, no había comunicado a nadie sus sueños de grandeza, así que tampoco tendría que excusarse ante su esposa o ante los vecinos. Era el mismo honorabilísimo juez Uldis Balotrijodis de ayer y de anteayer, y de hacía un mes y quince años...

Bueno, no se sentaría a cenar con la reina Victoria pero, de todos modos, Londres quedaba tan lejos...

Habían tenido la última clase con el profesor Whimple y todas las alumnas habían salido del aula aterrorizadas. No sabían que el encantador profesor Whimple pudiera llegar a enfadarse tanto... Desde luego, a Antoinette de Wrangel le había parecido algo espantoso, y atroz. Estuvo a punto de saltársele la sangre de la nariz. En opinión de Julie, que apreciaba sinceramente a su profesor, había más tristeza que enfado en la actitud del señor Whimple. Por su parte, la infernal Sönke lucía una mirada grave y oscura, lo cual obviamente significaba que lo sabía todo al respecto.

El señor Buch había decretado el final de las clases inopinadamente, así que se había puesto en marcha la prodigiosa maquinaria preceptiva para abandonar ordenadamente el pensionado al cabo de pocos días. El entramado burocrático y organizativo de la diáspora estival pasaba por enviar las cartas a casa y esperar a que llegaran los carruajes, o bien, si la familia no disponía de carruaje propio, ir con *Mr. Pickerton* hasta Wolmar y coger allí una diligencia o alquilar un vehículo apropiado. Mientras llegaban los carruajes, las niñas y sus *chaperones* se ocupaban de guardar toda la ropa en los baúles —si se entendía que regresarían al año siguiente, algunas prendas y objetos podían conservarse en la escuela, a buen recaudo—, de recoger los libros y de ordenar otros objetos en cajas para que el transporte se hiciera cómodamente.

Muchas *maiden* habían dado grititos de alegría al oír que el señor director adelantaba el cierre escolar «por razones organizativas», que era tanto como decir «para procurar solucionar el gravísimo problema que tenemos». Y, como todos sabían en Neuwelke, el problema se llamaba Émilie Sagée, la mujer cuyos espectros vagaban por las galerías de la escuela durante la noche. Casi todos los residentes del pensionado habían visto *aquello*, y habían tenido otras experiencias no menos aterradoras. Como cuando *el espíritu* comenzaba a caminar por detrás de las niñas durante la cena o permanecía horas y horas a la luz de la luna en el jardín, latiendo con aquel fulgor eléctrico que causaba pavor en las jovencitas... En fin. Era espantoso, y por esa razón las alumnas se habían quedado en veintiocho, y parecía bastante probable que alguna de ellas prefiriera no regresar en otoño. (En efecto, algunas habían recogido sus pertenencias con una meticulosidad casi definitiva y habían dejado sus cuartos excesivamente limpios y ordenados.)

Por otro lado, también era de conocimiento general que el señor Buch no pensaba tomar ninguna decisión respecto a la institutriz de francés. Nadie sabía exactamente cuál era la razón, pero parecía evidente que el director no pensaba despedir a la señorita Sagée. Semejante

determinación, desde luego, ponía en peligro la continuidad de la institución educativa de Neuwelke. Y éste era el asunto sobre el que discutían Julie, Sönke y Antoinette en el salón de lectura.

—Las más pequeñas lo contarán todo en casa —decía Julie, sentada en el reposabrazos del butacón en el que Antoinette permanecía sentada muy formalmente—, los padres se asustarán y no querrán enviarlas de nuevo al colegio; así que será un milagro si el curso que viene nos reunimos aquí doce o trece niñas.

—A mí me da un miedo horroroso, ya lo sabéis —confesó Antoinette, que había sufrido la experiencia más aterradora—, pero también os digo que quiero muchísimo a la señorita Émilie y que me da mucha pena lo que le ocurre, porque no es culpa suya.

—Yo la he visto llorando a solas muchas veces —asintió Julie.

Sönke observó a sus dos amigas con gravedad: incluso sus ígneos cabellos parecían un tanto apagados.

—La señorita Sagée corre un gran peligro —dijo finalmente, mientras se recostaba en un amplio sofá de un modo que habría provocado una apoplejía en el esférico rigor de la señorita Amalia Vi.

Sus amigas se levantaron y corrieron a su lado, escoltándola mientras reunían las manos entrelazadas delante de sus barbillas.

—¿Está enferma, Sönke?

—¿Está enferma por *eso* que le ocurre...?

—¿Fue por lo que sucedió en el jardín?

—¿Y el doctor Zalkinis qué ha dicho?

—¿Por qué no dices nada, Sönke?

La joven de los cabellos refulgentes cruzó las piernas y las levantó sobre un escabel, para permitir que *Ossián* pasara por debajo como quien está seguro de tener derecho de portazgo por lugares tan comprometidos.

—Creo que la van a encarcelar, y que probablemente la ejecutarán, acusada de brujería.

—Pero ¿qué dices, Sönke? —exclamó Julie, casi enojada—. ¿De dónde has sacado esa idea tan loca?

—Ay, Dios mío —murmuró Antoinette, reuniendo sus nobiliarias y blancas manos sobre el pecho.

—Estoy hablando completamente en serio. Irina me lo ha contado todo. Hace dos días vino un juez a Neuwelke para hablar con el señor Buch. Irina lo conoce bien, es el juez de Wolmar, que se llama señor Balitroidis, o algo así. Y ella lo recibió en la puerta y luego lo acompañó al despacho del señor Buch, pero no pudo quedarse. Y venía con un clérigo espantoso, muy sucio y enfermo de la boca. Y ayer mismo Irina subió el desayuno al salón azul y me ha asegurado que el profesor Whimple estaba furioso y gritaba como fuera de sí. Y no se le ha pasado el enfado aún: ya lo habéis visto hoy en clase. Irina dice que, al parecer, han denunciado a la señorita Sagée en el tribunal, por bruja y hechicera. Y el señor Whimple se ha puesto como un loco, porque quiere averiguar quién ha sido la persona que ha denunciado a la señorita Sagée... Irina dijo que había dado un puñetazo en la mesa, que habían saltado todas las tazas, la tetera y la jarrita de la leche, y

que las tostadas habían alcanzado tres palmos de altura, y que el profesor había jurado odio eterno al delator y había prometido perseguirlo hasta los confines del mundo...

—Sönke...

—Bueno, algo así me dijo Irina. El caso es que ni el señor Buch, ni la señorita Vi, ni la cigüeña científica ni el señor Klöcker pudieron hacerle entrar en razón. La bandeja que llevaba Irina tembló en sus manos cuando el señor Whimple dijo que quienes se llevaran presa a la señorita Émilie tendrían que contratar también a unos operarios de pompas fúnebres para llevarse antes su cadáver metido en un ataúd.

En opinión de las tres jóvenes, no cabía duda de que la señorita Sagée tenía peculiaridades aterradoras, pero no era menos cierto que, en sí misma, era la mujer más amable, más dulce y encantadora que pudiera encontrarse. Sönke, que tenía una imaginación notable —como habrá intuido el amable lector— y era experta en comparaciones y analogías, aunque ella no lo supiera, dijo que era de todo punto injusto y *fraudulento* condenar a *Ossián* porque arañara.

—¡No puede evitarlo! ¡*Ossián* no tiene la culpa de tener esas zarpas y arañar de vez en cuando! En realidad, si el pobre quisiera acariciarte... ¡te arañaría!

El gato, que se encontraba mirando el jardín desde el alféizar de la ventana, volvió los bigotes al oír su nombre, y cerró orientalmente sus enigmáticos ojos ambarinos. Julie sonrió al comprobar que el felino parecía estar atento a su conversación y que, incluso, comprendía lo que decían. (Y secretamente se alegró de que *Ossián* no tuviera el don de la palabra y jamás pudiera repetir algunas conversaciones de las tres jóvenes a las que había tenido ocasión de asistir.)

A las tres les pareció completamente injusto («y *fraudulento*», insistió Sönke) que se condenara a la señorita Sagée por aquellos incidentes: ¡era tanto como perseguirla por tener los ojos azules o por hablar francés!

A Sönke se le ocurrió otra analogía: ¿es que debían prohibirse las rosas porque pueden pinchar a las damiselas en los dedos?

—Exactamente —asintió Antoinette, a la que le pareció muy poética la comparación.

Las tres se recostaron, hombro con hombro, con los seis pies adornando un único escabel, y miraron el techo del saloncito de lectura como si estuvieran esperando que allí se reflejaran hermosos dibujos de hojas y flores, o como si estuvieran indagando cómo se había producido una leve grieta que partía de la lámpara y zigzagueaba hasta la ventana.

¿Cómo actuarían si tuvieran la misma dolencia que la señorita Sagée? Antoinette probablemente se desmayaría y se le saltaría la sangre de la nariz; Sönke se incendiaría de emoción y declararía a voz en grito que (¡por fin!) se había demostrado que su padre tenía razón y había una verdadera hija del Hades en la familia Buttgereit-Dientzenhofer; y Julie examinaría con detenimiento el caso y apuntaría en un cuaderno todos los sucesos y acontecimientos, para llevar a cabo una investigación exhaustiva...

En realidad, y dentro de sus posibilidades, Julie había llevado a cabo una pequeña investigación a propósito de la señorita Sagée. Ojalá pudiera explicar al mundo que aquello que todos habían visto realmente no sucedía, porque cuando se quiebran las leyes de la razón natural sólo puede ocurrir que nos estemos engañando o que alguien esté intentando engañarnos, tal y como decían los libros. Pero la flor de la baronía Von Guldenstubbe sabía que no disponía de

recursos para convencer al mundo y únicamente le quedaba enfrascarse en algunos libros difícilísimos y horribles que, como pudo descubrir con cierta decepción, no hablaban más que de electricidad. Pero, tras muchos dolores de cabeza, Julie había acabado convenciéndose de que la *peculiaridad* de la señorita Sagée nada tenía que ver con la electricidad. Y, para ser sinceros, tampoco creía que el señor Faraday pudiera dar una explicación muy científica.

—¿Cómo van a condenar a la señorita Sagée por hechicería? —susurró finalmente—. ¿Alguna vez ha intentado proporcionarnos joyas, o pasteles, o vestidos, o cintas, o medias u otras cosas que deseáramos a cambio de nuestras almas? ¿Nos ha ofrecido alguna vez entregarnos el corazón de un muchacho o nos ha asegurado el amor de alguno? ¿Alguien sabe si ha conseguido que enferme el ganado de los Yielovna o de otros campesinos? ¿Acaso se han echado a perder las cosechas de los arrendatarios? ¿Se marchitaron tal vez las flores del señor Fou’fingers cuando ella pasó cerca? No. La señorita Sagée nunca nos ha susurrado que sabe dónde hay un tesoro ni nos ha tentado con oro, con plata o con diamantes, o con otras maravillas. Y no se me ocurre que la señorita Sagée haya deseado el mal de nadie, y mucho menos su muerte, ni que haya hecho conjuros en su habitación, ni que esconda bajo su cama calderos, y cajas con murciélagos muertos, y sapos, y huesos de ahorcados, y todas esas cosas que guardan las brujas y las hechiceras. ¿Acaso nos ha engañado alguna vez cuando hemos estado tristes, o nos ha animado a cometer locuras cuando hemos estado muy alegres? ¿Ha tratado de conducirnos por caminos extraños o a jugar de modos raros, o ha intentado enseñarnos a manipular vísceras de animales, o a decir conjuros, o a hacer daños y males a otras niñas? ¿Ha venido alguna vez a nuestras habitaciones durante la noche y nos ha susurrado palabras sucias o acaso se ha metido en la cama con nosotras y nos ha hablado como un amante? No: siempre he visto que ha intentado consolar a las niñas tristes, y ha compartido de buena gana la risa de las que estábamos alegres. ¿Acaso la hemos visto tratar con gitanos, o judíos, o musulmanes, o con cojos y tullidos, o con leprosos, o con miserables harapientos que andan murmurando en los sótanos y las cuevas, o la hemos visto andar con niños hambrientos y desahuciados por los caminos, o con viejas alcahuetas, o con mujeres de la calle, o con otros seres de los que atraen la mala fortuna y la desgracia y a los demonios? Si al menos la hubiéramos visto echar cartas, o mirar una bola de cristal, o indagar en las líneas de la mano, o en los posos del té, o si la hubiéramos visto musitando ensalmos y conjuros... Pero nada de eso ha ocurrido.

Las tres estaban de acuerdo a la hora de admitir que la señorita Sagée era más digna de lástima que de temor. Y, en realidad, cada vez parecía más acobardada y encogida, como si supiera lo que el destino le deparaba: como si supiera que acabaría sus días en una prisión, o en un asilo para enfermos enloquecidos, o ejecutada en una plaza pública...

—Pero... —susurró Antoinette.

Sönke y Julie la miraron con cierta curiosidad, pues Antoinette era de las que confirmaban lo que decían los demás, y rara vez se atrevía a formular una *hipótesis* por sí misma.

—Pero... ¿quién puede haber acusado a la señorita Sagée de brujería? —dijo finalmente Antoinette—. ¿Quién puede ser tan malvado como para desear que se lleven a nuestra señorita Sagée a la prisión o al asilo de locos?

Las tres meditaron con semblante preocupado aquellas preguntas. Y, al parecer, a ninguna de

las tres se le ocurrió un nombre.

Entonces, Sönke, que ya había comenzado a leer la enredada historia de la señorita Elizabeth Bennet, y por tanto sabía que las personas hablan y actúan aunque una no lo sepa ni esté presente, se levantó intempestivamente y, al tiempo que su pelo refulgía como una llamarada de juveniles brasas, exclamó:

—Tengo que irme. Adiós.

Émilie permaneció inmóvil sobre la cama del hospital. Apenas podía distinguir nada en la luz azulada de la enorme sala. Casi intuía las cinco hileras de camas blancas que cuadrículaban aquella tenebrosa estancia. A veces oía los quejidos de alguna enferma o los delirios de alguna *neurótica*, pues así comenzaban a llamarse entonces. Émilie pudo oír perfectamente los tacones de sor Yvonne, que traía su medicina. Era una mezcla repugnante de aceites de ámbar, a la que se le habían añadido hierbas e infusiones que aún la hacían más desagradable. Además, la ingesta de aquella pócima sólo conseguía revolverle el estómago, no la tranquilizaba —como prometía— y la sumía en un sopor atestado de pesadillas y náuseas.

—*Mademoiselle Sagée, mademoiselle Sagée: votre medicine* —susurró la enfermera.

Tras ingerir aquel brebaje, Émilie cerró los ojos y se recostó sobre la almohada. En su retina quedó el sensual rostro de sor Yvonne: seguramente había sido bailarina en uno de aquellos espectáculos de *extravagances* y *grivoiseries* que tenían lugar en los sótanos y en los cafés ahumados de París. ¡A saber qué extrañas circunstancias la habían conducido de los escenarios a un convento! ¡Y a saber qué delitos la habían obligado a huir de Francia para refugiarse en un hospital de caridad en San Petersburgo!

La medicina comenzaba a surtir efecto. La señorita Sagée empezaba a estar aturdida y sentía una extrema debilidad en sus miembros. Al abrir los ojos, allí estaba el hermoso rostro de sor Yvonne, con su encantadora sonrisa y sus cautivadores ojos verdes: delicada y tímida como una monja novicia y con la mirada sugerente de una *femme de mauvaise vie*. Aquel tocado religioso, como de una garza dispuesta a levantar el vuelo, y aquellos hábitos, blancos y piadosos —y demasiado ceñidos, en cualquier caso—, no cuadraban bien con la evidente sensualidad que emanaba de aquella mujer. Émilie sabía que le hablaba en francés y sentía que sus diestras manos le acariciaban el rostro y el cuello y los brazos, pero apenas podía rebelarse.

Dos semanas antes, quizá con alguna precipitación, el señor Leónidas Buch había declarado el fin del curso. Ya sólo quedaban veintiocho alumnas en Neuwelke y la idea de dar por terminadas las clases sólo pretendía evitar nuevas renunciadas intempestivas que animaran a la claudicación. Lo cierto es que se consideró, en general, una medida desesperada, aunque apropiada, dadas las

circunstancias.

Aún no se había cumplido la primera quincena de julio, así que las niñas partieron de Neuwelke con la sensación de que tendrían toda una vida de amapolas y trigales antes de reintegrarse de nuevo a las disciplinas y rutinas del pensionado. Por su parte, los profesores aprovecharon la circunstancia para emprender largos viajes en busca de conocimientos o, más bien, en busca de un sosiego que habían perdido durante los últimos meses. El único que decidió permanecer en Neuwelke fue el profesor Whimple. Émilie sospechó, al verlo despedirse de su amada Augusta, que se quedaba en el pensionado sin ninguna intención de proseguir sus estudios románticos y revolucionarios, sino más bien con el deseo apasionado de entregarse a la poesía lírica. Mientras los veía susurrarse mil veces la misma despedida, al verlos desprenderse dolorosamente uno del otro junto al carruaje de la familia Buttgereit-Dientzenhofer, la señorita Sagée casi lamentaba que las pasiones revolucionarias fueran tan quebradizas. No sentía resentimiento alguno hacia la señorita Dehmel, sino una cierta melancolía por su amigo Davydd Mallwydd, de Casnewydd, cerca de Caerdydd.

Émilie metió en un *sac à main* lo imprescindible para poder subsistir dignamente en San Petersburgo, y pidió prestado a la señorita Vi un baúl pequeño, en el que guardaría la ropa necesaria. También contó bien el dinero que le iba a costar el tratamiento.

A todos —incluido el señor Whimple— les había dicho que viajaría a Dijon, para ver a su familia. El señor Buch tenía intención de ir a visitar a unos amigos en Varsovia y le ofreció su propio coche privado para hacer el trayecto cómodamente hasta la ciudad polaca, pero Émilie debió de encontrar una magnífica excusa, porque el señor Buch partió solo y sin extrañarse de que la señorita Sagée aún demorara su partida unos días.

Finalmente, una mañana de finales de julio, la institutriz de lengua francesa abrió la puerta del pensionado cuando aún no había salido el sol, y se encaminó a Wolmar a pie, sin que nadie supiera adónde iba y por qué. El día anterior había encargado a Jonas que le llevara el pequeño baúl a la posada y que lo dejara a buen recaudo allí. Hizo casi todo el camino a la luz de la luna: en aquella oscuridad, el sendero parecía un riachuelo de plata que se deslizaba perezosamente hasta el pueblo. De todos modos, había más sombras y tinieblas en el corazón de Émilie que en los campos nocturnos.

La diligencia partió cuando el cielo comenzaba a teñirse con esos azules incómodos del amanecer. Frente a ella iban dos caballeros que no hacían más que bostezar y una señora que le explicó pormenorizadamente la causa de su viaje a Wolmar y su inmediato regreso a Valga. Era una historia larguísima y aburridísima sobre la hija de una amiga de la infancia que se había puesto enferma... Lo suficientemente larga y lo suficientemente aburrida como para que Émilie no pudiera dormir ni cinco minutos durante todo el trayecto hasta que el carruaje se detuvo en la ciudad de Têrbata, de cuya universidad se decían maravillas en los desayunos de Neuwelke. La señora no sabía nada de dicha universidad y sólo estaba interesada en hablar de las enfermedades de su familia. Allí, en la posada de las diligencias, Émilie pasó toda la noche en vela, releyendo el artículo que había copiado y un libro titulado *Leçons sur les maladies de la tête*. Al día siguiente se acomodó entre un caballero que olía a leche agria y una señora con un cordero. El caballero tenía un problema digestivo y sus regüeldos infestaban la caja de la posta con un

nauseabundo hedor a leche cortada; respecto al cordero de la mujer... bueno, era una historia que a Émilie le pareció igual de aburrida que la sucesión de enfermedades familiares de la señora de Têrbata... Aunque quizá eran historias apasionantes. La cuestión era que a Émilie no le interesaban especialmente; esto ocurre cuando una persona tiene graves ocupaciones en las que pensar y buena parte de su existencia depende de dichas reflexiones.

Pocos días después de la desdichada *fête champêtre* a la que no pudo asistir, Émilie tomó una decisión importante. Decidió curarse. Como un fognazo de fósforo, aquella noticia en el *Hamburger Abendblatt* animó el poco valor que le quedaba. El señor Buch había olvidado el ejemplar del periódico en la mesa del desayuno —algún lector pensará, acaso con malicia, que lo hizo deliberadamente; y, por desgracia, no se puede demostrar lo contrario—. Émilie lo había arrastrado hasta su taza de té y, mientras el resto de los profesores se enzarzaban en una discusión sobre las bondades dietéticas del kéfir, ella había curioseado una noticia en la que se aseguraba que el «prestigioso» doctor Lev Zdanov se había instalado recientemente en San Petersburgo, lo cual, al parecer, era «toda una bendición para la joven ciudad rusa». Las ciencias de la fisiología y de la psiquiatría estaban de enhorabuena, porque el doctor Zdanov podría contar en la ciudad de los zares con todos los avances técnicos para corroborar sus atrevidas teorías y avanzar en su fulgurante carrera médica. Al parecer, el doctor Zdanov había sido alumno de Claude Bernard, a quien la especie humana le debía, también al parecer, un tratado titulado *Leçons sur la physiologie et la pathologie du système nerveux*, y de un psiquiatra alemán llamado Johann Christian Heinroth, que había inventado la palabra «psicosomático»: a juicio de Émilie, si alguien tenía una dolencia «psicosomática», probablemente habría que darlo por desahuciado.

A veces Émilie tenía arranques de verdadero heroísmo. Por ejemplo, aquel día se llevó disimuladamente el periódico a su habitación y copió el artículo en una libreta para poder leerlo y estudiarlo convenientemente. Después, devolvió el ejemplar del *Hamburger Abendblatt* al saloncito azul de los desayunos. Durante toda la noche estuvo leyendo y analizando lo que se decía en aquel artículo. Señalaba claramente que la peste del siglo XIX era una enfermedad nerviosa y que las mujeres se veían especialmente afectadas. El doctor Zdanov era especialista en este tipo de dolencias, que se llaman propiamente «afecciones histéricas». El señor periodista, que firmaba con unas enigmáticas W. B., debía de ser también un verdadero experto en las enfermedades mentales, pues escribía con gran aplomo sobre cuestiones complejÍsimas y difícilÍsimas. Decía que las mujeres que sufrían la llamada «histeria» tenían síntomas muy precisos, como la sensación de atragantamiento, los dolores abdominales, las palpitaciones, los sofocos y ciertos inconvenientes o molestias en la vista. Este tipo de alteraciones se producían en la primera fase de la enfermedad; luego llegaban los colapsos respiratorios, las convulsiones, las pérdidas de conocimiento o de consciencia, la fatiga general, la respiración agitada, las ansias, y los desmayos o caídas.

Cerca de las cuatro de la madrugada, aquella misma noche, Émilie llegó a la conclusión de que aquello era lo que le ocurría a ella. Era una «hística psicosomatizada», que probablemente era lo peor que se podía ser en este mundo. Y media hora más tarde ya había decidido que, apenas concluyeran las clases, subiría a la primera diligencia que se dirigiera a San Petersburgo y se pondría en manos del fabuloso y «prestigiosÍsimo» doctor Zdanov. Contó varias veces el dinero

que tenía ahorrado, en distintas monedas, y calculó que podría cambiarlo todo en una casa de usureros que hubiera por el camino, o en San Petersburgo.

En realidad, se vio obligada a cambiar todo su dinero en Têrbata, y el avariento judío que la engañó se quedó con un buen botín. Nosotros podemos desearle ahora todos los males a ese malvado, pero probablemente no vale la pena emplear muchas energías en desearle ningún mal a quien ya lleva en la sangre el castigo.

Después de conocer posadas que jamás recomendaríamos a nuestras sensibles lectoras y tras mantener escalofriantes conversaciones con los taberneros de Rakvere y Narva, Émilie Sagée llegó a San Petersburgo a finales de julio, quizá el día 25 o el 26. Se alojó en una casa de huéspedes bastante decente que se llamaba ostentadamente El Nuevo Jardín de las Hespérides, porque tenía un pequeño patio trasero en el que la hacendosa propietaria había colocado varias macetas con algunas plantas verdes y algunas flores que a duras penas subsistían en la penumbra húmeda de aquel estrecho recinto.

No tardó en dar con el Hospital de Nuestra Señora de la Anunciación, que muchos llaman de Alejandro I por el zar que lo mandó construir. Cuando Émilie acudió al hospital y preguntó por el «prestigiosísimo» doctor Lev Zdanov, le indicaron que *la salpêtrière* del hospital se encontraba a las afueras, y no en la ciudad, «desde luego». Émilie sabía perfectamente a qué se referían cuando hablaban de *la salpêtrière*. El Asilo de La Pitié-Salpêtrière era un manicomio de mujeres que había en París; era famoso en todo el mundo, y no sólo porque estuviera en París. Había oído cosas horribles de aquel lugar. Decían que encadenaban a las mujeres enfermas y que las encerraban en celdas donde apenas podían moverse, aparte de otras muchas crueldades.

Mientras se dirigía a *la salpêtrière* del hospital, en un barrio pobre y gris de San Petersburgo, Émilie Sagée no pudo evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas, y en dos ocasiones estuvo a punto de arrepentirse. Tenía dos opciones —o eso era lo que creía—: la una era ingresar en aquel manicomio, ponerse en manos del «prestigiosísimo» doctor Lev Zdanov y curarse; la otra era dar media vuelta, regresar a El Nuevo Jardín de las Hespérides, el de las plantas mustias, y esperar pacientemente a que llegara la fecha en que pudiera regresar a Neuwelke... sin haberse curado. No sabía qué era peor: si arrojarse inconscientemente en manos de aquel psiquiatra o volver a Neuwelke con la seguridad de ser despedida o detenida. La única opción sensata era regresar «curada».

Después de caminar casi todo el día, llegó a las puertas de una propiedad protegida por unos altos muros musgosos y cuya puerta principal lucía una reja negra con unas lanzas terriblemente afiladas en lo más alto. Aquello era —bien claro lo decía el cartel de la entrada— la Sección de Psiquiatría y de Patologías Psicosomáticas del Hospital de Nuestra Señora de la Anunciación. Un nombre demasiado largo, pensó Émilie. Si algún loco por casualidad se perdía, jamás podría recordar que estaba en la Sección de Psiquiatría etcétera etcétera etcétera.

Por desgracia, el «prestigiosísimo» doctor Lev Zdanov no se encontraba en el hospital, pero la señorita Sagée sería atendida de todos modos por un grupo de doctores de la máxima confianza del profesor Zdanov. Sería atendida, desde luego, si abonaba cierta cantidad de dinero que...

Acto seguido le retiraron todas sus pertenencias y, antes de que Émilie pudiera decidir nada, le proporcionaron una buena dosis de aquella medicina repugnante que sólo conseguía sumirla en

un sopor y en una debilidad insoportable. Apenas pudo moverse tras ingerir aquel bebedizo, pero enseguida llegó sor Yvonne, con su cofia de garza real y rostro de *courtisane*, y la condujo cariñosamente hacia un gran pabellón en el que se descubrían hileras e hileras de camas blancas, la mayoría ocupadas por mujeres que permanecían atadas con cadenas y correas de cuero a sus lechos. Casi todas parecían dormidas y apenas se oían leves quejidos o lamentos. Sor Yvonne llevó a Émilie a una cama que lucía un tétrico 73 en la cabecera. La sentó sobre el lecho y, poco a poco, con una lentitud que Émilie atribuyó a los efectos de las drogas, le quitó la ropa, la acostó y la arropó como si fuera una niña pequeña. «*Dors, dors, mon petite Émilie...*» ¿Qué significaba aquel...?

Aquella primera noche, Émilie se esforzó lo indecible en intentar discernir qué estaba ocurriendo; intentó recordar dónde había dejado su bolso con el dinero, y si había dado la dirección de la casa de huéspedes para que fueran a buscar su baúl, y si había dejado la dirección de su hermano y su querida Violette en Dijon, y si había declarado que era maestra en Neuwelke, y si... Pero pensar con claridad requería un esfuerzo enorme y los párpados le pesaban cada vez más, cada vez más... ¿Por qué le habían dado aquella medicina... si apenas había declarado qué le ocurría y por qué había acudido a aquella institución?

Al día siguiente llegó sor Yvonne con otra dosis, y Émilie, aún aturdida, no tuvo valor para negarse. Luego, vestida únicamente con aquel horrible camisón blanco, guiada por aquella figura que sin duda había mostrado todos sus encantos en el sótano de La Douce Danse o en el café de Les Minettes, Émilie fue tambaleándose por salas y pasillos oscuros hasta una habitación en la que se descubrió sola y aterida ante un grupo de personas que la observaban detenidamente y escudriñaban todos sus movimientos.

Había tres hombres y una mujer; sor Yvonne avanzó y se colocó en un extremo de la sala, discreta y tímida, como si estuviera esperando a que alguna de sus compañeras concluyera su actuación...

—Señorita Sagée —dijo un doctor que probablemente tenía gafas y barba, y tal vez iba ataviado con una bata, y puede que incluso estuviera hojeando algunas notas que llevaba escritas, quién sabe, en un cuaderno—, señorita Sagée: ayer... ayer, cuando ingresó voluntariamente en nuestro hospital, nos dijo que había tenido visiones, ¿no es así?

—¿Qué? —preguntó Émilie completamente desconcertada y buscando el único auxilio de la mirada verde de sor Yvonne. Pero ésta no movió ni una de aquellas sugerentes pestañas.

—¿Ve visiones, señorita Sagée? ¿Cree que tiene alucinaciones? —insistió otro doctor.

Émilie tenía mucha sed.

—No, no... No soy yo... son los demás... yo no... yo no he visto nada... Pero salgo fuera...

—¿Sale fuera? ¿De dónde? —inquirió con cierta severidad la única doctora que asistía a la sesión de diagnóstico.

—A veces... —Émilie apenas podía pensar y, por alguna extraña razón, no encontraba las palabras adecuadas para expresar con precisión lo que le ocurría. Durante el viaje había repetido mil veces el discurso que tenía que pronunciar ante los doctores, y ahora resultaba que aquellas malditas medicinas le impedían hablar como una persona consciente y cuerda. Parecía una loca, una verdadera loca: tendría que esforzarse y procurar que sus palabras se hilvanaran con la mayor

sensatez posible—. Pero no soy yo... salgo y...

—Bueno, bueno, tranquilícese, señorita Sagée —dijo el médico que parecía dirigir el interrogatorio—. ¿Diría usted que siente una parálisis temporal cuando suceden esos episodios?

—Sí...

—¿Y ocurren cuando se encuentra especialmente cansada?

—Sí... no sé... a veces.

—¿Ha perdido la consciencia alguna vez?

—Sí...

—¿Sufrió algún golpe en la cabeza cuando era niña?

—No... no sé...

—¿Tiene palpitaciones, ansiedad, sensación de asfixia? ¿Desfallecimientos? ¿Insomnio?

—A veces... pero no...

Entonces uno de los doctores se levantó y se acercó a ella. Observó detenidamente sus pupilas, y le dijo que mirara hacia la izquierda y hacia la derecha. Arriba. Abajo. Luego le pidió que abriera la boca y sacara la lengua. Un poco más. Así. Muy bien. Después comenzó a palparle la base del cráneo y la columna vertebral, y a calcular si había alguna vértebra que presionara o impidiera el normal fluir de los humores por la espina dorsal.

—Así que es usted institutriz —dijo el médico que intentaba buscar una dolencia en su espalda.

—Sí... trabajo en... enseñó en...

—¿Sabe usted qué es la «histeria»?

—No, señor... bueno, sí...

—Ya.

Émilie estaba lo suficientemente aturdida como para que le fuera imposible jugar a las adivinanzas. Con toda seguridad aquellas preguntas tenían algún sentido, pero su estado de sopor e invalidez le impedía atar cabos y descubrir el significado de las preguntas y las consecuencias de sus respuestas.

—¿No piensa casarse, señorita Sagée?

—¿Qué... qué...?

Émilie llegó a la conclusión de que las medicinas que le proporcionaban estaban volviéndola completamente loca. Tal vez no estaba muy cuerda cuando cruzó las verjas de *la salpêtrière*, pero aquellos doctores, con sus estúpidas preguntas, y aquella enfermera, con sus ojos verdes y sus lascivos métodos, estaban consiguiendo desbaratar lo poco de sensato que aún le quedaba en la cabeza. ¿Ya habían decidido que ella era una histérica? ¿Y por qué se había mostrado el médico tan proclive a procurarle un marido? ¿Qué significaban todas aquellas necesidades?

Aquella misma noche tuvo horribles pesadillas en las que los médicos que la habían examinado la tendían en la camilla de un quirófano e iban extrayendo de su cuerpo pequeñas muñecas de trapo, como hijas muertas, con los ojos de botones y la sonrisa cosida con hilo rojo. Después, los médicos desaparecían y sor Yvonne abría las puertas batientes del quirófano con movimientos libidinosos, y comenzaba a desprenderse de sus atavíos piadosos con la desvergüenza de una *fille de joie* en Le Sphinx. Cuando se despertó, prefirió pensar que jamás

había pasado por su cabeza lo que había soñado.

Los exámenes, análisis, diagnósticos y evaluaciones se sucedieron durante los calurosos días de agosto. Pero el estado de Émilie no mejoró mucho; más bien al contrario, fue empeorando progresivamente, porque las comidas no eran ni buenas ni abundantes, el agua tenía un color nauseabundante sospechoso y el gran pabellón donde se hacinaban al menos cuarenta o cincuenta enfermas apenas se ventilaba.

Una semana después de ingresar en *la salpêtrière* del Hospital de Nuestra Señora de la Anunciación comenzaron los tratamientos. Además de la dosis reiterada y estomagante de aceites de ámbar y vinagre, todos los días la llevaban a un salón de la planta superior y uno de los doctores la sometía a una intensa sesión de mesmerismo. A Émilie los «rayos» mesméricos no le hacían mucho efecto, al parecer, y volvía a bajar al pabellón de la mano de sor Yvonne con el mismo abatimiento y el mismo desconsuelo con el que había subido. Sor Yvonne la acompañaba hasta la cama 73, la peinaba y la acostaba, hasta que volvían a despertarla con cualquier otro motivo clínico. Luego le midieron la cabeza, y un joven muchacho dibujó el cráneo de Émilie de frente, de perfil y por detrás; un doctor experto en craneoscopia y frenología buscó todos los abultamientos de su cabeza y con un pie de rey le midió la distancia entre los ojos, entre la nariz y la boca, la extensión de sus labios, y si coincidían los dientes superiores con los inferiores, y cuánta distancia había desde las cejas al nacimiento del cabello, y otras circunstancias igualmente relevantes. Tres días a la semana la llevaban a los baños, donde la monja la desnudaba y la sentaba en un banco, y luego le lanzaba chorros de agua fría por una manguera, o dejaba caer agua muy caliente por unas tuberías que recorrían el techo. Luego Émilie, aturdida y derrotada, con el latido del corazón en las sienes, se dejaba secar por la hermana Yvonne, que le susurraba al oído palabras que jamás hubiera imaginado que existieran en la lengua francesa.

En ocasiones se despertaba por la noche, y descubría un azul índigo en las ventanas cuadrículadas del pabellón. Tal vez la medicina no le hacía efecto de tanto en tanto, y en esos casos conseguía tener la suficiente claridad mental para decirse y repetirse que había acudido allí, a aquel hospital, para que la ayudaran a evitar aquellos episodios espantosos en los que una figura con su misma apariencia salía de su cuerpo e imitaba sus movimientos, o hacía cualquier otro gesto aterrador —eso era lo que decían las niñas, y todos los demás en Neuwelke, y lo que le habían dicho mil veces en todos los lugares donde había trabajado antes de llegar a Wolmar—. Émilie tenía esa terrible dolencia —que a punto había estado de costarle la vida en más de una ocasión—, y había decidido curarse... ¿Acaso la curación pasaba por tomar aquellas medicinas asquerosas que sólo conseguían debilitarla y dejarla exhausta? ¿Y por qué le habían asignado aquella monja viciosa y pervertida? ¿Por qué la sometían a aquellas torturas con agua fría y caliente? ¿Por qué intentaban hipnotizarla y dominar su voluntad?

Cierta noche de agosto, cuando los jardines de San Petersburgo comenzaban a desprender esos perfumes estivales tan intensos que enloquecen a los amantes desesperados, vino un enfermero al que no había visto hasta entonces y la condujo por unas galerías desconocidas a un elegante salón, bien iluminado y con una decoración propia de los zares. Había varios retratos de damas elegantes en las paredes, una chimenea de mármol, un piano, varios candelabros de plata, cortinajes rojos con flecos y borlas doradas, varias butacas tapizadas en terciopelos burdeos, y

unas alfombras de pelo grueso que conseguían fingir el efecto de que el invitado caminaba sobre una nube.

En aquella habitación esperaba un hombre muy delgado y de escasa estatura, con el pelo peinado rígidamente hacia atrás y las orejas un tanto apartadas del cráneo; tenía una mirada turbia que escondía tras unas lentes de cristales gruesos, y unos labios excesivamente carnosos que no presagiaban ninguna virtud moral. Era evidente que el sastre que le había cortado aquel traje azul merecería cien latigazos.

Émilie entró en el salón y el hombre le mostró una elegante butaca donde la institutriz casi se derrumbó. Luego, el hombre le entregó un vaso con un líquido ambarino que, en esta ocasión, despertó todos sus sentidos al cabo de diez o quince minutos. De pronto, todos los colores se avivaron, los objetos adquirieron profundidad, se perfilaron con líneas claras y ocuparon su lugar sin oscilar y sin difuminarse; los sonidos se hicieron claros y precisos, y los olores cobraron una intensidad casi molesta; por otra parte, el terciopelo de la butaca, como el lacado y el roce de su propio vestido, tenía un tacto preciso y sus dedos repentinamente adquirieron una extremada sensibilidad. Era como si se hubiera lavado la cara con agua fría y, de repente, pudiera sentir con toda la intensidad y toda la sensualidad una fresca y soleada mañana de verano.

—¿Qué tal se encuentra, señorita Sagée? Oh, me alegro. Soy consciente de que este tipo de tratamientos son desagradables y penosos, pero... Oh, lo había olvidado; permítame que me presente: soy el doctor Lev Zdanov. Mis colegas me han puesto al corriente de su situación, y me aseguran que ya está casi curada. Pronto podrá regresar a... sí, a su colegio, ¿verdad? Muy bien, muy bien. ¿Desea beber algo? ¿No? Oh, esas medicinas de aceite ambarino son espantosas, ya lo sé, pero son imprescindibles para conseguir que los nervios se relajen y se calmen. Los procesos histéricos son muy complejos, *mademoiselle* Sagée, y a menudo entran en juego elementos asociados a una extremada sensibilidad, y por eso conviene adormecerlos de algún modo. La irritabilidad, la pérdida de apetito, los espasmos, los desmayos, los sofocos y las convulsiones son consecuencias de esa sensibilidad extremada. Hemos intentado que su cerebro se acostumbre a rebajar esa sensibilidad por sí mismo: por esa razón hemos aplicado la medicina y el mesmerismo, con otras prácticas novedosas, como la *hidroterapia*. ¡Oh, sí, claro, discúlpeme...! Es «hidro», de agua, en griego, y «terapia», que significa tratamiento para la curación.

El doctor Zdanov hizo una pausa y se sentó en una butaca frente a Émilie, observándola con cierto aspecto de astuta comadreja.

—*Mademoiselle* Sagée... —continuó, con un leve titubeo—, la mayoría de las dolencias histéricas están asociadas a una afección nerviosa. Antiguamente se creía que el *hystera* se movía por todo el cuerpo... ¿*Hystera*? *Hystera* significa útero. Bueno, era la medicina antigua, claro. Creían que el útero femenino se movía por todo el cuerpo y, cuando llegaba a tocar el corazón o el pecho, provocaba accesos *histéricos* en las mujeres. Hoy sabemos que eso es una necedad, naturalmente: las afecciones nerviosas guardan relación con... bueno, usted ya tiene una edad para comprenderlo y no escandalizarse..., es decir, las afecciones nerviosas de las mujeres guardan relación con la actividad sexual. Desde luego, no podemos obligarla a casarse y, mucho menos, incitarla a mantener relaciones sexuales ilícitas. De todos modos, ése no es el único remedio, como sabrá...

A Émilie, que había recuperado toda la sensibilidad e incluso creía que se había reencontrado con su antigua lucidez, ya le importaba poco lo que aquel médico pudiera decir. ¿Estaba sugiriendo que todo lo que le ocurría se debía al estúpido hecho de no estar casada? ¿Ésos eran los novedosísimos diagnósticos de los que hablaban los periódicos? ¿El problema era que su útero se desplazaba sin control por el interior de su cuerpo? ¿Así que todos aquellos miedos, y aquellos terrores, y aquellos espectros que salían de su cuerpo, y que luego volvían a entrar haciéndole daño en los pulmones y en las costillas no eran más que el resultado de unas *costumbres* desordenadas?

Era todo tan desagradable y triste que Émilie sólo tuvo ganas de llorar.

Al cabo de unos buenos quince minutos, y tras una ingente cantidad de términos médicos de tétrica apariencia (como «psicosis», «patología» y «alienación»), el doctor se levantó y, con una leve reverencia, se despidió de ella.

—Así pues, *mademoiselle* Sagée, la consideramos perfectamente curada. Nuestra recomendación es que no ignore los llamados naturales. Le ruego que nos permita tratarla ya como a una invitada, y no como a una paciente. Olvide la cama número 73. Hoy puede quedarse a dormir aquí, en nuestras dependencias de invitados. Mañana, si lo desea, o pasado, puede irse. En la habitación contigua podrá encontrar todo lo que trajo consigo. Le deseo muy buenas noches, *mademoiselle* Sagée.

El doctor abandonó el salón y Émilie permaneció durante un buen rato sentada allí, inmóvil y atenazada por una revelación tan ridícula que sólo podría haberla imaginado un loco. Llegó incluso a sospechar que aquel hombre era un interno, y no el verdadero doctor Zdanov: un loco que no había dicho más que necedades. Pero no. El enfermero la había llevado allí precisamente porque aquel hombre era el mismísimo Zdanov. Hablaba como un doctor, y cada parte tenía coherencia y sentido, aunque se derrumbaba si se observaba el discurso en su conjunto. Le había entregado una medicina que le había devuelto la cordura y la sensibilidad, y volvía a sentirse con la fuerza y la vitalidad de siempre. Casi nunca había estado enferma y sintió con gran placer cómo todos sus miembros recuperaban la antigua tensión de la vida.

El doctor decía que estaba curada. ¿De qué?

Entonces se levantó y, tras correr unas puertas deslizantes, entró en su nueva habitación, tan elegante y lujosa como las que dicen que hay en los grandes hoteles de París y Londres. Aunque, a decir verdad, San Petersburgo, con sus nuevos palacios, era tan monumental y tan gloriosa como las viejas joyas de Europa.

Allí estaban sus humildes pertenencias, en una habitación en la que la cama alzaba dos palmos por encima de lo que Émilie jamás había visto, y era tan dulce y mullida que sospechó que tardaría varios meses en levantarse, si lograba quedarse dormida. Bajo aquel elegante dosel aterciopelado podría soñar durante años enteros con campos de flores sin necesidad de despertarse y tomar un té. Había espejos con molduras doradas por todas partes, y un tocador tan enorme y barroco que los cinco utensilios de belleza de Émilie (a saber, un cepillo, las horquillas, un tinte de labios, una polvera y una cadenita de plata) parecían objetos que hubiera perdido una mendiga en una posada de mala nota.

Bueno... estaba aquella cama, y le habían ofrecido quedarse una noche allí, en calidad de

invitada. Así que, aunque fuera una mendiga, sus huesos no eran peores que los de una gran dama, y no se quejarían por dormir en un colchón de plumas y entre perfumadas sábanas blancas.

Apenas había comenzado a quitarse el vestido cuando llamaron a la puerta.

Era sor Yvonne.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

Con los colores turbios del otoño, el Pensionado de Señoritas de Neuwelke había adquirido un aspecto sombrío y casi lúgubre. Cuando el señor Buch regresó de sus vacaciones estivales, con la esperanza de que la pesadilla del curso anterior se hubiera desvanecido, se topó de frente con un enorme edificio vacío y gris que no auguraba más que nuevos fantasmas y espectros.

Durante los meses anteriores había recibido muchas cartas de progenitores preocupados por los rumores que se estaban difundiendo a propósito de Neuwelke. Muchos padres —y muchas madres, sobre todo— se resistían a mantener a sus hijas en un lugar donde, al parecer, sucedían «cosas raras». Más de una docena de niñas habían escrito a sus casas y habían declarado abiertamente lo que sabían, o lo que habían visto, o lo que les habían contado: que el fantasma de una institutriz vagaba por las galerías durante la noche, y se aparecía en las escalinatas con los ojos vacíos, y que deambulaba a la luz de la luna por el jardín... ¡o que la habían visto cociendo niñas en un caldero en el que borboteaba una sopa de murciélagos y zarpas de gatos muertos! Pero las peores no eran las madres ni las propias niñas, sino las *chaperones*, que se aburrían mortalmente en el colegio, que se sentían inútiles y deseaban ardientemente que las niñas comenzaran su vida social, donde tal vez (incluso) ellas podrían acceder a un futuro más halagüeño. Así que eran esas mujeres las que inflamaban las historias de terror como verdaderas señoras Radcliffe y, aunque ciertamente no deseaban ningún mal a la señorita Sagée, aprovechaban la circunstancia para sugerir que sus pupilas probablemente ya no necesitaban más instrucción...

Al señor Buch no le preocupaban mucho los espectros que pudieran desprenderse de la señorita Sagée. En opinión del director, el verdadero espectro que vagaba por las galerías de Neuwelke era el de su esposa Eveline: constantemente se preguntaba qué habría hecho Eveline en su situación. ¿Y qué prevalecería en su decisión: la educación y la tranquilidad de las niñas o la compasión hacia una mujer que cargaba con aquella especie de maldición? Él, personalmente, no había visto ninguno de aquellos «fenómenos» que las más pequeñas llamaban «la magia de la señorita Sagée», pero habían llegado a sus oídos tantos testimonios, tan fiables y tan seguros, que le costaba imaginar que todos en Neuwelke se hubieran vuelto locos, aunque, como decía el señor Buch para su coleteo, aquello era un colegio de niñas, así que la posibilidad de una locura generalizada nunca podía desestimarse. (Incluso la señorita Amalia Vi había certificado, con

cierta aprensión, que había visto *el fantasma* de la señorita Sagée caminando con los ojos vacíos por detrás de las sillas en las que las niñas estaban sentadas a la mesa, a la hora de cenar.)

El señor Buch dejó caer su maleta sobre la gravilla, se quitó las lentes y se secó el sudor con un pañuelo.

—Buenas noches, señor Buch —le dijo Jonas Fou’fingers, apoyado en un rastrillo de hojas muertas—. Bienvenido de nuevo a casa.

—Buenas noches, Jonas —contestó el director—. ¿Cómo han ido las cosas por aquí durante mi ausencia?

Jonas miró unas amenazantes nubes que se oteaban en el horizonte.

—Irina y Latia ya han regresado, y están tan locas como siempre. Nikolai, el muchacho de los Yielovna, no ha aparecido por aquí desde la cosecha... o desde que Latia le dio calabazas, eso es difícil precisarlo. La señora Huns cada vez está más triste: si me disculpa el señor, creo que se le rompió el corazón cuando falleció nuestra señorita Eveline, y desde hace varias semanas lo único que me dice es que quiere volver a su pueblo. Respecto al profesor Whimple, apenas ha salido de la biblioteca, y cuando ha salido, se ha puesto unas botas de caminar y ha cogido un sombrero y un bastón, y se ha adentrado en los montes, y allí ha permanecido dos o tres días. Alguna vez he temido que se lo hubieran comido los lobos, aunque finalmente siempre ha regresado... en unas condiciones poco saludables, es cierto, pero ha regresado. No me pregunte qué ha hecho solo por esos parajes agrestes, porque no lo sé: como dice la señorita Vi, a los románticos es mejor dejarlos solos. Y por lo que toca a mi parcela, he de reconocer, señor, que, desde que se fue la señorita Sagée, las flores no me prosperan.

—Vaya —dijo el señor Buch—. ¿También tiene poderes botánicos sobrenaturales nuestra institutriz de francés?

El jardinero, con su torpeza pelirroja y escocesa, había intentado favorecer a su amiga y no había conseguido más que avivar en el brasero de los demonios.

—No te preocupes, Jonas: la señorita Sagée regresará pronto, y volveremos a tener un precioso jardín.

—Eso espero, señor.

Y era cierto. Jonas había echado mucho de menos a su joven amiga. Durante el curso anterior, Émilie se había refugiado en los jardines del señor Fou’fingers cada vez que se producían aquellos aterradores *incidentes*. El jardinero solía encontrarse por allí casualmente, y entonces entablaban largas conversaciones sobre la disposición de las flores, la ordenación de los parterres, el modo en que debe caer la lluvia, la intensidad de los rayos de sol, los procedimientos en el regadío, las consecuencias de no quitar las hojas secas, el porqué de ciertas coloraciones en las rosas y los tulipanes, la altura aconsejable del césped y otros mil detalles apasionantes de la vida del jardinero profesional. Cuando Jonas encontraba a la institutriz llorando, ya sabía que *aquello* había vuelto a ocurrir y que en las aulas o en las galerías o en las salitas de estudios se había formado un escándalo considerable. Por desgracia, *monsieur le jardinier* no tenía muchos recursos para consolar a una mujer como Émilie, así que lo único que se le ocurría era contarle

historias de su juventud, cuando era jardinero real, o de su infancia, cuando la tía Geltrudd conseguía premios épicos en las ferias del condado. Jonas también tenía un pequeño secreto, y éste no era sino que él también había visto el espectro de la señorita Sagée en el jardín. Ocurrió cierta noche, cercano el verano, cuando se cruzó con la institutriz en la escalinata del colegio; Jonas la invitó a dar un paseo por el jardín, ya que hacía una noche apacible y las rosas estaban alegres como nunca, perfumando el aire con sus fragancias más delicadas, pero la señorita Sagée le dijo que lo lamentaba mucho: le habría encantado, pero se encontraba muy cansada y al día siguiente tenía una mañana muy ocupada. Otro día sería. Así que Jonas salió solo a dar un paseo y, cuando casi había llegado a la cancela de la entrada, vio a la señorita Sagée de espaldas, señalando las grandes flores de un precioso magnolio que al menos tenía treinta años. A Jonas le extrañó encontrarla allí, pues apenas unos minutos antes la había visto subir la escalinata en dirección a sus aposentos. El jardinero la llamó, pero ella no se inmutó, hasta que repentinamente se volvió y Jonas pudo ver que las cuencas de sus ojos estaban vacías; luego su figura latió brevemente, como ascuas blancas excitadas por una leve brisa, y refulgió apenas un instante, hasta que se hizo muy transparente y luego desapareció, cuando sus perfiles vibraron como un tímido relámpago. El jardinero notó que un escalofrío recorría sus brazos, pero permaneció allí durante unos instantes, en silencio, y meditando como buen escocés sobre los límites del conocimiento humano. Cuando regresó al sótano y a su dormitorio, donde iba apilando el cansancio de todos sus años, Jonas Fou'fingers no dejó de arquear las cejas ante lo que había presenciado, pero recordó una máxima que solía proclamar su difunto padre hacía más de... más de mucho tiempo: que un verdadero caballero no debe inmiscuirse en las intimidades de las personas, y menos aún de las señoritas. Si Émilie Sagée tenía la costumbre de sacar a pasear su espíritu, eso era cosa suya, y nadie tenía por qué indagar en ello.

La discreción de Jonas Fou'fingers tenía su fundamento filosófico en la costumbre escocesa de no meter el hocico donde no se debe y no hurgar en las peculiaridades ajenas: los herederos de los pictos tienen otras debilidades, como el amor que profesan a lo que Robert Burns llamaba el *scotch drink* —y que no es sino el *uisge-beatha*—, el endemoniado retorcimiento de su *dialecto* o la difícil digestión de sus estofados, pero no toleran de buen grado las murmuraciones y las habladerías. El viejo jardinero consideró que lo más prudente sería dejar que el tiempo cubriera con una pátina de olvido aquel extraño suceso.

Además, Jonas Fou'fingers pensaba que aquel curioso episodio de refulgencia debería quedar para siempre en el arcón de sus secretos: de todos modos, nunca podría hablar de él, puesto que nadie iba a creerle, y no estaba dispuesto a que comenzaran a llamarlo «viejo loco».

Si había alguien loco en Neuwelke, ése era el profesor Whimple.

David Whimple no había querido salir de Neuwelke para disfrutar de unos días de asueto. Podría haber ido a Cracovia, o a Moscú, o a San Petersburgo. O a Viena, si tenía ganas de divertirse. Pero prefirió quedarse en el pensionado y dedicar los largos días de verano al estudio y el trabajo. Desde luego, ocultó prudentemente que pensaba dedicar todos sus esfuerzos al ensayo que inscribiría su nombre en las pulidas planchas de bronce de la Historia: *La revolución de los*

pueblos.

Sin embargo, las convulsiones políticas de los judíos frente al Imperio romano, en el siglo primero, y las memorias de Flavio Josefo se habían convertido en un verdadero suplicio y la historia se había poblado de elementos sobrenaturales y supersticiosos que interferían desastrosamente en su investigación. En principio, aquel epígrafe sólo precisaba unos cuantos párrafos, y no se trataba más que de plasmar brevemente cómo los judíos hicieron frente al poder del Imperio romano y cómo habían sido sometidos por la fuerza de las armas. Pero todo se le había enredado de un modo espantoso. Había empezado a redactar cómo fueron las llamadas «guerras judías» que comenzaron en el año 66 d.C. Y había narrado cómo Tito Flavio Vespasiano (hijo del emperador Vespasiano) había acudido a Judea y había sofocado la revuelta hebrea destruyendo Jerusalén hasta los cimientos, en el año 70. Sin embargo, según muchos autores dados a creer en la predestinación y en los castigos divinos, aquella violencia no quedó impune. En el año 79 Tito fue nombrado emperador y creyó que la fortuna le sonreía, pero la venganza del Yahveh de los judíos no se hizo esperar: apenas lo hubieron coronado, el Vesubio estalló y destruyó Pompeya y Herculano, y un año después Roma ardió por sus cuatro costados; al año siguiente, el propio Tito murió, aquejado de unas fiebres, según decía Suetonio. Encontró también en el Talmud que a Tito se le había metido un insecto por la nariz y que éste fue la causa de su muerte, pues cuando le abrieron el cerebro al cadáver, allí encontraron el insecto.

Todas esas circunstancias obligaban al profesor Whimple a pensar en asuntos que nada tenían que ver con su vocación revolucionaria. Por ejemplo, pensaba mucho en el sino, en la predestinación, en la justicia divina, en la espada de Damocles, en campanillas atadas a los dedos de los muertos, en la tumba de Mausolo, en el dragón rojo que adorna la bandera de Gales, en las historias del *Mabinogi*, en las mujeres que se sientan junto a las fuentes, y en otros mil asuntos absurdos que ninguna relación guardaban con sus obligaciones académicas. Sin embargo, por alguna razón, su pensamiento fluía hacia toda suerte de motivos estrafalarios: los pájaros que comprenden las lenguas de los hombres, los enormes perros negros (*gwylli*) que acechan a los viajeros en los caminos de Gales o las *morgens* de las aguas, además de toda la zarabanda de locuras propias de las aldeas de su tierra.

El profesor atribuía ese desconcierto a la pasión que sentía por su amada Augusta. Hasta cierto punto, consideraba comprensible que las efusiones del corazón se estuvieran elevando sobre las razones de la filosofía y las ciencias morales y sociales. También comprendía que el amor que sentía por la encantadora Augusta rebajara el ímpetu que se precisaba para encarar la redacción de una obra revolucionaria. Así que no se resistió a los dulces encantos de Cupido y pensó que, de todos modos, retrasar unos meses la culminación de su obra magna tampoco tendría mayor importancia. Y decidió, por tanto, desatar toda su energía en la redacción de poemas amorosos, o cartas filosóficas, o epigramas y sentencias, dedicados a su enamorada Augusta Dehmel. La idea era remitirse a la distancia que injustamente lo separaba de sus manos y sus labios, comparar su presencia con el sol, o con la luna, que era aún más romántico, descubrir la infinitud del universo en la oscuridad de su mirada y... Bueno, en fin, todas esas metáforas propias del enamorado romántico.

Sin embargo, cuando se sentaba en la biblioteca, rodeado de compendios poéticos, era incapaz

de escribir ni un solo verso. Sus poesías le parecían envaradas, falsas, ridículas o empalagosas, y a duras penas conseguía imitar ni siquiera el peor verso de Blake, su poeta favorito. («Me ofrecieron una flor...») Desde luego, había perdido toda esperanza de asemejarse a Shakespeare o a Spenser. Tal vez, se dijo, debería aplicarse aquello que les decía a sus alumnas cuando se ponía excesivo y romántico delante de la pizarra:

—Si alguna vez os atrevéis a escribir versos, aseguraos de que sabéis de memoria, desde el primer al último verso, la *Epistola ad Pisones* del maestro Horacio: ¡repetid conmigo! *Humano capiti ceruicem pictor equinam...*

Y todas las jovencitas repetían mansamente los versos horacianos. (Es dudoso que los comprendieran, pues la lengua latina no era una especialidad de Neuwelke, que formaba damas, no intelectuales. De todos modos, si había alguna muchacha que hubiera pensado en dedicarse al arte de la rima, es probable que aquellas amenazas acabaran por desanimarla.)

El profesor Whimple, ante la mirada desconcertada del jardinero Fou'fingers, comenzó a practicar el romántico deporte de caminar. No era un ejercicio que le complaciera en exceso, pero su adorada Augusta le había dicho en más de una ocasión que ella conseguía pensar con más claridad cuando caminaba, y que el aire fresco revitalizaba sus ideas y le proporcionaba otras nuevas, y que con frecuencia recordaba incluso detalles que había olvidado. Pero lo único que conseguía el señor Whimple era martillar su cráneo con algún verso que se ajustaba a su camino... «Me ofrecieron una flor: / nunca dio mayo una flor semejante...» Los umbríos senderos de los bosques le procuraban cierto melancólico sosiego y las ruinas de un viejo castillo le recordaban que tenía que volver a su historia de las revoluciones; la contemplación de las estrellas conseguía arrancarle algún emocionado suspiro y la visión de las brumas de la mañana le inspiraban esperanza y alegría. Respecto a los versos para su amada... lo cierto es que tenía que esforzarse cada vez más en pensar en ella. ¡La adoraba, pues claro! ¡Naturalmente! ¡Y no tardarían en comprometerse! Pero continuamente se le olvidaba que tenía que escribir algunos versos para ella, para sorprenderla cuando regresara en septiembre.

«Me ofrecieron una flor: / nunca dio mayo una flor semejante...»

Por el contrario, su amiga Émilie, que había desaparecido un día de Neuwelke y que ni siquiera había tenido la consideración de despedirse, ocupaba cada vez más espacio en sus pensamientos. «Me ofrecieron una flor: / nunca dio mayo una flor semejante. / Pero dije: “Bah, ya tengo un rosal precioso”, / y desprecié aquella dulce flor.» Una noche, tumbado sobre su manta en un cobertizo montañés, se percató de que los últimos meses en Neuwelke no se había hablado de otra cosa que no fueran muertos, fantasmas, súcubos, espectros, hadas, trasgos, duendes, incubos y *revenants*; desde luego, los peculiarísimos sucesos en los que se había visto envuelta la señorita Sagée guardaban mucha relación con aquella atmósfera gótica y misteriosa que había comenzado a envolver el pensionado. Además, probablemente también su amiga era la razón por la que su cabeza no era capaz de pensar más que en dragones, perros fantasmales, hadas de las lagunas, muertos que no acababan de morir nunca y otras mil tonterías y supersticiones.

Era enojoso, muy enojoso, enojosísimo, intentar escribir una historia de las revoluciones y que el amor entorpeciera su trabajo, y que cuando decidía finalmente escribir sobre su amor, los enloquecidos e impertinentes fantasmas de su amiga Émilie también se lo impidieran. Pero así son

los pensamientos humanos: se deslizan de lo trascendental a lo intrascendente casi sin ser notados, y de la filosofía a los cuentos de ogros y miguitas de pan con la susurrante viscosidad de una serpiente. Ésta es la razón por la que, teniendo tantas cosas importantes en las que pensar —la revolución de los pueblos y Augusta, su amor—, el señor Whimple acababa siempre pensando en la señorita Émilie Sagée.

Por fin, una mañana, mientras se servía el té en el saloncito azul y el cielo amenazaba con una tormenta veraniega, recordó el poema completo de William Blake:

*Me ofrecieron una flor:
nunca dio mayo una flor semejante.
Pero dije: «Bah, ya tengo un rosal precioso»,
y desprecié aquella dulce flor.
Entonces me acerqué a mi precioso rosal,
porque quería cuidarlo día y noche,
pero mi flor huyó enojada
y las espigas del rosal fueron mi único consuelo.*

El profesor Whimple miró de reojo la taza de flores que Émilie solía utilizar para desayunar y, en vez de pensar en Vespasiano o en Augusta, se preguntó dónde demonios estaría su amiga y por qué no volvía ya.

Aquel otoño de 1845 fue el inicio de curso más sombrío que había conocido Neuwelke. Los fríos llegaron incluso antes que los profesores y, cuando éstos aparecieron, venían ya envueltos en capotes de viaje, malhumorados y con el único deseo de encerrarse en sus habitaciones. Por ejemplo, la señorita Amalia Vi apareció un día a altas horas de la noche, despertó a las criadas, enojó a la señora Bertha Huns obligándola a preparar algo de comida y enfadó al jardinero Fou'fingers, que tuvo que ejercer de portero, y ocuparse del caballo del carruaje alquilado, y acomodar al cochero en el establo, y otras mil circunstancias cuando él sólo era *jardinero*, y no mozo de cuadra ni mayordomo. El señor Schafthausen y el señor Klöcker habían coincidido en una posada de Kaunas y habían hecho el viaje de regreso juntos desde allí; al principio creyeron que así se les haría el trayecto más ameno, pero discutieron enseguida por cualquier fruslería y, después de echarse a la cara que Plinio podía tener razón, pero el otro no, no volvieron a dirigirse la palabra en todo el viaje; cuando llegaron, se encerraron en sus respectivas habitaciones y el señor Schafthausen le dijo a Latia que hiciera el favor de no molestarle hasta que no tuviera que dar clase, lo cual acontecería al menos dos semanas después.

La última en llegar fue Émilie, y llegó en tal estado que Irina tuvo que acompañarla a su habitación y meterla en la cama; era comprensible: había ido a Dijon y había regresado en poco más de un mes. Era un viaje larguísimo, Europa había sufrido un verano infernal y probablemente Émilie no había subido a las diligencias más señoriales. La señora Huns le subía muchos caldos de gallina e Irina le dispensó todos los cuidados que precisó la convaleciente.

El profesor Whimple dijo que la señorita Sagée era una mujer muy fuerte, y que nunca la había visto enferma desde que llegara a Neuwelke, exceptuando aquellos extraños dolores de cabeza que de tanto en tanto aterraban a las niñas. Así que probablemente no se trataba más que de cansancio, y su amiga se repondría muy pronto. Un día, el profesor Whimple tuvo que bajar a Wolmar para recoger ciertos libros que le habían enviado desde Londres, y al pasar por el mercado vio un puesto en el que una encantadora jovencita letona vendía manzanas «de su propio huerto». Curiosamente, pensó que a Émilie le encantaría recibir una cesta con cuatro o cinco manzanas, pues tanto el perfume de esa fruta como su sabor son muy propicios para levantar el ánimo e infundir alegría y primavera en el corazón. Así que compró las manzanas y regresó a Neuwelke, y cuando se disponía a llevar las manzanas a la habitación de la señorita Sagée, oyó su nombre al final de una galería.

—¡David! ¡David!

Oh. Era Augusta. Qué sorpresa. ¿Cuándo has llegado? No sabía que... Sí, claro, claro que he recibido tus cartas. ¿Me lo decías en tu última carta? Oh, discúlpame, querida: he estado tan atareado con mi libro... ¿Estas manzanas? Son... Claro, son para ti. ¿Para quién iban a ser, si no? Oh, estás preciosa, mi querida Augusta. Qué sorpresa. Sí, sí... Cógelas, cógelas: son para ti, desde luego. Qué sorpresa.

Naturalmente, con Augusta Dehmel había llegado Sönke. Y pocas horas después llegaron también Antoinette de Wrangel, y Julie von Guldenstube, y más alumnas. Y al día siguiente llegaron otras cuantas. Sin embargo, no pudieron contarse más de dieciséis señoritas. El resto había preferido diferir el regreso... o había enviado cartas en las que muy amablemente comunicaban a la dirección del colegio que habían recibido ciertas informaciones etcétera que convertían la educación de su hija en etcétera etcétera porque resultaba de todo punto evidente que dadas las circunstancias etcétera etcétera por todo lo cual le rogaban excusase a la niña, aunque etcétera etcétera si se producía *algún cambio* en la plantilla de profesores tal vez pudieran tenerlo en cuenta etcétera etcétera, y muchas gracias por todo.

El día 12 de septiembre, cuando se celebró la Gran Cena de Bienvenida, había muchísimas sillas vacías, y el gran salón lucía un aspecto sombrío y triste. (La difunta señorita Eveline había querido que el salón de Neuwelke se pareciera al del Christ Church College de Oxford, aunque el resultado final no había sido tan señorial ni tan imponente, por razones arquitectónicas.) La señora Bertha Huns ni siquiera se esforzó en la tarta de queso, como otras veces, y en vez de cubrirla con su extraordinaria mermelada azul de arándanos, puso una triste frambuesa en cada porción. El señor Buch, de todos modos, pronunció el discurso protocolario de todos los años y saludó personalmente a las niñas con la fórmula: «Bienvenida al Pensionado de Señoritas de Neuwelke. *Litterarum radices amaras, fructus dulces.*»

La penúltima en recibir el saludo del señor Buch fue Julie.

—Señorita Von Guldenstube, bienvenida al Pensionado de Señoritas de Neuwelke un año más.

A su lado estaba Sönke.

—Señorita Buttgerit-Dientzenhofer —dijo el señor Buch con gesto muy serio—, se le está a usted quemando el pelo.

CARTA DE ÉMILIE A VIOLETTE
Pensionado de Señoritas de Neuwelke
Wolmar, Livonia.

Mi queridísima Violette,

Ya me encuentro un poco mejor.

Como te dije en mi última carta, mi estancia en el hospital de San Petersburgo fue un verdadero horror y un suplicio. Ojalá pudiera decirte qué me hicieron realmente y qué bebedizos me obligaron a tomar y qué... Si supiera con qué me envenenaron, al menos podría recurrir a los herbolarios y pedir las plantas y los antídotos para que no me doliera tanto el estómago. Ayer le rogué al señor Fou'fingers que, ya que pensaba bajar a Wolmar, me trajera hinojo, jengibre, manzanilla y malvavisco; creo que con estas hierbas podré evitar los espasmos y los vómitos que sufro desde que salí del hospital. Estuve casi una semana entera postrada en la cama, pero ya han comenzado las clases y, a pesar de las molestias, es mi obligación levantarme y acudir a las aulas.

Sé que mi estómago se irá recuperando poco a poco, porque la vida ordenada que llevamos en Neuwelke por fuerza contribuirá a mejorar mi salud. Además, este año sólo han venido dieciséis alumnas —y, por desgracia, yo sé cuál es la causa de tanta escasez—, y eso también me permitirá tener más tiempo libre y descansar.

Respecto a *lo otro*... creo que los remedios y tratamientos del hospital no han surtido ningún efecto. En mi cajita de hierbas tengo menta, romero, arándanos, tila, lavanda, valeriana, espino blanco, amapola y hierbas de San Juan, y creo que las tisanas que me preparo surten incluso menos efecto que antes de viajar a San Petersburgo. Si no estaba loca antes, allí consiguieron que no saliera cuerda: ay, amiga, hice cosas de las que me avergonzaré toda la vida... si es que las hice y no las soñé, pues ni siquiera de eso estoy segura, mi querida Violette; pero aunque las hubiera soñado, me avergonzaría. Allí había una enfermera... en fin, no quiero hablar de ella: quizá con el tiempo consiga olvidarla.

Ahora tengo otras preocupaciones: sé que *eso* está ocurriendo de nuevo, y con más frecuencia y más intensidad que antes. Lo sé porque a veces siento que pierdo la consciencia, y tengo comprobado que es entonces cuando ocurre. Creo que incluso sucede durante la noche, mientras

duermo. Sé que las niñas y los maestros hablan de mí: oigo rumores constantemente y me temo que soy objeto de disputas, corrillos y conversaciones... Es decir, mi querida Violette, que es lo mismo de siempre, ¡lo mismo de siempre!

Y, sin embargo, hay misterios en Neuwelke que no comprendo: el señor Buch aún no se ha dirigido a mí de ningún modo, ni me ha pedido explicaciones; bien al contrario, cuando nos vemos en los corredores, o en el desayuno, o en cualquier otro lugar, el director me habla con toda la amabilidad del mundo y me dice que no me preocupe, pero ni siquiera cita el motivo por el que *sí* debería estar preocupada. Me asegura que todo cambiará pronto y que todo irá bien, aunque no explica por qué han de cambiar las circunstancias y por qué todo va mal ahora e irá bien después. Y lo mismo he de decir de David del profesor Whimple: me trata con una dulzura y una amabilidad que con toda seguridad no merezco, y sólo él, con su manera de dirigirse a mí, consigue arrancarme una sonrisa y hacerme sentir que aún debería confiar en los milagros. También creo que el señor Schafthausen y el señor Klöcker me miran con lástima, pero noto que en el fondo de su corazón creen que yo soy la culpable de que el número de alumnas haya descendido de cuarenta y cinco a dieciséis. Y respecto a las niñas... bueno, ya no son muchas. Han regresado Julie, Sönke y Antoinette, que son mis alumnas favoritas, pero no sé durante cuánto tiempo podrán permanecer aquí sin que sus madres, aterradas, vengán a buscarlas. También está Christa Dix, el pequeño diablillo del pensionado, que amenazó a sus padres con quemar la casa familiar si no se le dejaba volver a Neuwelke. (Todo lo que diga de nuestra Christa Dix siempre se quedará escaso: al poco de llegar aquí, cuando supo que yo era francesa, me preguntó si yo había presenciado ejecuciones en la guillotina y si era verdad que María Antonieta se atusó el peinado antes de que la decapitaran.)

El verdadero misterio del Pensionado de Neuwelke, mi querida Violette, no es que esta pobre desgraciada que te escribe sufra esa maldición aterradora, sino que aún nadie me haya expulsado de aquí, o me haya entregado a las autoridades, o me hayan apedreado en un pozo seco o me hayan quemado en una hoguera: ése es el verdadero misterio. Ni las muchachas de la señora Bertha Huns ni otros criados que vienen de Wolmar de tanto en tanto han pretendido hacerme daño de ningún modo; yo noto que sienten un leve temor cuando me detengo a hablar con ellos, o me miran con curiosidad cuando me ven pasar (como si desconfiaran de que sea yo realmente), pero nadie me ha llamado bruja, como en otros lugares, ni me han arrojado a los caminos, ni me han encerrado en un sótano, ni me han entregado a los alguaciles, como hicieron en otros colegios. Y por lo que toca al señor Fou'fingers, creo que no encontraré jamás un hombre más bueno en este mundo.

De todos modos, no quiero ocultarte que también tengo algún enemigo en Neuwelke. Puedo asegurarte que una de las *chaperones* me odia con toda su alma. No es necesario que escriba su nombre. Podría decir que no sé muy bien cuál es la razón por la que esta mujer quisiera verme lejos de aquí, pero lo cierto es que sí lo sé. Esta señorita está comprometida con el profesor Whimple —tengo para mí que se casarán pronto—, pero resulta que el señor Whimple se empeña en dispensarme una amistad poco común; por mi parte he intentado apartarme un tanto, aunque no puedo negar que aprecio mucho al señor Whimple y que su conversación y su compañía son, seguramente, dos de las mayores alegrías que puedo encontrar en Neuwelke. Pero creo que los celos están consumiendo a esa mujer y poco importa que yo me aleje del señor Whimple o no le

vuelva a dirigir la palabra: me ha convertido en su manía, como dicen, y me vigila con la furia de una hidra. En fin, esa mujer me ha escogido a mí como diana de sus iras y lo único que

Querida Violette, tuve que interrumpir la carta porque, precisamente, llamó a mi puerta el señor Fou'fingers para darme una noticia horrible y que no conseguirá más que aumentar mi angustia y mi desesperación.

Ya te dije en una carta anterior lo que me había ocurrido un atardecer en el jardín, y cómo aquel loco de Mulhouse había saltado el pequeño muro de la propiedad y había intentado arrastrarme fuera o no sé... Como imaginarás, yo dije que no sabía quién era aquel hombre, aunque lo conocí muy bien, porque lo tuve a dos pulgadas de mi nariz, y procuré que todo quedara en un incidente desafortunado, proponiendo que quizá había sido uno de esos locos vagabundos que recorren los caminos y a los que no conviene dar mayor importancia. Yo no sé si el señor Buch acudió a la policía o a los jueces, pero sé que ordenó que vinieran dos o tres cazadores, y el señor Fou'fingers los acomodó en las dependencias de los establos, y se ocupaban de rondar por la propiedad para impedir que nadie extraño pudiera entrar. Tenía para mí que los cazadores se habían ido antes del verano y creía que no habían vuelto, pero es evidente que estaba equivocada: Jonas me ha dicho que los cazadores han visto a un hombre viejo y escuálido, vestido como un clérigo mendicante, rondando por el jardín con un candil, y que le han dado el alto, y que el intruso ha dejado caer el candil y ha huido entre los rododendros; uno de los cazadores ha disparado, pero el hombre se ha perdido en la oscuridad. Los mastines han seguido la pista por el olor, y los cazadores, y el propio Jonas, han dicho que el hombre va herido, pues han dado con un rastro de sangre negra y muy sucia. Mi amigo el jardinero me acaba de asegurar que no han querido salir tras el intruso porque ha comenzado a llover y los mastines no siguen bien el rastro con las tierras empapadas; además, hay luna nueva y la noche está como boca de lobo...

En fin, mi querida Violette: todo esto no hace más que procurarme más zozobras y más angustias. Sé que el *père* Balkas —siento náuseas al escribir simplemente su nombre— intentará apresarme por todos los medios, y antes morirá que cejar en su empeño, y que procurará llevarme ante los tribunales, o ante la muchedumbre enfurecida, o pretenderá ahorcarme o decapitarme, o acabar con mi vida de cualquier modo. Mientras le quede una gota de sangre en las venas —aunque sea negra y sucia, como dice Jonas—, intentará arrastrarme a la tumba, pues cree al parecer que ése es el mandato que Dios le ha dado, y mientras esté vivo, no tendrá otra idea ni otra ocupación...

Ha comenzado a llover horriblemente: y sé que ahí fuera, en esa negra oscuridad, vagando furioso y herido, está ese hombre espantoso, acechándome, y esperando su oportunidad...

¿De qué me valen las mañanas de sol, y la alegría de tener amigos como el señor Whimple y Jonas, y el placer de leer versos antiguos, y la delicia de pasear entre las rosas, y el sosiego de las vaporosas tardes estudiando con las niñas, y mis noches apacibles en este cálido *boudoir*, y el acogedor sonido de la lluvia cuando se escucha amortiguado entre las sábanas, y la rebosante primavera de Julie, Sönke y Antoinette? ¿De qué me valen, Violette?

Sólo tengo ganas de llorar, y me pregunto si vale la pena esta vida mía. Mientras hallo la

respuesta, ruega al Señor por el alma de esta desdichada, y ojalá que Dios te oiga.

Te quiere siempre,

tu hermana y tu amiga,
ÉMILIE S.

«Manzanas, manzanas, manzanas.» Eso decía el frufú del vestido de la señorita Dehmel al subir la escalinata central del colegio. Y eso era lo que había estado retumbando en su cabeza desde que se reencontrara con su amado David en una galería y lo sorprendiera a la puerta de la señorita Sagée con una preciosa cestita de manzanas en la mano. Habían pasado ya quince días, pero aquella imagen no conseguía difuminarse en su cerebro: era como si el mismísimo Hefesto la hubiera grabado a fuego en sus pupilas.

Cuando llegó a las dependencias de Sönke, la muchacha de los cabellos refulgentes levantó la mirada del libro que estaba leyendo y observó cómo su *maiden* cruzaba veloz la estancia y, dando un portazo, se encerraba en su alcoba.

La habitación estaba prácticamente a oscuras, y la señorita Dehmel no quiso encender un quinqué. Se sentó en una silla, junto a la pared, y permaneció allí quieta, con el rostro sombrío y con las manos entrelazadas en su regazo. Sobre la cama había cinco manzanas ya demasiado maduras, a punto de agusanarse. Augusta las miraba y trataba de descubrir en ellas un secreto o hallar una respuesta. Pero, como todo el mundo sabe, las manzanas no sirven para adivinar el futuro ni pronosticar el devenir de las personas. El futuro puede leerse en las cartas, en las vísceras de los animales, en el crepitar de las hojas de laurel en el fuego, en las circunvoluciones de los astros y los movimientos de las estrellas, en los dados, en los números y en los zodíacos, en el humo de los inciensos y en los rastros de las hojas de té, en las líneas de la mano y en las arrugas de la frente, y en los rasgos de la escritura. Pero en ningún lugar había podido oír Augusta Dehmel que el futuro pudiera adivinarse en manzanas podridas arrojadas sobre una cama.

Lo único que sabía de las manzanas, pensó Augusta con los ojos anegados en lágrimas, era que el demonio le había entregado una a Eva, y que ésta había comido de aquel fruto prohibido y que por esa razón Yahveh había expulsado a nuestros primeros padres del Paraíso. Pero cuando fue a comprobarlo en una Biblia que había en el salón de lectura, y buscó aquel párrafo en el Génesis, resultó que allí nada se decía de ninguna manzana, y que el fruto perfectamente podría haber sido un melocotón o una pera.

Escondida en la oscuridad, Augusta sentía una enorme opresión en la garganta, y una furia que se deshacía en sollozos y en una angustia insoportable. Cuando partió de Neuwelke, a principios del verano, le hizo prometer a David miles de cosas: que pensaría en ella todos los días, y todas

las horas, y todos los minutos del día, aunque estuviera dormido o aunque se desmayara, que le escribiría todos los días, varias veces, y que la echaría mucho de menos, sobre todo al atardecer, y que guardaría las cartas que asimismo ella le enviara, y que no hablaría con otras mujeres, ni siquiera con Latia o Irina, y que... Estaba segura de que David no había cumplido ni una sola de sus promesas. Al menos, en la cuestión de la correspondencia, David la había defraudado lamentablemente: sólo le había escrito once cartas durante todo el verano. Y ella había exigido que le escribiera *todos los días*. Ella *sí* le había escrito todos los días: cuarenta y nueve cartas. ¿Acaso creía que sólo eran peticiones de una jovencita enamorada? ¿Tal vez se había expresado mal y David había creído que lo suyo era *una manera de hablar*? El resultado de aquella laxitud en el compromiso era que había encontrado a David con una cesta de manzanas en las manos y a punto de llamar a la puerta de la señorita Sagée.

Al partir junto a Sönke sintió que el alma se le resquebrajaba como un jarrón de China y no pudo dejar de llorar durante todo el camino, a pesar de los constantes y amables consuelos de su pupila. Y lo peor es que la señorita Augusta debía reconocer que no lloraba porque se tuviera que separar de su amado profesor Whimple, sino porque su amado profesor Whimple se quedaba en el mismo edificio en el que aún permanecía la señorita Émilie Sagée. Había dicho que viajaría a Dijon, pero Augusta no podía confirmarlo de ningún modo: tal vez la verdadera intención de la francesa era permanecer allí durante todo el verano... Tal vez se encontrarían en la biblioteca, o en el salón azul, o en el comedor, y decidirían leer juntos alguno de aquellos ridículos poemas románticos después de comer, o bajarían al jardín para tomar el fresco por las tardes, cuando el calor cediera a las perfumadas brisas estivales, o tal vez caminarían juntos hasta el pueblo o... Aquellas imágenes conseguían que le estallara la cabeza de dolor.

Pocos días después de llegar a Neuwelke había ido a visitar secretamente al *père* Balkas. Tras lamentar conjuntamente el escaso vigor y la incompetencia del juez Balotrijodis, el clérigo de Mulhouse le había dicho que —tal y como sospechaba Augusta— Émilie Sagée no había ido a Dijon, en absoluto, sino a San Petersburgo, y que había estado en un hospital, y que había salido del hospital al cabo de un mes, y que había regresado muy enferma a Neuwelke. El *père* Balkas, entre náuseas y vómitos de sangre negra, le explicó pormenorizadamente cómo había conseguido seguir a la institutriz en su carro atestado de papeles y legajos, y cuántas penalidades había sufrido por cumplir el mandamiento divino de perseguir a aquella endemoniada; además, le detalló su teoría, según la cual la señorita Sagée pensaba que podría curarse en un hospital de medicinas, cuando lo único que podía sanar su espíritu era el exorcismo y la Santísima Cruz.

Augusta quiso saber por qué no había *actuado* en las lejanas tierras de Rusia, donde nadie habría sospechado nada, pero el anciano se excusó diciendo que estaba muy enfermo y que apenas podía arrastrarse durante unos pasos antes de tener que descansar, rendido por las infecciones y las llagas que tenía por todo el cuerpo.

Cuando salió del hediondo cubículo del *père* Balkas, la señorita Dehmel supo que ya no podía confiar en aquel hombre acabado y que, si quería apartar de su camino a la señorita Sagée, tendría que ocuparse personalmente de ello.

Pocos días después se supo en el pensionado que los cazadores que vigilaban la propiedad habían disparado a un merodeador, aunque no habían podido dar con él y no sabían si estaría

herido o muerto. Augusta estaba segura de que era el *père* Balkas, pero miró para otro lado y decidió que ya no quería saber nada de aquel hombre loco y repugnante que apenas lograba dar unos pasos antes de tener que apoyarse en un cercado o en un árbol. Con una crueldad que llegó incluso a asustarla, pensó que lo mejor era que los cazadores hubieran acertado y que el viejo podrido se hubiera arrastrado hasta un arroyo y se hubiera ahogado en el fango.

Ahora, en la oscuridad de su alcoba, percibía leves fognazos amarillos y entonces parecía adivinar, entre escalofríos y terrores, que la locura se estaba apoderando de ella; pero cuando aquellos brillos luminosos se apagaban, las ideas más sombrías volvían a ocupar todo su pensamiento. Entonces se imaginaba a sí misma infligiendo las torturas más horribles a su rival, o se veía sonriendo en el patio de una prisión, mientras el cuerpo desmadejado de Émilie Sagée se balanceaba en la horca de un patíbulo, o la veía en un ataúd rodeada de demonios deformes y enanos monstruosos con rostros de gárgolas.

(Aquellos lectores que por fortuna no hayan tenido que prestar mucha atención a los desórdenes de la cabeza seguramente no habrán identificado la dolencia de la señorita Augusta Dehmel. Para ellos —y sin ningún ánimo de atemorizarlos con descripciones enojosas propias de esas desagradables conversaciones en las que sólo se habla de achaques y enfermedades— ha de señalarse aquí que los doctores más avezados en las dolencias de la mente —y estoy hablando del señor Pinel y del señor Esquirol— han descrito en muchas ocasiones este tipo de afecciones y las han llamado manías y melancolías. Como todas las dolencias del pensamiento, requieren un análisis muy detallado y un tratamiento que se aplique con más compasión y dulzura que con violencias, como antaño. A veces —dice el libro que tengo delante—, estas manías obsesivas son tan intensas, tan pertinaces y recurrentes que el paciente llega a comprender que no las produce voluntariamente, sino que se forman en su cerebro por sí mismas, y comienzan a girar en el pensamiento estas ideas sin que el sujeto pueda evitarlo. En ocasiones el enfermo ve como fognazos —igual que Augusta Dehmel— y sabe que debe intentar arrancarse esos pensamientos nocivos o malignos, pero con mucha frecuencia no lo consigue y se ve arrastrado a un torbellino de ansiedades, angustias, tristezas, furias y visiones sin fundamento.)

En la cabeza de Augusta Dehmel persistían aquellos deseos feroces de acabar con la vida de su enemiga, deseándole con toda su alma una muerte horrible o casual, tanto le daba. A veces veía a Émilie con claridad, resplandeciente y hermosa, e incluso más hermosa de lo que era en realidad, y se imaginaba a sí misma atacándola con un cuchillo, e hiriéndola con enajenada ferocidad, hasta acabar con su vida. En otras ocasiones se deleitaba en la lentitud de un premioso preparado de venenos que le entregaba con obsequiosa condescendencia, al tiempo que le pedía humildemente perdón por las desavenencias y malentendidos del pasado. Luego, tras verla pálida y con los ojos desorbitados, tendida y agonizando en medio de un salón desolado, Augusta se reía como una loca y gritaba que el señor Whimple era suyo y sólo suyo y... En esos casos, cuando se recobraba de la turbación de la furia, sentía náuseas y le dolía el estómago, y durante unos instantes era consciente de que había algo en su cabeza que se estaba desbaratando...

—Augusta —se oyó la voz de Sönke al otro lado de la puerta—. ¡Augusta! ¿Te encuentras bien?

La señorita Dehmel, en su benéfica oscuridad, envarada en su silla, dirigió a la puerta una

mirada perdida y triste, y contestó para sí que no, que no se encontraba bien, que tenía tierra en la garganta, que sentía náuseas y que oía cómo alguien repetía en su cerebro, una y otra vez, la palabra «manzana».

—¡Déjame, Sönke, déjame! ¡Vete!

Y entonces se percató de que había apretado tanto los puños que tenía sangre en las palmas de las manos.

Sólo las personas que reflexionan poco sobre la verdadera naturaleza de los afectos —como los niños y las mujeres— tienden a establecer clasificaciones y a ordenar, de menor a mayor o viceversa, sus querencias y preferencias. Tal vez no reparan en que los afectos no son cuantificables ni mensurables, y que no se puede establecer cuánto se aprecia a una persona respecto a otra por la misma razón que no se puede precisar si uno prefiere una rosa de mayo o un té con pastas de mantequilla.

La señorita Amalia Vi —que por entonces ya había abandonado sus labores pictóricas de chiribitas nocturnas (por razones de espacio, fundamentalmente)— era de ese tipo de personas capaces de medir, pesar, contar y enumerar los afectos. Pensaba, por ejemplo, que el señor Buch apreciaba más al profesor Whimple que al señor Schafthausen y que apreciaba más a la señorita Sagée que a ella misma; también creía que el señor Whimple la apreciaba más a ella que a la señorita Sagée y que ésta apreciaba más al señor Buch que al señor Whimple; en fin: la señorita Amalia Vi, con la rotundidad de su planetaria figura, tenía sus clasificaciones particulares y, en buena parte, se regía por las mismas en su proceder diario. Una de sus clasificaciones afectaba a ciertas alumnas y a cierta profesora. La señorita Vi, tras exhaustivos análisis a vuelapluma, había decidido que *mademoiselle* Sagée tenía tres alumnas favoritas: Julie, Sönke y Antoinette; en su idea, además, daba la casualidad de que esas tres jovencitas también la tenían a ella como su profesora favorita. (Cuando desayunaba mal, la señorita Vi atribuía el cariño de aquellas tres muchachas hacia la señorita Sagée a cierta curiosidad respecto a los extraños fenómenos en los que con frecuencia se veía envuelta la maestra de francés. Cuando desayunaba bien y estaba contenta, la señorita Vi reconocía que era natural que aquellas jovencitas adoraran a *mademoiselle* Sagée, porque *mademoiselle* Sagée era realmente adorable y encantadora.) Con precisión quirúrgica de matarife soñoliento, la señorita Vi había establecido que la alumna que más quería a Émilie era Antoinette, después Sönke y, finalmente, Julie. Recíprocamente, Émilie adoraba a Antoinette, quería a Sönke y apreciaba a Julie.

Poco importaba que la monumentalmente esférica señorita Vi estuviera equivocadísima en sus pronósticos y clasificaciones afectivas: cuando se vio en el trance de recomendar una compañía para la señorita Sagée, inmediatamente pensó en Antoinette de Wrangel.

Quizá era 12 o 13 de octubre, y como *mademoiselle* Sagée no bajó a desayunar a la hora

preceptiva, el señor Buch ordenó a Irina que se acercara a las dependencias de la maestra y comprobara qué era lo que sucedía. Irina regresó al cabo de pocos minutos, y dijo que la señorita Sagée se encontraba indispuesta, y que muy probablemente no podría impartir sus clases aquel día. Por su cuenta, la joven criada añadió que la señorita Sagée tenía muy mala cara y que con seguridad tenía fiebre. Irina le había preguntado si deseaba que hicieran llamar al doctor Zalkinis, pero la institutriz había dicho que no era necesario, y que tenía unas hierbas suyas personales y que se haría una infusión y que tal vez podría bajar a comer o quizá a vigilar la clase de bordado, tal y como estaba previsto en la tabla de los horarios.

De todos modos, el doctor Zalkinis se presentó a mediodía en Neuwelke —como era habitual, por otra parte— y el señor Buch le pidió que subiera a ver a la señorita Sagée, pues tenía para sí que la institutriz francesa era de esas mujeres que sólo dicen que no se encuentran muy bien cuando el sacerdote está diciendo el responso.

El doctor —no puede ocultarse— sintió cierta curiosidad y alguna emoción ante la perspectiva de examinar a la mujer que tantos rumores había hecho correr en Neuwelke y en Wolmar. Tras los preceptivos avisos y tiempos de prudente cortesía, el doctor Zalkinis entró en el *boudoir* de la señorita Sagée y la encontró sentada junto a la chimenea, ataviada con un batín de burda lana gris que difuminó cualquier idea de presencias angélicas o sensuales demonios que pudiera haber imaginado el doctor cuando subió las escaleras. Tampoco resultaba especialmente intrigante ni sobrecogedor el gorro de dormir que lucía la señorita Sagée.

—¿Cómo se encuentra, *mademoiselle*?

Émilie observó al doctor desde su encogimiento, y sacó un pañuelo de la manga de su batín para llevárselo a la nariz enrojecida. El color azul de su mirada estaba a punto de derramarse y tenía los párpados hinchados. Con seguridad, habría querido contestar educadamente al doctor, pero de repente sintió un extraordinario picor en los labios y notó cómo entre la nariz y los ojos se formaba una congestión implacable que dominaba todo su cuerpo sin remedio...

—¡Atchíiiiis!

Había comenzado a estornudar a primera hora de la mañana, antes de tomar su infusión de flor de tila y melisa, y casi de inmediato la cabeza se le había llenado de abejorros zumbantes —así se lo dijo al doctor—; y, apenas habían pasado unos minutos, comenzó a sentir escalofríos y fiebre, y una pesadez incontenible en los brazos y las piernas.

El doctor asintió con gesto de preocupación y pensó que aquella dolencia no era precisamente su ideal de acontecimiento misterioso. También resultaba improbable que aquella congestión tuviera nada que ver con los prodigios de los que hablaban los criados.

—Métase en la cama —dijo el doctor, con cierta frustración en la mirada—. Le diré a Irina que le suba un ponche de vino caliente, miel y limón.

—¡Atchíiiiis!

Tras el informe preceptivo del doctor Zalkinis, el señor Buch pareció un tanto aliviado. (Al menos no se había convertido en humo, ni había olor a azufre en sus dependencias, ni había murciélagos colgados de las vigas de madera del techo.) El profesor Whimple, que asistió también con alguna preocupación al diagnóstico público del doctor, dejó caer los hombros y resopló levemente, casi como un suspiro: era indudable que se temía lo peor, y la confirmación de

que la institutriz sólo estaba resfriada constituía toda una bendición.

El profesor Schafthausen pasaba por el vestíbulo cuando se despedía el doctor y también quiso interesarse por el estado de la institutriz francesa. Al saber que sólo tenía un leve resfriado, el profesor hizo un movimiento zancudo y giró el cuello con la elegancia de una cigüeña avisada. Indudablemente, también se alegraba de que la señorita Sagée no hubiera protagonizado otro de sus aterradores espectáculos.

—Los resfriados, mis queridos amigos —dijo—, son indicios de malas costumbres: ayer, cuando la vi en el jardín después de cenar, pensé para mí: «La señorita Sagée hace ímprobos esfuerzos por resfriarse.» En fin, ahí tienen las consecuencias.

Y se marchó con dignidad cicónida.

Las consecuencias eran bastante más extrañas de lo que el profesor Schafthausen creía. Porque el día anterior, después de cenar, Émilie no estuvo en el jardín, sino estudiando al vizconde de Chateaubriand con Sönke y Julie. («La imaginación es rica, abundante y maravillosa; la existencia, pobre, árida y llena de desencantos.») Pero ese detalle sólo lo conocía el señor Buch, y aunque su rostro se ensombreció, no dijo ni una sola palabra al respecto.

A media tarde comenzó a llover y tanto la señorita Vi como las pocas alumnas que quedaban en Neuwelke abandonaron sus cuadernos de dibujo y se acercaron con aire melancólico a los grandes ventanales del aula. Observaban el espectáculo del otoño como quien presagia una temporada de largas y aburridas tardes, sin la alegría de las pequeñas —salvo Christa Dix, el resto de las benjamins no había regresado al pensionado—, con esos cielos plomizos del Báltico, sin el espléndido espectáculo de los campos de grano dorados por el sol y moteados de amapolas y gencianas.

Las dieciséis niñas y la maestra permanecieron en silencio, contemplando el temprano y lluvioso atardecer, con el gesto de quienes se sienten condenados a un aislamiento forzoso: prisioneras de las lluvias y las nieves, más que de los libros y los maestros, las niñas regresaron a sus pupitres. Algunas se sujetaron la barbilla con las dos manos; otras, con pucheros en los labios, se cruzaron de brazos y se negaron a seguir con el dibujo; otras se rascaban tras las orejas, o se frotaban los ojos, o se miraban las manos, o cometían todos los pecados que su maestra les había prohibido mil veces.

La señorita Amalia Vi, desde su humana inmensidad, disimuló el gesto y se volvió para no verlas, apiadándose de ellas y, en el fondo, de sí misma también.

—Quizá la señorita Buttgereit-Dientzenhofer quiera animarnos un poco y proporcionarnos algún placer musical esta tarde lluviosa de otoño —dijo la señorita Vi, rebuscando en su carpeta de partituras.

Pero Sönke se levantó y se dirigió al piano sin necesidad de recoger ningún pentagrama. Allí, sobre el mullido banquito, con mirada regia y soñolienta se encontraba *Ossián*, vigilando y dormitando a un tiempo. Sönke se sentó a su lado y comenzó a cantar una canción francesa.

Mon amant me délaisse,

*o gai, vive la rose,
je ne sais pas pourquoi,
vive la rose et le lilas.
It va-t-en voir une autre,
o gai, vive la rose,
bien plus belle qui moi,
vive la rose et le lilas.
On dit qu'elle est malade,
o gai, vive la rose,
peut-être qu'elle en mourra,
vive la rose et le lilas.
Si elle meurt dimanche,
o gai, vive la rose,
lundi on l'enterrera,
vive la rose et le lilas.
Mardi il reviendra me voir,
o gai, vive la rose,
mais je n'en voudrais pas.
¡Vive la rose et le lilas!*

Cuando terminó, *Ossián* subió por el regazo de Sönke, caminó sobre las teclas graves en acompasado desconcierto, y luego bajó y abandonó la sala con elegancia felina.

La señorita Amalia Vi observó con cierta preocupación el gesto grave de algunas alumnas y, de repente, se formó en su mente un torbellino compuesto por cientos de piezas de un rompecabezas que comenzaron a encajar y a adquirir tonos sombríos y trágicos. La propia Sönke la estaba mirando como si estuviera pidiendo auxilio... Sönke Buttgerit-Dientzenhofer, Sönke Buttgerit-Dientzenhofer cantando en francés, la institutriz de francés le ha enseñado una magnífica pronunciación, *Émilie Sagée*, está enferma, Sönke Buttgerit-Dientzenhofer, la señorita Dehmel, la señorita Sagée, el profesor Whimple, *Émilie*, enferma, la señorita Dehmel... (¡es asombroso cuán rápidamente operan las ideas en nuestra cabeza!), *Émilie* enferma, *on dit qu'elle est malade*, la señorita Dehmel, tan irritable siempre, Sönke cantando en francés, la institutriz de francés, *peut-être qu'elle en mourra*, ¡así que las dolencias de la señorita Dehmel se debían a eso...!, ¡todo ha estado ocurriendo delante de mis narices y no me he dado cuenta!, ¡qué tonta he sido!, ¡naturalmente, la joven Sönke Buttgerit-Dientzenhofer no podía decírmelo de otro modo!, *si elle meurt dimanche... lundi on l'enterrera*, ¡por todos los santos!

Entonces buscó entre las alumnas a alguna en la que pudiera confiar plenamente y no tardó en dar con el rostro apacible de Antoinette de Wrangel. A su juicio, como se ha dicho, aquella jovencita adoraba a *mademoiselle Sagée* y la institutriz de francés, a su vez, adoraba a la joven aristócrata polaca; y lo cierto es que semejantes estimaciones se acercaban bastante a la realidad.

—Gracias, señorita Buttgerit-Dientzenhofer —dijo la señorita Vi, con toda la compostura que tenía almacenada en su rotunda inmensidad—. Al oír esta hermosa canción en francés, acabo de

recordar que nuestra querida *mademoiselle* Sagée se encuentra indispuesta y probablemente se esté aburriendo. Señorita De Wrangel, tal vez no le importaría subir al *boudoir* de *mademoiselle* Sagée y hacerle compañía hasta la hora de cenar.

A Antoinette de Wrangel con frecuencia se le saltaba la sangre de la nariz. Además, en lo que tocaba a perspicacia social, era todo lo contrario de Sönke, y muy distinta a Julie. Sönke era intuitiva, hábil, resuelta y decidida; Julie era reflexiva, meditativa, discreta y prudente; Antoinette era soñadora, ingenua, asustadiza y esencialmente buena. De modo que aquello que resultaba evidente para Sönke y sospechoso para Julie no significaba nada para Antoinette. Tampoco pensó que la señorita Vi hubiera echado mano de su clasificación de afectos ajenos para escogerla como la mejor compañía para la señorita Sagée. (Hay algo realmente encantador en este tipo de personas en las que no existe el cálculo social, del mismo modo que hay algo profundamente desagradable en quienes hacen gala de su conocimiento de los espíritus ajenos.)

Así que, con toda la sencillez y alegría del mundo, se levantó de su lugar y con un «Sí, señorita Vi» se encaminó a la segunda planta del colegio, donde se encontraban las dependencias de los maestros.

Antes de llegar a las habitaciones de la señorita Sagée, pudo oír los pasos de alguien que rondaba en aquella parte de la galería. La joven De Wrangel avanzó un poco más, con la imprudencia de quien no ha hecho jamás nada por lo que pueda temer peligro alguno, y descubrió a la señorita Dehmel frente a la puerta de las habitaciones de la institutriz de francés.

—¡Oh, señorita Dehmel...! ¿También viene usted a visitar a la señorita Sagée? ¿Qué es eso...?

La señorita Dehmel estaba pálida y temblaba.

—Irina me ha dicho que la señorita Sagée no se encuentra bien... Le traía un poco de té, con miel de romero, que es lo mejor para el resfriado. Pero tengo cosas que hacer... toma: dáselo tú... Yo... es decir... ¡Lo ha hecho la señora Huns!

—Ah.

Antoinette cogió la pequeña bandeja con la tetera y la taza que le entregaba con precipitación y desconcierto la señorita Dehmel. Luego la vio marcharse intempestivamente.

Tuvo que hacer verdaderos malabarismos para llamar a la puerta con el codo derecho, mientras se contorsionaba y procuraba que no se derramara el té y la cucharilla no tintineara ridículamente... (¿Qué diría la señorita Vi si pudiera verla en aquella postura?)

No tardó en oír la voz de la señorita Sagée. Dijo «Adelante» como si tuviera la cabeza metida en un cubo.

El *boudoir* se encontraba en penumbra y no se oía otra cosa que la lluvia y el viento golpeando contra los cristales de la ventana. La chimenea estaba encendida, pero sólo quedaban unos palpitantes rescoldos que iluminaban tétricamente la estancia. Antoinette casi tropezó con la alfombra, y la tetera y la taza con su cucharilla tintinearos peligrosamente sobre la bandeja. Una gota de té perfumado salpicó con ambarina timidez el delicado mantelito de la bandeja.

—¿Señorita Sagée...? —susurró la joven De Wrangel.

La puerta de la habitación estaba entreabierta, y una franja amarillenta recorría el entarimado del *boudoir* con siniestra lividez.

Nadie contestó y Antoinette miró hacia atrás porque, casi intuitivamente, creyó que alguien respiraba sobre su nuca. Avanzó unos pasos más y volvió a llamar a la institutriz.

—¿Señorita Sagée...?

—¿Eres tú, Antoinette? —se oyó en la alcoba.

La joven continuó avanzando con la bandeja en las manos y mordiéndose la lengua para concentrarse. Al llegar a la puerta, la empujó levemente con la puntera del pie y aquella luz de enfermo bilioso la descubrió en el umbral.

Sólo un quinqué mortecino iluminaba la alcoba. Los muebles oscuros no contribuían a alegrar el lugar. La señorita Sagée se incorporó lentamente: tenía los ojos hinchados y la nariz enrojecida. Se había metido en la cama con el batín, y una bufanda y un gorro de lana y tenía en la mano un pañuelo arrugado y húmedo.

—¿Cómo se encuentra, señorita Sagée? La señorita Vi me ha pedido que venga a hacerle un poco de compañía.

—Oh... gracias... no... no es necesario... —susurró la institutriz, cerrando los ojos y recostándose sobre los almohadones.

Antoinette colocó la bandeja sobre un aparador en el que había tres pequeñas rosas. (Ya no era tiempo de rosas, pero Jonas Fou'fingers hacía milagros de tanto en tanto.)

—La señora Huns ha preparado este té con miel para usted.

—Creo que he bebido más de treinta litros del brebaje que me recetó el doctor Zalkinis... —dijo Émilie, y se sonó la nariz por enésima vez.

Antoinette sirvió el té —tal y como le había enseñado la señorita Vi durante los últimos tres años—, añadió un poquito de leche —tal y como sabía que le gustaba a su maestra—, y cogió la taza para acercársela a la enferma.

Émilie sujetó el plato con los ojos cerrados y cogió la taza, dispuesta a darle un sorbito.

—La señorita Dehmel dice que tiene miel de romero, que es lo mejor para estos casos.

Émilie abrió los ojos llorosos, con la taza a una pulgada de sus labios.

—¿No... no dijiste que te lo había dado la señora Huns?

—No, me lo ha dado la señorita Dehmel, pero me ha dicho que lo ha preparado la señora Huns.

Émilie apartó la taza y la volvió a colocar en su platillo.

—Toma, Antoinette, llévala al aparador. No me apetece, de verdad. Y no lo tomes tú tampoco: tiene demasiada miel y te estropeará los dientes.

Antoinette obedeció con la sumisión de su ingenuidad, y si había habido algún peligro en sus actos o si la muerte se había asomado a la ventana de aquella alcoba, ella no lo supo jamás. Émilie miró con ternura a aquella joven que ahora se tomaba la molestia de acercar una silla a la cabecera de la cama.

—Voy a leerle un poco. ¿Le parece bien?

—Sí, Antoinette. Me parece bien.

La joven De Wrangel iluminó la habitación con una sonrisa maravillosa. A pesar de los

inconvenientes de la institutriz, Antoinette apreciaba sinceramente a aquella mujer, y dichos *inconvenientes*, aunque enojosos (aterradores, en realidad), no podían competir con la bondad de la señorita Sagée, y su amabilidad, y su buena disposición para cumplir con todo lo que se le pedía o se le sugería. Fuera un participio o un botón, una copia de un pentagrama o un poco de té, una extraña palabra en francés o un punto en una media, siempre se podía contar con la señorita Sagée. Todo lo que se hiciera por ella —incluso ocultar aquellos pequeños *inconvenientes*— era poco y, para Antoinette, como para la mayoría de los residentes en Neuwelke, la institutriz de francés era una de las joyas del pensionado.

—¿Está leyendo este libro? Bien. Continuaré donde ha dejado la marca. «Sin parientes, sin amigos, solo, por así decirlo, en la tierra, sin haber amado todavía, me sentía abrumado por un exceso de vida. Algunas veces me ruborizaba de pronto, y sentía derramarse por mi corazón arroyos de lava ardiente; otras, dejaba escapar involuntarios gemidos, y mis noches estaban turbadas tanto por mis sueños como por mis vigilias.» Vaya: esto sí que es romántico, señorita Sagée. «Algo me faltaba para colmar el abismo de mi existencia: descendía hasta el fondo del valle, subía a lo alto de las montañas, y llamaba con toda la fuerza de mis deseos al ideal objeto de una llama futura; la abrazaba en los vientos; creía oírlo en los gemidos del río, todo vivía en aquel...» —Se detuvo casi imperceptiblemente, y continuó—: «... todo vivía en aquel fantasma imaginario, y los astros en los cielos, y el principio mismo de la vida en el universo».

René no era lo más romántico que había leído Antoinette, pues con el señor Whimple ya habían paseado por los lagos y habían visitado los cementerios con el señor Young y el señor Gray. ¡Ésos sí que eran románticos!, pensaba la joven polaca: se pasaban la vida rondando las tumbas y lamentándose en noches de luna llena.

Vaya, había estado leyendo sin prestar atención y volvía la página sin saber qué diantres le ocurría al protagonista, aunque era indudable que la escena adquiría tintes sublimes y terribles, dado que empezaba a hablar de las tormentas...

«¡Levantaos pronto, tormentas anheladas que debéis transportar a René hacia los espacios de una nueva vida! Y al gritar estas palabras caminaba a zancadas, con el rostro enfebrecido, mientras el viento silbaba en mis cabellos, insensible a la lluvia y la escarcha, hechizado, atormentado, y como poseído por el demonio de mi corazón...»

Antoinette odiaba aquellos extraños fenómenos de la visión: a veces, cuando estaba leyendo, creía ver por el rabillo del ojo una mancha blanca que cruzaba despacio de una habitación a otra. Le ocurría con frecuencia y, con su espíritu asustadizo, chasqueaba la lengua en señal de desagrado. Por timidez nunca comentó ese tipo de fenómenos con nadie; pero si lo hubiera hecho, habría averiguado que son sucesos comunes y vulgares, y que no son ectoplasmas, esencias de espíritus o fantasmas que vagan a nuestro alrededor, sino engaños de los ojos y la mente. ¡Son cosas que ve todo el mundo!

Por eso, cuando creyó ver que una mancha blanca cruzaba frente a la puerta del oscuro *boudoir*, levantó la mirada y frunció el ceño. Desde luego, no había nada en la estancia contigua, pues sólo se encontraban allí la señorita Sagée y ella misma.

«Cuando, ya de noche, el aquilón estremecía mi cabaña, cuando la lluvia se derramaba en torrentes por mi tejado, y desde mi ventana contemplaba la luna...»

Vaya, otra vez esa mancha... De nuevo levantó la mirada del libro y de nuevo pudo comprobar que el *boudoir* estaba completamente a oscuras, quizá sólo con el débil resplandor de las últimas ascuas en la chimenea.

Luego se volvió hacia la señorita Sagée, que se encontraba recostada en la cama. Le pareció que estaba muy pálida, y como si hubiera perdido la consciencia, aunque tenía los ojos abiertos.

Entonces, al girarse, la vio claramente: allí estaba, inmóvil, recortada en el vano negro de la puerta, vestida con el mismo camisón blanco, con un gesto amarillento y mortal, y con las cuencas de los ojos vacías.

Antoinette contuvo el aliento y, por aferrarse a algo, se aferró al pequeño libro del vizconde de Chateaubriand. Temió desmayarse, como le sucedió aquel día de la *fête champêtre*, pero eso no ocurrió. Sólo un estremecedor escalofrío recorrió su espalda. Con la mirada clavada en aquel temible espectro, tentó las sábanas de la cama, buscando la ayuda de la institutriz.

—Señorita Sagée, señorita Sagée... —musitó.

Pero Émilie parecía inconsciente y apenas se oía su débil respiración.

Aquel espectro adelantó un pie descalzo y casi transparente, como si quisiera entrar en la alcoba y dirigirse a Antoinette, pero finalmente se volvió y comenzó a caminar despacio por el *boudoir*: la estancia contigua resplandecía a veces con el brillo de aquella espantosa figura, y por momentos se quedaba prácticamente a oscuras. Caminó durante unos minutos, de un lado a otro, apareciendo y desapareciendo en el vano de la puerta repetidamente, y observando a Antoinette con aquellos ojos vacíos y terribles.

De repente, la señorita Sagée se estremeció en el lecho e inspiró como si hasta ese momento le hubiera faltado el aire. Entonces, el espectro, que se encontraba en medio del *boudoir* tembló y desapareció brillando con miles de chispas eléctricas y diminutas.

—¿Aún... aún estás ahí, Antoinette? —preguntó la señorita Sagée, como si se estuviera despezando de un sueño profundo.

La muchacha miró a la maestra con ojos aterrorizados.

—¿No lo ha visto, señorita Sagée? ¿No ha visto...?

—¿Qué...? —preguntó con la nariz a punto de estornudar.

Antoinette se levantó y dejó el libro del vizconde de Chateaubriand en la mesita.

—Ahora tengo que irme, señorita Sagée. Quizá mañana...

—Muy bien. Buenas noches, Antoinette...

La muchacha se quedó paralizada delante de la puerta de la alcoba. Ante sí se abría toda la oscuridad del *boudoir*, con el tibio y rojizo palpitar de las sombras que producía la chimenea. Sólo tenía que correr y alcanzar la puerta de salida, abrirla y huir por la galería hasta la escalinata central. ¿Y si volvía a aparecer aquella figura? ¿Y si estaba escondida en algún rincón oscuro? ¿Y si la cogía por el brazo o por el cuello y la derribaba y se la llevaba a los infiernos?

Antoinette miró hacia atrás y vio a la señorita Sagée tumbada en la cama y plácidamente dormida.

La familia De Wrangel jamás se había caracterizado por su heroísmo. Habían conseguido todos sus títulos nobiliarios por comportarse civilizadamente y ser unos apacibles burgueses, con intereses comerciales en numerosas ciudades y abundantes recursos económicos en los bancos de

Hamburgo, Ámsterdam y Ginebra. Los hombres de la familia eran sensatos y juiciosos, y las mujeres, ingenuas y dulces, como la propia Antoinette.

Pero, según la heredera de los De Wrangel, había llegado el momento de superar todos aquellos terrores que la atenazaban y comportarse épicamente, emulando a los grandes de la Historia (digamos, a Alejandro y a César). Había llegado el momento de correr todo lo posible, alcanzar la puerta del *boudoir*, abrirla y escapar por la galería rápidamente hasta ganar la escalinata.

Uno, dos y... ¡tres!

No es que Antoinette de Wrangel pudiera reflexionar mucho en aquellos terribles momentos, pero de todos modos se preguntó cómo era posible que tardara tanto en recorrer apenas unos pasos: los que separaban la puerta de la alcoba de la puerta de la galería. Probablemente tardó dos o tres siglos en cruzar los nueve pasos que en condiciones habituales emplearía en ir de un lado a otro, pero finalmente pudo asir el picaporte y abrir la puerta de la galería, y salió y cerró con un portazo. El corredor permanecía a oscuras, así que avanzó sigilosamente hasta que vio las luces de la escalinata.

Cuando llegó al primer piso, Antoinette tenía el rostro desencajado, estaba sudando y le temblaban las manos y las rodillas. Como el viejo Filípides —cada cual en su estilo y con sus posibilidades—, Antoinette se derrumbó ante el señor Buch, el profesor Whimple y la señorita Vi, que se encontraban al final de la escalinata. Y se le saltó la sangre de la nariz.

Sönke y Julie se comprometieron a cuidar a Antoinette durante toda la noche. Para cuando las tres amigas se metieron en la cama y se taparon con el cubrecama hasta la nariz, todo el Pensionado de Neuwelke estaba al tanto de lo que había ocurrido y cada cual temblaba o rezaba de acuerdo con sus temores, sus miedos o sus creencias.

Tras su desvanecimiento, Antoinette había sido trasladada a un salón privado y allí le habían proporcionado los cuidados precisos, entre los que se encontraba una mínima cantidad de sales. La niña había contado todo lo ocurrido con pelos y señales y, puesto que ya no contaba con una *chaperone*, la señorita Vi creyó conveniente pedirle a sus amigas que la acompañaran aquella noche, cosa que Sönke y Julie hicieron de mil amores.

El señor Buch le había deseado a Antoinette buena noche y la señorita Vi le había augurado dulces sueños. Eran deseos vanos incluso para ellos mismos, que tendrían que luchar a brazo partido con su razón y sus creencias para convencerse de que los fantasmas no son más que fabulaciones y mentiras.

Mientras se ponían los camisones y los gorros de dormir, Julie tuvo que regañar a Sönke, que insistía una y otra vez en que Antoinette le contara de nuevo cómo era el espectro y que pormenorizara todos los detalles de aquel espantoso episodio.

Entonces oyeron como si alguien arañara la puerta y las tres muchachas se reunieron corriendo detrás de una butaca de flores azules. Los arañazos se sucedieron una vez más, y luego se pudo oír un leve y elegante maullido.

Sönke fue a abrir la puerta y *Ossián* entró como un rey en su palacio, con cierto gesto de

enojo, pues seguramente le resultaba inconcebible que las tres muchachas pudieran dormir solas sin su augusta presencia. A decir verdad, ninguna de las tres niñas pudo dormir aquella noche: el único que se entregó con peluda placidez al sueño fue, precisamente, *Ossián*.

34

Cuando empezaron a caer las primeras nieves —y eso ocurrió a principios de noviembre—, el pequeño pueblo de Wolmar se adormeció en su olor a leña ardiendo en los hogares y a hollín del carbón de algunas pequeñas fábricas artesanas, y la neblina azul y blanca pintaba ese paisaje que invita a no apartarse de las chimeneas y de la taza de té.

En el horno, las señoras se entretenían durante horas comentando con otras vecinas lo ocupadas que estaban, al tiempo que disfrutaban del hogareño olor a pan recién hecho. En la mercería, entre cinta y botón, entre hilo y aguja, las damas del pueblo indagaban en los pecados ajenos y, a su vez, escondían los propios, seguramente porque ya eran suficientemente conocidos. Los campesinos sacaban a las vacas de los establos de mala gana y miraban el cielo con desánimo y enojo: no tardarían mucho en empezar a utilizar el heno, lo cual no era ciertamente una buena noticia. Y, en fin, cada cual en Wolmar se ocupaba de sus asuntos, pues así ha de ser en las sociedades civilizadas.

Por desgracia, en las sociedades civilizadas los ciudadanos no sólo se ocupan de sus asuntos: con frecuencia también se ocupan de los ajenos.

Latia abandonó el Pensionado de Señoritas de Neuwelke aquel otoño. Aunque Irina le aconsejó que no mencionara los sucesos extraordinarios que habían tenido lugar en el colegio y el señor Buch le sugirió que probablemente podría cobrar algo más si mantenía la boca cerrada, Latia les contó todo a su madre y a su tía. La madre de Latia podría haber pasado por alto aquella historia de fantasmas, pero su tía no: su tía asumió con gran alegría y certeza que el pensionado estaba embrujado y fue hilando todos los detalles que conocía hasta concluir que la joven Latia no debía volver a Neuwelke. El pensionado cada vez tenía menos alumnas, cada vez encargaban menos frutas y verduras y carnes, cada vez necesitaban menos gente en las cocinas y para lavar, cada vez tenía peor fama, cada vez se oían peores cosas del señor Buch —como que bebía, por ejemplo—, cada vez se decían más mentiras y cada vez se creían más.

Latia —para desesperación de Niko— entró a servir en casa de un joven comerciante de lana antes de Navidad y antes de Navidad su tía difundió por todo el pueblo las historias que le había contado su sobrina, e incluso otras que la propia señora fue capaz de inventarse, haciendo gala de una notable habilidad para la malicia, ya que no para la novelística. La mayoría de los habitantes de Wolmar quedaron convencidos de que en Neuwelke había espectros que vagaban durante la

noche y hacían crujir las vigas y los entarimados de la casa; estaban persuadidos de que se oían gritos y aullidos estremecedores por las galerías, y que en algunas paredes aparecían manchas (que parecían de sangre) y rostros misteriosos; los más perversos aseguraban que en los sótanos se encadenaban a las jovencitas y que una institutriz loca llamada *mademoiselle* Sagée las sangraba para beberse su espíritu y conservar su belleza, como la legendaria condesa Elizabeth Báthory o el *vaivoda* Vlad IV de Valaquia.

Antes de Navidad, cuando las niñas del pensionado pasaron por Wolmar para regresar a casa o para coger alguna diligencia, los ciudadanos las observaron con curiosidad y cierto temor. Parecían más pálidas de lo común, y mantenían un silencio sombrío y poco natural. Muchos pensaban que Neuwelke se había echado a perder desde la muerte de la señorita Eveline y que el señor Buch —demasiado proclive a la bebida, según decían— no había sabido conservar el patrimonio: por eso se le había llenado la casa de fantasmas y demonios. Con toda probabilidad, dijo una señora en la carnicería, el colegio no se reabría en enero: lo había oído en la mercería, y lo había asegurado una joven que sabía de muy buena tinta que... Además, no había más que ver en qué condiciones se encontraba el jardín; ¿había ido por allí recientemente?; no, pero se lo había dicho una señora en el mercado...

Las reuniones navideñas y las pequeñas fiestas del pueblo sólo consiguieron reafirmar la idea de los ciudadanos de Wolmar: estaban seguros de que en Neuwelke las cosas iban de mal en peor. Probablemente se estaban cometiendo atropellos y delitos de los que las señoras ni siquiera *podían* hablar. ¿Cómo se mantenía Neuwelke sólo con quince niñas?

La señora Petrovna, que regentaba un pequeño despacho de kékfir cerca de la sinagoga, describía muy bien el estado del Pensionado de Señoritas y había vecinas que entraban en su establecimiento sólo para escuchar cómo se estaba llenando de musgo la escalinata de la entrada, al tiempo que el jardín se echaba a perder porque el jardinero, que era un italiano vicioso, no hacía más que espiar a las niñas desde un refugio que se había construido en un árbol; además, las paredes estaban desconchadas y los entarimados parecían abombados por la humedad y la carcoma; hacía años que no se pintaban las paredes y las cortinas y los lienzos no eran más que harapos sucios; las cocinas estaban llenas de bichos y ratas; de los maestros, poco había que decir, porque se habían entregado a la bebida o a vicios peores. Las niñas permanecían encerradas en sótanos y en... En definitiva, la señora Petrovna aseguraba, con toda formalidad, que jamás llevaría a sus hijas a aquel colegio... aunque pudiera pagarlo. Mal asunto, mal asunto...

El honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis tuvo una espantosa cena de Nochebuena, y no porque la crema de calabaza con kékfir y pimienta estuviera demasiado salada —que lo estaba— ni porque el guiso de cordero con verduras tuviera cierto saborcillo a oveja vieja —que lo tenía—, sino porque su esposa se empeñó en hablar de lo que toda la aldea hablaba: de Neuwelke. (La esposa del honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis ignoraba la desastrosa incursión del magistrado en los asuntos del pensionado, así que no sabía hasta qué punto zahería a su paciente marido con aquella conversación.)

—Es intolerable que ese señor Buch, que no es de aquí ni nada, que se apropió de Neuwelke porque se casó con la señorita Eveline von Buxhoeveden, que si no de qué, siga ahí metido como un hurón, y con esos viejos, ocupándose de las niñas... Es que una lo dice y no puede creerlo,

válgame Dios, viviendo en esas condiciones, que no tendrán ni leña ni nada, porque, a ver, ¿de dónde van a sacar para leña si no tienen más que una docena de crías? Desde luego, al carnicero Retje hace semanas que no le compran ni una costilla de cerdo: a ver, dime tú de dónde van a sacar para comer. Que se me mueren de hambre las pobres criaturitas mías... Al final, es lo que una dice, que todos los salmones acaban en el vado.

¿«Todos los salmones acaban en el vado»? ¿Qué clase de refrán era aquél...? El magistrado Balotrjiodis sabía perfectamente que toda aquella retahíla de sombríos agüeros no eran más que habladurías y maledicencias.

Y resulta inútil de todo punto indagar de dónde nacen las mentiras que propalan los chismosos, pues los embustes son como el moho, que nacen en los lugares más oscuros y húmedos, donde sólo hay suciedad y mugre: en los corazones de aquellos cuyo único oficio es murmurar y juzgar la vida de los vecinos.

La señora Balotrjiodis consiguió que su marido no pudiera digerir adecuadamente aquel pesado guiso de oveja, así que el magistrado permaneció despierto casi toda la noche, frente a la chimenea, con un libro de Historia en las manos, pero sin pasar de la misma página durante horas.

El honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis, reconcentrado en sus pensamientos y con la mirada clavada en las ascuas del hogar, comenzó a elaborar otra de aquellas fantasías que conseguirían plantarlo ante los manteles del zar o de la reina de Inglaterra. En su opinión, aquellas maledicencias —aunque repugnantes— podían resultar provechosas o, al menos, reparadoras. Desde que sufrió aquella humillación en el despacho del señor Buch, el magistrado había estado fantaseando con la idea de devolverle la bofetada, y se veía a sí mismo triunfando en una escena donde su dialéctica era aguda y magistral, brillante y ciceroniana, y respondía a todas las insinuaciones de aquel bachiller de Oxford con la pertinencia y la precisión de un glorioso Demóstenes. Ahora, cuando todo el mundo en Wolmar acusaba al señor Buch de estar cometiendo toda suerte de tropelías en Neuwelke, probablemente le resultaría más fácil encontrar algún artículo en la legislación que le permitiera dejar sin habla a aquel oxoniense relamido. Algún legislador desocupado tenía que haber escrito algo a propósito de colegios que no compran carne o no alimentan bien a sus alumnas, o que dejan crecer el musgo en sus escalinatas, o que dejan que se descascarillen las paredes y salgan humedades en los rincones, o que dejan que se estropeen los pianos, o que permiten que las niñas de familias nobles estén pálidas o cualquier cosa semejante.

Cuando pensaba en las posibilidades de su triunfo, una sonrisa maquiavélica se dibujaba en el abotargado rostro del magistrado y todo el cuerpo judicial sentía la eléctrica corriente del placer ante la venganza imaginada. (Todos los lectores saben que la venganza imaginada es mucho más agradable, posible y rentable que las verdaderas venganzas, que generalmente no llegan a parte ninguna, son incómodas, molestas y no dejan el espíritu tan satisfecho.)

Todo el día de Navidad lo pasó el honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis disfrutando de sus escenas vengativas ante un numeroso auditorio, o ante un selecto grupo de nobles, o en un estrado, destruyendo intelectualmente al señor Buch, abriendo imaginarias cartas de felicitación, liberando a niñas harapientas de los grilletos oxidados en lúgubres sótanos, recibiendo los parabienes del zar y las admiraciones de las niveas damas de San Petersburgo... Y aquellas fantasías y

ensoñaciones le resultaban tan obnubiladoras que ni siquiera consideró necesario buscar en los códigos legales alguna grieta por la que pudiera abalanzarse sobre Neuwelke y su infame tirano.

El día de San Silvestre de aquel año de 1845, a últimas horas de la tarde, el honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis refunfuñó delante de la criada que tenía cosas que hacer y, embutiéndose en un capote, salió a la calle, donde una feroz tormenta de nieve se ensañaba con el pequeño pueblo de Wolmar. Sólo el espectral fulgor de la nieve iluminaba los recovecos de la aldea, pero el magistrado avanzaba con la seguridad y la decisión de quien ostenta una posición superior a la del resto de los humanos y, por tanto, sin temor a los peligros de la oscuridad. En la posada Der Rot Flusskrebs sólo se distinguían dos miradas cuadradas y amarillentas; el magistrado cruzó el patio, aplastando con todo el peso de la ley la nieve sucia y pateada por los caballos, y abrió la puerta de la taberna con decisión. El salón estaba completamente vacío, y sólo el crepitar de la chimenea animó un tanto aquel sombrío recibimiento.

El juez golpeó con los nudillos una mesa y al cabo bajó la hija del posadero, con su desgarrada altura y una pelirroja humildad, y con la mirada de quien está condenada a mostrarse amable incluso la noche de San Silvestre. Bajaba secándose las manos encallecidas y observó con cierta desconfianza a aquel hombre embozado que esperaba en mitad de la taberna.

—El *père* Balkas.

La muchacha hizo una ridícula reverencia y le indicó al recién llegado las escaleras por las que debía ascender. Luego musitó, con un atribulado murmullo, que la habitación del «romano» se encontraba al final del corredor.

El honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis pensó que tal vez se había equivocado al acudir a la guarida hedionda de aquel clérigo, pero al menos podría fingir su soñada victoria ante aquel fraile repugnante. Aquel hombre había sido el único que había asistido a la cruel derrota que le había infligido el señor Buch, y ahora sabría que nadie puede burlarse impunemente del juez Uldis Balotrjiodis. Ahora le demostraría cómo iba a acabar con aquel presumido leguleyo: ante el *père* Balkas, el magistrado Balotrjiodis ostentaría toda su majestad, y cuando el mendigo recorriera los caminos de Europa proclamando su victoria sobre espectros y demonios, no dudaría en ensalzar la heroica figura del juez que acabó con el nido de criminales que era Neuwelke.

La puerta estaba entreabierta y un pestilente hedor hirió el pulido olfato del magistrado. A punto estuvo de vomitar cuando se presentó ante sus ojos el horroroso espectáculo del cubículo del *père* Balkas. Por todas partes había desperdicios, y orines, y desechos humanos; los papeles sucios se desparramaban sobre la pobre mesa en la que lucía un mínimo candil, junto a un mendrugo de pan viejo y un plato con berzas negras y podridas; en la cama, cubierto por una manta raída y casi convertida en harapos, estaba el *père* Balkas, tiritando y delirando.

El magistrado avanzó con precaución y tuvo cuidado de no pisar ninguno de aquellos pestilentes detritos. Una rata corrió de una esquina a otra de la habitación, y se escondió bajo unos papeles, o quizá allí había algún agujero en la pared o en el suelo, por donde pudo huir.

—¡Eh...! —susurró el juez Balotrjiodis.

El *père* Balkas se revolvió en su lecho y miró con ojos aterrorizados al magistrado. Aquella enfermedad de la boca evidentemente había empeorado; las llagas y las infecciones ya le alcanzaban la nariz, y por la boca se le derramaban aquellas babas negras y sanguinolentas que se

encontraban en el cuello y la pechera del clérigo.

—¿Ha... ha cazado al demonio de Neuwelke? —preguntó a duras penas, mientras tragaba aquellas miasmas.

El juez se tapó la nariz con el capote. Hacía un frío mortal en aquella habitación.

El *père* Balkas intentó hacerse con algunos papeles que tenía a su alrededor, y los arrugó despacio, hasta que formó con ellos una pequeña pelota sucia, después levantó un poco un harapo del costado y descubrió una horrible herida, y allí metió los papeles para que empaparan la sangre.

—¡Dios santo...! —musitó el juez para sí.

El clérigo metía en la herida papeles y más papeles, y así pretendía no morir desangrado; y lo había conseguido, pero sólo a cambio de sufrir la agonía más espantosa que pudiera imaginarse, porque la carne se le estaba pudriendo por aquella parte, y los dolores eran horribles.

—Me... me dispararon en el pensionado... Iba yo a cazar al demonio... Esa mujer... Iba yo a cazarla, y entré por el postigo escondido de Neuwelke... «Entrad por la puerta estrecha... pues es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; y es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y son pocos los que dan con ella.»

¿Había intentado entrar a escondidas para arrebatarse o matar a aquella mujer? ¿Y le habían disparado? ¿Qué decía? El mismísimo Jesucristo le había ordenado cumplir la voluntad de su Padre, que está en los Cielos, y durante muchos años había andado los caminos buscando demonios y arrojándolos a los precipicios, y salvando miles de almas...

—Más papel...

El juez se acercó a la mesa y cogió unas cuartillas en las que aquel enfermo había escrito fragmentos bíblicos, una y otra vez, como hacen los locos. «Si persigues lo que es justo, lo alcanzarás.» ¡Qué vida tan insensata! Le entregó aquellos papeles y el *père* Balkas volvió a arrugarlos para encastrárselos en la herida, entre horribles dolores.

—Ah... Creo... creo, señor juez, que los ángeles ya vienen a buscarme, y que pronto estaré a la derecha del Padre... Dejo en sus manos...

Una feroz arcada de sangre negra le vino a la boca y la derramó sobre el camastro. El juez dio un paso atrás para que aquella brea no le ensuciara las botas, y volvió a taparse la nariz, pues sentía que él mismo acabaría vomitando todo lo que había comido en las últimas semanas.

—Dejo en sus manos la gloriosa tarea de... ¡Júremelo, júremelo!

El juez dio otro paso atrás. ¿Cómo era posible que aquel mendigo, aquel hombre podrido, tuviera poder para avasallar de aquel modo? ¿Qué quería de él? ¿Acaso estaba lanzándole una maldición? Él era un hombre apacible y familiar, y dispensaba justicia humildemente en el tribunal de Wolmar, y decidía si tal o cual gallina permanecía en un gallinero o en otro, y si las vacas podían pasar por un camino, y si el hito de unas tierras estaba conforme, o si el potrillo que se había vendido tenía mala la pezuña... ¿Qué tenía que ver el honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis con tareas gloriosas y encargos sobrenaturales?

—¡Júremelo...!

El magistrado se apoyó en la pared, y desde allí observó cómo la herida negra de aquel

desgraciado comenzaba a supurar y a borbotear con un sonido gutural y sucio. La sangre comenzaba a derramarse entre los dedos nudosos del *père* Balkas, que ya ni siquiera quería resistirse mucho más. Con ojos vidriosos observó al juez aterrorizado.

—Ya vienen... ya vienen los ángeles... a buscarme... ¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios...! ¿Qué...? ¿Qué son esos demonios...? ¡No, apartaos, apartaos de mí, demonios del infierno! ¡Ángeles, ángeles, venid, ayudadme... ayudadme! ¡Apartaos, ángeles negros! ¡Apartaos, demonios...!

El juez no veía nada, pero le resultaba evidente que el *père* Balkas *sí* estaba viendo a aquellos demonios negros, y que venían decididos a arrebatarse su alma y a llevársela a los infiernos. Un escalofrío de terror recorrió su espalda. Presenció cómo el hombre sufría una terrible agonía y, en aquel momento, viendo su rostro podrido y descompuesto por la enfermedad y la locura, estuvo convencido de que no habían sido ángeles los que habían llegado para ascender su alma, sino espantosos siervos de Luzbel.

El anciano expiró con un bramido horrible y, al descansar para siempre la cabeza en la almohada sucia, una babilla de brea negra fue derramándose lentamente hasta formar un halo de hedionda santidad en torno a su hirsuto cráneo.

Antes de salir, el juez sopló el candil. «Se revestirá de la justicia como de coraza...», fue lo último que vio escrito en uno de aquellos papeles. Luego buscó casi a tientas la puerta y salió despacio. Recorrió el pasillo y bajó las escaleras.

La joven pelirroja se encontraba junto a la chimenea, calentándose unas manos que siempre tendría ateridas de frío. Al verlo bajar, la muchacha se levantó y volvió a ensayar una reverencia.

—Que tenga buena noche, señor juez Balotrjiodis.

El magistrado ni siquiera había pensado en dirigirle la palabra, y se alarmó al descubrir que aquella mujerzuela, destinada a entretener a muleros y mozos de cuadra, había averiguado quién era. ¿De qué materiales hacen los capotes, que son incapaces siquiera de ocultar la personalidad de un hombre decente?

El juez se detuvo en mitad del salón y, embozado, clavó su mirada en la joven.

—Escúchame bien, muchacha: ni soy el juez Balotrjiodis ni he estado jamás aquí. ¿Has comprendido?

—Sí, señor juez.

La tormenta de viento y nieve no había amainado.

Al cruzar el patio, el juez Uldis Balotrjiodis sujetó con fuerza su capote y creyó ver las sombras de los demonios arrastrando por la fuerza el espíritu del hombre que había muerto en aquella habitación sucia de la posada. De modo que aquello era lo que ocurría al morir: la visión de la realidad se enturbiaba y comenzaba a operar la visión espiritual, y entonces podían contemplarse las cohortes de seres angelicales que llegaban a este mundo para conducir el alma de los muertos a la Gloria o se asistía, aterrorizado, a la irrupción violenta de hordas de demonios dispuestos a arrebatarse el alma y arrojarla a los abismos. Así que eso era lo que ocurría...

Caminó despacio por las calles nevadas hasta que llegó a su casa; subió las escaleras y saludó con un gesto a la vieja ama de llaves que salió a abrirle la puerta. Luego se desprendió de su capote y avanzó por el corredor hasta el salón. Allí estaba su esposa, frente al fuego,

probablemente dispuesta a cacarear de cualquier asunto que se le pasara por la cabeza.

—Acaban de dar las doce en San Simón. Ya estamos en 1846.

El juez ocupó su plácido lugar frente a la chimenea, observó las hogareñas lenguas de fuego y asintió con cierta amargura. Después, arrojó unas ramitas de enebro al fuego, porque así se purifican las casas y se protegen contra los demonios el día de Año Nuevo.

Últimamente a la señorita Augusta Dehmel le ocurrían cosas extrañas: por ejemplo, soñaba con hormigas que le recorrían el cuerpo; y también había tenido pesadillas con huevos y pescado podrido. Ella no sabía qué significaban aquellos presagios y, de todos modos, era tan feliz que no pensaba prestar demasiada atención a augurios y supersticiones provincianas.

A última hora de la tarde había tenido que bajar al tendedero, pues precisaba un larguísimo y elegante fajín de seda malva que solía ponerse con su vestido de color berenjena. Por desgracia, las coles de la señora Huns tenían mucha salsa de mantequilla y dos días antes una gotita había caído precisamente en el fajín que ceñía su hermosa cintura. Afortunadamente no había caído en el vestido y eso había evitado un lavado y, por tanto, le había concedido al color berenjena un mes más de vida. Mientras descolgaba el larguísimo fajín del tendedero, la señorita Dehmel pensó que aquella manchita de salsa de mantequilla podría haber echado a perder el vestido entero.

Augusta era capaz de pensar en manchitas de mantequilla durante horas enteras y formular inquisiciones e indagaciones complejísimas al respecto si lo deseaba, con tal de no entregarse a angustias vanas que podrían atenuar su espíritu. Quizá temía las consecuencias de dedicar un solo instante a aquellas angustias, precisamente. Una sola grieta en la caldera de un volcán es suficiente para que toda una montaña estalle en lava incandescente, humo y cenizas. En comparación con los meses anteriores, sentía una plácida calma y un sosiego desconocido, pero, en realidad, eso también se dice de los volcanes que están a punto de estallar.

Se sentó junto al quinqué que había bajado y comenzó a doblar cuidadosamente el fajín, pensando en lo bien que le quedaba aquella cinta ceñida con su vestido de color berenjena. David le había dicho en varias ocasiones que aquel vestido era su favorito y, además, sentía una verdadera devoción por aquella seda que ceñía la cintura de su amada. Bueno, ahora David estaba un poco enojado con ella, pero eran enfados propios de amantes y seguramente no pasarían dos días antes de que su adorado David volviera a arrojarse a sus pies solicitando una palabra tierna o una mirada compasiva. ¡Oh, era tan hermoso el amor entre ambos!

La pálida luz del quinqué, reflejando su sombra en las paredes del tendedero, habría atemorizado a cualquiera, pero Augusta gozaba entonces de una serena paz, pues todo su mundo se hallaba conforme —a pesar de aquellas mínimas desavenencias con *su* David— y ante ella se abría una primavera llena de futuro.

Con una mueca, miró por el ventanuco del tendedero y pensó que por desgracia aún tendría que esperar un poco para disfrutar de aquella «primavera llena de futuro». Aquel mes de enero había sido insoportablemente lluvioso. (Casi prefería las fantasmales nevadas que, con frecuencia, se extendían hasta febrero y marzo.) Cuando Sönke y ella regresaron a Neuwelke tras las vacaciones navideñas, todos los caminos hasta Wolmar no eran más que un barrizal espantoso y el lodo había obligado al cochero de la casa Buttgerit-Dientzenhofer a bajar en numerosas ocasiones para encontrar un modo de avanzar; los caballos se agotaban en el fango, y los criados del pescante regresaron a casa con la librea llena de barro y suciedades del camino.

Fueron las últimas en llegar. El señor Buch estaba muy preocupado, como el resto de los profesores, y la señorita Amalia Vi le confirmó que sólo habían regresado doce niñas. No sabían qué se podría hacer... aunque, en realidad, la solución era bastante sencilla, pensaba Augusta.

La misma noche de su llegada, la señorita Dehmel había observado detenidamente a las doce niñas que ocupaban una pequeña parcela del gran salón donde se reunían para comer y cenar. Mientras Irina servía los platos, Augusta pensó que Julie von Goldenstube había adquirido un semblante grave y reflexivo que le confería cierta inquietante belleza; a su lado, la joven y hermosa De Wrangel al parecer había ocultado a sus padres todos sus desagradables incidentes con ***; ésa era la única explicación plausible: de lo contrario, no la habrían dejado regresar a Neuwelke. El resto de las niñas o bien carecían de progenitores sensatos o habían callado el horrible espectáculo que se estaba dando en el pensionado. El caso de la endiablada Christa Dix era distinto: aquella diminuta bruja era capaz de cualquier cosa y, al parecer, estaba empeñada en ver «con sus propios ojos» las hechicerías de ***. Respecto a Sönke... bueno, lo cierto es que los intereses de Augusta y su pupila habían coincidido: la joven de los cabellos ígneos deseaba completar su formación junto a sus amigas del alma, Julie y Antoinette, y cerrar —cualquiera que fuera el resultado— aquel período de juventud y aventuras en Neuwelke. Su *maiden*, desde luego, tenía una razón muy romántica para desear un inmediato regreso al colegio.

Pero eso no significaba que deseara una larga vida al Pensionado de Señoritas de Neuwelke: bien al contrario, Augusta había deseado con todas sus fuerzas que las alumnas no hubieran regresado al internado. Rogaba a Dios y al demonio para que el señor Buch cerrara el pensionado de una vez, y que despidiera a los profesores, y a los criados, y cerrara la puerta de aquel espantoso lugar para siempre. Entonces resplandecería la primavera y, mientras observaba a *** arrastrar su baúl por el camino, ella subiría a un hermoso carruaje con su David y emprendería una nueva vida en... ¡oh!, ¿qué importancia podía tener el lugar? Cualquier ciudad, cualquier pueblo, cualquier aldea, e incluso cualquier granja sería un lugar maravilloso si podía tener a su lado a David.

Eso era lo que verdaderamente deseaba. Por desgracia, su felicidad aún tardaría unos meses en llegar, pues el testarudo del señor Buch se había empeñado en mantener abierto el pensionado a toda costa.

Sentada en el banco corrido del tendedero, Augusta acariciaba su cinta malva y sonreía: en efecto, pensaba, sólo era cuestión de esperar. Si esperaba, al final aquellas horribles lluvias cesarían; si esperaba, los campos yermos y enfangados del invierno se secarían, y de sus entrañas nacerían flores y frutos nuevos; si esperaba, Sönke acabaría su curso y regresaría a casa, y ella

emprendería una nueva vida con su queridísimo David; si esperaba, el señor Buch agotaría sus recursos financieros y se vería obligado a despedir a los profesores, e incluso podría llevar ante la justicia a *** y acusarla de haber destruido el otrora famosísimo y prestigiosísimo Pensionado de Señoritas de Neuwelke... ¡Aquella maldita zorra! ¡AQUELLA MALDITA ZORRA! ¡LA ODIO! ¡LA ODIO! Pero no quería derrochar su alegría en aquella mujer: ¿qué le importaba, si David la amaba *a ella*...? Aunque, bueno, no era más que una desavenencia sin importancia, una riña entre enamorados, no debía preocuparse por eso... ¡Oh, qué tontería, de verdad...! ¿Acaso alguien podía creer que...?

No es que tuviera remordimientos, porque tampoco había sido una conducta que exigiera precisamente una confesión en auto de fe público... Simplemente, se sentía un poco intranquila porque Augusta era de las mujeres que consideran que la sinceridad y la confianza fortalecen los lazos entre los amantes, y que cualquier ocultación no hace sino socavar los cimientos del afecto, por muy firmes y sólidos que sean. En definitiva, no era que sintiera remordimientos... pero durante el intervalo navideño la señorita Dehmel había consultado reiteradamente con su almohada y había decidido confiarle a David sus preocupaciones respecto a ***.

A pesar de su paz espiritual, de la confianza que tenía en su amante y la seguridad de haber obrado conforme a las reglas de Dios y la sociedad, Augusta había llegado a Neuwelke más pálida y desmejorada que nunca. Con frecuencia se mareaba y el señor Buch la había descubierto en algunas situaciones embarazosas, por lo cual había recibido leves reconvenciones en privado. Por ejemplo, había estado esperando al profesor Whimple dos horas a la puerta de la biblioteca, sin atreverse a entrar y sin decidirse a abandonar la galería. En cierta ocasión Irina había subido a las dependencias de los profesores para llevarle un digestivo a la señorita Vi —excesos con la empanada de tocino nocturna— y había descubierto a Augusta escondida cerca de las dependencias de otra persona. El propio señor Buch la sorprendió al otro lado de la puerta, cercana la una de la madrugada, cuando, tras una de sus habituales conversaciones nocturnas con David Whimple, el director había salido a despedir a su amigo.

Semejante comportamiento —era consciente de ello— desconcertaba a todos los residentes de Neuwelke, especialmente a su pupila Sönke y a su querido David. Pero, dado que no sentía ningún remordimiento, no se decidía a abrir su corazón ante su amante.

Aquel mismo día, curiosamente, todo se había dado de la mejor forma posible y, aunque la confianza devino en un pequeño incidente sentimental, Augusta podía sentirse feliz.

Ocurrió que la señorita Dehmel dejó a Sönke estudiando en su cuarto y descendió las escaleras con la intención de recoger, a media tarde, su fajín malva, que se había entregado para lavar y probablemente ya estaría seco en el tendedero. Había pensado durante todo el día en la posibilidad de que la mancha de salsa de mantequilla se hubiera resistido al jabón y al agua caliente, o en la insufrible perspectiva de que el color malva hubiera palidecido o se hubieran hecho cercos espantosos. Al salir por la puerta de atrás, vio a David refugiado bajo un alero del colegio, contemplando románticamente la lluvia torrencial; le pareció a Augusta un hombre tan firme, tan seguro, tan honesto y tan compasivo que se acercó a él con la intención de confesar todos sus pecados abiertamente, aunque, desde luego, no es que Augusta hubiera hecho nada que pudiera llamarse pecado ni tuviera de qué arrepentirse o por lo que sentir remordimientos. (Es un

modo de hablar, digamos.) Era su tierno corazón, y su bondad, y su amor por David lo que la impulsaba a dar aquel paso y confesar que ella había participado, aunque muy levemente, en determinadas circunstancias que tal vez podrían haber... En fin, cosa de poco.

Qué tal estás hoy, querida, muy bien, qué haces, miro la lluvia, ah, estoy preocupado, por qué, bueno, por la situación del colegio, estuve hablando con el señor Buch y me dijo que no sabía cómo podría pagar las facturas hasta final de curso, dada la escasísima cantidad de alumnas que...

En opinión de Augusta, en Neuwelke se habían producido determinados hechos que imposibilitaban la prosperidad del colegio; nadie podía culpar a los padres de las niñas que prefirieran enviarlas a otros internados.

Sí, eso era cierto, querida, no podía negarse, según el profesor Whimple.

Además, no podía argumentarse que la solución, aunque tal vez resultara un tanto dolorosa en lo personal, pareciera excesivamente compleja...

¿Qué quieres decir? Oh, no... lo que... es decir.

Augusta Dehmel sintió entonces que algo le hervía en el pecho, y no pudo reprimir el odio feroz que sentía hacia ***, aunque gracias a una habilidad ensayada durante años consiguió contener el fuego de sus ojos y mostrar un semblante amable y sosegado, precisamente el que tanto seducía al señor David Whimple.

De pronto, a Augusta le pareció que el cielo se derramaba en lluvia.

Me refiero, cariño, a la señorita ya-sabes-quién. El señor Buch puede estar muy preocupado, pero tanto él como todos los residentes en Neuwelke sabemos cuál es el motivo por el que las niñas han dejado de venir. Y, desde luego, no seré yo la que se inmiscuya en la organización del pensionado, pero tengo para mí que la solución es francamente sencilla.

En opinión de su querido David, sin embargo, esa solución era de todo punto imposible: ¡no podían humillar de aquel modo a ***(Maldita sea... Él sí pronunció su nombre.) Tanto el profesor Whimple como el señor Buch, e incluso la señorita Ví y los profesores Schaffhausen y Klöcker, estaban decididos a proteger a ***. Tenían la ridícula idea de que aquello que le ocurría a *** podía tal vez curarse o era una dolencia ocasional o... En cualquier caso, según David, el señor Buch no estaba dispuesto a despedirla: entregarle la carta de despido sería una profunda injusticia —¡al parecer!— y una crueldad intolerable. Porque... ¿qué mal había hecho *** —y de nuevo pronunció su nombre, sin el «señorita» delante y sin citar el apellido— para que se la tratara como si fuera una bruja o una hechicera?

Cada vez que David pronunciaba su nombre sin el «señorita» delante y sin citar el apellido, Augusta sentía un fuego voraz que le quemaba la garganta y su barbilla temblaba de ira apenas contenida.

El profesor, mirando con ojos entrecerrados las nubes negras del atardecer, añadió que algún canalla se había atrevido incluso a denunciar a *** ante el juez Balotrjiodis, aunque por fortuna el señor Buch había conseguido detener la investigación; probablemente deseaban quemar a *** (¡otra vez sólo el nombre!) en una hoguera, enfrente de la iglesia de San Simón, como se hacía en Inglaterra, en Holanda, en Alemania o en Suiza doscientos años atrás.

Entonces fue cuando Augusta creyó oportuno defenderse, pues *su* David, seguramente sin pretenderlo, la había insultado gravemente... Lo cierto, David, querido, es que ya-sabes-quién

resulta un tanto conflictiva; aparte de esos desagradabilísimos incidentes, que a decir verdad son ciertamente propios de brujas, creo que ya-sabes-quién es una malísima influencia para las niñas; por supuesto, no voy a repetir lo que dicen de ella Sönke y sus amigas, pero no es nada bueno, así te lo digo... Y si ha habido alguien honrado que ha decidido denunciar a ya-sabes-quién, más bien tendría que agradecersele, pues ese tipo de circunstancias concluyen en perversiones y conductas inapropiadas que...

De verdad, Augusta, me parece terrible lo que dices de...

Y, puesto que la confianza era el basamento y sostén de la relación que habían establecido el señor Whimple y Augusta Dehmel, ésta reconoció que había mantenido conversaciones con un sacerdote, recientemente fallecido en Wolmar, un verdadero sabio, a decir verdad, que le había abierto los ojos respecto a cierta ya-sabes-quién, cuya historia estaba atestada de crímenes, perversiones, vilezas, salvajismos, hechicerías, vicios, brujerías, y otras asquerosidades que una dama ni siquiera debería imaginar.

El señor Whimple se había apartado un poco y, bajo la lluvia, había dicho que por Dios, que si estaba confesando que fue ella quien había denunciado a...

Pues sí. Había sido ella: y el señor Buch debería agradecersele, pues si la justicia se apoderaba de ya-sabes-quién, el colegio volvería a lucir con su antiguo esplendor.

¡No la llares ya-sabes-quién! ¡Se llama Émilie!

¡Émilie, Émilie, Émilie...! ¡No se llama más que zorra asquerosa!

¡Por Dios, Augusta! ¿Qué te ocurre?

No le ocurría nada, estaba perfectamente: lo único que deseaba era que él no pronunciara su nombre, y que reconociera que aquella maldita bruja merecía estar colgando de una horca en la prisión más apestosa de Livonia, con todas las hechiceras como ella, que roban los amantes con bebedizos y emponzoñan a las niñas y les chupan la sangre... ¡Ella había visto cómo aquella bruja lamía la sangre del suelo cuando a la señorita De Wrangel se le saltaba la sangre de la nariz!

Pero... ¿qué estás diciendo?

Y otras cosas peores había visto ella, añadió Augusta, que avergonzarían a cualquier mujer decente. Pero él sólo pensaba en aquella zorra, porque el amor de David no era verdadero... ¡No era verdadero, no era verdadero! ¡Era falso, falso como los decorados de cartón piedra de los dramas románticos, y falso como los rayos de sus tormentas, y sus ruinas, sus precipicios y sus cementerios! ¡Falso como los versos de Ossian, falso como el Robin Hood del señor Scott y falso como el Guillermo Tell de Schiller! Era un amor romántico, ¡desde luego!, de tumbas y cementerios, un amor en ruinas, un amor zurcido, de harapos y retales, como aquel monstruo del que hablaba la esposa del poeta Shelley. Todas aquellas escenas que parecían maravillosas en los libros no eran más que argumentos ridículos y...

Pero no quería seguir hablando, porque ya veía que el propio David estaba contra ella, como todos en Neuwelke, y por mucho que ella quisiera librar al pensionado de aquella hechicera, nadie se lo iba a agradecer jamás...

¿Librar... librar...?

¿Acaso el señor Whimple necesitaba pruebas de que aquella mujer era un verdadero demonio? Pues se lo iba a demostrar fehacientemente: resulta que, ¿te acuerdas de cuando se encontraba

enferma?, le puso unas gotas de arsénico holandés en el té y se lo dio a Antoinette de Wrangel para que se lo llevara; y luego la señorita De Wrangel había bajado diciendo que la bruja había adivinado que el té estaba envenenado y que había salido un espectro horrible de ella y había estado a punto de acabar con la vida de la niña...

¡Augusta! ¿Qué dices? ¿Intentaste envenenar a...?

¡No digas su nombre, no digas su nombre, no digas su nombre!

El señor Whimple se había apartado un poco y, desde luego, Augusta no podía negar que habían tenido una pequeña riña a cuenta de ***. Pero en esos casos se dicen cosas que no se piensan: luego, todos esos enfados quedan en nada, y las reconciliaciones suelen ser más dulces y encantadoras entre los fieles amantes.

David había dicho que pronunciaría el nombre de *** todas las veces que quisiera. Bueno, son cosas que se dicen casi sin pensar. Y Augusta, que también tenía su carácter, le había echado en cara que pronunciaba su nombre sin el señorita y sin el apellido porque en realidad estaba hechizado por aquella bruja, que probablemente lo había enloquecido con un bebedizo, y que había que subir a su habitación a buscar los amuletos y los talismanes que tuviera escondidos para sus hechicerías. Y que después...

El señor Whimple se había apartado y, con el rostro desencajado, tambaleándose y conmocionado, se había alejado bajo la lluvia diciendo que Augusta estaba loca y que no quería volver a verla jamás. En fin, son cosas que dicen los amantes de corazón apasionado.

Augusta estaba convencida de que aquel pequeño incidente quedaría en nada y que, en el futuro, cuando recordaran aquella nimia desavenencia, cogidos de la mano frente a una cálida chimenea, en su hogar, se sonreirían divertidos, y se darían un dulce beso para reafirmar un amor que había permanecido firme y glorioso durante tantos y tantos años.

¿Acaso un amor tan sincero y tan firme podía tambalearse por culpa de... por culpa de una pequeña discusión sin importancia?

Estás loca, no quiero volver a verte, eres una mujer horrible... En fin, son cosas que se dicen, pero no se piensan. Augusta estaba segura y confiaba en que aquello no pasaría de ser un enfado sin importancia, doloroso, claro, pues todas las riñas entre enamorados se sufren enormemente, pero un enfado sin importancia al fin y al cabo, se dijo mientras anudaba el fajín de seda y pasaba el otro extremo por la viga del tendedero. En fin, si todos los amantes hicieran un mundo de estas desavenencias, las sociedades humanas estarían siempre en suspenso, y no existirían ni las ceremonias de boda en las iglesias ni los matrimonios. El fajín era un poco corto, pero podía subirse en el banco corrido del tendedero. Además, ahora había que pensar precisamente en la boda, y en los colores de las flores, y a quién había que invitar... Este nudo... Porque lo importante es lo importante, y es tontería dedicarle ni un minuto a las disputas de amantes. Estás loca, y no quiero volver a verte. Estás loca, y no quiero volver a verte. Estás loca, y no quiero volver...

Qué extraño ruido el que hace la seda al estirarse.

Sólo un rectángulo plateado se recortaba, con fulgor de panteón, en el entarimado. Sentada en una silla junto a la pared, rígida y con las manos entrelazadas en el regazo, Émilie se mantenía despierta, en la profunda oscuridad de su alcoba. Descalza y con su sencillo camisón blanco, permanecía inmóvil y con la mirada perdida en la turbia incandescencia del *boudoir*, aún rojizo con las últimas pavesas de la chimenea. Sentía perfectamente los latidos del corazón en su pecho, y de tanto en tanto le parecía que tenía arena en la garganta. El rectángulo plateado iba reptando imperceptiblemente por el suelo a lo largo de la noche y la institutriz pudo imaginar sin dificultad cómo la luna llena recorría su inmutable camino en el cielo nocturno.

Émilie tenía muchos talentos, pero entre ellos no se encontraba la habilidad para calcular con precisión el paso del tiempo. A veces le había ocurrido en las aulas: creía que sólo llevaba impartiendo clase unos minutos, y entonces alguna niña le tenía que recordar que ya era la hora del té y que la señora Huns y la señorita Vi se enfadarían si no acudían inmediatamente al salón; en otras ocasiones creía haber estado leyendo durante varias horas y, al mirar el reloj en la repisa de la chimenea, descubría que apenas habían transcurrido sólo unos minutos. Por esa razón, aquel día fue incapaz de predecir, averiguar o sospechar si ya serían las cuatro de la madrugada o no. ¡Si al menos pudiera recordar cuántas campanadas había dado la torre de San Simón de Wolmar la última vez que tañeron! ¿Habían sido dos... o tres?

Era extraordinario cómo se aguzaban los sentidos en el silencio nocturno. Hacía apenas unos minutos —¿o habían sido horas tal vez?— había oído pasos en la galería, aunque era improbable que nadie, salvo ella, estuviera despierto a esas horas... a excepción de la pobre e inconsolable Sönke, que no había dejado de llorar por su *chaperone*... También había oído los últimos estremecimientos de la leña en la chimenea del *boudoir* y los crujidos del entarimado en ambas estancias.

La luz de la luna era suficiente para que pudiera distinguir todos los objetos que tenía a su alrededor. La cama sin deshacer, los libros de Racine, Chateaubriand y Hugo ordenados en el aparador, el quinqué apagado, la taza de té sobre la mesita, la butaca del *boudoir*, los zapatos junto a la pequeña silla, el armario negro apoyado en la pared, el baúl y su *sac à main*, pulcramente colocados uno al lado del otro, sus libretas y cuadernos para las clases en la mesa de estudio, más libros, el vestido que había utilizado aquel día, un jarrón con flores... Pero la luna

confería a todo un aspecto fúnebre, o quizá sólo era el estado de su corazón.

Muchos años atrás, cuando estaba estudiando en Dijon con la perspectiva de convertirse algún día en institutriz, había visto un grabado en el que se representaba a un médico medieval practicando una incisión en el cuello a una dama; un ayudante, o quizá el esposo de la dama, la sujetaba para que no se desmayara. Otros miembros de la familia también dejaban ver extrañas deformidades en las axilas y en el rostro. Como flotando en el aire, venían un ángel y un demonio volando, y el ángel parecía disputar al demonio las almas de los enfermos. Aquel grabado era una copia de otra pintura más famosa y figuraba una escena de la época de la peste. Por razones que incluso a la propia Émilie se le escapaban, aquellos lejanos acontecimientos habían dejado una huella profunda en su espíritu, y con mucha frecuencia las imágenes de la peste medieval se le representaban como inevitables visiones. A veces, aunque no recordaba haberla visto en parte alguna, se le formaba en la imaginación la figura de un esqueleto cabalgando sobre un caballo blanco; el esqueleto desdentado, que lucía una cabellera rubia... como la suya, empuñaba una espada y asestaba estocadas mortales a jóvenes alegres en cuyas miradas se adivinaban futuros prometedores.

Los libros decían, de eso estaba segura, que las causantes de la peste negra habían sido las ratas y las infecciones que transportaban —pues son animales nocivos y asquerosos, como saben todos los vecinos de Londres—, aunque en su momento se aseguró que el origen de la mortandad estaba en los pecados de los judíos, y que por su culpa Dios había arrojado esa plaga contra la Humanidad toda, para recordar que había enviado a su Hijo amado a este mundo y los hombres lo habían crucificado sin compasión, y se habían repartido sus vestiduras. También recordaba haber leído en algún lugar que un historiador llamado Venette o Vanette había podido certificar que fueron los judíos los que infectaron los manantiales, los ríos y los pozos, y los que corrompieron el aire con sahumeros pestilentes. Sin embargo, los más científicos estaban convencidos de que la peste era cosa de los influjos de las constelaciones. Un cirujano llamado Guy o Guido de Chauliac había llegado a la conclusión de que la peste era el resultado aciago e inapelable de la conjunción de Marte, Júpiter y Saturno con otros cuerpos celestes propicios a la pestilencia, como cometas y meteoros...

En estas filosofías naturales estaba sumida Émilie cuando a lo lejos se oyó la campana de la torre de San Simón de Wolmar, que dio la media. ¿Las tres y media? ¿Las cuatro y media? ¿Las cinco y media... ya?

De nuevo volvió a oír pasos en la galería, pero permaneció inmóvil, como petrificada, en su silla, con los ojos clavados ahora en el rectángulo de luz funeraria que la luna llena arrojaba sobre el suelo de su habitación y que estaba a punto de tocarle los dedos de los pies.

¿La peste? ¡Ella era la peste! Desde su mismísimo nacimiento había ido sembrando la muerte por donde pasaba. Por desgracia, pensaba, había venido a este mundo, y en torno a ella, desde bien joven, sólo había habido muerte y desolación, y desdichas, y desgracias, y todos los males imaginables.

Émilie, trastornada como estaba por la violenta muerte de la señorita Dehmel, llegó a convencerse de que todas las muertes que habían acontecido a su alrededor eran fruto de su presencia y consecuencia de su mera existencia o cercanía. Estaba tan persuadida de que su

persona era portadora de desgracias que se veía capaz de repasar toda su historia, con precisión, y confirmar que era ella la que causaba aquella retahíla de catástrofes.

Mató a su madre al nacer y sembró la ponzoña después en el corazón de su padre, hasta hacerlo enloquecer; y luego dos monjas del convento en el que estuvo también murieron, aunque no eran muy viejas, y más adelante, cuando tuvo que huir de Dijon, supo que una maestra suya había muerto atropellada por un carro lechero, y al llegar a Besançon le dijeron que pocos días antes se había declarado un incendio en un colegio de la universidad, donde habían perecido tres muchachos. Y en Mulhouse, donde aquel espantoso *père* Balkas había querido ahorcarla, la acusaron de haber matado un ternero por aojamiento. Antes de llegar a Friburgo asistió a los lamentos de un grupo de pastores, que aseguraban que los lobos habían diezmado sus rebaños, aunque en aquella ocasión no la acusaron de nada. Y después, cuando tuvo que huir de una escuela de Friburgo, supo que dos alumnas suyas habían enfermado y que las fiebres se las habían llevado al Cielo. En Heidelberg, donde no pudo quedarse más de dos meses —un reportero en exceso curioso e indiscreto había publicado en el periódico local un artículo titulado «Mujer en humo convertida», del que Émilie no había querido leer ni las primeras líneas— se había derrumbado un puente poco después, y estaba segura de que en el desplome al menos habían muerto diez o doce hombres...

Para entonces, Émilie sólo esperaba ver muerte, y muerte era lo que veía; se tenía a sí misma como aquel esqueleto flamígero que encarnaba la peste, y todo cuanto observaba a su alrededor adquiriría los tintes mortales de la infección. Cuando falleció la pobre señorita Eveline, Émilie ni siquiera se concedió el beneficio de recordar que la fundadora llevaba años postrada en una cama, y que el doctor Zalkinis no había dicho nada de las influencias malignas de institutrices francesas. Ella lo asumió como un nuevo crimen, ejecutado por su sola presencia, del que era culpable y por el que probablemente merecía ser condenada.

Pocos días antes, cuando se encontró con Irina, pálida y descompuesta, temblando aterrorizada, se temió que hubiera vuelto a producirse otro de aquellos espantosos *episodios* espectrales... pero la cosa había sido aún peor. La pobre muchacha estaba tan fuera de sí que era incapaz de llorar, y se tapaba la boca con una mano temblorosa mientras señalaba con la otra en dirección al tendedero...

Tampoco en esa ocasión Émilie se permitió el consuelo de recordar el carácter irascible y trastornado de la señorita Dehmel, ni tuvo en cuenta que los celos habían consumido su belleza en los últimos meses, ni reparó siquiera en la certeza de que ella no había dado ni un solo paso para interponerse en los amores de Augusta Dehmel y el profesor Whimple. En vez de considerar con espíritu sereno estas verdades, su angustia la obligó a culparse de nuevo por aquella muerte. Llegó incluso a pensar que el odio que la señorita Dehmel le demostró en vida pudo haber sido justo y que, inconscientemente, había utilizado todo su maligno y pestífero poder para conducir a Augusta Dehmel al sepulcro. Del mismo modo que era capaz de enviar espectros por las galerías del pensionado sin desearlo, igual podía esparcir sus esporas de muerte entre aquellos que la odiaban, y, sin ejercer su voluntad, insuflar en ellos el deseo de quitarse la vida.

Y como cualquiera podrá imaginar, saberse el heraldo de la muerte no mejoraba en nada el ánimo de Émilie. A veces se imaginaba exactamente como una de aquellas ratas pestíferas,

obligada a huir constantemente, escondiéndose en agujeros y rendijas donde pudiera esquivar los escobazos y los hierros de fogón. Y aquello no repercutía precisamente en la consideración que tenía de sí misma... (Pero no hay necesidad de insistir en estas circunstancias, pues todos sabemos hasta qué punto los fracasos y las humillaciones siembran la desconfianza y la duda en uno mismo, y podemos sospechar hasta dónde una vida repleta de continuas huidas, vejaciones y violencias puede paralizar a un ser hostigado... y convertirlo en una liebre asustadiza sorprendida con la luz del farol nocturno del cazador.)

De nuevo creyó oír unos pasos sigilosos en la galería, y de nuevo se convenció de que eran fantasías de su mente perturbada, pues el pensionado dormía profundamente aquella noche.

Sólo unas horas antes había estado sentada frente a su escritorio en el *boudoir*. Había procurado mantener la firmeza de su caligrafía, y después había trazado aquellas palabras en las que siempre depositaba todo su cariño: «Mi queridísima Violette.» Acostumbrada como estaba a intentar mitigar o esconder o disfrazar los aspectos más desagradables de su vida —sólo para que sus sobrinos esbozaran una sonrisa ante la brillante carrera de su aventurera tía—, no tardó en encontrar un colofón ideal a sus padecimientos. Después de dejar bien sentado que por fin —de un modo repentino y sorprendente, casi milagroso— se había curado y que los espectros no habían vuelto a aparecer, escribió con letra dubitativa que tenía algo importantísimo que contarles, y que esperaba que la noticia que iba a darles les complaciera tanto como a ella, pues ante sí se abría un futuro que bien podía considerar como la representación viva de la mismísima alegría y el gozo. Había recibido el espíritu de Dios... y su mano titubeó al escribir la última palabra. Había recibido el espíritu de Dios y al cabo de una semana, como muy tarde, ingresaría en el monasterio de la Santísima Ascensión de la Virgen, de la comunión rusa, que se encontraba cerca de Riga. Después de describir con toda precisión el bonito claustro del monasterio, y el huerto, y el jardín, y otras dependencias del cenobio, hizo una pintura perfecta de la iglesia del convento, que se asemejaba en todo a la iglesia de San Simón de Wolmar: su cuñada se habría extrañado extraordinariamente si hubiera sabido que la iglesia de un monasterio de Riga era la misma que había en el pueblo de Wolmar. Afortunadamente para Émilie, aquéllos eran detalles menores, y sus palabras sólo pretendían llenar de objetos un mundo inexistente, pero al que sus sobrinos, su hermano y su cuñada podrían mirar sin sentir lástima o vergüenza por ella. Añadió, casi al final de la carta, que sólo sentía que el convento fuera de una regla tan rígida en su clausura que la comunicación con el exterior resultaría prácticamente imposible, aunque desde luego ella procuraría escribir alguna carta de tanto en tanto... De todos modos, si no volvían a recibir ninguna carta, no debían preocuparse, pues estaba segura de que su vida sería todo lo feliz que podría desear.

Después había escrito tres breves cartas, dirigidas también a su cuñada Violette. En la primera escribió la fecha de abril de 1850; en la segunda, de septiembre de 1858; y en la tercera, con letra temblorosa, estampó la fecha de 1866. En esta última le decía a su amiga que su cuerpo parecía estar recordando tantos años de calamidades y que últimamente le dolían mucho las manos y la espalda, y que tenía para sí que sufría una especie bastante desagradable de reumatismo, aunque eso no le impedía seguir cumpliendo con sus labores en el convento. En fin, eran los achaques de la edad, pues ya rondaba los sesenta años, y había que sobrellevarlos con paciencia y fe en Dios.

Le repetía, como en las otras dos cartas, que su labor era ocuparse del jardín, pues muchas de las flores que se cultivaban en el convento se vendían después a los floristas de Riga, y que estaba convencida de que aquella era la labor, con seguridad, que Dios le había destinado. Como siempre, deseaba que su hermano se encontrara bien, y aseguraba que rezaba todos los días para que Dios derramara sobre sus sobrinos «y sobre ti, mi queridísima Violette», todos los parabienes y bendiciones. Asimismo, como siempre, les enviaba muchos recuerdos de sor Yvonne, una monja francesa, muy buena y muy amable, con la que tenía especial amistad desde muchos años atrás en el seno de la comunidad carmelita.

Después cerró las cartas y redactó una breve nota, dirigida al señor Buch, en la que le rogaba, por favor, que enviara las misivas en las fechas indicadas, si podía.

Las campanas de San Simón de Wolmar dieron las cinco de la madrugada. Y en ese preciso instante la luz mortuoria de la luna tocó sus pies desnudos.

Se levantó y, como sonámbula, avanzó por la habitación y cruzó el *boudoir*, no sin antes detenerse y colocar bien la nota dirigida al señor Buch. Avanzó, descalza, con su camisón blanco, hasta la puerta, y la abrió sigilosamente. La galería permanecía en la más completa oscuridad. Dejó la puerta abierta y avanzó por el corredor hasta el final. La puerta que conducía a las estrechas escaleras laterales gimió desconsoladamente, pero Émilie consiguió calmar su llanto enseguida, y, tras dejarla dormida, subió hasta el piso superior. Luego abrió una cancela de hierros negros, y por una estrechísima galería sin ventanas, y con el suelo combado, accedió a la terraza superior del edificio. A un lado tenía la balaustrada encalada y al otro, la pendiente de pizarras que coronaba el espinazo del dragón, con múltiples chimeneas aquí y allá, dispuestas como si ningún arquitecto hubiera pensado jamás que deberían tener algún orden o simetría.

En los tejados del pensionado soplaban un viento helado, y Émilie estaba convencida de que era precisamente el viento el que la hacía llorar. Recorrió toda la terraza, hasta el final, y se apoyó en la balaustrada. Desde aquella altura, y a la luz de la luna llena, el mundo adquiría un aspecto irreal, como de dibujo infantil: los caminos plateados se retorcían en curvas amables y graciosas; en la lejanía los árboles se mecían tal y como los imaginaban las niñas más pequeñas; los campos ondulaban sus perfiles con dulzura y los surcos de los sembrados se trazaban con simetrías escolares. Hasta el cielo estrellado tenía un algo de fantasía de función teatral: tan perfecto era, y tan oscuro, con aquel prodigioso agujero de luz blanca en medio. Todo era como un decorado, y puede que no tardaran en aparecer dos marionetas, que les preguntarían a las niñas dónde estaba el tesoro, o si habían visto a un lobo, o cualquiera de esas preguntas que mantienen a las criaturas más jóvenes pendientes de una insólita aventura. Y, sin embargo, aquel espectáculo ya no tenía ningún encanto para Émilie: no significaba nada, y era hora de bajar el telón y dar por concluida la representación.

Comenzaba a ascender los estrechos peldaños que conducían a la vertiente de la techumbre, cuando oyó unos pasos apresurados tras ella, y, al girarse, a punto estuvo de perder pie y...

—¡Émilie! —exclamó la voz inconfundible del profesor David Whimple.

Sólo le quedaban tres o cuatro peldaños para llegar al vértice de la techumbre, desde donde se asomaba una gárgola con el rostro deforme de un demonio burlón. Pero tampoco era necesario cumplir hasta el último de sus extremos con el absurdo protocolo que había establecido durante

todas aquellas horas de oscuridad en su alcoba. Lo peor, sin duda, era tener al profesor David Whimple como espectador en aquella triste y patética escena final. Miró abajo, a la rosaleta por la que algunos meses atrás habían corrido cogidos de la mano, cuando les sorprendió aquella inesperada tormenta. Bueno... cuando se trata de morir, por alguna razón, el corazón se siente reconfortado con símbolos y emblemas. Tal vez arrojarle a la rosaleta podría entenderse como un tributo a la amistad o una entrega definitiva a aquel instante o cualquier otra imagen, tan gratas a los poetas y los teólogos.

La institutriz observó el espacio vacío que se abría a su izquierda, y luego volvió la mirada a David, que le tendía el brazo para que se apoyara en él y descendiera de nuevo a la terraza. El profesor traía el rostro desencajado y sus pasos parecían dubitativos, como si no supiera qué hacer exactamente en aquella situación. Émilie creía que susurraba alguna cosa, como «no sigas» o «ven» o «es una locura», pero en el espinazo del caserón, de pie, descalza, sólo cubierta con aquel camisón de lienzo blanco, apenas podía distinguir sus palabras.

—Émilie! —repetió David, acercándose cautelosamente, mientras le alargaba la mano.

De repente, la voz de su amigo le devolvió por un instante el juicio. Émilie notó el penetrante frío nocturno en el rostro y en los brazos, y se sintió desnuda ante el profesor Whimple, y ridícula y loca como la Ulrica del señor Scott, «en la cúspide de un torreón, semejante a una furia escandinava», gritando «¡que un volcán te destruya, mansión infame...!».

Habría resultado difícil saber si cuando descendió aquellos escalones, desde la cúspide del tejado de Neuwelke, la institutriz francesa se abrazaba a sí misma por el frío o por la vergüenza de sentirse desnuda ante su amigo. El profesor Whimple la esperó mientras se desembarazaba de su levita, y cuando Émilie se acercó, él la arropó como si de un animal aterido se tratara. Mientras el profesor Whimple la rodeaba con sus brazos, Émilie murmuró algunas excusas ininteligibles sobre lo engorroso que resultaba el insomnio, y lo agradable que resultaba salir a la terraza a respirar el aire puro por la noche, cosa que había estado haciendo en los últimos tiempos, por cierto, y lo hermoso que estaba el cielo estrellado, aunque, desde luego, no esperaba encontrar a nadie allí, y lo mucho que le avergonzaba verse en camis... en esas circunstancias delante de un caballero, aunque esperaba que siendo él quien era, naturalmente, su amigo, pudiera excusarla y, además, ojalá pudiera mantener el secreto, ya que...

—Desde luego, desde luego, Émilie...

... porque el desgraciado *accidente* de la señorita Dehmel verdaderamente la había trastornado, y le resultaba difícilísimo conciliar el sueño, aunque él sabía... ¿verdad que lo sabía?, que ella jamás se había interpuesto en aquella relación, y que tenía al señor Whimple en la misma consideración de siempre, y que no había en su corazón más que buenos deseos para él, y que si estaba tiritando era porque no esperaba que se hubiera levantado ese aire tan frío, y que nada le habría satisfecho tanto, de verdad se lo decía, que se hubiera desposado con la señorita Dehmel, y que no le extrañaba, en el fondo, verlo allí en la terraza del pensionado, porque seguramente él tampoco podría dormir, y estaría allí seguramente por eso, ¿verdad?

—Al señor Buch, a Jonas y a mí nos preocupaba que volvieras a coger un resfriado... — contestó David, desvelando sin querer toda una conspiración masculina en Neuwelke para proteger y cuidar a la institutriz de francés.

David le dijo que podía quedarse con la levita, y que al día siguiente la recogería; y añadió que sería muy aconsejable que se metiera en la cama, y que descansara, y que procurara evitar pensar en nada que no fueran escenas agradables...

Cuando cerró la puerta, Émilie permaneció durante unos instantes en la oscuridad del *boudoir*, y su rostro helado y perlado de sudor resplandecía con los fulgores de las últimas ascuas de la chimenea. Luego se acercó al escritorio y ordenó meticulosamente las cartas que sucesivamente habría que enviar a Francia. Al final, arrojó todos aquellos embustes a las últimas pavesas de la chimenea. Era como si no quisieran arder, hasta que de repente los bordes de las cartas se tornaron incandescentes y prendieron súbitamente con una llama amarilla, intensa y breve; y así fue como la vida conventual de Émilie desapareció para siempre convertida en cenizas blanquecinas.

Después colocó escrupulosamente la levita de David Whimple en una silla y... en fin, es imposible asegurarlo con absoluta certeza, pero uno apostaría a que Émilie probablemente sólo pensó en escenas agradables, porque no tardó en quedarse dormida.

Parecía fácil, pero la elegancia y la delicadeza no son características que abundan en nuestro mundo, así que había que actuar con tiento y suavidad, con la ligereza de quien está destilando oro y con la precisión de quien está sembrando un bulbo de tulipán rojo y amarillo de puntas rizadas.

Jonas Fou'fingers no era cocinero, sino jardinero. Pero la señora Bertha Huns cada vez estaba más alicaída y más triste. (La muerte de la señorita Eveline había derramado sobre ella un velo de amargura del que jamás podría desprenderse ya; además, por mucho que las considerara «niñas malcriadas», la señora Huns adoraba a las alumnas del colegio, y le parecía que tener sólo doce muchachas sentadas a la mesa era tanto como si se le hubieran muerto treinta niñas; y, por último, habían pasado tantas cosas últimamente... aquel horrible espectáculo de la señorita Dehmel, las apariciones de la maestra de francés, la huida de Latia, los lamentos del pobre Niko, que aullaba por la noche como un lobezno perdido y empapado...) En fin, la señora Huns cada vez estaba más alicaída y más triste, y de algún modo había que animarla.

Aquella semana había venido el carnicero y, entre otros encargos, había dejado una pieza de lomo de cerdo. No era muy vistosa, cierto es, pero por el precio que pagaba el pensionado tampoco iba a llevarles el jamón cocido que aquel mismo día había entrado regimiento y con todos los parabienes en casa del honorabilísimo señor juez Balotrjiodis. Así que la señora Huns se tendría que conformar con aquella pieza de lomo a la que ya convenía adobar con un poco de pimienta y romero.

Aquel domingo el jardinero vio a la cocinera más abatida de lo común, y le habló como deben hablar los amigos.

—¡Ea, señora Huns! Hoy es el primer domingo de marzo. ¿Qué piensa darles de comer a nuestras muchachas?

—No sé.

—Vaya, los nosés no engordan terneras. —El escocés en ocasiones hacía traducciones un tanto peculiares de los refranes de las Highlands—. Recuerdo que hace unos años preparaba usted un plato especialísimo, con lomo de puerco y... ¿y qué más?

—Y manzana —replicó huraña la señora Huns.

—Eso es: y manzana.

—Da mucho trabajo. No pienso hacerlo.

Resulta curioso cómo la mayoría de nuestras afirmaciones más rotundas se quedan en nada. Bastó el ánimo y la iniciativa de Jonas Fou'fingers para que la señora Huns se retractara; ahora bien, la salsa quedaba en manos del jardinero. (¿Acaso era él cocinero? No, desde luego. Pero si quería lomo en salsa de manzana, más le valía colaborar.)

Así que, protegido en la batalla con la única defensa de un delantal y con el arma más poderosa de la cocina de Neuwelke (una cuchara vieja de cerezo), el jardinero Fou'fingers comenzó a remover len-ta-men-te la salsa, confeccionada con dos tipos de manzanas, sidra, pimienta, miel y asomo de romero. Po-co-a-po-co la salsa va adquiriendo un maravilloso color dorado y un perfume dulce a miel y romero que es capaz de alegrar a cualquier enfermo de melancolía. El proceso, aunque no es largo, precisa elegancia y delicadeza, como se indicó más arriba, y la salsa perfecta sólo está al alcance de los escogidos por los dioses de los fogones. Una vez confeccionada la salsa, se deja reposar y, poco antes de servir, se saltean las tiras de lomo en una sartén con especias y hierbas dulces (y esas lonchas, por adquirir un precioso color dorado, se llaman «oropeles»), entonces se vierte todo en fuentes y se salpica con zumo de frutos del bosque rojos con azúcar y pimienta negra molida: y esto es lo que se llama «espantos», porque da la impresión de ser sangre.

Después de su heroica incursión culinaria y mientras llegaba la hora de comer, Jonas Fou'fingers pensó que podía ir a arrancar unas zarzas que habían salido junto a la cancela. (¡Por el espíritu inmortal de Robert Bruce, nos acosan todos los males, incluidas las zarzas!) Al avanzar por el camino de grava, se cruzó con el señor Buch y el profesor Whimple, que estaban hablando junto al tejo grande.

—Buenos días, señores.

—Buenos días, Jonas.

—Hoy comemos oropeles con salsa de manzana melosa y espantos de frambuesa.

—Ah, muy bien. Gracias, Jonas.

—Que tengan buen día, señores.

Desde que llegó a Neuwelke, el señor Whimple había sido como un hijo para el señor Buch. Y ahora era evidente que el profesor precisaba el consuelo de su padre adoptivo. O tal vez ambos precisaban consuelo mutuo; tal era la opinión del jardinero mientras arrancaba aquellas malditas zarzas. Porque era bien cierto que el señor Whimple probablemente estaba transitando por los peores días de su vida, pero no era menos verdad que el señor Buch batallaba por mantener a flote un navío en mitad de la tormenta más espantosa que pudiera imaginarse.

El señor Whimple había asistido al funeral de su prometida, la señorita Dehmel, con el rostro desencajado y hubo personas en Neuwelke —no se dirán los nombres— que pensaron que el caballero se había vuelto loco. A ciencia cierta, el jardinero no sabía qué había ocurrido: lo único que podía confirmar era lo que le dijo la aterrorizada Irina, que fue a buscar los trapos de la cocina que estaban secándose en el tendedero y vio allí colgada de un fajín malva a la señorita Dehmel. ¿Para qué hablar de lo que aconteció aquella noche? Hubo gritos y lamentos en todo el edificio, y sólo la prudencia y la inteligencia del señor Buch consiguió acallar lo que amenazaba con ser locura generalizada. Incluso la señorita Ví pecó un tanto de nerviosismo innecesario. La pobre muchacha pelirroja, la pupila de la señorita Dehmel, estuvo llorando una semana entera,

pero de ese modo sobrio y señorial propio de los nobles (la muchacha pertenecía a una familia de apellidos impronunciables): calladamente y con gesto grave y pensativo. Dos días después se llevó el cuerpo al cementerio de comunes de Wolmar (ninguna confesión quiso acogerla en sus cementerios particulares y, desde luego, ninguna en sus templos). Los pocos residentes del pensionado hicieron el camino hasta Wolmar en completo silencio, sólo quebrado por el llanto de alguna niña o por el callado sollozo de la pobre muchacha pelirroja. Durante todo el camino y después, en el entierro, estuvo lloviendo sin compasión ninguna, y las flores que piadosamente llevó el propio Fou'fingers se mustiaron sobre la sencilla lápida de granito. FRÄULEIN AUGUSTA DEHMEL - 1846. Y eso era todo. Ni el pope, ni el sacerdote católico, ni el pastor luterano ni el rabino de la sinagoga quisieron bendecir los despojos de la señorita Dehmel. Así son los ministros de los dioses: benevolentes con los pecadores que gozan de la vida e implacables con quienes no pudieron soportar el dolor de vivir.

Los días que siguieron a aquel estremecedor episodio fueron, en opinión del hombre que arrancaba zarzas, los peores que había vivido Neuwelke. El propio Fou'fingers supo —por tercerías— que el profesor Whimple había solicitado la carta de cesantía y estaba decidido a abandonar el pensionado. Cualquiera hubiera comprendido que finalmente el profesor Whimple se marchara. En aquellos días, la señora Huns dijo la palabra «horrible» al menos cuatro mil veces. ¿Cómo era posible que una muchacha tan guapa, tan culta y amable, tan encantadora y dispuesta, hubiera cometido semejante locura? ¿No se iban a casar al cabo del verano siguiente? ¿Qué mal viento había enloquecido a la señorita Dehmel? ¿Habían discutido los novios y ella había cometido un error irreparable? Bueno, eso no lo sabía nadie, y si alguien lo sabía, era un rumor que no había recorrido las galerías del pensionado.

Al parecer, el señor Buch había conseguido convencer al profesor Whimple de que se quedara. Jonas Fou'fingers había sabido —casualmente— que el propietario del colegio había eximido al profesor de su obligación de dar clases, quizá hasta que recuperara el ánimo o se tomara una decisión al respecto.

El jardinero, a decir verdad, no estaba tan preocupado por el señor Whimple como por el propio señor Buch. Desde luego, Jonas sabía más de pétalos y raíces, hojas e injertos, que de altas economías, pero sólo había que rondar la cocina y ciertas dependencias para saber que el pensionado comenzaba a sufrir graves problemas financieros. Además, la señorita Amalia Vi, con su esférica contundencia habitual, no hacía más que recordar y advertir que las comidas ya no eran «como las de antes». ¿De dónde estaba el señor Buch obteniendo el dinero para mantener en pie el Pensionado de Señoritas de Neuwelke? Bueno, a Jonas no le importaba que sus soldadas se estuvieran retrasando cada vez más, pero si la madre de Irina se presentaba un lunes y se le decía que no había llegado el sueldo de su hija, el colegio podía arder desde sus cimientos. Y otro tanto ocurriría probablemente si se le decía al profesor Schafthausen que no había dinero para su lote de libros mensuales... ¡Era capaz de alzar el vuelo y emigrar a países más cálidos! Pero, sobre todo, el colegio no se podía arriesgar a un disgusto con la salud de las niñas: era obligatorio que tuvieran buena alimentación —algo que empezaba a ser dudoso últimamente—, una higiene impecable —las limpiadoras venían de Wolmar una vez a la semana, y no tres, como antaño, y con demasiada frecuencia no se disponía de agua caliente para los baños—, buena leña para la

chimenea —y se había aconsejado moderación—, velas suficientes y quinqués para el estudio —y se recomendaba no leer mucho por las noches. Eso era tanto como enviar una carta a los padres diciéndoles que Neuwelke se había arruinado y que vinieran a buscar a sus hijas. Todas pertenecían a las mejores familias alemanas de Livonia, o de Polonia, o de Estonia, y qué se diría si se supiera que las niñas se encontraban viviendo en un lugar frío, húmedo, oscuro, sucio y comiendo alimentos podridos.

Jonas acabó de arrancar todas las zarzas, y llevó los sarmientos a un lugar apartado, cerca del camino de la ribera, y allí hizo una pequeña hoguera para quemarlos. Estaba pensando que el señor Buch encontraría un modo de solucionar los graves problemas que tenía el colegio cuando divisó entre las volutas de humo azulado la figura de Émilie, que regresaba al pensionado después de un largo paseo matinal, al parecer.

—Buenos días, señorita Émilie.

—Buenos días, *monsieur le jardinier*.

—Hoy comemos oropeles con salsa de manzana melosa y espantos de frambuesa.

—Ah, muy bien.

—Que tenga buen día, señorita.

También la señorita Sagée andaba tristonza y meditabunda. Mientras se alejaba, Fou'fingers pensaba que aquellos ojos imposibles se habían apagado un tanto desde los horribles incidentes del lavadero.

El jardinero escocés estaba seguro de que Émilie se culpaba a sí misma de lo que estaba ocurriendo en el Pensionado de Señoritas. Quizá incluso se culpaba de lo que le había ocurrido a la señorita Dehmel. A nadie se le ocultaba que desde que contaban con la presencia de la señorita Sagée en Neuwelke las cosas habían ido de mal en peor. Pero Jonas Fou'fingers se decía que no había vivido setenta años y había recorrido media Europa para acabar creyendo en fantasmas y espectros. «Puede que la señorita Sagée tenga sus cosas, pero todos tenemos nuestras cosas y si fuera por hablar, a ver, a ver...», se decía entre dientes el escocés, dando prueba de haber asistido a una excelente escuela filosófica en Aberdeen. Resultaba muy sencillo acusar a Émilie de todos los males de Neuwelke: era cierto que la señorita Eveline había muerto al poco de llegar ella, y que había habido un suceso en el tendedero, y que la misma Émilie tenía algunos problemas particulares, y que había niñas que habían tenido miedo y no habían querido regresar al colegio, y que hubo un loco que la atacó en el jardín, y que... En fin, todo eso era muy cierto, pero quizá *todo eso* podría haber ocurrido aunque ella no hubiera venido a trabajar a Neuwelke. Además, puestos a decir, también era cierto que las flores estaban más hermosas desde hacía un año para acá. Puede que a un abogado no le convenciera el equilibrio que proponía Jonas Fou'fingers, pero él estaba dispuesto a compensar todos los infortunios que, al parecer, Émilie había atraído al colegio con la influencia positiva que tenía en las flores.

Por desgracia, incluso Jonas Fou'fingers, que adoraba a Émilie, sabía cuál sería el final de aquella historia de fantasmas.

Había sido jardinero durante demasiado tiempo como para ignorar que todas las flores del mundo acaban del mismo modo. En fin: al menos él había tenido la oportunidad de contemplar una especie verdaderamente singular; a algunos no les gustaría seguramente, pero a él, que estaba

acostumbrado a que la Naturaleza produjera tantas rarezas maravillosas, aquel ángel luminoso que vagaba por los jardines al anochecer le parecía más un gozoso milagro y menos un motivo de terror. Las gentes son así de estúpidas, se decía a veces; miran el cielo estrellado, o la perfección organizativa de las púas de un cardo, o los colores vidriosos y oleicos de una libélula y son incapaces de advertir el milagro; y luego se asustan por un espíritu. Bah.

Cuando se consumieron las zarzas y sólo un humo grisáceo y mortecino se elevaba en volutas hacia el cielo plomizo de Livonia, Jonas tomó el camino de grava y regresó a la casona con las manos entrelazadas a la espalda.

Ya había dado la torre de San Simón el ángelus del mediodía, y había que ir entrando para comer.

Había tres muchachas sentadas en un banco de la rosaleda, tan mustias como la propia rosaleda, podada y seca, a la espera de la primavera. Cuando se acercó más descubrió que era la pupila de la difunta señorita Dehmel, la muchacha del pelo refulgente, junto a sus dos amigas, cuyos nombres Jonas no recordaba.

—Buenos días, señoritas.

—Buenos días, señor.

—Hoy comemos oropeles con salsa de manzana melosa y espantos de frambuesa.

—Ah, muy bien.

—Que tengan buen día, señoritas.

A finales de marzo el cielo de Livonia pareció cansarse de llover. Cuando salió el sol por fin, dos niñas pequeñas (las gemelas Guillermina y Olivia Sünder) corrieron a esconderse en sus habitaciones: les resultaba extraño y extraordinario que no hubiera un cielo plomizo y húmedo sobre las chimeneas de Neuwelke, y hasta cierto punto les atemorizaba que los objetos y las personas tuvieran unos colores tan vivos y que los perfiles se distinguieran tan maravillosamente. Las pobres se habían acostumbrado de tal modo a aquel clima lluvioso y triste que ya no recordaban los días soleados y amables de la primavera; quizá los terribles sucesos acaecidos en el colegio habían conmocionado sus pequeños cerebros y se habían quedado prendidos en aquel paisaje nebuloso e indefinido del invierno en Wolmar.

De todos modos, como profetizaba el poeta, el sol no siempre consigue calentar todos los corazones. Sönke había lamentado casi hasta la desesperación la muerte de la señorita Dehmel y, a su corta edad, ya se había enfrentado a todos esos desagradables episodios que nadie debería vivir antes de cumplir los cincuenta: me refiero a esas cartas en las que se comunica un fallecimiento, y se miente deliberadamente sobre el modo en que ha ocurrido, a esas decisiones sobre el vestido que debe llevar el finado, o sobre el tipo de lápida que se prefiere, y si ha de grabarse algo en ella o no. A decir verdad, el señor Buch y la señorita Vi intentaron evitarle la mayoría de aquellos pesares a la muchacha, pero ni el enterrador ni el administrador del ayuntamiento fueron tan sensibles, y no les importó que la niña estuviera llorando frente a la tumba: tenían que cobrar el entierro y alguien tenía que pagarlo. El señor Buch y todos los demás ya se habían retirado y habían tenido la delicadeza de dejar sola a Sönke con su amiga por última vez; entonces llegaron el enterrador y el administrador municipal y exigieron su soldada... No vale la pena recordar unos episodios tan tristes y tan desagradables, en realidad. En estos casos, uno se siente más cerca de los hombres si tiene la benevolencia de ocuparse sólo de los actos que impulsa la verdadera y pura amistad. Antoinette y Julie procuraron no dejar sola a Sönke y, con las dulces palabras de consuelo que pueden conocer muchachas de quince años, intentaron calmar su aflicción.

(La muerte, como la enfermedad o el dolor, es más terrible cuanto más incomprensible resulta. Y si hay algo incomprensible es que un ser humano pueda encontrar algo en este mundo lo suficientemente importante como para quitarse la vida. ¡Ojalá hubiera en nuestro triste universo

algo por lo que valiera la pena morir!)

Con el transcurrir de los días y las semanas, Sönke se fue hundiendo en una suerte de silencioso pesar y a Julie y a Antoinette cada vez les resultaba más difícil arrastrarla al mundo de las cintas, las medias y los peinados. Ni siquiera parecían interesarle demasiado las nuevas posibilidades que se abrían en el horizonte llamado Niko, ahora que Latia había abandonado el castillo. «Me da igual», era su frase favorita; se encogía de hombros y se sumergía en sus libros de la señorita Austen durante horas, ignorando todo cuanto ocurría a su alrededor.

Finalmente, quizá fuera el día 25 o el día 26, a primera hora de la mañana, llegó a Neuwelke un fabuloso carruaje con un cochero y dos postillones; en las portezuelas se veía el imponente escudo de los Buttgereit-Dientzenhofer, con su oso rampante y su banda de plata sobre fondo de gules. Con la presteza debida, los postillones bajaron de las habitaciones todos los enseres y pertenencias de Sönke, y finalmente apareció ella en la puerta del pensionado. Iba vestida como una verdadera dama, su pelo ardía con el vigor de mil infiernos y su rostro había adquirido la terrible serenidad de una persona que ha entrado repentina y dolorosamente en la madurez. El señor Buch, a pesar de lo temprano de la hora, salió a despedir a la joven y le dio formalmente la mano.

—Señorita Buttgereit-Dientzenhofer, ha sido un honor tenerla con nosotros.

—Gracias, señor Buch.

Y con una leve reverencia, bajó la escalinata y subió a su magnífico carruaje.

Desde el exterior apenas se adivinaban en lo oscuro del vestíbulo las dos siluetas de Julie y Antoinette, abrazadas y llorando amargamente la partida de su amiga.

La señorita Sönke Buttgereit-Dientzenhofer corrió las cortinas de las ventanillas y, casi inmediatamente, el cochero espoleó con el látigo a los cuatro caballos negros que tiraban del carruaje. Apenas tardaron unos minutos en desaparecer en medio de las brumas de la mañana.

Si hay algo que una dama debe dominar, sin ninguna duda, eso es el arte del bordado. En palabras de la planetaria señorita Vi, «*the miraculous art of the infallible stitch*». Desde luego, la señorita Amalia Vi respondía perfectamente al modelo del maestro que considera que su disciplina es la más importante de todas cuantas estudia o puede estudiar una joven. Aun cuando sabía que a algunas alumnas no las había llamado Dios por la senda de la aguja y el lienzo, la señorita Vi se empeñaba en convencerlas de que ahí residía la clave de toda su fortuna vital, y ello abarcaba desde el hallazgo de un buen marido hasta la elección de un hermoso palacio donde vivir.

Cada cual tiene sus habilidades y, en aquellas personas que no tienen muchas, es justo reconocer las pocas que poseen. Por eso es necesario dejar bien sentado aquí que Antoinette —aparte de su capacidad para sangrar por la nariz en los momentos más inoportunos— era una magnífica bordadora. (Tendrían que ver ustedes, como he visto yo, la labor de unos jilgueros en una ramita de roble: no cantan los pájaros porque, obviamente, son de hilo.) En cambio, Julie, considerada la mejor cabeza femenina de Neuwelke —incluida la señorita Vi—, no era especialmente delicada con el hilo y a menudo cometía errores que la maestra le afeaba cuando los descubría en el envés, que es, al parecer, donde se ve la buena labor de los bordados.

Aquella tarde se habían reunido en la gran sala del piano las once alumnas con su labor y la señorita Vi, que ocupó un lugar preferente, frente a una mesa, en un butacón de tafilete verde. Aprovechando que la tarde era deliciosa, la maestra permitió que una de las muchachas abriera las grandes ventanas francesas, porque así podrían disfrutar de la agradable brisa vespertina mientras se entregaban a la minuciosa labor del bordado.

Julie aspiró con un gesto melancólico los suaves perfumes de la inminente primavera y volvió la mirada hacia el jardín. Algunas semanas antes, el señor Fou'fingers había puesto carteles por todo el colegio advirtiendo de la próxima plantación de los bulbos de los narcisos amarillos. Señalaba en sus notas que no debían pisarse determinados parterres por nada del mundo, ni aunque fueran perseguidas por un ogro o un matarife con un saco. Las niñas habían respetado las indicaciones del jardinero y aunque con frecuencia las perseguían «los abundantes ogros de la vecindad», según la broma del señor Klöcker, ninguna de ellas se atrevió a pisar los parterres donde Jonas había colocado —una noche y sin que nadie lo viera— las promesas de aquellas encantadoras flores amarillas. Pocas jornadas después comenzaron a despuntar tallos verdes y al cabo de una semana los parterres se llenaron de preciosas flores que perfumaron delicadamente Neuwelke.

Julie distinguió a la señorita Sagée frente a uno de aquellos macizos de flores. La joven puso toda su atención manual en enhebrar el nuevo hilo azul marino que debía utilizar para dar cierto aspecto umbrío al bosque en el que una damisela con aire de pastora estaba sentada junto a un cordero. (¡Qué difícil era...!) Uno de los rasgos más llamativos de la señorita Sagée, efectivamente, había sido esa pasión arrebatadora que sentía por las flores, pensó Julie. En realidad, su presencia en el colegio se había notado, sobre todo, en la proliferación de tulipanes, rosas, lavandas, narcisos, camelias y otras mil especies, cada cual en su tiempo. Aparte de los turbios rumores que corrían a propósito de la señorita Sagée, también se había dicho que su presencia asustaba a *Ossián*, a los perros y a *Mr. Pickerton*, pero que, a cambio, favorecía maravillosamente el crecimiento de las flores. Por otro lado, todo el mundo sabía que entre la institutriz de francés y el jardinero existía una estrechísima relación de amistad, y hasta las niñas más pequeñas habían comenzado a llamar a Jonas *monsieur le jardinier*, al estilo de la señorita Sagée. El jardinero, además, solía llevarle flores extrañísimas y tanto Julie como sus dos amigas (ay, Sönke, ¿dónde estará?) habían visto en el *boudoir* de la señorita Sagée unos rarísimos tulipanes azules, y unas flores de lis de color púrpura que causaban peligros en la visión, y unas rosas que nadie más había visto en la rosalada, y unos lirios y unas clavellinas excepcionales.

(En cierta ocasión acudieron las tres niñas al *boudoir* de la señorita Sagée porque querían preguntarle —tal era la confianza y el cariño que se profesaban— ciertas cuestiones que a los hombres no les deben interesar en absoluto, y Sönke reparó en un pequeño jarroncito azul en el que la institutriz había colocado unas margaritas y expresó en voz alta lo maravillosas que le parecían. La institutriz puso gesto de ser poseedora de un secreto maravilloso y le dijo: «Pues ha de saber, señorita Buttgereit-Dientzenhofer, que esas margaritas siempre dicen que sí.» Las tres jovencitas dejaron escapar un ooooooh y acercaron sus caras sonrientes a aquellas sencillas flores. Desde luego, nunca pudo demostrarse aquella aseveración, porque la señorita Sagée se negó a que las muchachas deshojaran sus margaritas, pero les prometió que aquellas flores siempre decían

que sí. Aquella vez, según Julie, fue la única ocasión en que la maestra de francés se acercó a hechicera. Pero incluso en aquel caso, su apariencia se asemejaba más a un hada que a una bruja.)

Después de varios minutos intentando enhebrar el hilo azul marino —sin ningún avance positivo—, Julie von Guldenstubbe decidió prescindir de aquel color y se inclinó por el rojo, que era el color de la cinta que adornaba la pabela de la pastorcilla.

Además, el colegio se había beneficiado extraordinariamente de las aficiones botánicas de la señorita Sagée: en las mesas de desayuno solía haber flores (¡incluso en invierno!) y también en algunos jarroncitos que ocasionalmente alguien dejaba sobre el alféizar de una ventana, o sobre una mesa auxiliar, o sobre el piano, o en lugares insospechados, como un lavamanos casi escondido que había en un rincón de la primera planta. Más habitual era que la señorita Sagée subiera a las habitaciones de las niñas y les dijera: «Traigo unas flores para que alegréis un poco el cuarto.» «Oh.» «Sí: oh. Es una verdadera lástima que las jóvenes viváis en lugares tan tristes y sombríos.» Todas se habían dado cuenta de que llevaba más flores a los *boudoirs* de Sönke, Julie y Antoinette que a las habitaciones de las demás, pero a nadie parecía importarles demasiado: era evidente que aquellas tres muchachas eran sus favoritas y lo habían sido desde el principio.

Al volver la mirada a la señorita Sagée, que ahora se encontraba de espaldas, inclinada sobre un macizo de narcisos especialmente brillantes y dorados, iluminados por un arrebatador rayo de sol, Julie no pudo evitar que su temperamento reflexivo y meditabundo se adueñara de su pensamiento. Por los pasillos se había difundido el rumor de que la señorita Sagée era la culpable de que Neuwelke fuera de mal en peor. Sin embargo, el señor Buch no había despedido a la maestra y, por otro lado, ninguno de los profesores parecía dispuesto a abandonar a la señorita Sagée a su suerte.

—Debo salir un momento, señoritas —dijo la señorita Amalia Vi—. Sigán con su labor en silencio.

Julie miró a través del gran ventanal a la señorita Sagée, y ésta le devolvió la mirada con una sonrisa. Después, volvió a inclinarse sobre los narcisos, como si estuviera arrancando alguna hierba mala, o seleccionándolos para formar un ramo.

A Julie le pareció que la señorita Sagée comenzaba a moverse de un modo extraño, muy lentamente, y como si realmente no estuviera haciendo nada, salvo observar los narcisos, o como si los narcisos la hubieran embriagado con su hálito de perfección amarilla.

El hilo rojo, por fin, consiguió adentrarse por el ojo de la aguja.

De repente, Julie notó que todas sus compañeras se agitaban en sus sillas y un murmullo se elevaba sobre los lienzos de bordar.

—¡Ooooooh! ¡Ahí está! ¡Ahí está! —exclamó Christa Dix.

Julie depositó el bordado sobre la mesa, junto a su canastilla de labor, y se levantó. Extendió las manos a un lado y a otro para indicar a todas sus compañeras que no se movieran. Miró después a Antoinette, que ya se estaba llevando el pañuelo a la nariz en previsión de un accidente que ya consideraba habitual. Luego, la señorita Von Guldenstubbe se volvió hacia el ventanal. Efectivamente, allí estaba *también* la señorita Sagée, de pie, de espaldas, casi inmóvil, con un pequeño ramito de narcisos amarillos en la mano, balanceándose lánguidamente como si fuera una figura de plumón y la levísima brisa de la tarde la estuviera meciendo.

Todas las niñas clavaron sus miradas en la figura que ocupaba ahora el sillón verde, donde sólo unos minutos antes había estado la señorita Amalia Vi. Era una figura espectral, blanquecina y temblorosa, que por momentos se tornaba firme y sólida como la mesa que tenían delante. Y era en todo igual a la señorita Sagée, salvo por aquella espantosa mirada vacía. Aquella figura no se movía y en ocasiones parecía tan evidentemente real que, si al otro lado de la cristalera no estuviera la verdadera Émilie Sagée, bien podrían haber creído las niñas que la maestra había entrado en la sala sin ser notada.

Christa Dix no hizo caso a Julie, porque durante muchos meses había estado deseando que ocurriera aquello.

—¡Christa! ¿Qué haces? —exclamó en un susurro Antoinette—. ¡Siéntate! ¡Siéntate te digo!

Pero la revolucionaria señorita Dix ya había abandonado su silla y se acercaba decidida a la figura que ocupaba el sillón de la maestra. Julie se sintió en la obligación de acudir junto a la pequeña, no fuera que aquella alocada cometiera alguna imprudencia.

Al final, se reunieron en torno a la figura espectral cinco o seis muchachas, entre las que se contaban Christa Dix, Julie, Antoinette, Rose von Winckle y las gemelas Sünder.

—Ooooooh —susurró la terrible Christa, asombrada, admirada y extasiada ante aquel prodigio—. ¡La señorita Sagée está haciendo la magia...! —Y miraba la figura espectral, y luego se volvía hacia la ventana y el jardín, donde la verdadera Émilie permanecía con los ojos entrecerrados y balanceándose levemente con la brisa.

—¡No te acerques tanto, Christa! —exclamó Julie en un susurro.

Pero Christa no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad, y acercó su dedito a la mano del ectoplasma, que descansaba sosegadamente sobre el reposabrazos del butacón. El dedo de Christa *se hundió* en la figura, que tembló ligeramente y desprendió algunos destellos eléctricos.

—¡Es como seda...! —dijo Christa.

—¡No la toques, no la toques! —musitó entre dientes Antoinette.

Julie también sintió que aquella era una ocasión excepcional, como cuando se ve caer un rayo a sólo unas yardas, o como cuando en un museo se descubre una pintura o una escultura que se ha visto mil veces en mil grabados de mala calidad, o como cuando una persona se percata repentinamente de que está viva y dentro de sí misma. Entonces, también quiso saber qué se sentía al tocar un espectro y acercó tímidamente la mano al hombro de la figura. Efectivamente, a Julie le pareció que aquella especie de muselina ofrecía una resistencia muy débil, y que su mano podía traspasarla sin mucha dificultad. La figura parecía tremolar y difuminarse levemente cuando las niñas la tocaban, pero, tras derramar unos brillos eléctricos, volvía a recuperar su aspecto anterior.

Christa Dix sonreía y de vez en cuando daba alguna palmada.

—¡Magia! ¡Magia! ¡Ja, ja, ja...!

Y volvía a tocar la mano de la figura y a sentir aquel tacto asombroso, suave, vibrante, gélido y eléctrico, al tiempo que disfrutaba con la posibilidad de haber asistido a un acontecimiento que para ella se asemejaba a un espectáculo teatral digno de grandes ovaciones.

Poco después, paulatinamente, la figura se fue difuminando y, tras unos latidos y ciertos brillos leves, como de estrellas dispuestas a apagarse para siempre, el espectro desapareció por

completo. Allí se quedaron las niñas, observando el sillón vacío en el que se había sentado aquel ectoplasma, con la extraña sensación de que en el mundo ocurren cosas verdaderamente asombrosas.

—¿Qué es esto, señoritas? —dijo de repente la señorita Amalia Vi, que había regresado sin que nadie lo notara—. ¿Qué están haciendo aquí? ¿Están vigilando mi butaca? Muchas gracias por su deferencia: gracias a Dios y a su interés, nadie me ha robado la butaca. Pueden volver a sus sitios.

Aquella noche hubo tantos susurros y cuchicheos en Neuwelke que el colegio parecía un enjambre de abejas. Quizá en otro momento se podrían haber evitado los corrillos y los rumores, pero en esta ocasión Christa Dix fue anunciando por todo el colegio y a bombo y platillo que por fin había visto «la magia de la señorita Sagée». La «aparición» de la institutriz durante la clase de bordado había sido, según los diversos testimonios de las niñas, un episodio «asombroso», «terrorífico», «horrible», «tremendo», «aterrador», y «espeluznante». (Y «mágico», según la señorita Dix.) Y es dudoso que los profesores y el propio señor Buch pudieran hacerse una idea de lo que había ocurrido a partir de las narraciones de las muchachas. Especialmente, Christa Dix estaba dispuesta a dar todos los detalles, pero estaba tan emocionada y tan contenta que apenas podía exclamar nada que no fuera «¡Ya vi la magia de la señorita Sagée, ya vi la magia de la señorita Sagée! ¡Es como... mágico!».

Ni la señora Bertha Huns ni el señor Fou'fingers estuvieron muy interesados en escuchar la historia que pretendía contarles Irina, y dijeron que estaban muy cansados y que se iban a la cama. El jardinero cerró la puerta de su habitación mientras negaba con la cabeza, como si supiera que el final estaba muy cerca y, además, fuera inevitable.

Al señor Buch se lo contó la señorita Vi, la cual aseguraba que había estado *a punto* de verlo «con sus propios ojos»; la planetaria maestra de habilidades sociales también se ocupó de contárselo al resto de los profesores, con la inestimable ayuda de alguna jovencita a la que aún le temblaban las rodillas al narrar lo sucedido. El profesor Whimple dio varios portazos aquella noche, aunque no se sabe por qué.

A pesar del susurrante revuelo que se organizó, todos los residentes prefirieron recogerse pronto, para meditar o para asombrarse ante lo que habían estado viviendo durante los últimos meses. (Algunas informaciones sugieren que aquella misma noche hubo otra reunión en el salón Buxhoeveden, pero este punto es algo que no puede confirmarse con absoluta seguridad.)

Antes de las doce ya se habían apagado todos los quinqués y el Pensionado de Señoritas de Neuwelke se había quedado a oscuras... prácticamente. Si el diablo hubiera estado rondando por los caminos cercanos, habría visto que en la tercera planta del edificio un leve resplandor amarillento traicionaba la presencia de alguien que aún permanecía despierto.

En aquella habitación sólo ardían dos cabos de vela, juntos sobre una mesa en la que había una taza de té ya vacía. La chimenea estaba casi apagada y las sombras temblaban en las paredes y en el techo como en esos cuadros italianos del pintor Merisi.

Frente a la mesa de estudio se encontraba la señorita Julie von Goldenstube, anotando

cuidadosamente algo en una libreta y repasando los datos que ya tenía apuntados. Después abrió un libro que explicaba pormenorizadamente las palabras del evangelio de Juan («En la casa de Dios hay muchas moradas»), y luego lo cerró con un gesto de hastío. Aquél era uno de los muchos libros enloquecidos que no hablaban más que de fuerzas y energías, y planos y cuerpos, y entes y escalas, y materias y ectoplasmas. A decir verdad, Julie no había entendido nada de aquella absurda jerga... «El Cuerpo Astral [y, sobre todo, aquella manía de las mayúsculas, resultaba enojosísima] se mueve en un plano diferenciado, y está formado por una sustancia ectoplasmática o etérea que posee un grado de vibración muy elevado: en ningún caso ha de considerarse puramente materia; sin embargo, tampoco es pura fuerza. El ser etéreo del Plano Astral es una sustancia semejante, aunque no idéntica, a la materia, y es sutilísima, y mucho más tenue que la materia conocida...» Y esto no era nada: luego hablaba de las leyes cósmicas, de los poderes mediúmnicos, de los poderes psíquicos y de otras mil locuras que Julie ni entendía ni tenía mucho interés en comprender.

Julie tenía la sensación de que lo que le ocurría a la señorita Sagée era simplemente incomprensible, y que todos los intentos por descifrar sucesos semejantes acabarían en jergonza de locos o mamotretos de gentes dudosas con unos deseos irreprimibles de rellenar resmas de papel con sus necesidades. Por ejemplo, ¿qué sentido tenía llamar a Dios con la fórmula Inteligencia Suprema o Causa Primigenia de todas las cosas? ¿Y por qué esta Inteligencia Suprema iba a crear espíritus estúpidos que, a lo largo de toda una eternidad, tendrían que ir reencarnándose en diversos seres hasta alcanzar la perfección? ¿Y qué relación podía guardar lo que ocurría en Neuwelke con toda aquella retahíla de cielos, ángeles, demonios y espíritus de los que hablaba el señor Swedberg en su libro sobre los secretos y maravillas del Cielo y el Infierno?

De todo lo que tenía apuntado Julie en su libreta «Anotaciones de los acontecimientos del Pensionado de Señoritas de Neuwelke», sólo se desprendían dos o tres hechos ciertos: que «muchas personas, incluyendo a Latia y a Irina, y mis amigas Sönke y Antoinette, han visto una figura semejante en todo a la señorita Sagée, aunque con las cuencas de los ojos vacías»; que nunca se le oyó hablar, ni hacer nada de importancia, sino que «a veces imita a la verdadera señorita Sagée o camina o se sienta en alguna parte»; y que durante algunos minutos «adquiere una semejanza muy viva con la señorita Sagée, y luego desaparece». Y, a fuerza de ser científicos, eso era todo.

Aquella misma tarde, la propia Julie había tenido oportunidad de saber algo más al respecto.

Cuando apareció la señorita Vi y reprendió a las alumnas por encontrarse rodeando su sillón vacío, casi inmediatamente una de las muchachas que no se habían acercado a la butaca gritó y advirtió que la señorita Sagée se había desmayado en el jardín. Entonces salieron todas —¡qué escándalo!, no había modo de organizar a aquella docena de niñas— y procuraron socorrer a la señorita Sagée, la cual, como ya era conocido, acabaría teniendo un fortísimo dolor de cabeza.

Entre el griterío, los vasos de agua que trajeron por duplicado las gemelas Guillermina y Olivia Sünder, las preguntas de la señorita Amalia Vi y su órbita particular en torno a la institutriz desmayada, y la curiosidad de Christa Dix, no había modo de entender nada.

Por fortuna, tras unas cuantas circunvoluciones, la señorita Vi consiguió que la mayoría de las niñas volvieran al salón. (Christa Dix gritaba desde la ventana: «¡Lo ha hecho muy bien, señorita

Sagée! ¡Lo ha hecho muy bien! ¡Magia, magia...!»)»)

La planetaria figura de la señorita Vi impidió que ella misma pudiera ocuparse de la institutriz, así que tuvieron que ser Julie y Antoinette quienes llevaran a Émilie a un banco de la rosaleda.

—¿Ha vuelto a ocurrir? —preguntó en voz muy baja la señorita Vi a Antoinette, que asintió levemente con la cabeza.

Julie le preguntaba a su maestra si se encontraba bien, pero la señorita Sagée obviamente estaba un poco mareada.

—Iba... iba a coger narcisos para llevárselos a la señora Huns —dijo Émilie—, que últimamente no se encuentra muy bien y... y entonces pude ver que la señorita Vi había salido y pensé que no... que no debería dejaros solas porque... porque empezaríais a charlar y a jugar y... y pensé que tal vez debería entrar en el salón hasta que la señorita Vi regresara... Y no... no recuerdo nada más.

Era evidente que la señorita Émilie Sagée estaba haciendo todos los esfuerzos posibles para mantener la serenidad, pero dos lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. Antoinette observaba a su maestra con un gesto que quería evitar la compasión y se tornaba en lástima. Julie se percató de que la institutriz se ruborizaba, como si sintiera una profunda vergüenza. Las niñas intercambiaron una mirada furtiva, pues les parecía muy impropio ver llorar a su maestra.

—Lo siento —dijo Émilie entre sollozos, y cubriéndose el rostro—. Lo siento muchísimo.

Antoinette recordó aquella analogía tan hermosa que había formulado Sönke y que hablaba de la imposibilidad de que un gato acaricie a nadie, por culpa de sus garras... o algo así. Pero no estaba segura de la metáfora y prefirió callarse. Afortunadamente, Julie tomó la palabra y dijo exactamente lo que pretendía decir: que la señorita Sagée no tenía la culpa de lo que le ocurría, pues no era voluntad suya que ocurriera, ni lo deseaba tampoco.

—Es... es insoportable... —decía—, es insoportable...

A Julie, sentada ahora en su *boudoir*, con su camisón de flores, su batín de jovencita nobiliaria, su encantador gorrito de dormir: cruzada de brazos y observando, con cierta amargura, los escasos frutos de su investigación, le parecía francamente sencillo distinguir una maldición de un pecado y diferenciar una desgracia de un defecto, pero también sabía que hay ideas que pueden enturbiarse o ensuciarse dependiendo del estado higiénico del corazón.

Cuando la señorita Sagée pudo mantenerse en pie, Julie y Antoinette la acompañaron a sus aposentos, mientras la señorita Vi, cual meteoro heráldico, iba a anunciar las nuevas catástrofes. La institutriz se derrumbó en una butaca y agradeció de corazón a sus alumnas la ayuda que le habían dispensado. Ellas dijeron que no importaba y que deseaban que se recuperase muy pronto, y que buenas noches.

Hay quien asegura que la caída de Constantinopla, el incendio de Londres o la batalla de Austerlitz fueron acontecimientos trágicos y sobrecogedores. Puede ser. Sin embargo, para los residentes del Pensionado de Neuwelke, todos esos sucesos no eran más que fruslerías en comparación con lo que aconteció en aquella primera semana de abril de 1846.

Se supo que el señor Buch había tenido una gravísima discusión con el profesor Whimple y que, cuando concluyeron, de muy malos modos —como es natural entre personas que se aprecian—, el profesor Whimple había subido a sus dependencias y al menos había roto tres jarrones y un espejo.

Es difícil deducir con precisión los términos de la disputa a partir de las únicas frases que se pudieron oír. El señor Buch dijo literalmente que el profesor Whimple tenía «una sospechosa tendencia a hacer el ridículo» y que «si quería irse, que se fuera», y que también, si así lo deseaba, podía «comprarse un castillo e incendiarlo, como hacían todos esos estúpidos románticos». El profesor Whimple, por su parte, exclamó con la pasión que le era propia que él «no pensaba *abandonarla*, porque no era un maldito traidor», y que «antes se moriría de hambre que ser cómplice de una injusticia semejante», y que «todos los patrones eran iguales» y «ojalá los colgaran a todos sin distinción ninguna».

Las paredes del pensionado temblaron aquel día varias veces, sobre todo con los portazos que dio el profesor Whimple.

El resto de los profesores —esto es, *herr* Schafthausen, el señor Klöcker y la señorita Amalia Vi— se pusieron de parte del señor Buch. En realidad, el señor Schafthausen ya había empezado a agitar sus alas, como si quisiera migrar a climas templados, y había enviado cartas a distintas instituciones académicas ofreciendo sus servicios. Cuando lo supo el señor Buch, le rogó que tuviera paciencia, que pronto cobraría los atrasos y le dijo que, finalmente, había tomado una decisión. El señor Klöcker no se atrevió a reclamar su sueldo ni a presionar al director para que resolviera de una vez por todas el problema, pero andaba todo el día enfurruñado y las niñas decían que a veces llegaba al aula, se ponía a leer el periódico y no se dignaba ni dirigirles la palabra. La señorita Amalia Vi, por su parte, era la única que compadecía al pobre señor Buch: era tan evidente la solución y tan lastimosa tener que llevarla a cabo...

—Puede creerme, señor Buch —le dijo una mañana, mientras lamentaba la escasez de la mesa

de desayuno—: Cuando me tuvieron que extraer la muela del juicio, comprendí que los sufrimientos hay que calcularlos en función de los beneficios. El dolor que me infligía aquella muela era verdaderamente horrible; el barbero me dijo que el dolor de extraerla aún sería mayor, y esa amenaza me hizo dudar; pero finalmente acudí al barbero y le pedí que me librara de aquel horror. En efecto, el dolor fue espantoso, e incluso me desmayé, pero el sufrimiento apenas duró después unas horas, y en adelante no volví a recordar aquel momento sino con satisfacción, pues me había librado de un dolor que me estuvo martirizando durante meses.

El señor Buch dejó la taza de té en el plato y arrojó la cucharilla sobre el mantel con enojo.

—La despediré cuando lo crea conveniente.

Y se marchó destempladamente.

Algunos días después había venido la madre de Irina a buscar el sueldo de la muchacha, y la señora Huns había dicho que no tenía dinero y que, en realidad, nadie cobraba ya en Neuwelke, a lo cual contestó Jonas Fou'fingers diciendo que el colegio, en realidad, sí tenía dinero, pero que había habido un problema con unos ladrones en Riga, que se habían apoderado de una gran cantidad de moneda, y que por esa razón no había... La señora madre de la criada le dijo al jardinero que si cuidaba las plantas con la misma habilidad que mentía, pronto todas las flores se echarían a perder, lo cual enojó muchísimo a Jonas, que estuvo todo el día meditabundo y resentido. El caso es que Irina se fue con su madre y Neuwelke se quedó sin criadas internas.

A todos estos desastres había que añadir el caso de Christa Dix, que ya había saciado su curiosidad respecto a la magia de la señorita Sagée y, por lo tanto, había decidido abandonar el colegio. El señor Buch y la señorita Vi intentaron convencerla de la necesidad de seguir con su educación, pero ella sólo respondió que se escaparía y buscaría a unos alguaciles, a los que les diría que en Neuwelke secuestraban a las niñas y... El señor Buch pensó inmediatamente en la sonrisa que esbozaría el honorabilísimo juez Uldis Balotrjiodis si una muchacha se presentara en su casa diciendo que en Neuwelke se cometían horribles delitos. Finalmente, Christa se sosegó cuando el director le aseguró que había enviado una carta a su casa, en la que *motu proprio* aconsejaba a sus padres que enviaran una calesa para llevarse a la señorita Dix.

Antoinette, a la que últimamente se le saltaba la sangre casi cada día, pensó que el episodio de Christa Dix sería el último, y que, una vez que se llevaran a aquel peligro con faldas de Neuwelke, todo volvería a su ser, pues tenía plena confianza en las habilidades financieras del señor Buch. La señorita De Wrangel, con su habitual bondad e ingenuidad, llegó a pensar incluso que podía enviar una carta a sus padres sugiriendo ciertas donaciones de beneficencia... pero la sola idea de que su padre sospechara que su hija estaba en una institución de beneficencia la aterrorizó.

En aquellos días de hecatombes y cataclismos, Antoinette fue testigo de uno de los episodios más dramáticos que jamás tendría la ocasión de vivir... (o eso le pareció a ella, cuya vida futura fue, por lo que sé, tan apacible como podría esperar una dama De Wrangel).

Se encontraba Antoinette con la señorita Sagée en un salón de lectura: la joven, poco dada a los largos capítulos novelescos, se deleitaba en un precioso volumen en el que un artista inglés había dibujado con mano firme los monumentos más importantes de la Grecia antigua. De tanto en tanto, le preguntaba algo a la institutriz, que solía contestarle breve y amablemente, aunque tanta

interrupción le impedía seguir con fijeza el argumento del libro que tenía entre las manos.

Finalmente, la joven De Wrangel le había ofrecido a su maestra un poco de té. La señorita Sagée aceptó y Antoinette pasó a una habitación aledaña, separada de la sala por una cortina, donde se encontraba un fogón pequeño con el samovar y el juego de té. Apenas había comenzado a disponerlo todo en una bandeja cuando pudo distinguir claramente que alguien había entrado en la sala. Así que añadió otra taza al servicio y se dispuso a regresar y demostrar que había aprovechado las enseñanzas de la señorita Amalia Vi en lo que al ritual de servir el té se refería... pero entonces se percató de que la persona que había entrado era el profesor Whimple y que estaba hablando acaloradamente con la señorita Sagée.

—¡Por Dios, Émilie! Están preparando tu sacrificio, y no voy a consentirlo, ¡de ninguna manera! ¡Es una injusticia que no voy a tolerar!

Antoinette permaneció quieta tras la cortina. Consiguió que las tazas y los platillos no le temblaran en la bandeja —lo cual demostraba su habilidad en la tarea—, pero no estaba segura de que las rodillas pudieran sostenerla durante mucho tiempo. ¿Qué debía hacer? ¿Entrar intempestivamente y mostrarse como una joven que no sabe comportarse? ¿Permanecer quieta y escondida, como una ladrona, demostrando que era una joven que no sabía comportarse? ¿Cómo demonios debe comportarse una señorita en una situación así?

—David, no es el momento... —dijo la señorita Sagée, mirando de reojo la cortina de la salita aledaña.

—¿No es el momento? ¿No es el momento? ¿Qué quieres decir? ¡Van a expulsarte de Neuwelke sólo porque te ocurre eso... eso sobre lo que tú no tienes ningún poder! ¡Tú no tienes ninguna culpa!

—Ni ellos tampoco, David —susurró Émilie.

—Permíteme... déjame ayudarte, Émilie.

Antoinette oía perfectamente los latidos de su corazón: en las sienes, en las muñecas, en el pecho y en la parte de atrás de las rodillas. ¡Por Dios! Estaba completamente segura de que el profesor Whimple se había arrodillado delante de la señorita Sagée.

—No puedes ayudarme, David...

Hubo un silencio que duró aproximadamente sesenta años, y entonces el profesor volvió a hablar, ahora más calmado y sereno.

—He entendido muchas cosas, Émilie...

¡Cielo santo, ayúdame! ¡Se va a declarar, se va a declarar!

—No es el momento, David.

—Creo que me equivoqué, y que no fui capaz de ver quién merecía realmente... ¿Podrás perdonarme?

—No tengo nada que perdonarte, David. Al contrario, te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí...

—¡Huyamos de aquí! ¡Déjame ir contigo! ¡Casémonos!

Ya.

Lo dijo.

Antoinette esperó pacientemente la respuesta de su maestra, la señorita Émilie Sagée: creía

que sabía cuál iba a ser su respuesta y la esperó mordiéndose el labio inferior.

La institutriz permanecía en silencio.

Había un vacío atroz, una sima, un abismo...

¿Es que la señorita Sagée no iba a decir nada? ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué no decía «Sí, David, huyamos: llévame contigo...», o algo semejante?

Para la edad que tenían, pensó la muchacha, la señorita Sagée y el señor Whimple lo estaban haciendo fatal.

En aquel silencio, Antoinette intuyó que la señorita Sagée se acercaba al oído del profesor Whimple y le susurraba algo que no pudo distinguir. La muchacha, inmóvil y aterrada, oyó el roce de vestidos y el ruido de pisadas en el entarimado, y supuso que el señor Whimple se apartaba.

Casi inmediatamente, se oyó la puerta y Antoinette supo que el profesor Whimple se había marchado.

La joven De Wrangel, sujetando con regia inmovilidad la bandeja con el juego de té, recordó entonces que ella había estado presente en los tres *episodios* más graves, y sintió un estremecimiento, como si supiera que en aquel preciso instante detrás de ella estaba la figura espectral de la señorita Sagée. Permaneció petrificada, como una de aquellas oferentes del Erecteion. Creyó entonces que un dedo gélido rozaba los rizos de su nuca y descendía lentamente por su espalda hasta tocar el vestido, pero luego, como si aquella mano fría y eléctrica pudiera penetrar las telas, recorrió la espalda de la joven Antoinette con la dulzura de un verdadero ángel.

Por fortuna, se dijo Antoinette, ella era demasiado ingenua y demasiado ignorante para comprender determinados aspectos de la vida, así que jamás repararía en ellos y podría vivir felizmente sin enredarse en espinosas cuestiones.

Entonces, la mano de la señorita Sagée descorrió la cortina y descubrió a Antoinette sujetando con hierática majestad la bandeja del té. No se oía ni un tintineo: ¡perfecto! Sin embargo, una gota de sangre resbalaba muy lentamente de la nariz de la muchacha, y teñía de un precioso rojo carmesí sus labios.

Al día siguiente —aún no había levantado el sol más de dos palmos del horizonte—, precisamente el día en que el señor Buch tenía que dar aquel paso tan doloroso, le pidió a una de las alumnas, por favor, que fuera a buscar al profesor Whimple, porque aún creía que podría convencerlo de la oportunidad y la justicia de su decisión. Sin embargo, la joven Rose von Winckle regresó diciendo que el profesor no se encontraba en la biblioteca, donde solía, ni en ningún salón de lectura, y tampoco estaba en la cocina ni el señor Fou' fingers lo había visto en el jardín.

El señor Buch subió a las dependencias del profesor y llamó a la puerta, pero nadie respondió.

Antes de entrar, el señor Buch ya sabía qué había ocurrido. El profesor Whimple había recogido alguna ropa, algunos objetos personales, algunos libros y había huido aquella misma noche. ¿Como un ladrón? ¿Como un enamorado de los espíritus nocturnos? ¿Como un caballero dispuesto a cargar con una deshonra por el simple deseo de proteger a una amiga? Había toda una parte del señor Buch que lamentaba aquella decisión, tan romántica y tan alocada, tan informal y

tan descuidada. Pero, por otra parte, era lo menos que podía esperar de aquel idealista, y se habría sentido en parte defraudado si Émilie y David no hubieran organizado la huida a su Gretna Green particular en busca de un herrero que formalizara su unión. ¡Todos los románticos eran así! En su opinión, desde luego, no era el mejor modo de hacer las cosas, pero cuando uno está enamorado comete ciertas imprudencias y locuras que los hombres sensatos y de corazón sensible deben perdonar. Quizá algún día, muchos años después, aparecieran los dos por Neuwelke, con una pequeña señorita, y le dirían: «Señor Buch, traemos a nuestra hija para que la convierta en una dama.» En fin, ojalá fuera así.

De repente se percató de que ya era muy tarde, y que tenía que hacer algo muy importante. Antes de saber que el profesor había «huido», el señor Buch se enfrentaba a la obligación de aquella mañana con una amargura indecible, con la seguridad de estar siendo injusto, y tal vez egoísta, con aquella «pena abrahámica» de la que hablaba el falso poeta y con la seguridad de que ningún ángel descendería del Cielo para impedir que clavara la daga en el costado de Émilie. Pero ahora que creía saber cuáles eran los planes de David y Émilie, su espalda se relajó y pensó que, en realidad, le estaba haciendo un verdadero regalo a Émilie: le iba a ofrecer la libertad para que pudiera arrojarse en brazos de la pura felicidad. Después de todo, pensó, tampoco estaba tan equivocado: al principio, cuando se supo que David se había comprometido con la señorita Dehmel, dudó de sus habilidades para descubrir pasiones, pero al final el tiempo había demostrado que sus predicciones eran acertadas y que David y Émilie estaban hechos el uno para el otro. ¡Era fantástico ser tan perspicaz!

Cuando llegó a su despacho, organizó todos los documentos en el escritorio, frente a sí, y esperó pacientemente.

Al cabo de unos minutos llamaron a la puerta. Era la hora exacta: la hora a la que había citado a la señorita Émilie Sagée. Como siempre, la institutriz de francés apareció cuando debía, formalmente vestida y con unos modales exquisitos. En otras ocasiones, era cierto, aparecía con una encantadora sonrisa en los labios y con un fulgor adorable en aquellos ojos imposibles. Ahora su rostro estaba ensombrecido por un gesto que deambulaba entre la amargura, la desdicha y la resignación.

—Buenos días, Émil... señorita Sagée, siéntese, siéntese, por favor.

El señor Buch observó todos los documentos que tenía frente a sí y se preguntó cuál sería el mejor modo de comenzar aquella desagradable conversación. (¡Gracias al Cielo, a pesar de ese amargo cáliz, el resultado final, al cabo de unas horas, iba a ser feliz, pero había que comenzar con aquel asunto tan deplorable...!) Era extraño... La señorita Sagée debería mostrarse un tanto más alegre, dadas las circunstancias; aunque... quizá la situación resultaba de verdad embarazosa.

—En fin, señorita Sagée... Émilie... ¿puedo llamarte Émilie?, no sé por dónde empezar... ¿te encuentras bien? Ah, estupendo. Creo que no ignoras la difícil situación en la que se encuentra el pensionado: en apenas un año y medio el número de alumnas se ha reducido de cuarenta y cinco a once. Los ingresos... he intentado salir adelante con los ahorros y las provisiones que teníamos, pero estos meses han sido terribles y en ningún caso esperábamos perder tantas alumnas.

Émilie inclinó la cabeza y se miró las manos entrelazadas.

—Lo siento, señor.

—Oh, Émilie... no... no digas eso... No es culpa tuya, desde luego. Son... bueno, son cosas que pasan... —Incluso el propio señor Buch hizo una mueca de desagrado, pues sabía que había mentido horrorosamente mal—. En fin, supongo que sabes por qué estás aquí.

—Sí, señor. Lo siento.

—Por favor, Émilie, no llores...

—Es horrible, señor. Es horrible. Yo esperaba que no me sucediera, pero... Es una maldición, señor. Me expulsaron de Besançon, de Mulhouse, de Friburgo, de Heidelberg, de Jena, de Cracovia, de Vilna y de no sé cuántos colegios más... Perdóneme, señor Buch.

Émilie se cubrió el rostro con las manos.

Al señor Buch se le hizo un nudo en la garganta: le partía el alma ver a aquella mujer, tan hermosa, tan joven aún, tan inteligente y tan buena, sometida a aquella... ¡sí, pues claro: era una verdadera maldición! Dios, o Lucifer, o las estrellas, o el destino, pensó el señor Buch, imponían sus maldiciones a los tristes humanos: a la pobre Eveline la condenaron a vivir colgada como una marioneta en una alcoba, esperando que se acabaran de disolver sus huesos; y a él mismo, Dios o el demonio lo había sentenciado a la peor pena que podía imponerle: vivir muchos años —demasiados años— sin su adorada Eveline; al viejo Jonas se le había impuesto la maldición de vivir siempre lejos de su querida Escocia y lejos de su tía Geltrudd, la que ganó el Kidna'prize y contribuyó a forjar la leyenda de los Fou'fingers; y los maestros, Schafthausen, Klöcker y la señorita Vi, seguirían encerrados en aquel remoto colegio de Livonia hasta que se les cayeran los dientes y no pudieran subir las escaleras; y David cargaría con el recuerdo de un suicidio, y... todos en Neuwelke, y en Wolmar, y en Livonia y en el mundo tenían el estigma de una maldición, y una condena, y todos sentirían la amargura de tener que vivir o malvivir con ella. «Vivo, pero vivo para morir», se decía en el Misterio de *Cain*, «y viviendo, no veo nada que me haga odiosa la muerte».

Sin embargo, la maldición de la señorita Émilie era ciertamente... *peculiar*.

—Émilie... hace unos meses... Hace unos meses recibí la carta de *monsieur* Anthony Rose, de la École de Filles St Marie-Magdaléenne, de Nancy. En el interior del sobre, junto a la carta, venía una nota de un señor llamado... Edgmont Pifort. Supongo que sabes de qué estoy hablando. —El señor Buch cogió el papel sucio con la intención de mostrárselo, en un gesto más propio de un tribunal criminal; pero Émilie sollozaba y no quiso cogerlo—. Bueno, no importa... Creo, Émilie, que lo mejor será dejar constancia en nuestros libros privados de que la razón del despido es precisamente... esa falsificación. Debes saber que la falsificación de unas referencias, si no las denuncia el interesado, no suponen apertura de causa penal, Émilie. Además, una falsificación puede tener mil motivaciones, y no todas han de ser delictivas: podrías haber falsificado tu nombre y tu historial profesional si alguien te persiguiera, por ejemplo, o si hubieras cumplido una misión diplomática y, después, tuvieras la obligación de desaparecer o... —El cerebro del antiguo abogado del Temple londinense entró entonces en acción, casi sin pretenderlo, y encontró mil razones y mil argumentos con los que podría defender a Émilie en un tribunal. Y lo más sorprendente es que estaba casi seguro de que ganaría el juicio—. Bueno, no importa. Creo que anotaré eso en mis libros: diré que falsificaste tus referencias. No quiero mentir y fingir que te expulsamos por falta de aptitud, o por una actitud impropia o por cualquier otra razón. No voy a

hacer eso. Y tampoco voy a decir nada de... bueno, ya sabes... de *eso* que te ocurre...

—Gracias, señor. Lo siento... lo siento muchísimo, señor Buch.

El director del colegio estuvo a punto de arrepentirse. David tenía razón: era injusto, absolutamente injusto despedir a Émilie. Pero... ¿qué podía hacer? Apenas contaba con fondos suficientes para llegar a final de curso. Después, durante el verano, tendría que encontrar la forma de difundir subrepticamente que la señorita Sagée ya no trabajaba en Neuwelke y que, por tanto, las dulces damiselas de Livonia y alrededores podían regresar al pensionado sin preocuparse por espectros y almas en pena. Algunas noches llegó a pensar que, aun así, el Pensionado de Neuwelke acabaría arruinándose y cerrando sus puertas. En otras ocasiones pensaba que tal vez podía recurrir a la familia de su esposa y ensalzar el colegio como «la herencia y el legado de Eveline», con el fin de obtener un crédito o una aportación benéfica.

—Émilie... —dijo el señor Buch ofreciéndole un sobre a la institutriz—. He preparado estos informes para ti. Creo que, si los presentas, en ningún colegio te rechazarán. Si te preguntan por qué abandonaste Neuwelke... bueno, ya sabes... el mal clima que tenemos por aquí, y la humedad, y la lluvia... Puedes hablar de eso, si quieres. Por favor, Émilie, coge estas referencias... nadie que las lea te negará un trabajo, te lo aseguro.

—Es usted muy amable —dijo la institutriz, entre sollozos—, pero no creo que las necesite...

Entonces el señor Buch lo recordó: ¡pues claro...! ¡Va a reunirse con David! ¡Ya no tendrá necesidad de exponerse públicamente! El señor Buch pensó que tal vez podría ir a un hospital donde le curarían aquella extraña dolencia o...

—Desde luego, pero cógelas de todos modos.

—Gracias, señor Buch.

La señorita Sagée se levantó, con los ojos enrojecidos, y se enjugó las lágrimas con un pañuelo antes de salir. Seguramente no quería que las niñas la vieran en ese estado.

Cuando la institutriz salió y cerró la puerta, el señor Buch se hundió en su sillón y depositó las lentes sobre la mesa. Había un levísimo perfume a violetas que...

La señorita Émilie Sagée había llegado a Neuwelke con la alegría de quien confía en los efectos benéficos del transcurrir de los días, de las estaciones, en la calidez del sol y en la purificación de la lluvia. Y ahora se veía obligada a abandonar el colegio avergonzada, sin una excusa o justificación que pudiera hacerla digna ante los demás. La expulsaban porque había destruido la reputación del colegio, porque había conseguido que las niñas no quisieran regresar tras las vacaciones, porque los criados huían y todo el mundo la miraba como si estuviera poseída, o como si fuera una bruja, o un espíritu del más allá... La expulsaban como a una enferma, como a una leprosa, como a una apestada.

Bueno, al menos en Neuwelke no habían salido los aldeanos a la calle con intención de apedrearla, como en otros lugares, ni habían ido con antorchas, horcas y tornaderas y habían exigido que colgaran a la bruja en un patíbulo, ni la habían subido a un asno y la habían apaleado, entre amenazas e insultos... Sí, desde luego, poder huir de Neuwelke a oscuras, avergonzada y entre sollozos era una bendición. Podía dar gracias a Dios, naturalmente.

Émilie, embozada en su capote de viaje y con su pequeño *sac à main*, recorrió la galería con un candil en la mano. Seguramente aún no eran las cinco de la madrugada. Llegó a uno de los extremos del colegio y descendió las escaleras laterales hasta una puerta trasera. Tras cerrar la cancela, divisó junto al establo el farol de Jonas, que estaba aparejando a *Mr. Pickerton*. Era una maravillosa noche de abril, las estrellas titilaban en los abismos del cielo y los perfumes de los campos comenzaban a vibrar con la promesa de la inminente primavera.

—Señorita Sagée, señorita Sagée...

Aquellos susurros provenían de... ¡Oh, Cielo santo! Julie y Antoinette habían bajado con sus camisones y sus gorritos de dormir, envueltas en capotes de viaje, y se escondían en un rincón, ateridas de frío y sujetando un diminuto cabo de vela. Si las descubriera la señorita VÍ, podrían estar cenando acelgas durante cuarenta años. Por lo menos. Tenían un aspecto deplorable, aunque... como pensó la propia Émilie, ¿quién tiene un aspecto deplorable con dieciséis años?

Émilie observó que Jonas aún estaba ocupado preparando la calesilla y se acercó a las dos niñas.

—¿Qué hacéis aquí? Vais a resfriaros...

—Queríamos... —susurró Antoinette entre sollozos.

Émilie ya sabía lo que querían: las abrazó muy fuerte y luego se apartó un poco. Las miró con la intención de retener sus rostros para siempre, y a punto estuvo de sonreír al verlas allí, ateridas y ataviadas como pequeños elfos con sus gorritos de dormir. En aquel momento le habría gustado ser capaz de «hacer magia», como decía la indómita Christa Dix, y lanzar sobre sus cabezas una lluvia de luciérnagas brillantes, como dicen que hacen las hadas, y otorgarles para siempre la felicidad y la alegría. Y aunque ese tipo de hechizos sólo está reservado para las damas volátiles e invisibles de los cuentos, en cierto modo, en aquel momento les concedió la inmortalidad.

—*Au revoir, mademoiselles.*

—*Au revoir, mademoiselle Sagée.*

Se volvió y se dirigió al establo, donde Jonas a duras penas estaba intentando convencer a *Mr. Pickerton* de cumplir con sus obligaciones laborales, esto es: llevar a los residentes de Neuwelke a Wolmar cuando fuera preciso. Al parecer *Mr. Pickerton* creía que no era en absoluto necesario ir a Wolmar a las cinco de la madrugada y pifaba como un buey.

Dos días antes, pocas horas después de conocer que su vida en Neuwelke había concluido, Émilie preparó su baúl y le pidió a Jonas que lo llevara a la posada de Wolmar. Después, con toda la formalidad que precisa un acontecimiento semejante, se había despedido de los profesores, se había concedido el privilegio de derramar una lágrima ante la buena señorita Vi —a la que no pudo abrazar completamente— y había reunido a las niñas en el salón del piano: allí les explicó que, muy a su pesar, se veía obligada a abandonar el Pensionado de Señoritas de Neuwelke, y les daba las gracias por lo bien que se habían portado con ella. Además, las exhortó para que se condujeran honestamente en cualquier circunstancia, para que cumplieran con lo que se les ordenaba y para que se comportaran con la dignidad y la sobriedad que se exige a las verdaderas damas.

Las niñas, por su parte, le cantaron una breve canción de despedida, y alguna le entregó un pequeño recuerdo: un dibujo de un tulipán azul o un pequeño bordado confeccionado apresuradamente, o un perfil de dudoso parecido con la señorita Sagée... Y todas quisieron que la señorita Sagée les escribiera algo en sus álbumes.

Después de todas las despedidas, Émilie se encerró en su habitación y allí permaneció durante las horas que restaban hasta el momento de la partida.

El señor Fou'fingers, a la luz del farol del establo, mantenía una enojadísima discusión con el percherón bayo y, mientras éste golpeaba el suelo de paja con su poderoso casco, el jardinero le advertía que, si no quería ser caballo de Neuwelke, tal vez le podría interesar tirar de un arado en la granja de los Yielovna. En fin, estaban a sus cosas.

Émilie esperó pacientemente en la oscuridad hasta que el jardinero y *Mr. Pickerton* llegaron a un acuerdo y salieron del establo.

—¡Más terco que una mula!

El señor Fou'fingers encendió el pequeño farolillo que iluminaría precariamente el camino y, con un gesto, indicó a Émilie que podía subir al pescante.

Y así, en medio de aquella perfumada oscuridad de primavera, la señorita Sagée y *monsieur le jardinier* hicieron el camino inverso al que poco más de un año antes habían emprendido desde Wolmar al pensionado.

A decir verdad, tampoco hablaron mucho más que en aquella primera ocasión. Era una despedida, y a los escoceses no les gustan ni los ingleses ni las despedidas. Además, Jonas conocía algunos detalles particulares de aquella situación y tampoco era necesario enredarse en explicaciones innecesarias... Dos días antes, el profesor Whimple había llamado a su puerta a altas horas de la madrugada y, como si de una conspiración jacobita se tratara, le tapó la boca con la mano enguantada y le dijo que se iba, que abandonaba Neuwelke, que emprendía una nueva vida. Tenía pensado utilizar a *Mr. Pickerton* y la calesilla para llegar a Wolmar... Lo cual significaba que Jonas tendría que hacer el camino andando al día siguiente para recoger al percherón y la calesilla. ¡Pero eso no fue lo peor! Cuando se levantó y hubo desayunado, vino a buscarlo la señorita Sagée, que le encomendó la tarea de llevar su baúl a la posada Der Rot Flusskrebs, pues había recibido la carta de despido y dos días después también partiría. ¡Así que aquel día había tenido que ir a Wolmar, traer la calesilla, subir el baúl, llevarlo a la posada y regresar! Afortunadamente, sospechaba cuál era la razón de tanto ajeteo y qué era lo que estaba ocurriendo en realidad, y por eso no montó en cólera para dejar bien sentado ante el mundo y sus habitantes que él no era «cochero», ni «recadero», ni «lacayo», ni «criado», sino JARDINERO. «Por una vez», se dijo, «más vale callar».

Antes de partir y perderse en medio de la oscuridad, el señor Whimple miró a Jonas a los ojos y le dijo:

—Escúcheme bien, señor Fou'fingers, y no olvide lo que voy a decirle: al sur de Wolmar, a poco más de veinte millas está el pueblo de Cesis, y allí, a la entrada, hay una posada que se llama Der Große Bär. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor: en Cesis hay una posada que se llama Der Große Bär —repitió Jonas—. ¿Hay herreros en Cesis?

El profesor Whimple no contestó y su gesto no parecía muy amistoso, pero Jonas Fou'fingers tenía que preguntar si en Cesis había herreros. Era su obligación. Apreciaba a Émilie como si fuera una hija, y debía estar seguro de que una fuga semejante al menos acababa en casa de un herrero como los de Gretna Green. (En Inglaterra era muy común que las parejas de enamorados se fugaran y acudieran a un pueblo de Escocia llamado Gretna Green, cerca de Carlisle. Los enamorados se fugaban porque el Parlamento de Inglaterra promulgaba leyes muy enojosas que impedían el matrimonio libre entre jóvenes, y acudían al pueblo fronterizo escocés de Gretna Green, donde, según las leyes escocesas, cualquiera puede casar a unos novios; allí los herreros siempre han oficiado como sacerdotes y se dice que en sus yunques forjan los matrimonios y los unen para siempre.) Así pues, a Jonas no le importaba *en exceso* que el señor Whimple se fugara con Émilie —él siempre *había sabido* que la cosa acabaría así—; ahora bien, sentía la extraña responsabilidad de cuidar y proteger a Émilie. Por alguna razón —seguramente por la fragante complicidad en torno a las flores—, Jonas había decidido que aquella mujer era la única persona en el mundo digna de recibir las místicas instrucciones de la Sublime Jardinería. En fin, Émilie se había convertido en su amiga, su hija, su nieta y su discípula.

Cuando *Mr. Pickerton* giró en el recodo del camino, Émilie se volvió y contempló por última vez la dragontina silueta de Neuwelke, que se perdió para siempre en la oscuridad.

Entonces, sorprendentemente, Jonas buscó algo en el bolsillo de su chaqueta y sacó una libreta

pequeña, que entregó a su compañera de pescante.

—¿Recuerda... recuerda aquello que me dijo... aquello de escribir las cosas que tenía en la cabeza... de los tulipanes y todo eso...? Bueno, pues ahí está: en esa libreta. Pensaba que sabía más, pero al final todo se ha quedado en esas pocas hojas. Al final digo lo de los tulipanes azules. Era un secreto, pero... bueno, no me importa que usted lo sepa, señorita Sagée.

A Émilie le pareció asombroso que se pudieran expresar sentimientos tan puros y tan sinceros con una libreta de anotaciones botánicas, pero el cariño tiene estas cosas... (Con seguridad el lector también ha comprobado que el amor y el aprecio perfectamente se pueden demostrar con un pastel de queso, con terneras, zapatos, té, buenos días o qué tengo en el ojo; si el cariño sólo se pudiera demostrar con poemas, flores y anillos, bien poco sería el amor.)

Jonas se alegró infinitamente de que Émilie no fuera de esas mujeres demasiado afectuosas que devuelven un pequeño detalle con grandes muestras de cariño, besos y profusión de agradecimientos. No se precisan aspavientos entre buenos amigos. Así que aprovechó entonces para demostrar que sabía qué estaba ocurriendo y que —además y sobre todo— él era el depositario del Gran Secreto. En realidad, pensó Jonas, la felicidad de aquellos dos enamorados dependía de él; se había convertido en uno de aquellos herreros-sacerdotes de Gretna Green: con unas breves indicaciones, forjaría la felicidad futura del profesor Whimple y su adorada Émilie. De repente, se sentía como un viejo padrino que acompañaba a la novia al altar... Bueno, no era un domingo soleado, ni el patio de una posada era precisamente la catedral de San Macario de Aberdeen, pero no todas las bodas se van a celebrar conforme a los cánones clásicos.

Era el momento...

—En Cesis hay una posada que se llama Der Große Bär —dijo, apenas en un susurro. Había cumplido su cometido con la delicadeza y la perfección que se le había exigido.

Émilie asintió y se acomodó el capote de viaje, pues con el amanecer comenzaba a soplar una finísima brisa del norte.

Al cabo, enfilaron por la calle de la posada y, con alguna dificultad, debido al ajetreo, Jonas consiguió llevar la calesilla a los establos. Allí estaba el mozo que se ocupaba habitualmente de *Mr. Pickerton*; esperaba que el señor Fou'fingers lo amenazara con cortarle las orejas si no trataba bien al percherón, pero el señor jardinero debía de estar de mal humor, pues sólo se ocupó de la pasajera.

A pesar de lo temprano de la mañana, el patio bullía de actividad: era la hora en la que se cruzaban las diligencias del norte y del sur, y los viajeros que seguían camino aprovechaban para desperezarse con alguna bebida en la posada, o para estirar las piernas, o para otros asuntos particulares; también había personas que habían ido a recibir a viajeros que llegaban a Wolmar con la intención de quedarse y, aunque era muy temprano, se saludaban y se abrazaban efusivamente, como si fueran las doce del mediodía y ya hubieran perdido la cuenta de las jarras de *kvas* que les había servido el tabernero. Los cocheros, los mozos y los empleados de la compañía de diligencias gritaban en voz baja, para no despertar del todo a los vecinos y a los huéspedes de la posada, descargaban fardos y baúles, y cargaban paquetes y maletas, y cestas con gallinas, y sacos con carne de cordero y de cerdo, y otras mil mercancías.

Con precisión de experta viajera, Émilie señaló a un mozo y éste fue a buscar el baúl que se le

había vigilado en la posada; luego, entre dos hombres, lo subieron a una diligencia y lo ataron con cuidado.

—¡Nos vamos, señoreeeeees! —gritó un cochero que afortunadamente no había encontrado demasiadas tabernas abiertas por el camino, todavía.

Jonas lamentó que el posadero no gastara un poco más en faroles y quinqués, pues en mitad de aquel infernal ajeteo apenas se distinguían las personas, los caballos y los baúles. Entonces, casi por sorpresa, Émilie se giró hacia él y estampó un beso en su mejilla. Jonas se volvió hacia un lado y otro para asegurarse de que todo el mundo había visto que la señorita Émilie le había dado un beso *a él*. Por desgracia, aquel tabernero miserable era incapaz de gastarse media libra en cera y nadie se había percatado de aquel histórico instante.

—*Au revoir, monsieur le jardinier* —dijo Émilie, con una maravillosa sonrisa en sus labios.

El viejo Fou'fingers se atrevió a cogerle la mano a su protegida, pero no fue a más.

—Que Dios te bendiga, hija mía —musitó, y jamás pudo estar seguro de que Émilie hubiera podido oír su bendición.

Jonas dejó escapar la mano de Émilie y ésta se embozó en su capote de viaje para subir a la diligencia; le había correspondido un buen sitio, junto a la ventana: podría ver el paisaje y respirar el aire puro, si los viajeros acordaban abrir un poco la ventanilla, aunque en contrapartida tal vez podría tener un poco de frío. Émilie se echó la capucha y Jonas sólo pudo distinguir entonces la maravillosa perfección de sus labios. Todos los benéficos deseos de Jonas se reunieron en su cabeza y pidió a Dios y a todas las fuerzas cósmicas que hacen brotar los bulbos de tulipán que permitieran que aquella mujer pudiera ser feliz, y...

Pero... ¿qué demonios...?

—¡Eh, eh...! ¡Cochero, cochero...! ¡Deténgase! ¡Deténgase, por Dios! ¡Émilie, Émilie...! ¡No es ésa la diligencia! ¡No es ésa! ¡Ésa es la diligencia de San Petersburgo! ¡No es ésa la diligencia! ¡Es ésta, es ésta! ¡Émilie! ¡Es ésta! ¡Ésta es la diligencia que pasa por Cesis...! ¡Émilie! ¡Tienes que ir a Cesis! ¡El señor Whimple está en la posada de Der Große Bär! ¡No es esa diligencia! ¡No es ésa...! No es ésa. No...

Había ido corriendo tras la diligencia hasta que el carruaje se había perdido de vista, mientras se dirigía hacia el norte, camino de Valka.

¡Oh, qué desgracia, qué desgracia! ¡La pobre señorita Émilie se había equivocado, y se había subido a la diligencia del norte! ¡Y el señor Whimple estaría esperando en Cesis, en Der Große Bär, y allí se quedaría, esperando inútilmente, creyendo que la señorita Émilie...! Émilie...

En medio de la calle solitaria y oscura, Jonas notaba las gotas de sudor que comenzaban a resbalar por su frente. Y entonces no estuvo seguro de nada.

FIN DE LA TERCERA PARTE

EPÍLOGO

El cochero estaba convencido de que tantas preguntas e indagaciones al final se quedarían en nada: no había modo de dar con la casa que buscaban, porque la ciudad era muy grande y en una población tan bulliciosa resulta muy difícil encontrar a una persona de la que apenas si se conoce el nombre.

Sin embargo —por uno de esos milagros tan habituales en las novelas románticas y en la vida en general—, a mediodía, el cochero dio con un carnicero que decía conocer a un familiar de alguien que podía ser la persona que buscaban. Tras varias horas de incómodas idas y venidas, el cochero dijo a los señores que, si todas las informaciones eran buenas, la casa se encontraba a las afueras de la ciudad, en el camino de Troyes.

Hacia allí se dirigió el carruaje y no tardaron en llegar más de una hora. Era una casita pequeña, humilde y modesta, con el techo de paja, rodeada de huertos y algunos árboles frutales. Los viajeros pudieron ver a una mujer que estaba tendiendo ropa blanca y a tres niños pequeños jugando con un aro y una cuerda, y persiguiendo a veces a una oca que aleteaba para defenderse de las amenazas infantiles.

El cochero detuvo el carruaje y los viajeros observaron la escena con curiosidad, intercambiando algunas palabras en voz baja. Finalmente, descendieron dos jóvenes: el caballero lucía un bastón con empuñadura de plata, y no hacía falta ser especialmente perspicaz para saber que aquel joven era el heredero de un escudo nobiliario, y probablemente de un castillo, muchas tierras de labranza y una hermosa biblioteca. Tras él descendió una joven dama; con seguridad, los zapatos de la señorita eran los más caros que habían pisado el patio de aquella casa. Los dos jóvenes tenían rasgos muy semejantes y muy mal fisiognómico (así llaman ahora a los fisonomistas) habría de ser quien no estableciera entre ellos algún parentesco.

La señorita avanzó por el patio polvoriento y dedicó una sonrisa a los pequeñuelos, que por fin habían decidido perdonar la vida a la oca, aunque sólo para perturbar la paz de una pobre gallina que, creyendo que su labor en la vida era poner huevos, jamás se vio en un apuro semejante, amenazada por tres pequeños monstruos aprestados con cuerdas.

—¡Marc! ¡Alex! ¡Rose! *Less' la pul tranquille!* —exclamó la mujer, secándose las manos en el delantal y observando con desconfianza a los viajeros que se acercaban a ella.

—*Bonjour, madame* —dijo la joven dama—. ¿Es usted la señora Sagée?

—*Oe, mammoiselle* —contestó la mujer, al tiempo que intentaba en vano atusarse el pelo, convencida de que aquella joven damisela y su noble acompañante, al fin y al cabo, no podían traer más que beneficios al humilde hogar que regentaba.

La joven viajera hablaba bastante bien francés... En realidad, hablaba mejor francés que la señora francesa, pero no vale la pena entrar en minucias semejantes: lo importante es que ambas pudieron entenderse sin demasiados contratiempos.

Cuando se acomodaron en el humilde interior de la casa, la dama quiso saber —exactamente— si el nombre preciso de la señora era Violette Sagée, esposa de Jean-Anthony Sagée. Sí, así era: se llamaba Violette Sagée, de soltera Gabarier, y esposa de Jean-Anthony Sagée, pero ahora mi marido no está porque anda a las cebollas y los puerros, que dan mucho trabajo, y, además, ha de saber la señorita que mañana mismo ha de llevarlas al mercado de St Benigne, porque todos los vecinos ya tienen hecha la tarea, y sólo quedan ellos; pero no se apure la señorita, porque Jean no tardará mucho en venir, creo yo, y una cosa le digo, que si no fuera por los dos mayores, Tony y Jacques, que lo ayudan un poco, su pobre marido ni siquiera podría venir a dormir a casa (Lili y Violette van a la escuela, para ser como su tía) y se pasaría la vida trabajando los huertos, y sacando herradas de agua de los pozos, y abriendo y cerrando los canales, y llenando las banastas de lechugas y berzas y puerros y todo lo que...

La dama interrumpió con una sorprendente habilidad el interesantísimo discurso de la señora Sagée y le planteó que lo que verdaderamente le interesaba y la razón de la visita — inopinadamente, para la señora Sagée— era si el señor Sagée tenía una hermana.

Pues sí. La pobre. Tenía una hermana, que se llamaba Émilie, y que tuvo muy mala suerte en la vida, porque no conservaba los trabajos y de todas partes la expulsaban. Y a punto estuvo de... Bueno, por una cosa que le pasaba, pero de eso no quería hablar la señora Violette Sagée.

¿Era institutriz?

Sí, señorita.

Y por una casualidad no sabría la señora Sagée dónde se encontraba la señorita Émilie Sagée.

No, no lo sabía ni por casualidad ni por ninguna otra vía.

¿No había regresado a Dijon?

La señora, mientras preparaba un espantoso brebaje al que se empeñaba en llamar té, aseguró que no, que la pobre Émilie no había vuelto nunca a Dijon, desde que saliera de allí diez años antes, o quizá doce, no se acordaba muy bien, para qué tendrá una esta cabeza, en fin, el caso es que los más pequeños, es decir, Alex y Rose, ni siquiera la conocían.

Lo último que sabía de Émilie —¿no quiere más té?, ¿le apetece una sopa de cebolla? *No, merci, gentil à vous...* Oh, no, si no es molestia ninguna—, ¿qué le estaba diciendo?, ah, sí: que lo último que sabía de Émilie era que la habían vuelto a expulsar de un colegio que estaba en... Vaya, qué cabeza la mía. Voy a buscar las cartas, para que las vea usted *mammoiselle*, si quiere. Ea, aquí están, de un colegio llamado Pensionnat von Neuwelke, en una ciudad que se llama Wolmar, y que si no está cerca de Moscú, poco le faltará... Ay, nuestra pobre Émilie, cuánto ha sufrido la infeliz, por una cosa que le... ¡Ah, aquí están Lili y Violette, que vienen del colegio!

A la dama le dio un vuelco el corazón cuando vio a Lili. Tenía los mismos ojos extraordinarios que la señorita Émilie y su figura, más bien alta, y su encantadora sonrisa, y

algunos de sus gestos, y...

—Oh... Eres... eres igual que tu tía Émilie.

—Ojalá lo fuera —dijo la muchacha, que apenas contaría unos dieciséis años—. ¿La conoció usted?

—Sí. Fue institutriz de francés en Neuwelke, donde yo estudiaba.

La señora Sagée, con la carta en la mano, explicó que su cuñada Émilie había partido en dirección a San Petersburgo, pero que no había vuelto a saber de ella, ni en la carta se decía dónde iba a vivir ni de qué ni con quién. La señora, al tiempo que doblaba la carta y la guardaba en el bolsillo de su delantal, explicaba que Émilie se había perdido en Rusia, y que mucho se temía que jamás la encontrarían. Luego lamentó durante un buen rato las desgracias de su cuñada y repitió en numerosas ocasiones que la pobre Émilie tenía «un castigo».

El caballero del bastón con la empuñadura de plata se acercó a la dama y le susurró algo.

—Julie, debemos irnos ya...

—Oh, sí, claro...

Después de agradecer sinceramente la hospitalidad de la señora Sagée, Julie von Goldenstube y su hermano, el barón Ludwig von Goldenstube, salieron de la casa con Lili, que acompañó a los señores hasta el carruaje.

Antes de subir, Julie se volvió para mirar de nuevo los ojos imposibles de aquella muchacha. Y no pudo evitar hacerle la pregunta.

—Lili..., ¿tú viste...?

—Sí, señorita. Muchas veces.

—¿Y no te daba miedo?

—No. Estábamos acostumbrados. Decíamos que teníamos dos tías *Émilies*. Nos divertía mucho ver a la tía Émilie cuando se convertía en humo.

La señorita Julie von Goldenstube sonrió y subió al carruaje. El barón Von Goldenstube observó a su adorada hermana y, aunque se había mostrado un poco molesto por la insistencia en ir a visitar a aquella familia, tuvo que reconocer que se alegraba de haberse detenido allí —a pesar de la tortura del té—, y sobre todo se alegraba de que Julie hubiera atado los cabos que al parecer precisaba anudar. También reconoció que la jovencísima señorita Lili Sagée tenía un encanto peculiar y, especialmente, unos ojos muy llamativos.

—Además, utiliza un perfume delicadísimo... como de violetas.

Julie miró a su hermano y sonrió de un modo muy enigmático.

AGRADECIMIENTOS

Por alguna razón que se me escapa, este relato sobre el caso más famoso de *doppelgänger* ha interesado especialísimamente a un grupo de mujeres, sin cuyo entusiasmo y decisión esta pequeña historia de fantasmas seguramente jamás habría visto la luz. Debo mencionar aquí expresamente a Bel, a Palmira M., a Miryam G., a Olga G., a Dori V., a Puri P. y a Ángeles A.; a todas ellas, y a los equipos profesionales de Dos Passos y Planeta, les debo el más sincero agradecimiento, por su ayuda, por sus ánimos, por su comprensión y por su paciencia.



JOSÉ C. VALES. Nació en Zamora en 1965. Se licenció en Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca y posteriormente se especializó en filosofía y estética de la literatura romántica en Madrid. Su actividad profesional ha estado siempre vinculada al mundo editorial, como redactor, editor y traductor para distintos sellos. Aparte de numerosos trabajos de información, documentación, corrección y edición de textos para diferentes editoriales, ha sido el responsable de la renovada edición de los Cuentos de Navidad, de Charles Dickens (Espasa, 2011) y del clásico de Anthony Trollope Las torres de Barchester (Espasa, 2008).

Entre sus trabajos de traducción y edición cabe destacar la novísima publicación del Frankenstein de Mary Wollstonecraft y Percy B. Shelley (Espasa, 2009), basada en los nuevos manuscritos hallados en la Bodleian Library de Oxford, y los clásicos de Wilkie Collins La piedra lunar y Armadale, publicados en 2007 y 2008 en Verticales de Bolsillo-Belacqva.

Sus recientes traducciones para la editorial Impedimenta han merecido el reconocimiento de la crítica y del público, con una notable sucesión de éxitos: La hija del optimista, de Eudora Welty, La hija de Robert Poste de Stella Gibbons, Reina Lucía y Mapp y Lucía de E. F. Benson, y La juguetería errante de Edmund Crispin. Algunas de estas obras, así como el Diario del año de la peste, de Daniel Defoe, cuentan con prólogos especiales redactados por José C. Vales en exclusiva para estas ediciones.

Por otro lado, son habituales sus colaboraciones en distintas páginas culturales de internet, tanto de crítica como en creación literaria, y participa con frecuencia en medios de comunicación y en coloquios a propósito de la literatura romántica y decimonónica.

El Pensionado de Neuwelke, que puede entenderse como un apasionado homenaje a la literatura del Romanticismo, es su primera novela.